

Peter Dickinson

# El Clan

– Primera parte –



Lectulandia

Hace unos doscientos mil años, en África vivían pequeños grupos que cazaban, emigraban y resolvían sus problemas con una organización sencilla.

Allí evolucionaron los primeros seres humanos. Ya existían otras especies más primitivas, pero no sabían hablar.

Cuenta la historia de un grupo de niños que se han separado de su tribu y de sus aventuras en el África prehistórica. En la primera parte de la serie, Suth y Noli cuentan su historia. Ambos pertenecen al clan de los Halcón Luna, los primeros Homo Sapiens que, a diferencia de otros humanos, ya utilizan el lenguaje para comunicarse.

Sin el apoyo de sus mayores, deben hacer frente al hambre, a animales salvajes, a volcanes en erupción y a tribus enemigas. La novela ha sido nominada para importantes premios como el Children's Laureate y el premio Hans Christian Andersen, conocido como el «pequeño Nobel».

**Lectulandia**

Peter Dickinson

# **El Clan I. Las historias de Suth y Noli**

**El Clan - 1**

ePub r1.0

FLeCos 31.07.16

Título original: *The Kin-I. Suth's story*

Peter Dickinson, 1998

Traducción: Elizabeth Casals

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Nicholas y David

## Antes de empezar

La historia se sitúa en África, hace unos doscientos mil años. Allí evolucionaron los primeros seres humanos modernos. Había en el mundo otras especies más primitivas, pero aquéllos fueron los primeros que se comunicaron por medio del lenguaje: sabían hablar.

Prosperaron y crecieron, por lo que, en oleadas separadas por largos intervalos, tuvieron que abandonar sus lugares de origen para encontrar nuevas tierras donde vivir.

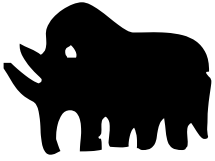
Este libro trata de un grupo de aquellas personas, el Clan, y del viaje que tuvieron que emprender para buscar nuevas tierras tras verse obligadas a dejar aquellas donde habían vivido desde que tenían memoria.

La historia es casi por completo de mi invención. Las personas que vivieron entonces dejaron muy pocos vestigios: las herramientas de piedra que fabricaban, sus huesos fosilizados y los de los animales que comían, las cenizas de las hogueras, etc. ¿Cómo eran? ¿Cómo vivían? Incluso los expertos han de limitarse a hacer conjeturas, usando la imaginación y los pocos datos con los que cuentan. Esto mismo he hecho yo.

He incluido «Leyendas» entre los capítulos. Creo que desde siempre nos hemos preguntado cómo llegamos aquí, por qué suceden las cosas y si existe alguien sabio, fuerte y desconocido que lo haya creado todo. Una de las maneras de hacerse estas preguntas es inventando historias. Estas «Leyendas» son las historias inventadas por el Clan para dar una explicación a todo lo anterior.

*Peter Dickinson*

# LA HISTORIA DE SUTH



Unos dedos apretaron la mejilla de Suth. Éste despertó. Una voz le murmuró al oído:

—Vamos.

Noli.

Ella se alejó.

Con cuidado, como si sólo cambiara de posición mientras dormía, se apartó del resto del Clan, cuyos miembros yacían apiñados para calentarse bajo la noche del desierto. Suth era un niño, no tenía padre ni madre, así que se hallaba en la parte exterior del grupo. También Noli, por las mismas razones.

Suth se quedó quieto, esperó, rodó sobre sí mismo y, gateando, se alejó en silencio. La luna estaba en cuarto creciente y creaba sombras alargadas.

—Aquí.

El débil susurro de Noli provenía de la oscuridad proyectada por una gran piedra. Suth gateó hacia ella. Noli lo cogió de la mano, le tapó la boca para que no dijera nada y le indicó el camino.

Tras la negrura de otra piedra grande, Noli se detuvo y habló al oído de su amigo.

—Tuve un sueño. Halcón Luna vino. Me mostró agua.

—¿Dónde?

Noli señaló hacia atrás, hacia el camino por el que habían viajado durante todo el día.

—Cuando amanece se lo dices a Bal —murmuró Suth.

—Él dice que miento.

Tenía razón. Bal era el jefe. El soñaba los sueños que le enviaba Halcón Luna, en los que ésta le decía lo que se debía saber para la seguridad del Clan. Sin embargo, había sido Noli quien había tenido un sueño en el que llegaban unos asesinos desconocidos que no pertenecían a ninguno de los Clanes y hablaban con palabras que nadie entendía. Había sido Noli quien había soñado con la matanza de padres y hermanos y con el secuestro de madres y hermanas.

Halcón Luna no le había indicado estas cosas a Bal, y cuando Noli se lo contó, la golpeó y dijo que mentía: Halcón Luna sólo se presentaba en sus sueños.

No obstante, el sueño de Noli se había hecho realidad; los supervivientes del Clan escaparon de los Lugares Buenos que conocían y Bal los condujo a Colinas Secas, en busca de un lugar nuevo donde vivir.

Entonces Noli tuvo otro sueño. En él, Halcón Luna se había presentado y le había mostrado el desierto infinito, sin agua ni alimentos, al que llegarían después de pasar por Colinas Secas. Cuando se lo explicó a Bal, éste la golpeó de nuevo y dijo que mentía.



Sin embargo, el sueño se cumplió.

—El día que viene se lo decimos a los demás —dijo Suth.

—No, vamos solos. Ahora, por el camino por donde vinimos. Recogemos a los pequeños que se quedaron atrás y nos vamos hasta el agua. Halcón Luna me lo explicó todo.

Noli le cogió la mano y lo guió. Él no se resistió, aunque era la primera vez que abandonaba el Clan. Se fugaba en medio de la noche, sin ningún adulto que lo guiara, con una niña menor que él. Desde la pelea con los desconocidos, cuando vio cómo mataban a su padre y secuestraban a su madre, había estado sumido en una especie de pesadilla. Ya nada tenía sentido. Halcón Luna le decía a Noli qué había que hacer, y Noli se lo decía a Suth. Con eso bastaba.

Encontraron el camino sin dificultad. Estaban acostumbrados a los espacios amplios y vacíos, y su sentido de la orientación era bueno. Aquí y allá recordaban la forma de una roca, o un barranco seco que habían visto durante el viaje. Y el rocío nocturno reactivaba los tenues aromas que el Clan había dejado al pasar. No había otros olores que los pudieran confundir. Nada vivía allí. Durante todo el largo día no habían visto ninguna huella, ni nada que se moviera, ni una lagartija, ni siquiera un escorpión. Por lo menos, al no haber nada que comer, tampoco había grandes depredadores que merodearan por la noche.

Caminaron al paso regular que era propio del Clan cuando se trasladaba de un Lugar Bueno a otro. Empezó a refrescar. La luna ascendió lentamente. Cuando se encontraba en mitad de su recorrido por el cielo, Suth y Noli se detuvieron; sin hablar, levantaron la cabeza y olisquearon. Agua.

—¿Halcón Luna te reveló esto? —preguntó Suth.

—No, esto no. Me indicó que hay agua en las colinas.

—Pasamos durante el día. ¿Por qué no la olimos entonces? ¿Por qué Bal no la olió? Él encuentra agua donde nadie lo hace.

—No lo sé. Quizá es una trampa de rocío, Suth. Como la de Roca Tarutu.

Se dieron la vuelta y al poco rato encontraron un ancho pozo. Mientras descendían, sentían que el frío los envolvía y que las rocas que pisaban se volvían resbaladizas. Pero aquélla no era como las trampas de rocío que conocían, cavidades rocosas en cuyo fondo se acumulaba la humedad y formaba estanques que no se secaban hasta que el sol estaba alto. Allí había una capa de grava, y el agua se escurría por ella. Se arrodillaron y lamieron la humedad de una gran roca inclinada. No era suficiente para poder tragar, pero les alivió los labios lastimados y la boca reseca. Descansaron un rato; lamieron y volvieron a descansar. Luego, buscaron el camino y siguieron andando.

Cuando la luna estuvo alta vieron, a través de la planicie desierta, la barrera de colinas desiguales por las que Bal los había conducido dos días antes. Suth recordó el momento en que se habían detenido en el último risco y contemplado, bajo el sol de la tarde, lo que tenían delante: una vasta llanura con puntos amarillos y grises, que no

eran más que rocas, guijarros, ceniza y arena, sin una hoja ni un tallo, todo vibrando de calor después del día abrasador.

Algunos miembros del Clan habían empezado a murmurar, descontentos. Bal los había mirado con severidad, encogiendo los hombros y sacudiendo la melena para demostrarles quién era el jefe.

—Hay nuevos Lugares Buenos por aquí —había gruñido—. Agua y caza. Halcón Luna me lo explicó. Halcón Luna también me dijo que atravesamos rápido el desierto o, si no, morimos. Llevamos con nosotros a los más pequeños. Pero somos muchos. Algunos no tienen padre ni madre que carguen con ellos. A éstos los dejamos aquí. Construimos un refugio. En el refugio hay sombra y están a salvo de los animales. Encontramos los nuevos Lugares Buenos. Entonces algunos de nosotros vuelven. Buscan a estos pequeños. Quizá todavía viven.

Eligieron a cuatro niños que habían perdido a sus padres en la pelea: Ko y Mana, que eran demasiado pequeños para caminar todo el día; Tinu, mayor que ellos pero débil a causa de la fiebre, y el hermano pequeño de Noli, Otan, que podía mantenerse en pie pero todavía no caminaba. Hasta entonces los demás habían ayudado a Noli a llevarlo.

Nadie se opuso, aunque sabían que los niños vivirían sólo un día, quizá una noche, pero no resistirían más tiempo. Se dieron cuenta de que Bal tenía razón. Los Lugares Buenos que les prometía podían existir o no, pero si intentaban llevar a aquellos niños a través del terrible desierto, nunca llegarían.

Al día siguiente habían encontrado un lugar donde una roca se apoyaba en otra formando una especie de cueva: allí acomodaron a los niños. Levantaron un muro con piedras para que estuvieran a salvo de los animales, les dijeron que esperaran allí y se marcharon, dejándolos asustados y aturdidos. Noli permitió que le quitaran a Otan y después se dio la vuelta para llorar. Pero no dijo nada.

—Los pequeños están muertos —dijo Suth.

—No —dijo Noli.

Siguieron andando. La luna descendía. Antes de que se pusiera llegaría el día. Lentamente las colinas se hicieron más cercanas y más altas, y Suth y Noli empezaron a ir cuesta arriba. Mientras tanto, la luz de la luna palideció y las sombras perdieron nitidez. El día llegó casi inmediatamente, con una luz clara y gris que acabaría con el frío nocturno y el rocío. A su derecha, el cielo se tiñó de color dorado pálido. Todos los detalles de la pendiente seca y rocosa adquirían contornos claros y angulosos.

Noli miró hacia delante y señaló. Allí estaban las dos rocas inclinadas. Aquél era el lugar.

Aceleró el paso, pero Suth la cogió de la muñeca. Algo se había movido, una silueta gris azulada como una sombra que merodeaba delante de las dos rocas. La sombra se volvió y restregó la nariz contra las piedras amontonadas, husmeando la carne que éstas ocultaban. Con una pata escarbó en el montón. Era una especie de

zorro, pero diferente de los amarillos y pardos que merodeaban por los Lugares Buenos que el Clan se había visto obligado a abandonar.

Suth cogió una piedra, la sopesó, la dejó en el suelo sin hacer ruido y eligió una más pesada. Noli cogió otra. Uno por cada lado se acercaron en silencio, deteniéndose y avanzando como habían visto hacer a sus mayores cuando cazaban presas desprevenidas. Los zorros que Suth conocía habían aprendido a temer a las personas; eran huidizos, veloces y difíciles de atrapar, pero aquél estaba demasiado agitado a causa de los olores procedentes de detrás de las rocas para advertir la proximidad de los cazadores.

Cuando Suth estuvo a dos pasos de distancia, el animal percibió algo, se dio la vuelta y lo vio. No sólo era diferente de los zorros en el color, sino que tampoco temía a las personas.

Con un gruñido, saltó hacia el vientre de Suth, pero el brazo de éste ya estaba preparado. El niño lanzó la piedra con todas sus fuerzas, le dio al zorro en la cabeza y el animal cayó a un lado. Entonces Noli arremetió contra él y lo golpeó con la suya. El zorro pataleó y trató de levantarse, pero, antes de que pudiera ponerse en pie, Suth volvió a golpearlo con todas sus fuerzas en el lugar donde el cuello se unía al cráneo. El animal se desplomó, dio una sacudida y se quedó inmóvil.

Los dos niños lo apedrearon varias veces más para asegurarse; lo dejaron y fueron hacia las rocas. No oían ningún ruido en el interior.

«Están muertos», pensó Suth.

—¿Estás ahí, Tinu? —dijo en voz baja—. ¿Mana? ¿Ko? Soy yo, Suth. Y Noli.

Hubo un leve murmullo como respuesta. Era Tinu, la que tenía la boca torcida y no hablaba con claridad. Se oyó el llanto de un niño muy pequeño. Lleno de esperanza, Suth empezó a quitar las piedras. En cuanto llegó, Noli lo ayudó. El sol se elevaba a sus espaldas. Cuando el muro fue lo bastante bajo se estiraron para poder ver.

Tinu estaba agachada en la pequeña cueva, con Otan en sus brazos. Ko se hallaba acurrucado junto a ella, pestañeando por la luz. Mana yacía de lado, inmóvil, pero se movió y gimió cuando Suth entró, cogió a Otan y se lo pasó a Noli. Suth quitó más piedras, hasta que Tinu pudo ayudar a salir a Ko y a Mana, todavía medio dormida. Tinu fue la última en abandonar la cueva.

Noli acunaba al pequeño Otan, palpándole el pulso y escuchando su respiración.

—Mi hermano vive —murmuró, estremeciéndose de alivio.

Los demás esperaban. Tres pares de ojos oscuros y nerviosos contemplaban a Suth. Éste cayó en la cuenta de lo que pensaban. ¿Dónde está el resto del Clan? ¿Dónde están los hombres y las mujeres mayores? ¿Dónde está Bal, el jefe? Ko y Mana eran apenas unos bebés, pero Ko era robusto y grande para su edad. Suth nunca se había fijado mucho en Mana, una niña silenciosa y observadora, con la piel oscura y el pelo negro y áspero que caracterizaba a los miembros de los ocho Clanes.

Tinu era diferente. Cuando nació, algo fue mal: tenía la mandíbula deformada, y

cuando la abría se movía más hacia un lado que hacia abajo. No había aprendido a hablar bien. Además, era demasiado baja para su edad y estaba exageradamente delgada, con las extremidades flacas como las de un insecto. Detestaba que se fijaran en ella. En cuanto Suth la miró, volvió la cabeza.

—Tengo sed —murmuró.

—Noli sabe dónde hay agua —dijo Suth.

—No está lejos —señaló Noli—. Suth ha matado comida. Vamos.

Suth se echó el zorro muerto sobre los hombros. Noli se acomodó a Otan en la cadera y se puso en cabeza; Tinu la seguía, y luego los dos pequeños, trepando por la pendiente llena de piedras. Suth iba el último y los ayudaba cuando hacía falta. Suth se sentía diferente. El zorro pesaba mucho, pero el peso le daba fuerzas. Había logrado algo. Había matado comida. Lo necesitaban. Sin él, morirían.

## LEYENDA

### El primer lugar bueno



Antílope Negro era el jefe de los Primeros.

Dijo: «Ahora vamos a hacer un lugar donde poder vivir.»

Sopló al suelo desnudo, y donde había soplado creció hierba nueva y tierna para comer.

Entonces, Serpiente se arrastró por los prados y creó caminos por los que pudo andar. Y Cocodrilo excavó agujeros y los llenó con agua limpia, donde pudo acostarse y esperar. Y Pájaro Tejedor plantó árboles, para que sus hembras tuvieran donde colgar los nidos. Y Loro puso nueces dulces y finitas en los árboles, porque era goloso. Y Madre Hormiga masticó las hojas caídas de los árboles y las mezcló con el polvo para hacer tierra buena y blanda para sus nidos. Y Puerco Gordo plantó raíces jugosas para llenar su estómago. Y Halcón Luna construyó peñascos desde donde pudo vigilar mientras los demás dormían. Y Pequeño Murciélago hizo cuevas en los peñascos, para poder esconderse de Halcón Luna.

Así todos trabajaron juntos para hacer el Primer Lugar Bueno conforme a sus necesidades.

Sólo Mono no hacía nada.

Miraba cómo los demás trabajaban; y luego trepaba a los árboles de Tejedor, y se comía los frutos y las nueces de Loro; escarbaba en la tierra de Madre Hormiga, y comía las raíces de Puerco Gordo; dormía en las cuevas de Pequeño Murciélago, y bebía agua de los agujeros de Cocodrilo; ponía trampas en los caminos de Serpiente, y trepaba por los peñascos de Halcón Luna. Pero no iba con frecuencia a los prados de Antílope Negro, porque éste era el más fuerte, y Mono lo temía.



El agua formaba un hilo delgado que descendía por una estrecha grieta del precipicio. No era posible meter la cabeza para lamer; lo único que podían hacer era deslizar una mano, mojar la punta de los dedos y chupar. El agua tenía un sabor fuerte y un ligero olor a huevos podridos, como la del Hoyo Amarillo adonde solía ir el Clan. Antes de beber, Noli ofreció sus dedos a Otan para que éste los chupara. Al principio no sucedió nada, pero después los labios pequeños y secos se movieron ligeramente, y su pequeña mano se cerró y se abrió. Era el primer signo de vida que los demás, a excepción de Noli, pudieron apreciar en él.

Un momento después, Tinu descubrió que, si metía los dedos en la grieta en un determinado ángulo, el agua corría por el borde inferior de su palma y formaba gotas en la muñeca, donde podía chuparlas antes de que cayeran. Los otros la imitaron.

En cuanto hubo bebido lo suficiente, Suth buscó una piedra adecuada con la que fabricar un instrumento que le permitiera cortar la carne del zorro en trozos que los pequeños pudieran masticar. Muchas veces había observado a su padre cuando labraba la piedra, y también había intentado imitarlo; pero era un trabajo de hombres. A los niños no se les enseñaba. Su padre sabía cuáles eran las piedras apropiadas y dónde debía golpearlas, pero Suth no. Los ojos y la mano de su padre le indicaban «ésta» y «aquí». Así que lo único que había hecho Suth era mirar, y después intentarlo por sí mismo. Y había aprendido que no era tan fácil como parecía.

Además, las piedras buenas se encontraban solamente en algunos lugares. Quizá en aquel lado de la colina no había ninguna. Suth cogió varias y se puso en cuclillas junto a una roca plana. Apoyó una piedra sobre ésta, y con otra la golpeó oblicuamente tratando de cortar un trozo grande.

No ocurrió nada. Volvió a intentarlo una y otra vez, pero la piedra elegida se le escurría de la mano. Mientras bebían por turnos, los demás miraban cómo probaba con distintas piedras y con golpes en diferentes ángulos. A veces lograba hacer saltar algunas esquirlas, pero ninguna lo bastante grande para poder cogerla con fuerza, ni con el borde lo suficientemente afilado.

De repente, la piedra que usaba para golpear se rompió al dar en el blanco. Los trozos volaron en todas direcciones. El golpe le dejó el brazo entumecido hasta el codo. Estaba frotándose cuando Tinu, tímida e indecisa, le señaló nerviosa una de las esquirlas que había caído a sus pies, una laja redonda y tan fina que en algunos lugares era casi traslúcida. Pasándole el pulgar, Suth descubrió que uno de los bordes estaba tan afilado como los de los cortadores que había visto fabricar a su padre, aunque sabía que éste lo habría descartado por su fragilidad. Un buen cortador debía tener el filo más grueso, pero Suth pensó que si lo utilizaba con cuidado podía

servirle. Se echó a reír por su buena suerte, y los pequeños también rieron, sin comprender por qué.

De nuevo sediento, Suth, después del trabajo, volvió a la grieta. Mientras bebía despacio, Tinu se acercó con una rama que había arrancado de uno de los escuálidos arbustos que crecían en el barranco. Hacía tres días que Suth no veía ninguna planta.

Tinu esperó a que terminara, y luego se acercó con miedo, como si temiera que con un grito le ordenaría que se marchara, e introdujo un extremo de la rama en la grieta. Suth la miró perplejo, mientras la niña la colocaba en diferentes posiciones. Entonces, como por arte de magia, una gota de agua apareció en una ramita lateral que salía por debajo, y luego otra y otra. Tinu ahuecó la mano libre bajo las gotas y esperó a tener la palma llena. Bebió el agua y lo miró, todavía temiendo que le gritara o la golpeará.

—Bien, bien —dijo sonriendo—. Ahora se lo enseñamos a Noli.

Mientras los demás aprendían a usar la rama, Suth cogió el zorro y lo puso boca arriba. Sujetando la piedra con el pulgar y el índice, pasó lentamente el borde afilado por el vientre, una y otra vez, sin apretar mucho por miedo a romper el cortador, hasta que atravesó la piel dura.

Las tres niñas miraban en silencio, pero Ko estaba agachado junto a Suth, con la mandíbula firme, muy serio, y deseoso de participar y de ayudar. Suth estaba a punto de gritarle que se alejara cuando pensó: «Ko vio morir a su padre. Vio cómo se llevaban a su madre. Pasó un día y una noche en un lugar oscuro. Él no comprende nada de esto. No entiende que ya no hay Clan al que pertenecer. Yo lo comprendo. Con la ayuda de Noli, ahora soy el jefe. Nosotros somos su padre y su madre.»

De modo que le pidió a Ko que mientras tanto sujetara la cola del zorro. No era necesario, pero así el pequeño tuvo algo que hacer, y los dos se sintieron mejor.

Lentamente se dibujó una raya, que luego se convirtió en un corte, y a continuación Suth llegó a la grasa que había debajo de la piel. Rasgó los extremos del corte para agrandarlo, hundir la mano y sacar las tripas. Teniendo mucho cuidado de no estropear la preciosa herramienta, cortó el hígado.

Suth era el jefe, así que comió primero. Mientras masticaba, cortó otro trozo para él antes de hacerlo para los demás. La carne de zorro estaba mejor asada, y aun así tenía un gusto fuerte y rancio. Pero era comida, y ninguno había tomado nada asado desde la pelea, cuando los desconocidos se llevaron el palo de fuego además de las mujeres.

Comieron en silencio. Noli puso la boca sobre la de Otan e hizo pasar entre los labios del niño una parte de lo que había masticado. Éste chupó y abrió la boca buscando más.

—Ya es suficiente —dijo Suth, después de haberse comido parte del hígado y del corazón, aunque el estómago todavía le pedía más.

—Sí —asintió Noli—. La carne es fuerte. Fuerte, fuerte.

El Clan estaba acostumbrado a tener el estómago vacío. A veces un Lugar Bueno

fallaba. No había caza, o un incendio destruía los arbustos y las plantas que esperaban cosechar. Entonces tenían que proseguir el viaje, sin comida, hasta el siguiente Lugar Bueno. Incluso los pequeños sabían que llenar un estómago hambriento con carne provocaba la sensación de haberse atiborrado de piedras ardientes.

Suth cortó las partes del zorro que no se comían y le dijo a Mana que las llevara lejos, ladera abajo, y las dejara allí. Colocó el resto al pie del risco y puso piedras encima para mantenerlo seguro. Después volvió a beber y se sentó a contemplar la llanura ardiente que había abajo. Allí, en algún lugar, lo que quedaba del Clan se alejaba cada vez más. Sin agua, pronto morirían en el desierto. No volvería a verlos.

Lo asaltó otra idea: «Nosotros, seis niños, en esta colina, somos todo lo que queda del Clan.»

Miró a los demás. Tinu, tan delgada y pequeña, tan avergonzada de su cara y de su forma de hablar que nunca se había atrevido a ser amiga de nadie. Pero lista: el truco de la rama en la grieta lo demostraba. El pequeño Ko, que siempre hacía reír a todos; casi desde que había empezado a andar trataba de hacerlo como un hombre. Mana. Suth se dio cuenta de que apenas sabía nada de Mana; aunque la conocía desde que había nacido, era tan callada que prácticamente no había reparado en ella hasta aquel momento. Otan, dormido sobre el regazo de Noli. Todavía era demasiado pequeño para saber o presumir algo sobre él. Y la propia Noli...

¿Cuándo había empezado Halcón Luna a visitarla en sueños?, se preguntaba Suth. Nunca había oído que ninguno de los Primeros se presentara a un niño, en ninguno de los Clanes. Conocía bien a Noli. Su padre y el de ella eran hermanos. Suth y Noli habían jugado juntos desde que eran muy pequeños, habían caminado el uno al lado del otro durante los viajes del Clan de un Lugar Bueno al siguiente. Ella nunca había mencionado que Halcón Luna la visitara en sueños. Pero un día, media luna antes, Noli despertó a todos cuando se levantó de un salto en la noche cerrada y empezó a hablar a gritos sobre los desconocidos, sobre la cruel lucha, sobre la sangre...

Y Bal la maldijo y aseguró que sólo era una niña estúpida que tenía una pesadilla. Pero como los gritos continuaron, la golpeó. Él no había visto nada.

Sin embargo, tres días después, cuando el Clan se reunía para la cena, los desconocidos atacaron.

Suth recordó cuando, siendo pequeño, el Clan había llegado a un lugar llamado Llanura Ragala, donde encontraron, allí instalado, a otro Clan: Tejedor. Hubo una gran fiesta y entrega de regalos. Pero mientras el fuego todavía ardía con fuerza, Bal y un anciano del Clan Tejedor se internaron juntos en la oscuridad.

—¿Dónde va Bal con ese anciano? —había preguntado Suth a su padre.

Éste hizo un gesto, tapándose la boca con la mano.

—Hablan de sueños —había murmurado—. Es algo de lo que no se habla. Es secreto.

Cuando Suth creció, se dio cuenta de que en cada Clan había una persona como Bal. El Primero de cada Clan se aparecía a esa persona en sueños. No tenía por qué



ser el jefe, aunque Bal sí lo era. Podía tratarse de un hombre o de una mujer. Pero nunca de un niño. ¿Cómo era posible? Y, sin embargo, Noli...

Ella lo miraba, como si le leyera el pensamiento, pero sólo dijo:

—¿Qué hacemos ahora, Suth?

—Descansamos —respondió—. Todos estamos cansados. Tenemos agua y carne para tres días.

—La carne es fuerte, fuerte —objetó Noli—. Con ella los pequeños enferman pronto. Necesitan plantas.

—Sí. Creo que todo eso que hay abajo son plantas amargas. Vamos a ver.

Dejando a los pequeños a la sombra del precipicio, bajaron por la cañada, pero, como habían supuesto, sólo crecía una especie de arbusto con ramas grises y retorcidas y hojas redondas, gruesas y duras. Era común en los lugares secos, y el Clan no lo comía. Por probar, Suth mordisqueó una hoja y escupió. El gusto amargo se le quedó en la boca un buen rato, pese a enjuagársela repetidas veces con el agua de la grieta.

Cansados por la caminata nocturna, durmieron hasta el mediodía, hasta que se despertaron con el llanto de Otan. Tenía hambre otra vez, igual que los demás, así que Suth fue a buscar el zorro. Las hormigas lo habían descubierto, pero las apartó y cortó más carne, aunque tampoco esa vez permitió que nadie tomara más que algunos bocados.

—Hoy descansamos —dijo Suth—. El día siguiente partimos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Noli.

—No sé. Quizá Halcón Luna te envía un sueño esta noche —dijo Suth.

—Quizá —respondió Noli.

Suth estaba demasiado nervioso para dormir. No podían permanecer mucho tiempo allí. Si trataban de seguir a Bal a través del desierto morirían. Y si intentaban volver por Colinas Secas, sin duda también. El Clan había sobrevivido hasta ese momento porque llevaba calabazas llenas de agua. El pequeño grupo de Suth no tenía ninguna.

Inquieto, se levantó y fue a explorar la pendiente. Podía haber más agua que brotara del risco, con buenas plantas alimentándose de ella. De ese modo podrían quedarse unos días más, hasta que los pequeños se recuperaran.

Pero la perspectiva no era muy halagüeña. La pendiente era cada vez más pronunciada y terminaba en una peligrosa ladera, llena de pequeñas piedras, y en lo que parecía otro despeñadero. Tiró un guijarro. Éste movió otro, y juntos provocaron una pequeña avalancha y desaparecieron retumbando. «No, por aquí no», decidió, y volvió con el grupo.

Noli estaba despierta; trataba de consolar a Ko, que se había tragado la carne sin masticarla lo suficiente y tenía dolor de estómago.

—¿Vino Halcón Luna? —preguntó Suth.

—No —respondió Noli.

Suth se acostó, más nervioso que antes, tratando de recordar detalles del viaje a través de Colinas Secas. Pero había pasado por serios apuros, y casi no había advertido lo que sucedía a su alrededor. Lo único que recordaba era una caminata interminable sobre un terreno caliente y lleno de piedras, con pronunciados terraplenes a cada lado y sin rastro de comida ni agua por ninguna parte.

Cuando el sol se puso, todavía seguía pensando en ello, echado boca arriba y mirando al cielo, que todo el día había sido de un azul profundo y se tornaba más pálido por momentos, con tonos grises y dorados en el oeste.

En ese cielo vio una bandada de pájaros que descendía describiendo círculos, con las alas extendidas, acercándose cada vez más hasta desaparecer por detrás del despeñadero.

A Suth se le levantó el ánimo. Era algo que ya había visto antes. Había un Lugar Bueno llamado Agua Fétida que el Clan solía visitar en dos estaciones especiales. Solía ser un pantano improductivo, de aguas negras y hediondas. Pero en las estaciones buenas, cuando decenas y decenas de aves bajaban en espiral y llegaban tan débiles y cansadas por el largo viaje que eran fáciles de atrapar, varios Clanes se reunían allí y conseguían buena comida para todos.

Noli también había visto las aves y había pensado lo mismo.

—Hay un Lugar Bueno allí arriba —dijo ella.

—El día que viene buscamos el camino —respondió él—, desde Colinas Secas.

## LEYENDA

### Mono hace fuego



Serpiente y Cocodrilo y Puerco Gordo y los demás se dirigieron a Mono y le dijeron:

—Mono, tú comes nuestra comida. Bebes nuestra agua. Duermes en nuestras cuevas. Molestas en nuestros peñascos. Y no haces nada por tu cuenta.

Mono respondió:

—Soy más listo. Ahora hago algo mejor que cualquiera de vosotros.

Mono pensó un día, una noche y un día; entonces, mientras Antílope Negro dormía, levantó la mirada al cielo y vio una gran nube que tapaba la luna.

Entonces Mono golpeó las manos; y tan grande fue el ruido que la nube explotó, y cayó fuego sobre la tierra, y quemó los árboles y los pastos y secó los agujeros de agua, y destruyó los peñascos donde Halcón Luna se posaba, y echó a perder las raíces de la tierra, y sólo Pequeño Murciélago estuvo a salvo en su cueva.

Pequeño Murciélago miró fuera y vio lo que estaba ocurriendo, entonces voló hasta donde Antílope Negro dormía y le gritó al oído:

—Mono está matando nuestro Lugar Bueno con fuego. Hay que detenerlo.

Antílope Negro se despertó y vio lo que estaba ocurriendo. Entonces retrocedió, inspiró profundamente y sopló al fuego.

Llamó a Mono para hablar con él, pero Mono tuvo miedo y se escondió. Pero Halcón Luna lo vio desde el despeñadero y se lo contó a Serpiente, quien se acercó a Mono en silencio, lo envolvió con su cuerpo, lo atrapó y lo llevó ante Antílope Negro.

Antílope Negro dijo:

—Tú hiciste cosas malas. Ahora yo hago que la piel te pique. Es como fuego. Ahora no puedes comer ni beber ni dormir hasta dejar Lugar Bueno como antes.

Entonces, sintiendo fuego en la piel, Mono se puso a trabajar, pero no pudo. Vertió agua en los agujeros, pero ésta era salada y agria. Plantó raíces en el suelo, pero éstas enfermaron a Puerco Gordo. Hizo crecer árboles, pero tenían demasiadas espinas para que las esposas del Tejedor pudieran colgar sus nidos, y sus frutos caían antes de madurar.

Por fin Mono se acercó a los demás y dijo:

—No puedo hacerlo. Tenéis que ayudarme.

Ellos le contestaron:

—¿Qué nos das a cambio?

Mono respondió:

—No tengo nada.

Ellos dijeron:

—Nosotros te decimos que hagas una cosa para cada uno de nosotros durante una luna entera.

Entonces todos estuvieron de acuerdo, y volvieron a reconstruir el Lugar a su modo, con agua limpia, y árboles y pastos, y nueces dulces, y frutas y raíces, todos buenos; y, a cambio, Mono trabajó para cada uno de ellos, haciendo lo que le ordenaron de la mañana a la noche durante una luna entera. A Mono no le gustaba en absoluto.

Un día, mientras atrapaba insectos para Pequeño Murciélago, Mono olió humo. Buscó y encontró una brasa del fuego que él había causado. Cogió hojas secas y sopló sobre la brasa hasta que volvieron a salir llamas. Entonces buscó un tronco hueco, selló los extremos con arcilla, puso el fuego en el interior y construyó el

primer palo de fuego, que ocultó en un lugar secreto.

Cuando todo el trabajo estuvo terminado, Mono se dirigió a Antílope Negro diciéndole:

—Mira. Ahora nuestro Lugar Bueno es como antes.

Antílope Negro miró y comprobó que era cierto. Pero no vio el lugar donde Mono había ocultado el palo de fuego.

Entonces sopló sobre Mono y limpió su piel. Sólo una pequeña parte debajo del brazo le picaba todavía como si le quemara, debido al palo de fuego. Por esta razón Mono siempre se está rascando.



Durmieron alejados del agua, por si algún zorro u otro cazador iba a beber por la noche. Suth y Noli amontonaron piedras en un rincón del despeñadero para hacer un pequeño refugio donde acurrucarse sin que nada les molestara.

Al día siguiente, Suth les dejó comer más carne y les dijo que bebieran todo lo que pudieran. Mientras los demás bebían, cortó una pata del zorro para llevársela; en la operación rompió la piedra al tratar de cortar los tendones. Cuando terminó buscó a Noli, pero no la vio. Tinu se había vuelto a dormir. Mana y Otan jugaban con unos guijarros. Ko golpeaba dos piedras, tratando de fabricar su propio cortador.

—¿Dónde está Noli? —preguntó Suth.

Mana señaló al despeñadero, y Suth vio allí a Noli, que se abría paso por la peligrosa pendiente cubierta de rocas, demasiado lejos para oírlo aunque gritara.

Suth se enfadó. Era pronto, pero ya hacía calor. Antes de empezar a buscar un camino para ascender tendrían que andar un buen trecho por el sendero por el que habían marchado. No era así como debía ser tratado un jefe. Noli lo iba a oír.

Cuando por fin ella volvió, Suth se levantó y fue a su encuentro, y sin pensarlo encorvó los hombros y sacudió la melena para manifestarle su enfado. Ella respondió arrodillándose y golpeando el suelo con las palmas de las manos ante los pies de Suth.

—Encontré un camino para subir —explicó.

Él oyó y comprendió, pero tanto los hombros como el cuello permanecieron rígidos, y los labios tensos dejaron al descubierto los dientes, como sucedía con Bal. No lo hacía a propósito; el cuerpo actuaba por su cuenta, porque estaba enojado. Pero pronto se relajó, se echó a reír y la ayudó a levantarse.

—¿Halcón Luna te lo mostró? —quiso saber.

—No. Pero... es difícil. Sentía... que me empujaban.

Suth no comprendió.

—Quizá es Halcón Luna —sugirió.

—Quizá.

—Bien. Vamos.

Dejó que Noli los guiara, con Otan sujeto a la cadera, y Ko, Mana y Tinu en fila india detrás de ella. Suth iba el último para asegurarse de que los pequeños avanzaban con cuidado. Cuando llegaron a la pendiente de piedras sueltas por donde Suth había vuelto la noche anterior, Noli empezó a subir. Suth hizo esperar a los demás; luego fueron subiendo de uno en uno, dejando un espacio prudencial entre ellos y tanteando el terreno cada vez que movían un pie.

A pesar de todo, fue Suth quien se cayó. Una roca cedió bajo su pie. Sintió que se

caía, como si toda la colina se deslizara bajo él; se tiró al suelo de bruces y, jadeando, resbaló con los brazos extendidos hasta que se detuvo, mientras la avalancha que había iniciado seguía su curso. Se levantó y comprobó con alivio que los demás estaban a salvo, esperándolo, aunque todavía con los ojos muy abiertos a causa del susto.

Siguieron avanzando, con más cuidado que nunca, hasta que el precipicio pareció llegar a su fin. Noli se abrió paso, poco a poco, hasta el otro lado de una roca, y desapareció. La siguió Mana, después Tinu y luego Ko. Suth llegó el último y vio lo que Noli había descubierto.

Parecía que la montaña se había partido en dos, y que ambas partes se habían separado formando una grieta. El saliente sobre el que estaban parados los niños llevaba hasta ella.

—Mira —dijo Noli—. Es como en Roca Tarutu.

Roca Tarutu era un enorme barranco aislado que el Clan utilizaba como refugio nocturno. Cerca había una trampa de rocío. La roca era un pilar cuya parte superior era plana, y a ella sólo podía accederse por una grieta profunda que había en un lado. La nueva grieta era parecida, aunque mucho más alta.

Suth miró hacia arriba, vacilante. Quizá tuvieran que cargar con los pequeños una parte del camino. Y si todos quedaban atascados...

Pero, en el fondo, Suth sabía que el viaje a través de Colinas Secas sería igual de peligroso. Podían morir de sed en el intento. Mientras que en el lugar donde se hallaban tenían la posibilidad de encontrar agua en algún lugar en lo alto del despeñadero. Si no, ¿por qué razón los pájaros habían dormido allí la noche anterior?

Además, Noli había dicho que la habían «empujado» hasta aquella grieta...

Suth saltó a la grieta. La superficie de la roca parecía ligeramente húmeda. La quebrada estaba protegida del sol, y la parte más honda permanecía en la sombra hasta la tarde. Aquello lo decidió.

—Lo intentamos —dijo.

La ascensión fue lenta y fatigosa. Tenían que llevar a Otan en brazos. Tinu todavía estaba débil por la fiebre. Y aunque los pequeños estaban acostumbrados a trepar hasta los refugios, todavía necesitaban ayuda en los lugares difíciles, aunque Ko siempre quería probar que podía él solo. Por lo menos caminaban por la sombra gran parte del tiempo; y por la grieta pasaba una ligera brisa que al contacto con la roca los refrescaba.

Por fin, cuando el sol estuvo tan alto que las rocas del desierto no proyectaban ninguna sombra, Suth miró arriba y sólo vio el cielo encima de ellos. Aquel tramo del ascenso había sido lo suficientemente fácil para que los pequeños avanzaran casi sin ayuda. Mana iba justo delante de Suth, al que seguía Noli con Otan, y después Ko y Tinu.

—Espera, Mana —dijo Suth—. Voy y miro.

Suth gateó delante de ella y cautelosamente asomó la cabeza. A su pesar,

descubrió que no habían llegado a la cima, sino sólo a un saliente ancho, después del cual se iniciaba otra pendiente.

Se disponía a bajar cuando oyó un violento grito y percibió un movimiento brusco a la derecha. Miró y vio un ave enorme, una especie de águila, que salía de un desordenado montón de pequeñas ramas dispuestas sobre el saliente. Por un momento Suth creyó que el ave había escapado, asustada por la repentina aparición, pero de súbito oyó unas piadas agudas que salían de las ramas, y al mismo tiempo advirtió que el águila volvía a toda prisa a defender a sus crías. Suth se metió en la grieta a toda prisa.

—¡Escondeos! ¡Escondeos! —gritó—. ¡El águila viene hacia aquí!

Por suerte, en aquella parte, la quebrada era profunda y estrecha. Cuando el águila se acercó, Suth se acurrucó asiendo la pata del zorro, listo para lanzar un golpe. El pájaro mostraba una actitud de ataque, con las grandes garras estiradas hacia delante, hasta que en el último instante se dio cuenta de que no iba a poder alcanzar su objetivo sin aplastar las alas contra la roca.

De algún modo logró detenerse en el aire, se dio la vuelta y ascendió, pero al momento volvió a cargar contra Suth. No había posibilidad alguna de repeler el ataque, así que el niño se agachó, y de nuevo la estrechez de la grieta lo salvó.

El águila atacó una y otra vez desde ángulos diferentes, pero por fin se dio por vencida y se limitó a volar en círculo sobre el saliente, lanzando violentos gritos.

Suth la miró con desesperación. Era un ave enorme y feroz, con un pico y unas garras temibles. Ni siquiera un hombre adulto habría osado hacerle frente. Pero los Halcones Luna tenían que atravesar el saliente. Una vez en la parte superior de la grieta, estarían a salvo.

Tenía que arreglárselas para llegar allí y acorralar al águila mientras Noli y Tinu ayudaban a pasar a los pequeños. ¿Qué usaría como arma? La pata de zorro no le serviría de mucho. Necesitaba piedras, ¿pero dónde, en aquel saliente pelado...? Ah, sí, recordaba que un poco más abajo habían pasado junto a una roca grande que, al caer, se había incrustado en la grieta. Y había piedras más pequeñas que habían caído encima...

—Tinu —llamó Suth—. Abajo hay piedras, buenas para lanzar. Tráelas. Trae muchas.

Suth le explicó el plan a Noli mientras Tinu subía y bajaba, llevando dos o tres piedras cada vez. Se las pasó a Noli, que se las entregó a Suth. Él las cogió y las colocó en el saliente.

Cada vez que Suth se asomaba, el águila, que volaba amenazadora, pasaba tan cerca que la punta del ala casi rozaba el despeñadero. Cuando tuvo la última piedra en la mano, Suth le dio la pata de zorro a Noli, afirmó bien los pies y se asomó fingiendo dejar la piedra junto a las demás.

El ave arremetió como antes. Cuando estuvo encima de Suth, éste lanzó la piedra con todas sus fuerzas, y dio de lleno en el cuerpo del animal, justo debajo del ala

extendida. El águila gritó con violencia y se alejó. Inmediatamente, Suth subió al saliente y cogió otras dos piedras mientras se levantaba. El ave se había recuperado e iba hacia él por la derecha.

La primera piedra no dio en el blanco. Suth lanzó la segunda y se tiró al suelo boca abajo. El águila erró en su acometida.

El niño se levantó de un salto y vio volar una pluma, con lo que supo que había dado de nuevo en el blanco. Cogió otras dos piedras y se acercó al nido para alejar al águila de la grieta. Con piedras y un sitio donde protegerse se sentía confiado. Las piedras eran las armas más importantes del Clan. Igual que todos los niños, Suth lanzaba piedras desde que era capaz de recogerlas. Tenía una puntería excelente. Ya estaba en posición y preparado cuando el águila volvió a atacar.

Esta vez pareció acercarse con más precaución, lo cual fue un error pues se convirtió en un blanco más fácil. La primera piedra de Suth dio en el blanco y el águila se alejó.

—¡Vamos, Noli! —llamó.

El ave describió un círculo, se dio la vuelta y volvió a volar hacia él. ¿Lo atacaría de nuevo? Suth la miró jadeando.

No, la curva del vuelo continuó, manteniéndose a una distancia prudencial.

—¡Vamos, Mana! —gritó en cuanto el águila se hubo alejado—. ¡Rápido! ¡Escóndete en la grieta! Bien. ¡Noli, espera! Vuelve... ¡Ahora! ¡Rápido!

El ave voló trazando un círculo otras tres veces. Cada vez que se alejaba, un Halcón Luna salía de la grieta, atravesaba el saliente y se ponía a cubierto. Suth oía que Noli animaba a Mana a subir para dejar espacio a los demás. Cuando Tinu pasó, Suth corrió hacia la grieta. Una vez dentro, esperó hasta recobrar el aliento y a que su corazón se tranquilizara. Luego siguió subiendo.

Cuando se abría paso para adelantar a Noli, oyeron un nuevo chillido abajo. Se estiraron y vieron que había dos grandes pájaros que volaban en círculo sobre el saliente, gritándose el uno al otro.

—Su compañero vuelve al nido —señaló Noli.

—Tienes razón, Noli —dijo Suth, angustiado al pensar lo que podía haber ocurrido si la otra águila hubiera llegado mientras él estaba en el saliente y los pequeños tratando de pasar.

Cansados, continuaron su camino, y poco después llegaron a una pendiente empinada y salpicada de rocas donde descansaron; Suth pasó la pata del zorro para que cada uno cortara lo que pudiera. Después prosiguieron el ascenso. No podían hacer otra cosa.

La pendiente parecía interminable. Donde encontraban sombra descansaban y miraban hacia atrás. Cada vez veían una mayor extensión del desierto. Nunca habían subido tan alto.

—Subimos hasta el cielo —dijo Noli.

El sol se había ocultado detrás del despeñadero cuando llegaron a otra barrera,



una línea desigual de rocas altas, que parecían los dientes de un monstruoso cocodrilo. Allí Suth casi se dio por vencido, pero vio que los demás lo miraban esperando órdenes, así que, sin decir palabra, exploró la barrera y se metió en una abertura entre las rocas. Ésta giraba sobre sí misma una y otra vez, y unos instantes después ya todos la habían atravesado.

Se detuvieron para recobrar el aliento. Al principio, con el sol del crepúsculo ante los ojos, les resultó difícil estar seguros de lo que estaban viendo. Pero al cabo de un rato repararon en que estaban ante una cuenca grande y recóndita, un antiguo cráter volcánico oculto entre las montañas, rodeado por la cresta sobre la que estaban parados. El fondo de la cuenca estaba oculto por la pendiente, pero parecía estar cubierto por una ligera bruma. El sol casi se había puesto y las sombras ya se alargaban sobre la pendiente, cuando llegaron a otro promontorio desde el cual podían divisar mejor.

Debajo de ellos, velada de gris, se extendía una amplia depresión verde. Era tan suave, tan verde, tan brumosa, que no se parecía a nada de lo que habían visto. Incluso allí, en la ladera desnuda, el aire olía a savia y a plantas.

En su mundo no habían conocido nada parecido. Los mejores Lugares Buenos que conocían eran calurosos, secos y expuestos al sol cegador. La hierba tierna, que estaba fresca y verde al amanecer, se marchitaba al mediodía, y los escasos árboles eran fuertes y tenían pocas ramas, con hojas pequeñas y polvorientas, endurecidas para soportar aquel calor. Nunca habían visto un bosque. Suth tardó un momento en comprender que aquella extraña masa verde que llenaba el fondo de la depresión eran árboles.

Noli, parada junto a él, suspiró.

—Es un Lugar Bueno —murmuró la niña—. Es el Primer Lugar Bueno.

Los cinco niños se quedaron contemplando. Hasta Ko, maravillado, guardaba silencio.

## LEYENDA

### Cómo se crearon las personas



Antílope Negro dijo:

—Es hora de crear personas. Cada uno debe ofrecer algo. Con todo eso, hacemos a las personas.

Serpiente ofreció dos pieles que ya había cambiado.

Cocodrilo entregó los dientes que había mudado.

Madre Hormiga entregó tierra de su nido.

Halcón Luna entregó la cáscara de un huevo que había puesto.

Loro entregó la cáscara de uno de los huevos de su esposa.

Pequeño Murciélago entregó una parte de sus excrementos.

Puerco Gordo entregó algunas de sus duras cerdas.

Mono se mordió el pulgar y extrajo gotas de su propia sangre.

—¿Qué ofrece Tejedor? —preguntaron los demás.

—Tejedor y sus hembras construyen a las personas, porque ellos saben cómo —dijo Antílope Negro.

—¿Y tú qué ofreces? —le preguntaron a Antílope Negro.

—Yo doy aliento —respondió.

—¿Qué forma le damos a las personas? —le preguntaron.

—Hacedlas largas y delgadas para arrastrarse por el suelo —dijo Serpiente.

—Con piel gruesa y grandes dientes, para esperar en el agua —dijo Cocodrilo.

—Haced muchas, pequeñas y rápidas —dijo Madre Hormiga.

—Hacedlas gordas —señaló Puerco Gordo.

—Deben tener alas y volar por el aire —dijeron Pequeño Murciélago, Halcón Luna y Loro.

—Hacedlas como yo —terció Mono.

—Las personas tienen forma propia —dijo Antílope Negro.

Entonces Tejedor llamó a sus hembras y juntos construyeron dos personas. Rompieron los dientes de Cocodrilo para convertirlos en los huesos de los esqueletos, y mezclaron la sangre de Mono con la tierra del nido de Madre Hormiga para formar la carne de los dos cuerpos. Los envolvieron con las dos pieles ofrecidas por Serpiente. Encima pusieron las cáscaras de huevo de Halcón Luna y de Loro para formar los cráneos, y los llenaron con los excrementos de Pequeño Murciélago para formar los cerebros. Finalmente, añadieron las púas de Puerco Gordo para formar el pelo.

Sin embargo, estas personas no tenían forma, eran sólo dos cuerpos redondos con cabezas redondas encima. Y no se movían ni hablaban.

Entonces, Antílope Negro sopló sobre ellos y los llenó con su aliento, y a los cuerpos les crecieron brazos y piernas y orejas y narices, y dedos en las manos y en los pies. Y se despertaron y se pusieron de pie.

El cuerpo cuyo cráneo era la cáscara del huevo de Loro fue el hombre, y su nombre fue An. El cuerpo cuyo cráneo era la cáscara del huevo de Halcón Luna fue la mujer, y su nombre fue Ammu.

Los Primeros los contemplaron para ver qué hacían, pero las personas no los podían ver, porque se habían vuelto invisibles.

El hombre y la mujer miraron a su alrededor y vieron el Primer Lugar Bueno. Se miraron entre sí, y se rieron y fueron felices.

—Estas personas son como yo. No como vosotros —dijo Mono—. Mi sangre hace eso.



Durante mucho tiempo los Halcones Luna contemplaron el gran valle verde que tenían a sus pies. Por fin Suth volvió en sí, miró el sol y se dio cuenta de que faltaba poco para que anocheciera. Por más hambrientos y sedientos que estuvieran, no era hora de ponerse a explorar.

—Se acerca la noche —dijo—. Tenemos que encontrar un refugio.

Suth empezó a guiarlos otra vez pendiente arriba, pero no habían andado unos pasos cuando Noli dijo: «Esperad», corrió hacia un lado, dejó en el suelo a Otan y se arrodilló. En un montón de piedras, dos de ellas, pequeñas y grises, se apoyaban una contra otra. Las movió con cuidado hasta liberarlas. Estaban sujetas al suelo por una raíz fina y fuerte, que se rompió después de retorcerla varias veces. Era piedra hierba. Noli mordisqueó la base hasta que consiguió quitar una capa de gruesa corteza. Chupó una vez y tragó, luego otra vez y pasó el jugo a la boca de Otan, y después le dio la planta a Suth, que chupó un poco del jugo denso y aceitoso y se la pasó a Tinu y a los otros niños, que esperaron su turno sin discutir.

Suth se animó. Era una buena señal. En cualquier parte, la piedra hierba era siempre un hallazgo afortunado. Su jugo era fuerte y daba vigor, y también saciaba la sed, aunque si un adulto bebía demasiado se mareaba y se volvía estúpido.

Volvieron a subir casi hasta la cima, buscando algún refugio natural, pero el espacio era demasiado abierto, así que se acurrucaron contra una roca. Suth y Noli durmieron con piedras en las manos, pero nada les molestó.

En cuanto amaneció, se levantaron y volvieron al lugar donde habían estado la noche anterior, y una vez más contemplaron la extraña cuenca verde. Había un olor nuevo en el aire, un tufo extraño, como humo, pero distinto de cualquier otro que Suth hubiera olido antes.

—¿Halcón Luna te envió algún sueño? —preguntó.

—No —respondió Noli.

Suth se sintió desilusionado. Cuanto más contemplaba lo que yacía a sus pies, más miedo sentía. No era un temor corriente, como el que se tiene a un gran cazador salvaje, o a Bal cuando estaba enfadado. Tampoco era como el miedo nocturno, antes de que comiencen los horrores de una pesadilla cuya pronta llegada prevé el que sueña.

En los antiguos Lugares Buenos había sitios donde Suth se había sentido así. Roca Tarutu era uno de ellos. Cuando se acercaba allí, el Clan caminaba en silencio, y sus miembros no gritaban ni reían, porque el lugar pertenecía a Pequeño Murciélago. Pedían su buena voluntad antes de buscar refugio o de beber de la trampa de rocío. El lugar al que habían llegado era algo parecido, pero la sensación era mucho más fuerte. Suth se quedó quieto donde estaba, y Noli hizo lo mismo.

Fue Ko, demasiado joven para sentir aquellas cosas, quien comenzó el descenso. Cuando el niño empezó a caminar, una lagartija que estaba al sol sobre una roca se escabulló. Más allá, una rata se levantó sobre las patas traseras para mirar, y después se metió en una madriguera. Aquello disipó las dudas. Si había tanta caza, también tenía que haber agua.

—Vamos —dijo Suth, y los guió por el camino, mirando a derecha e izquierda y oliendo el aire para adelantarse al peligro.

Entre la colina seca y el comienzo del bosque había una zona de matorral: arbustos gruesos, que en unas partes eran impenetrables y en otras crecían más espaciados. Era imposible saber qué animales podían estar acechando allí, y mucho más en la oscuridad, con tantas sombras extrañas al pie de los árboles. Suth siguió el camino que bordeaba el matorral, avanzando con cautela, mirándolo todo. Donde el suelo era blando, se detenía en busca de huellas. Vio varias: pisadas de ratas, huellas dejadas por ciervos pequeños y rastros separados por un surco, por donde había pasado una lagartija arrastrando la cola. No observó grandes huellas de patas, pero estaba seguro de que, al haber tanta caza, también habría cazadores. Tomó un camino que bordeaba el suelo blando, para que el Clan no dejara huellas. Incluso en el terreno más duro, la tierra se notaba húmeda bajo los pies, como si hubiera habido mucho rocío, aunque en el refugio de la colina habían dormido secos.

—Esperad —dijo Noli—. Huelo a raíz jugosa.

Suth se detuvo. Sí, allí estaba aquel olor tenue y amargo. También él lo habría notado si su mente no hubiera estado tan concentrada en los aromas del peligro. Al explorar el matorral, descubrieron un arbusto casi ahogado por una planta trepadora que tenía pequeñas flores de color marrón apagado. Rastrearón la planta hasta donde penetraba en la tierra. Piedra hierba y raíz jugosa creciendo tan cerca... «Sin duda es un Lugar Bueno», pensó Suth.

La tierra era demasiado dura para cavar con las manos. Con mucha dificultad arrancaron con los dientes ramas de otro arbusto y fabricaron palos de cavar, con los cuales, poco a poco, empezaron a remover la tierra. Fue una tarea lenta. En el Clan, los hombres utilizaban pesados cortadores de piedra para fabricar palos de cavar fuertes, y endurecían las puntas con fuego. Los que habían hecho Suth y Noli eran romos y endebles.

Poco a poco hicieron un agujero. Por fin llegaron a la parte superior del tubérculo del que crecía la planta, y vieron que era grueso y pálido. Aquello era bueno. La raíz jugosa era diferente de la piedra hierba. Estaba llena de agua, con un leve sabor agrídulce, muy refrescante y mucho más agradable que el hilo de agua que salía del despeñadero de abajo. Después de chupar el jugo se podía comer la pulpa fibrosa. No era gran cosa, pero era mejor que nada.

Se olvidaron de todo. Chorreaban sudor a medida que trabajaban, hasta que les dolieron todos los músculos y las manos estuvieron ajadas y lastimadas. Así se extraía la raíz jugosa del suelo. Tardarían todo el día, pero valía la pena el esfuerzo.

Los pequeños lo comprendían. Ya lo habían presenciado antes, así que se quedaron sentados y observaron en silencio. Noli partió pequeños trozos de la parte superior del tubérculo para que chuparan. Pasó el tiempo. Suth estaba desprevenido cuando Tinu emitió el agudo siseo que significaba peligro.

Alzó los ojos y vio que Tinu y los pequeños miraban detrás de él.

Suth se levantó y se volvió.

Hombres.

Eran cuatro, formando una línea a sólo unos pasos de distancia. Llevaban palos de cavar en las manos. Se parecían a los hombres del Clan, con cicatrices en las mejillas, que indicaban su condición de adultos, y la piel muy oscura. Pero uno de ellos tenía los ojos de colores diferentes: castaño oscuro y castaño pálido. Temblando, Suth se levantó y se puso delante. Tenía la garganta seca. El corazón le latía con violencia.

No tenía sentido pelear, ni había esperanzas de escapar. Había hecho algo indebido. Incluso entre Clanes estaba mal. Serpiente no cavaba ni cazaba en los Lugares Buenos de Tejedor, no sin entregar regalos ni decir muchas palabras de agradecimiento. Por ese motivo muchos hombres eran asesinados y sus mujeres secuestradas.

Suth se arrodilló y extendió las manos con las palmas hacia arriba, inclinó la cabeza y después alzó la vista. Las caras no eran amistosas. El hombre de ojos extraños avanzó un paso y levantó el palo para asestar un golpe. Suth no sabía si le golpearía. Podía ser sólo una amenaza, una advertencia, pero trató de protegerse la cabeza con un brazo.

Noli, por detrás de Suth, habló:

—Halcón Luna nos envía.

El hombre vaciló.

—¿Halcón Luna?

El hombre pronunció el nombre de manera extraña.

—Halcón Luna me envió un sueño —dijo Noli.

Otro hombre avanzó hacia ella, la cogió del brazo y la zarandéó.

—¿Dónde están los otros? —inquirió—. ¿Dónde están los hombres mayores? ¿Cuántos?

Aquel hombre también hablaba de modo extraño.

—Quedan sólo cinco hombres —contestó Noli con voz entrecortada—. Vinieron extraños. Mataron a nuestros padres. Nosotros escapamos.

—Esos cinco..., ¿están aquí? —gruñó el hombre.

—No —dijo Noli—. Yo creo que están muertos. Bal nos llevó a un lugar vacío, sin comida, sin agua. Halcón Luna vino en mi sueño y dijo que debía buscar a los pequeños. Éstos. Bal los había dejado atrás. Suth también vino.

El hombre que había estado a punto de golpear a Suth lo cogió del pelo y lo obligó a levantarse. Lo cogió de la muñeca y le retorció el brazo hasta ponérselo detrás de la espalda; estuvo a punto de rompérselo, pero Suth no se resistió ni gritó.

Los hombres hablaron entre ellos. Después, dos se quedaron para terminar de desenterrar la raíz jugosa, mientras los otros se llevaban a los niños. El que sujetaba a Suth por la muñeca lo empujó hacia delante. Suth se sentía aturdido, estúpido e impotente, tal como le había ocurrido en la travesía por Colinas Secas. En la boca tenía el sabor amargo del fracaso.

## LEYENDA

### Los hijos de Ammu



Ammu se puso muy gorda.

Ella le dijo a An:

—Tengo que comer carne. Vamos a cazar.

Mientras An estaba de caza, Ammu dio a luz.

Seis y seis y seis hijos tuvo en aquel primer alumbramiento.

Primero ella tuvo tres huevos blandos. Cuando se abrieron, Ammu encontró un niño y una niña en cada uno.

Después tuvo tres huevos duros. Cuando se abrieron, Ammu encontró un niño y una niña en cada uno.

Por último tuvo seis que salieron del vientre, no de huevos, sino como nacen los animales que tienen pelo.

Salieron de ella dos y dos y dos, un niño y una niña juntos.

Ammu miró a sus seis y seis y seis hijos, y lloró.

—¿Cómo los alimento a todos? —dijo—. Sólo tengo dos pechos, y los pechos de An son pequeños, y no tengo leche.

Antílope Negro estaba muy lejos, pastando en las planicies, cuando Ammu dio a luz. Pero Mono vio y escuchó, porque siempre sentía curiosidad por las personas y por lo que hacían. Cuando oyó lo que dijo Ammu, corrió a los demás Primeros y dijo:

—Ammu dio a luz a seis y seis y seis hijos. Ella no puede alimentarlos a todos. Sólo tiene dos pechos.

Los Primeros consultaron entre sí. Dijeron:

—Cada uno de nosotros se lleva dos hijos de Ammu y los cuida, o se mueren.

—¿Y cuando Antílope Negro vuelva? —dijo Pequeño Murciélago—. No hay para él.

—Es el más fuerte —dijo la Serpiente—. Él da fuerza a los que él cría. Y ellos dan órdenes al resto. Eso no está bien.

Entonces todos estuvieron de acuerdo.

Hicieron dormir a Ammu, y después echaron a suertes quién elegiría primero. Mono era hábil con los dedos, y se aseguró de ser el último en elegir.

Serpiente y Cocodrilo y Hormiga Madre eligieron los niños nacidos de los huevos blandos, y se los quitaron a Ammu mientras dormía.

Tejedor y Loro y Halcón Luna eligieron los niños nacidos de los huevos rígidos, y se los quitaron a Ammu mientras dormía.

Pequeño Murciélago y Puerco Gordo eligieron hijos nacidos como nacen los animales con pelo, y se los quitaron a Ammu mientras dormía.

De ese modo quedaron sólo dos niños.

Entonces Mono dijo:

—No puedo dejar a Ammu sin hijos. Entonces ella llora más que antes. A mí me corresponden dos. Ammu los debe criar y cada uno de vosotros me hacéis un regalo, porque yo salgo perdiendo.

Todos estuvieron de acuerdo, y así se hizo.

Cuando An volvió de caza, Ammu le enseñó los dos hermosos hijos que habían nacido de ellos y los dos se alegraron.

Ammu dijo:

—Mientras dormía, tuve un sueño. En mi sueño tenía diez hijos, y ochos más. Yo no podía alimentar tantos con mis pechos. Lloraba por eso. Pero los animales grandes me oyeron llorar y vinieron. Se llevaron a todos menos a éstos.

An dijo:

—Era sólo un sueño.

Y los dos rieron.

Cuando Antílope Negro volvió y se enteró de lo que habían hecho los demás, se rió.

—Mono os engañó —dijo—. Es un problema cuidar a los hijos de las personas.





Suth sabía que no podía luchar ni resistirse; al cabo de un rato el hombre que lo sujetaba cedió un poco, pero Suth seguía sin poder ver lo que les ocurría a los demás. Oyó el débil lloriqueo de Otan; los pequeños aprendían desde muy temprano a guardar silencio en momentos de peligro.

El estrecho sendero discurría entre los arbustos. El captor de Suth se movía con cautela, como un cazador en territorio desconocido, deteniéndose con frecuencia y mirando a todos lados en busca de peligros.

Nadie habló. Las colinas desnudas estaban en silencio. Los insectos producían chasquidos y zumbaban en el matorral. Y continuamente los pájaros silbaban y graznaban en el interior de la enorme masa verde, que no era más que el bosque que tenían a la derecha: extrañas llamadas que Suth nunca había oído.

De pronto, muy cerca, en lo alto de una rama, algo emitió un prolongado grito. Antes lo había percibido a lo lejos, pero no había reparado en él, pues estaba concentrado en todo lo que le rodeaba. Al oírlo tan cerca, el salvaje y misterioso chillido le erizó el pelo de la nuca. Instintivamente se quedó quieto, pero el hombre que lo sujetaba le retorció el brazo y lo empujó, como si supiera que el grito no entrañaba peligro.

Varios senderos angostos salían del camino y se alejaban del bosque, si bien ellos continuaron por el más ancho hasta llegar al pie de la ladera de la colina. Incluso antes de salir del matorral, Suth notó por su olfato que estaban llegando a una especie de campamento, a uno viejo, pues los olores eran muy fuertes: a humo de madera y a carne quemada, mezclados con olores humanos. Era extraño. A veces el Clan permanecía una luna y otra luna en el mismo lugar, pero no permitía que sus olores se acumularan de aquella manera.

Llegaron a una pendiente pronunciada y rocosa, que acababa convirtiéndose en un despeñadero no muy alto. Había gente al pie de éste. Alguien lanzó una llamada y los demás dejaron sus ocupaciones y se fueron agrupando. En cuanto los recién llegados se acercaron lo suficiente, se oyeron varias voces que preguntaban a gritos. No era así como los miembros del Clan habrían recibido a los cazadores que regresaban tras capturar a unos desconocidos. Ellos habrían permanecido en silencio detrás del jefe, mientras éste realizaba los saludos formales y formulaba las preguntas.

El hombre que sujetaba a Suth no respondió, pero lo siguió empujando inflexible casi hasta el barranco, pasando sobre las cenizas de una gran hoguera. Entonces Suth vio una gran abertura en la roca, junto a la cual había una anciana sentada al sol. Parecía que estaba dormida.

El hombre obligó a Suth a arrodillarse, y llevaron a los demás Halcones Luna junto a él. Esperaron en silencio, las niñas con las cabezas inclinadas y Ko mirando enfadado a su alrededor, como dispuesto a pelear contra toda aquella gente. Otan se agarró silenciosamente a Noli.

El alboroto de preguntas continuó hasta que la anciana se despertó y levantó la cabeza. Su cabellera era rala y blanca; la piel, amarilla, manchada y arrugada. Los ojos estaban cubiertos de una masa informe y grisácea.

Suth no había visto nunca a nadie tan viejo. En su Clan, la anciana, al no poder mantenerse por sí misma, haría mucho tiempo que habría sido abandonada en el desierto para que muriese.

—Habla —gruñó ella.

—Habla Dith —dijo el hombre de ojos extraños, y Suth se dio cuenta de que decía su nombre porque la anciana era ciega—. Iba con Mohr y Kan y Gal a cavar una raíz jugosa —continuó el hombre—. Era mía. Yo la encontré. Cuando era pequeña y estaba verde le puse mi marca. Nosotros bebimos en el lago. Después partimos. Estos seis niños estaban allí, cavando mi raíz jugosa. Quise golpear al niño para castigarle, no para matarlo. La niña habló de Halcón Luna y cambié de opinión. Mohr preguntó: ¿Hay otros? ¿Hay hombres grandes? La niña contestó: Ellos están muertos. Hablamos entre nosotros y pensamos: Nosotros llevamos a estos niños ante Mosu.

La anciana consideró el asunto, asintiendo y resoplando. El corazón de Suth latía violentamente. La anciana le daba más miedo que los hombres.

—Deja a la niña hablar de Halcón Luna —gruñó.

Noli se adelantó a Otan y a Tinu. Se arrodilló ante la anciana y dio palmadas en el suelo, como lo habría hecho para aplacar a Bal cuando estaba enfadado. De rodillas, le explicó todo lo sucedido desde la pelea con los desconocidos. La anciana inclinó la cabeza y pareció que se había vuelto a dormir, pero cuando Noli terminó de hablar levantó un brazo arrugado y le hizo una seña para que se acercara.

Noli avanzó a gatas. La anciana la tocó y después la empujó.

—El niño —gruñó.

Suth se levantó y fue hacia ella. La anciana le tocó con manos frías, secas y temblorosas, palpándole la nariz, los ojos y las orejas, contándole los dedos de las manos y de los pies. Después hizo lo mismo con Tinu y descubrió su boca torcida.

—¿Qué es esto? —preguntó con un gruñido.

Tinu estaba demasiado asustada para hablar, así que Noli explicó que era de nacimiento.

—¿Hay más así? —inquirió la mujer.

—Entre todos los Clanes, sólo Tinu es así —respondió Noli.

La anciana apartó a Tinu y continuó con los pequeños. La gente miraba y murmuraba.

Suth los observó. Eran más de diez. Algunos eran viejos y necesitaban un palo

para andar. Había dos hombres con ojos de diferente color, como Dith. Una mujer joven tenía una pierna tullida. Una niña, que estaba junto a una mujer embarazada, movió la mano y Suth vio que tenía piel entre los dedos, como los pájaros de Agua Fétida.

Cuando la mujer le tocó, Otan lloró y gritó, pero se calmó cuando Noli lo abrazó. La gente empezó a moverse, como si el examen de los desconocidos hubiera concluido. Dith y Mohr se fueron para terminar de excavar la raíz jugosa. La sensación de peligro desapareció, pero Suth se quedó intranquilo. La conducta de aquellas personas le parecía muy extraña. No sabía adonde habían ido a parar.

La mujer embarazada se acercó para mirar a Otan.

—Tiene la voz fuerte —dijo, como si fuera un elogio especial—. Es la voz de un cazador con suerte.

—Tiene hambre y sed —explicó Noli—. ¿Dónde hay agua?

—¿No bebisteis? —preguntó la mujer, sorprendida.

—Bebimos ayer por la mañana —dijo Noli.

La mujer asintió y habló brevemente con la anciana; después llamó a la niña de manos raras y la envió colina abajo, tras Dith y Mohr. Los alcanzó justo antes de que desaparecieran entre los matorrales. Hubo una discusión, pero a renglón seguido volvieron a subir la colina. Cuando llegaron al campamento era evidente que estaban enfadados.

—Vamos, rápido —dijo Dith, y los guió hacia abajo otra vez.

Suth cogió a Otan para que Noli descansara. La niña de manos raras los acompañó.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Suth.

—Al lago —respondió la niña, evidentemente sorprendida por su ignorancia—. ¿Dónde más hay agua? ¿Cuál es tu nombre?

—Yo soy Suth. Ellas son Noli y Tinu. Los pequeños, Ko y Mana. El niño que llevo es Otan, hermano de Noli. No tenemos padre ni madre. Nuestro Clan es Halcón Luna, pero desapareció.

—Yo soy Sula —dijo la niña—. Pero es mi madre. Ella da a luz hoy, antes que el sol se ponga. Mi padre es Mohr, aquél, y el otro es Dith. Mosu les manda llevaros al lago. Están enfadados.

—¿Por qué vienen hombres tan grandes? —dijo Suth—. ¿Podemos robar un lago?

De nuevo lo miró fijamente, atónita ante su ignorancia.

—Siempre vamos juntos al lago —explicó—. Los hombres nos protegen.

Iban por un sendero trillado que bordeaba la colina por la izquierda. Cuando entraron en la zona de arbustos, Mohr fue hasta el final de la fila; los dos hombres alzaron los palos de cavar a la posición de ataque y caminaron con más cautela. El sendero era ancho, y otras criaturas que no eran personas habían dejado marcadas sus huellas en el polvo. Era algo que Suth ya había visto antes, cerca de las charcas de

agua donde abundaban animales que podían ser cazados, pero nunca tantas, ni en un sendero que oliera tanto a personas.

El camino conducía directamente a los árboles, fuera de la cegadora luz del sol, por un túnel verde y oscuro, donde el aire estaba lleno de olores extraños, de vegetación nueva llena de savia, polen y hongos desconocidos, y de madera podrida. Los hombres caminaban con precaución, mirando a derecha e izquierda entre las sombras de los enormes troncos inmóviles. Era un mundo diferente del que Suth conocía.

Cuando una bandada de pájaros verdes y amarillos pasó gritando por encima del sendero, Suth dio un gran salto; luego se quedó paralizado, con el pelo de la nuca erizado, al oír el mismo grito extraño casi por encima de la cabeza.

Los cinco Halcones Luna se detuvieron. Mana puso la mano sobre la de Suth y se acurrucó a su lado. Sula, que los seguía muy cerca, casi choca con ellos.

—¿Quién hace ese ruido? —murmuró Suth.

La niña lo miró un momento, como si no quisiera responder. Después murmuró:

—Se llama Voz Grande. Su verdadero nombre no puede decirse.

Suth comprendió qué significaba. Los miembros de dos de los Clanes, Serpiente y Cocodrilo, nunca se referían a sus Primeros por el nombre. En cambio los llamaban «El Silencioso» y «La que Espera». ¿La criatura a la que Sula llamaba Voz Grande sería el Primero de esas personas?

Suth olió el agua antes de verla, aunque no tenía el olor que él conocía, limpio y fuerte, sino más bien como el del agua que habían encontrado en el despeñadero dos días antes. El lago apareció de súbito. Se encontraban rodeados de árboles, y de repente allí estaba, un lago largo y estrecho que se extendía más allá de su vista, hacia los lejanos precipicios. Estaba absolutamente quieto, y excepto en el pequeño claro donde se hallaban, los árboles llegaban hasta el agua.

Dith levantó la mano derecha con los dedos muy extendidos, en un gesto de saludo formal, y murmuró durante un momento. Suth sabía qué significaba. Cuando el Clan llegaba a un lugar con poder, como Roca Tarutu o Árbol Relámpago, el jefe hacía las paces con ese poder antes de pasar junto a él o de acampar allí.

Dith se movió a un lado e indicó a los Halcones Luna que bebieran mientras él y Mohr montaban guardia. Noli tardó más que los demás, pues dio de beber a Otan con la boca, un sorbo cada vez. Mientras la esperaban, Suth contempló el lago. Su admiración crecía cada vez más. Nunca había visto semejante extensión de agua, ni sentido tanta quietud. No había visto ningún lugar como aquél; ni siquiera la Roca de Reunión de Odutu al pie de la Montaña, donde no iría hasta que llegara el momento de convertirse en hombre, podía ser igual. Quizá ya nunca iría a Odutu. Pero había estado en este lugar.

Tinu le tocó el codo sacándole del trance. Señaló la orilla. Allí, en una charca de barro, justo al lado de donde habían bebido, estaba la huella de una gran zarpa. La marca de los dedos podía verse con claridad. Suth recordó que su padre le había

enseñado una huella igual en un banco de arena del Río Algunas Veces.

Entonces supo por qué los hombres montaban guardia: el leopardo.

## LEYENDA

### Odutu al pie de la montaña



Los Primeros construyeron nidos y refugios para los hijos de An y Ammu, según cada especie. Así, Halcón Luna hizo un nido con ramas en el despeñadero, y hasta allí llevó a los dos que debía cuidar, y Madre Hormiga cavó una cámara en la tierra para los dos que ella debía criar. Lo mismo hicieron los demás, según sus especies.

Sólo Mono no hacía nada. An y Ammu lo hacían todo mientras él miraba.

Los Primeros alimentaron a los hijos según cada especie. Así, Pequeño Murciélago los alimentó con insectos, y Cocodrilo con criaturas que atrapaba mientras permanecía al acecho. Todos según su especie.

Sólo Mono no hacía nada. An y Ammu lo hacían todo mientras él miraba.

Cuando los niños crecieron hasta la altura de un arbusto *garri*, los Primeros los llevaron a Odutu al pie de la Montaña. Donde An y Ammu habían acampado aquella estación.

Los Primeros dejaron a los niños alejados de Odutu y les dijeron:

—Si vais a aquella roca grande de allí, encontráis algo.

Los niños avanzaron de la mano, de dos en dos, mientras los Primeros los observaban, invisibles. Devolvieron a Ammu la memoria que le habían quitado, y ella levantó la mirada y vio a sus hijos, un par y un par y otro par, que se dirigían hacia ella desde el arbusto.

Se alegró de que sus hijos le fueran devueltos.

Y An se alegró con ella, y dijo:

—Esto es Odutu al pie de la Montaña. Ésta es nuestra Roca de Reunión. A partir de hoy es sagrada. A partir de hoy un juramento aquí es un juramento para siempre, y una paz aquí es paz para siempre.

Y así fue.



Mientras los Halcones Luna estaban en el lago, Paro había puesto sobre las brasas calientes lo que quedaba de la pata de zorro. Cuando volvieron, les dio otros alimentos: una pasta amarilla y unos trozos oscuros de raíz secada al sol; los masticaron hasta que el sabor a nuez desapareció y después escupieron el resto. La raíz les era desconocida, pero el Clan solía hacer la misma clase de pasta amarilla de semilla machacada y mezclada con agua. Todos comieron con avidez.

Cuando la carne estuvo asada, Paro la cortó con un buen cortador y repartió los trozos. Después de haberla tomado cruda durante días les pareció deliciosa, pero sus estómagos estaban hartos de carne y no comieron mucho.

Cuando terminaron, Suth hizo una seña al resto; formaron una línea ante Paro, apretaron los puños y entrechocaron los nudillos tres veces.

Rara vez la comida era abundante, y aunque lo fuera, ningún miembro del Clan aceptaba comida de un Clan diferente sin celebrar el ritual de agradecimiento. Sula se echó a reír, como si hubieran hecho algo extraordinario. Paro se limitó a sonreír, y extendió las manos en un gesto vago.

—Tenemos mucho —aseguró.

Suth se sintió confuso e inquieto. Los Halcones Luna habían hecho lo que sabían que era lo correcto, pero Sula había respondido con grosería, y Paro como si hubieran hecho algo estúpido. Sula se comportaba de forma amistosa, y Paro, amable, pero ¿cómo podía confiar en aquella gente si actuaban así?

—No podemos comer y comer de lo vuestro —dijo—. Enseñadme dónde puedo encontrar comida, y así los demás no se enfadan.

—Está lejos —replicó Paro—. Los pequeños están cansados, y el bebé pesa mucho para cargar con él.

—Ellos se quedan —dijo Suth—. Yo voy con Tinu. Pero no tengo calabaza para llevar la comida.

—¿Qué es calabaza? —preguntó—. Nosotros llevamos la comida en hojas.

La mujer le enseñó una. Era gruesa y dura, y mucho más grande que las que él conocía. Dobló cuidadosamente los extremos hacia dentro y la deslizó por el brazo. Juntó los dedos de la otra mano e hizo el gesto de coger una semilla y ponerla entre las dos partes de la hoja. Después se la dio a Suth.

—Yo no puedo ir —dijo—. Mi hijo nace. Sula os enseña el lugar, pero debe volver para el nacimiento.

Suth miró a Noli y ésta asintió. Suth respiró aliviado. Por lo menos, en este aspecto, se comportaban igual que en el Clan. Si una mujer tenía una hija y volvía a estar embarazada, la hija debía presenciar el parto para ver cómo era, y así estar

preparada cuando le llegara el momento. Una madre que no tenía más hijos podía pedir permiso para que su hija viera cómo otras madres daban a luz. Era una información importante para las mujeres.

Suth volvió a darle las gracias y los tres partieron; Sula llevaba el hueso de la pata de zorro. Al poco rato llegaron a un barranco estrecho y profundo. El lugar apestaba. Cuando llegaron al borde, tres buitres levantaron el vuelo. Sula tiró el hueso al barranco.

Suth miró hacia abajo. En el fondo del precipicio había un inmenso montón de huesos que los carroñeros habían limpiado. Suth estaba atónito, estupefacto. El Clan, por supuesto, llevaba los desperdicios lejos del lugar donde acampaban, así que muchas veces había huesos sueltos alrededor del campamento, pero no de aquella manera. ¿Cuánto tiempo habían vivido allí para juntar semejante montón? Decenas y decenas y más decenas de lluvias. Tenían ese Lugar Bueno, con tanta caza y plantas con semillas para recoger que no necesitaban viajar a otro. Su mente no quiso seguir pensando. Era demasiado extraño.

Sula los condujo por encima de la línea de matorrales, hasta llegar a una madriguera de ratas. Habían sido colocadas varias trampas, iguales a las que Suth había visto construir a su padre: una piedra grande apoyada en un triángulo hecho con ramas, con un cebo que si se movía hacía que las ramas se abrieran y la piedra cayera. Tinu se arrodilló junto a una de las trampas y la estudió con atención.

—Mira —dijo Sula—. Baga atrapó una rata. Hace bien las trampas.

—¿Cómo sabes que es de Baga? —quiso saber Suth.

—Aquí está la marca —respondió Sula, señalando un pequeño dibujo hecho con guijarros que había junto a la trampa: tres en línea y uno debajo—. Toda su familia usa esta marca. Esta es la de Jun. Él no atrapó nada. ¿Tú haces una trampa? ¿Qué marca le pones?

—Explícame —pidió Suth.

—Bien. Pon cuatro así, y una a un lado. Puedes colocar la trampa aquí, o en cualquier madriguera donde veas trampas. Las ratas son estúpidas. No aprenden rápido, pero cuando se atrapan muchas, las otras aprenden a no comerse el cebo. Entonces nosotros abandonamos esa madriguera y buscamos otra.

»Ahora debo marcharme —añadió—. Tengo que estar con mi madre en el nacimiento. Os llevo donde buscan comida los demás.

Los condujo colina arriba y se dio la vuelta. Desde allí Suth veía que, en realidad, el bosque no llenaba todo el fondo de la cuenca entre las crestas circulares, sino que se extendía en dos anchas franjas a cada lado del lago, que en ese momento era visible en su mayor parte. Su extensión equivalía a un día entero de viaje, era como una grieta inmensa y profunda en la cima de la montaña, llena de agua.

Sin embargo, hacia la izquierda el terreno se elevaba y se convertía en un prado, con zonas de matorral poco tupidas y árboles dispersos de copa chata.

—Están allí —informó Sula.

Suth siguió la dirección que le indicaba el brazo de la niña, y divisó, a lo lejos, una línea de puntos oscuros. Los reconoció inmediatamente. Ninguna otra criatura se movía ni se erguía igual que las personas.

—Gracias —dijo Suth.

No tenía cebo para una trampa, así que él y Tinu se pusieron a trabajar mientras Sula regresaba al campamento. En cuanto se abrieron paso entre los matorrales, vio señales de que se habían recogido plantas hacía poco. Aquellas personas no eran cuidadosas como lo habría sido el Clan. Era un país rico, tan bueno como cualquiera de los viejos Lugares Buenos, pero había zonas de pasto que no habían sido despojadas de sus semillas, nidos de termitas sin excavar, ramas muertas a las que no se les habían quitado las larvas de debajo de la corteza. Pero Suth y Tinu no se entretuvieron en nada de aquello. Era importante hacer únicamente lo que hacían los demás, y recoger plantas donde los demás lo hacían.

Cuando se encontraron con el grupo que habían visto a lo lejos, se dieron cuenta de que no estaban trabajando, sino descansando a la sombra de unos árboles. Alguien de la cueva ya les había comunicado la noticia de la llegada de los Halcones Luna, así que no se sintieron desafiados. Sin embargo, varios niños corrieron a su encuentro, pero en lugar de saludarlos, permanecieron en silencio, los miraron y los siguieron hasta los árboles.

Había algunos hombres a un lado, sentados en círculo y jugando a algo, y un grupo más grande de mujeres que hablaban en voz baja mientras recogían semillas o amamantaban a sus hijos.

Los hombres levantaron la mirada y volvieron a su juego. Suth esperó y los vio tirar guijarros a unas líneas que habían dibujado en el suelo. Supuso que, al cabo de un rato, quienquiera que fuese el jefe alzaría la vista y haría algún gesto con la cabeza para que se acercara. Entonces él se arrodillaría, golpearía con las palmas de las manos el suelo en señal de sumisión y pediría que se le permitiese buscar comida en su Lugar Bueno.

Pero no sucedió nada de aquello. Los hombres continuaron con su juego. Tinu, que estaba junto a Suth, tenía la cabeza gacha y miraba hacia abajo, como pensando que, si no veía a nadie, tampoco la verían a ella.

Suth miró a su alrededor, y una mujer joven, que estaba sentada al pie de un árbol amamantando a su bebé, le sonrió.

—¿Quién es el jefe? —le preguntó Suth.

Ella se encogió de hombros y frunció el entrecejo, confusa.

—¿Mosu? —sugirió ella.

—¿A quién pregunto si podemos buscar comida en este Lugar?

—Mosu habló con Pagi —respondió la mujer—. Pagi vino aquí. Puedes buscar comida con nosotros.

—Gracias.

Suth se puso en cuclillas junto a la mujer, y Tinu se agachó a su lado,



protegiéndose de los demás con el cuerpo de Suth. El niño miró al grupo. Sin contar a los niños, había diez y diez y diez, y algunos más. Era un Clan numeroso. Halcón Luna había tenido como máximo diez y diez y pocos más. El Clan Cocodrilo, la última vez que se encontraron en Agua Fétida, tenía sólo diez y cuatro. Pero había otros seis Clanes aparte de aquellos dos. Había más personas en la cueva, por supuesto, y también hombres que estaban de caza, pero aun así no eran muchos si era el único Clan que había en aquel lugar.

«¿Adonde van en busca de compañeros?», se preguntó. Los jóvenes Halcones Luna iban a Pequeño Murciélago y Cocodrilo para encontrar compañera, y venían jóvenes de Tejedor y Loro en busca de compañeras Halcones Luna.

—Yo soy Suth —se presentó—. Ella es Tinu. Somos Halcones Luna.

—Yo soy Loga —respondió la mujer—. Mi hijo todavía no tiene nombre.

—¿Y cuál es el nombre del Clan? —quiso saber Suth.

La mujer lo miró fijamente y se puso los nudillos en la boca. Suth reparó en que había dicho Algo Que No Se Dice, aunque en su Clan el gesto se habría hecho con la palma de la mano.

—Estoy avergonzado —murmuró, mientras extendía las manos con las palmas hacia abajo, delante del pecho, y después, lentamente, las bajaba como si empujara el mal hacia el suelo.

La mujer asintió, pero se dio la vuelta y se concentró en su hijo.

Cuando terminaron de jugar, los hombres cogieron los palos de cavar y se alejaron a paso largo hacia el inicio del matorral. Las mujeres y los niños se dirigieron hacia el claro, formaron una hilera y empezaron a buscar comida. Casi todos llevaban hojas dobladas bajo el brazo donde poner lo recogido. Ninguno llevaba calabaza. Tal vez no había calabazas en aquel valle.

Suth y Tinu se colocaron al final de la hilera y trabajaron con empeño. Antes de que el sol hubiera llegado a la mitad del cielo, ya habían reunido lo suficiente para satisfacer las necesidades de todo un día; pero también tenían que alimentar a Noli y a los niños, así que no se detuvieron. Suth estaba agachado junto a un matorral con espinas, despojándolo de semillas, cuando tuvo una sensación curiosa, como si el suelo temblara bajo sus pies. Aquello sólo duró un instante, y cuando terminó oyó la llamada de Voz Grande en el bosque. Muy lejos, alguien respondió. Los extraños gritos flotaron sobre las copas de los árboles y se alejaron hacia las crestas desnudas.

La fila de gente dejó de trabajar para oír la llamada. Al apagarse ésta, la mujer que trabajaba al lado de Suth se volvió y sonrió.

—Canta —dijo—. Quizá Paro dio a luz. El niño está bien. Voz Grande está contento por él.

Las demás mujeres debieron de pensar lo mismo. Sin esperar a los hombres, se dirigieron hacia la cueva.

Ko fue corriendo a su encuentro en la última ladera, con los brazos extendidos. Suth le dio la hoja a Tinu y alzó al pequeño.

—Vuelves —dijo Ko, contento.

—Vuelvo —dijo Suth.

—Eres padre —dijo Ko. Suth debió de parecer sorprendido, porque Ko repitió—: Tú eres padre —insistió—. Noli es madre. Mana lo dice.

—Sí —respondió Suth lentamente—. Yo soy el padre ahora, y Noli es la madre. Vosotros sois los hijos: Tinu, Ko, Mana y Otan.

Todavía estaba sorprendido, pero de un modo diferente. En todo momento había hecho lo mejor para los pequeños, tratando de mantenerlos con vida, buscándoles comida y agua, y dándoles seguridad. Pero no eran las únicas cosas que les hacían falta. También necesitaban un padre y una madre, así que habían elegido a Suth y a Noli, ya que no había nadie más. Mana lo había creído necesario.

Pensó en la niña mientras llevaba a Ko al campamento. Como siempre le ocurría con Mana, Suth no había reparado especialmente en ella, pero ahora se daba cuenta de que la niña facilitaba las cosas siempre que podía, desde que él y Noli los habían rescatado. No había pedido nada, ni se había quejado de hambre, sed ni cansancio, pero siempre estaba atenta y dispuesta, y se quedaba al margen cuando no se la necesitaba.

Así que, cuando regresó al campamento y encontró a Noli sentada, con Otan dormido en su regazo, y a Mana pacientemente junto a ella, Suth dejó a Ko y cogió a Mana.

—Ves, volví —le dijo.

Mana pasó los brazos alrededor del cuello de Suth. Noli levantó la mirada y sonrió.

—¿Oyes lo que dice Mana? —le preguntó ella.

—Sí. Es verdad —respondió él.

Aquella tarde, cuando el sol estaba bajo y la hoguera bien alimentada, quienes habían cazado ratas las despellejaron para asarlas. Después bajaron al lago para beber. Incluso fue Mosu, cojeando con su palo y ayudada por la mujer dé la pierna tullida, que se llamaba Foia. Esa vez fue Mosu quien alzó la mano y saludó al agua antes de que nadie bebiera.

Al volver se sentaron formando un amplio círculo alrededor del fuego; los hombres a un lado, y las mujeres y los niños al otro. Mientras comían, Mohr, compañero de Paro y padre de Sula, cogió a su nuevo hijo y se lo enseñó a todos. Tanto los hombres como las mujeres lo sostuvieron y lo examinaron cuidadosamente mientras el niño pataleaba y berreaba, y después se lo devolvieron a Mohr.

Mohr no enseñó el niño a los Halcones Luna, pero Sula lo llevó muy orgullosa.

—Mirad. Está entero y limpio.

Sula abrió una de las pequeñas manos cerradas con fuerza y les mostró que tenía cuatro dedos buenos y un pulgar, sin piel entre ellos, como los suyos. Después del error cometido con Loga bajo los árboles, Suth no se atrevió a preguntar qué tenía de maravilloso que un niño naciera normal. Aparte de Tinu, todos los niños que conocía

habían nacido enteros y sanos, aunque últimamente algunos habían enfermado y muerto. Sula se lo contó de todos modos:

—Cuando mi hermano nació, no tenía brazos ni piernas —explicó—. No vive. Mi padre lo dejó entre los árboles. Nuestra sangre está enferma. Mosu dice: «Somos pocos, pocos. Eso hace la enfermedad.» Sólo nos tenemos a nosotros mismos para buscar compañero. Ahora la enfermedad crece más fuerte. Mira. Está aquí, en mí. — Y extendió los dedos para que los vieran—. Pronto me convierto en mujer. Entonces yo te elijo como compañero, Suth. Tu sangre es buena. Tú das hijos buenos. Mosu lo dice.

Suth sonrió inquieto; sin embargo, Sula no bromeaba, si bien cuando los niños del Clan llegaban a una determinada edad se hacían muchas bromas al respecto. Suth miró a Noli para tranquilizarse, pero ella estaba acurrucada, respirando profundamente, y no se había dado cuenta de nada. Tinu jugaba con Otan, pasándole una brizna de hierba por los pies. Mana estaba dormida, y Ko, alrededor del círculo, jugaba con un niño de su edad a correr detrás de él hasta tocarle. Suth no entendía bien lo que Sula le había dicho, pero le hacía sentir incómodo. Quizá aquél no fuera un Lugar Bueno después de todo. Quizá fuera como el fruto del arbusto de las seis bayas, que dejaba tan buen gusto en la boca que uno quería comer más y más, pero cuando comía más de cinco causaba vómitos y parecía que uno iba a morir.

Sula se llevó al niño y se lo devolvió a Paro. Ko regresó jadeando y con los ojos brillantes por la agitación. Noli suspiró y se estremeció; luego se enderezó y miró a su alrededor.

—¿Oyes lo que dice Sula? —le preguntó Suth.

Noli negó con la cabeza, y él, en voz baja, se lo contó. Ella asintió.

—Duermo pero no duermo —dijo—. Halcón Luna vino. Ella me dijo qué Clan es éste. Son Mono. Voz Grande es Mono.

Al recordar lo que narraban las Leyendas, él la miró fijamente.

—Pero Mono no tiene Clan —objetó.

—Ellos son Mono —insistió—. ¿Halcón Luna miente?

## LEYENDA

### Cómo llegó la pena



An y Ammu viajaron por todos los Primeros Lugares Buenos con sus hijos. Les enseñaron los senderos y los charcos de agua y las trampas de rocío y las madrigueras. Les dijeron los nombres de las plantas, de las raíces, frutas, nueces y hojas, las que eran buenas para comer y las que eran malas. Les mostraron los lugares seguros y los lugares peligrosos.

Llegaron hasta un árbol donde estaban los nidos de los tejedores, y An cogió un palo largo y les enseñó cómo debían derribarlos para comerse los huevos y los pichones.

Entonces los dos hijos que habían sido criados por Tejedor dijeron:

—Nosotros no comemos de esta comida. Somos del Clan de Tejedor.

Sus nombres eran So y Sana.

Llegaron a una madriguera al pie de los despeñaderos donde anidaban los Halcones Luna, y Ammu les enseñó cómo construir trampas para ratas.

Entonces, los dos que habían sido criados por Halcón Luna dijeron:

—Nosotros debemos apartar los corazones para Halcón Luna. Esta es su presa, y nosotros somos del Clan de Halcón Luna.

Sus nombres eran Nal y Anla.

Llegaron a una cueva y An dijo:

—Dormimos aquí.

Entonces los dos que habían sido criados por Pequeño Murciélago dijeron:

—Primero nosotros debemos hacer una cosa. Los murciélagos se refugian en esta cueva. Nosotros pedimos permiso. Somos del Clan de Pequeño Murciélago.

Sus nombres eran Tur y Turka.

Y así todos los demás, cada uno honraba al Primero que los había criado.

Sólo los dos que habían sido criados por An y Ammu no sabían a qué Clan pertenecían, porque Mono se había ocultado y no había hecho nada por ellos. Sus nombres eran Da y Datta.

Ellos acudieron a An y dijeron:

—Cada uno de nuestros hermanos y hermanas tiene Clan, pero nosotros no tenemos ninguno. ¿Cómo puede ser?

An, como no sabía qué responder, dijo:

—A vosotros os criamos Ammu y yo. Sois del Clan de Personas.

Y así fue como llegó todo el dolor.



Durmieron en la cueva. El hedor era insoportable. Igual que los miembros del Clan, aquellas personas no defecaban ni orinaban cerca de sus refugios, sino que se alejaban para hacerlo. Pero los niños pequeños no aguantaban toda la noche, y aunque la gente amontonaba hierbas para usarlas como colchón y las retiraban cuando estaban sucias, los olores se acumulaban en la cueva y, para el olfato de los Halcones Luna, resultaban insoportables. A los demás no parecía importarles ni preocuparles, como tampoco advertían el extraño olor a huevo podrido que flotaba en el valle.

Pero el hedor en la cueva era aún peor, ya que, cuando todos entraban para pasar la noche, la entrada se bloqueaba con un muro de piedra que alcanzaba la altura del hombro de un adulto. Con lo que si alguien debía salir para orinar, no podía.

Suth se preguntó si aquello era necesario, y la primera noche tuvo la respuesta. En mitad del sueño percibió un movimiento, se despertó y oyó un gruñido bajo, seguido por otro, procedentes del exterior de la cueva: eran cazadores nocturnos que se peleaban por las sobras de comida. Recortadas sobre el pedazo de cielo que se veía por encima del muro, Suth vio siluetas de hombres con palos de cavar alzados, listos para pelear contra el intruso. No sucedió nada. Los animales se alejaron y todo el mundo volvió a dormirse.

Más tarde, Suth volvió a despertarse. La piedra sobre la que estaba acostado había temblado dos veces, pero nadie en la cueva se movió. Debían de estar acostumbrados.

En cuanto amaneció, retiraron el muro y dejaron las piedras a un lado para poder utilizarlas de nuevo. Tras pasar la noche en la cueva, el aire les pareció maravillosamente fresco y limpio. Comieron un poco y bajaron al lago para beber, como hacían todas las mañanas. Después se marcharon tanto los buscadores de comida como los cazadores; pero Noli todavía estaba dando de comer a Otan, así que los Halcones Luna la esperaron.

Mientras esperaban, el aire se hizo más pesado. El cielo se cubrió de nubes, al parecer salidas de la nada. Todos los que se habían quedado en el campamento corrieron a la cueva. Hubo un estruendo, y a continuación se inició un diluvio acompañado de rayos y truenos. Enseguida terminó, y toda la colina quedó empapada de agua.

Era la estación de las lluvias. El Clan estaba acostumbrado a ver tormentas en las planicies, donde llovía en un sitio y no en otro. Pero Suth nunca había visto nada como aquello, que se formaba y terminaba tan pronto, todo en un mismo lugar. Le pareció muy extraño.

Cuando los Halcones Luna se disponían a partir, Foia, la mujer que ayudaba a desplazarse a la ciega y anciana Mosu, se les acercó.

—Ahora debes hablar con Mosu —dijo.

Suth frunció el entrecejo. La anciana le producía inquietud, y deseaba relacionarse con ella lo menos posible. Miró a Noli.

—Yo también voy —señaló ella, mientras dejaba a Otan al cuidado de Tinu.

Mosu estaba en su lugar habitual junto a la cueva, con la espalda apoyada contra la roca. Suth y Noli se arrodillaron ante ella y dieron palmadas en el suelo.

—El niño viene —explicó Foia—. La niña también.

Foia se alejó un poco y se sentó.

Mosu no dio señales de haber oído, pero un momento después levantó la cabeza y dijo con voz ronca:

—Vosotros sois niños, no tenéis padre ni madre.

—Unos desconocidos mataron a nuestros padres —explicó Suth—. Y se llevaron a nuestras madres.

—Sin madre, ni padre... el niño muere —dijo Mosu—. Os doy a cada uno un padre y una madre. Ellos os cuidan y os enseñan nuestras costumbres.

Al principio Suth no entendió lo que la anciana quería decir, hasta que se dio cuenta de que quería separar a los Halcones Luna y entregar cada uno a una familia diferente.

Suth miró a Noli nervioso. Ella se mordió el labio inferior hasta que pudo hablar. Eso no está bien, le estaba diciendo. Suth recordó lo que Mana y Ko le habían dicho la tarde anterior: que él era el padre y Noli la madre.

«No lo permitiré —pensó—. Pero no debo ofender a esta anciana. Ella es la jefa aquí.»

—Gracias —respondió, vacilante—. Pero... no somos de este Clan, somos Halcón Luna. Nuestras costumbres son las costumbres de Halcón Luna.

—Halcón Luna está muerta —dijo Mosu—. Todos esos Clanes están muertos. Les arrebataron todos sus Lugares Buenos. No hay Serpiente, ni Puerco Gordo, ni Madre Hormiga. Sólo hay un Clan, el nuestro. Voz Grande canta en el bosque. Él me dijo esto.

—¡Él es un embustero! —exclamó Suth, sin poder contener su enfado. Sintió que su cuero cabelludo se movía al erizársele el pelo de ira—. ¡Es un embustero, digo yo! —repitió—. Todo el mundo lo sabe. Halcón Luna vino a Noli. Anoche, mientras comíamos. Le dijo cómo se llama este Clan. Halcón Luna no está muerta.

Mosu se limitó a lanzar una carcajada.

—¿Pueden vivir los pequeños muchas lunas más? —preguntó—. ¿Y el niño que todavía no camina? ¿La niña puede alimentarle? ¿Ella tiene leche en los pechos?

La anciana se balanceó, resollando entre las carcajadas.

Suth miró a Noli pidiéndole ayuda, pero ella no lo veía. Algo le estaba sucediendo. Tenía los ojos en blanco y muy abiertos, y todo su cuerpo se estremecía.

—Mono está enfermo —afirmó con voz profunda y ronca—. Halcón Luna me lo dice. Mono está enfermo.

Noli trastabilló como si la hubieran golpeado, y Suth la sostuvo para impedir que cayera. La sujetó hasta que dejó de temblar y, exhausta, suspiró. Entonces se despejó y se sentó con normalidad.

Al principio parecía que Mosu no había oído las palabras de Noli, pero las risas cesaron y permaneció sentada e inmóvil, respirando con dificultad. Suth recordó lo que Sula le había dicho la noche anterior.

—Vuestra sangre es mala —dijo—. Vuestros hombres tienen ojos de dos colores. Los niños tienen piel entre los dedos. Los recién nacidos no tienen brazos ni piernas. Vosotros queréis nuestra sangre buena. Yo, Suth, lo digo. Halcón Luna vive. Nosotros somos Halcones Luna. Vosotros queréis separarnos. Vosotros queréis que muera Halcón Luna. Yo digo que no puedo hacer esto y que vamos a dejar este lugar para irnos lejos, lejos. Vosotros no tendréis nuestra sangre buena.

Mosu murmuró algo y pareció encerrarse en sí misma.

Los niños esperaron. Por fin la anciana alzó la cabeza y suspiró.

—Voz Grande no es un embustero —dijo con tranquilidad—. Es un tramposo. Sus palabras dicen esto y aquello. Él canta. Antes de que mis hijos nacieran él ya cantaba. Los hijos de mis hijos son casi hombres. Yo conozco los caminos de Voz Grande. Él dice esto y aquello.

—Halcón Luna es Halcón Luna —insistió Suth—. Nuestro Clan vive. Nosotros somos un Clan, todos juntos.

Mosu lanzó una breve carcajada.

—¿Tú eres hombre? —preguntó—. ¿Puedes cuidar a los cuatro chicos? ¿Tú haces palo de cavar y lo endureces en el fuego? ¿Peleas contra el leopardo cuando viene a comer a los pequeños? ¿Te sientas con los hombres en la fiesta y hablas cuando ellos hablan?

—Dentro de tres lunas me convierto en hombre —dijo Suth con obstinación.

En cierto modo era verdad. Si los desconocidos no hubiesen ido y cambiado todo, al cabo de tres lunas el Clan habría viajado hacia el sur, hasta el pie de la Montaña, a Odutu, y Suth habría pasado una noche solo en la Montaña. Al día siguiente Bal le habría hecho en la mejilla la primera cicatriz de hombre y le habría ordenado que se fabricara un palo de cavar. Después, habría empezado a sentarse con los hombres y a escuchar sus conversaciones. Pero habrían tenido que pasar decenas de lunas y tres cicatrices más antes de que se le permitiera participar.

—Los hombres siempre se burlan del niño-hombre. Ellos le señalan con el dedo y levantan el labio —dijo Mosu.

—Duelen más las piedras —replicó él.

La anciana volvió la cabeza.

—Haz un palo de cavar —dijo.

—Halcón Luna es Halcón Luna —insistió.

—Eso dices —respondió la anciana—. Ve a buscar comida. La niña se queda. Nosotras hablamos.

Suth miró a Noli.

—Yo hablo con Mosu —confirmó Noli—. Tráeme a Otan.

Cuando Suth salió del campamento con Tinu y los pequeños, vio a Noli sentada con las piernas cruzadas, con Otan en el regazo, escuchando mientras Mosu hablaba. Se sintió confundido y enfadado. Acababa de enfrentarse a la anciana y había defendido su posición. Los Halcones Luna no serían separados. Permanecerían juntos. Aunque no tanto, pues Noli no los acompañaba a buscar comida, sino que se quedaba para hablar con Mosu.

Noli tenía que quedarse. Suth lo comprendía. Mosu era la jefa de aquellas personas. Si Noli hubiera intentado marcharse, Mosu la habría retenido por la fuerza. Pero Suth sabía que, en realidad, Noli deseaba quedarse, pero no sabía por qué. Eso era lo que le dolía.

Por el camino que conducía a la madriguera de la rata, Suth partió ramas de los arbustos para construir una trampa. Había advertido un montón de rocas planas y buenas junto a la madriguera, que alguien habría preparado para utilizarlas, pero no parecían tener marca, así que cogió una. Ko, por supuesto, también quería construir una trampa, así que Suth partió una rama en pedazos para él, como lo habría hecho un padre. Le enseñó a colocar los trozos de la rama para que aguantaran la piedra; así, cuando una rata mordiera el cebo, una de las ramas se movería, la piedra caería y mataría a la rata. No era fácil, y Suth no confiaba en que ninguno de los dos tuviera suerte.

Mientras tanto, Tinu y Mana también fabricaban una trampa. Las tres trampas tenían un cebo hecho con pasta de semilla mezclada con hojas aplastadas de arbusto *garri*, que a las ratas les gustaba especialmente. Cuando terminaron, pusieron en las trampas la marca de Halcón Luna y partieron hacia los terrenos donde estaban los que buscaban comida.

Éstos no se hallaban en el mismo sitio que el día anterior, pero, por el ruido que hacían, no tardaron en encontrarlos más abajo, en los matorrales más tupidos. Cogían una especie de oruga que salía de la tierra por la mañana, después de la lluvia, se subía a un arbusto y se colgaba de un hilo para iniciar el proceso de convertirse en mariposa. Únicamente era buena para comer durante la mañana, le dijo Sula. Por la tarde, el capullo que tejía a su alrededor empezaba a endurecerse, y la parte comestible del interior se volvía muy amarga.

Mientras las mujeres buscaban, cantaban sin cesar. Los hombres no participaban: montaban guardia, paseaban alrededor del grupo, lanzaban gritos roncOS y golpeaban los arbustos con los palos de cavar. De vez en cuando alguna mujer se acercaba para llevarles una oruga, a la que quitaba la cabeza y cuyo cuerpo dejaba luego en la boca del guardia.

Ko estaba encantado con los gritos y los golpes de éstos, y corría por todas partes gritando a más no poder, hasta que una de las mujeres lo llevó con Suth.

—Que no se aleje —le regañó—. ¿Quieres que el leopardo se lo lleve?



—Gracias —respondió Suth mansamente. Se dio cuenta de que, por más valiente que hubiera sido al hablar con Mosu, tenía mucho que aprender sobre ser hombre y cuidar a una familia en aquel lugar nuevo.

Las orugas eran deliciosas y abundantes, y comieron cuanto pudieron tras quitarles primero las cabezas, pues allí estaba la parte amarga. Cuando el gusto empezó a cambiar lo dejaron y se trasladaron al claro, pero antes de formar su hilera, llegó un hombre corriendo. Aunque todavía estaba lejos se detuvo e hizo señas, y sin decir ni una palabra los hombres del grupo corrieron hacia él. Suth los miró alejarse en silencio formando una sola fila.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Sula.

—Los hombres van a la caza del ciervo —explicó—. Nosotros no hacemos ruido.

Suth comprendió. Los hombres del Clan también cazaban ciervos cuando tenían ocasión, pero aquello no ocurría con frecuencia, excepto en un Lugar llamado Mambaga, dónde durante una determinada estación pasaban un gran número de ciervos, y varios Clanes se reunían para cazarlos cuando atravesaban una hondonada seca. Por lo general, los mejores cazadores esperaban, mientras los otros trataban de llevar los ciervos hasta ese punto. Pero éstos eran rápidos y listos. La mayor parte corría hacia otro lado, y aunque no lo hicieran, el cazador tenía sólo un instante para saltar y asestar el golpe.

Las buscadoras de comida se sentaron a la sombra, en silencio, hasta que los cazadores regresaron abatidos. Al parecer, la cacería ni siquiera había comenzado. Los ciervos se habían escapado antes de que la emboscada estuviera lista. Así que los hombres volvieron al juego, mientras que ellas reanudaban el trabajo. Una vez más, Suth se sorprendió al ver la cantidad de alimento que se podía reunir y lo fácil que era la vida para aquellas personas. Quizá era porque Mono había hecho aquel Lugar para ellos, pensó. Mono era inteligente. Todo el mundo lo sabía.

Aquella noche, camino del campamento, se detuvieron en la madriguera para recoger lo que habían cazado. Pero aunque se habían tendido varias trampas, la única en la que había caído una rata era la que habían construido Tinu y Mana.

Las mujeres, por supuesto, aprovecharon la oportunidad para burlarse de los hombres. Aquellos grandes cazadores no sabían atrapar ciervos. Ni siquiera sabían cazar ratas. Un par de niñas habían atrapado una, pero los hombres, no.

A los hombres aquello no les gustó. Todavía estaban irritados por haber perdido los ciervos. Dith miró la trampa que llevaba la marca de Halcón Luna, y después la construida por Suth y por Ko, que no estaba lejos y tenía la misma marca.

Dith se dio la vuelta irritado y miró a Suth.

—Esta trampa no la hizo una niña —dijo—. Fue el niño. Mirad, construyó tres. ¡Tú! ¡Niño! Tú pusiste tres trampas. Eso está mal. Cada uno hace sólo una trampa.

Fulminó a Suth con la mirada, con los hombros encorvados y el pelo encrespado, pero Suth también estaba enfadado. No podía hacer nada contra un adulto, pero se negaba a someterse al ritual de sumisión de arrodillarse y dar palmadas en el suelo.

Se limitó a inclinar la cabeza y a agitar un momento los dedos en el aire.

—Yo construí ésta —dijo—. Ko construyó aquélla. Ves, es de niño, es pequeña. Mana, di la verdad: ¿quién hizo esta trampa? —No tenía sentido preguntarle a Tinu. No habría comprendido lo que ella hubiera tratado de decirles, y en cualquier caso se habría puesto muy nerviosa.

—Tinu hizo esta trampa —respondió Mana con firmeza—. Ella sabe cómo. Yo la vi.

Las mujeres volvieron a reírse y, con aire triunfal, llevaron en volandas a Tinu. A ella no le gustó en absoluto, y trató de acurrucarse hasta que volvieron a dejarla en el suelo. Cuando el alboroto cesó, Suth la llevó a un lado y la elogió en voz baja, pero Tinu se tapó la cara incluso ante él.

Aquella noche, reunidos junto al fuego, Suth le preguntó a Noli por su conversación con Mosu. Esperaba que la niña hubiese aprendido algo útil sobre aquellas personas y sus costumbres.

Noli estaba dando de comer a Otan, y no le respondió al momento. Después, levantó la mirada; tenía la cara manchada con la mezcla de pasta de semilla y zumo de baya que había estado masticando para el pequeño. Pero negó con la cabeza.

—No me preguntes, Suth —pidió—. Yo, Noli, te lo ruego. Es un secreto.

Suth se sintió herido. Sabía que las personas a quienes los Primeros visitaban hablaban sobre sus experiencias entre sí pero con ninguna otra persona. Sí, Noli era una de aquellas personas, pero también era algo más.

Volvió la cabeza y miró el fuego. Necesitaba a Noli. ¿Ella no lo comprendía? Era un niño, pero debía fingir que era un adulto y enfrentarse a aquellos hombres, como con Dith en la madriguera. ¿De qué otra manera podría cuidar a su familia? La familia de los dos. Si él era el padre, ella era la madre. ¿Se pasaría todo el día hablando en secreto con la anciana? Aquello no estaba bien.

Sintió que los dedos de ella le rozaban el brazo, y que la mano se deslizaba hasta posarse en el dorso de la suya, para después cogerla. Pero Suth no miró a la niña.

—Te digo esto, Suth —explicó Noli en voz baja—: Estas personas nos quieren retener aquí. Están enfermos. Su sangre es mala. Pronto nos hacemos hombres y mujeres. Entonces podemos ser elegidos como compañeros. Y así consiguen nuestra sangre buena y dejan de estar enfermos. Mosu les dice todo esto. Pero ellos piensan: «Si están juntos, los seis, quizá se escapan.» ¿Pueden vigilarnos todo el rato? Es difícil. ¿Pueden encerrarnos en la cueva? Entonces nosotros enfermamos y morimos. Así que Mosu dijo: «Noli se queda conmigo. Suth no se va sin Noli.»

Suth la miró, consternado. Sin pensarlo, empezó a levantarse, como si tuviera la intención de reunir a los Halcones Luna y fugarse en aquel mismo momento, irse lejos de aquella gente, lejos de aquella trampa. Noli le cogió la mano y lo obligó a sentarse.

—Nos vigilan —murmuró—. Sé listo, Suth. Es un secreto.

# LEYENDA

## Da y Datta



Los hijos de An y Ammu pugnaban por ver quién era el mejor. Luchaban, hacían carreras y tiraban piedras a una marca, y cosas por el estilo.

Uno era el más fuerte, otro era el más rápido, otro era el que tenía la vista más aguda, cada uno según la naturaleza del Primero que lo había criado. Pero Da no era ninguna de aquellas cosas.

—Pero yo soy el mejor de todos —dijo Da.

Los demás se burlaron de él y dijeron:

—¿Por qué eres el mejor? A nosotros nos han criado los Primeros. Ellos nos hicieron más fuertes, más rápidos y más inteligentes que tú.

Da dijo:

—Yo fui criado por personas, y ellos hicieron al mejor. Las personas son superiores a cualquier criatura.

Los demás preguntaron:

—¿Cómo?

A esa pregunta Da no tuvo respuesta, y sus hermanos se burlaron de él otra vez, hasta que Da se fue corriendo hacia el desierto. Allí encontró a Datta, y le contó lo que había ocurrido y lo que se había dicho, y ella también lloró.

Durmieron, y Mono se presentó a Datta en un sueño.

Por la mañana Datta le dijo a Da:

—Ve con tus hermanos y di esto y esto.

Da fue con sus hermanos y les dijo:

—Ahora yo os digo por qué soy mejor que vosotros. Yo como carne de todas las criaturas, y sus huevos también. Pero cada uno de vosotros no come la carne de una criatura en particular, ni sus huevos. Tejedor crió a So. ¿So come los huevos de los tejedores? Madre Hormiga crió a Buth. ¿Buth desentierra nidos de hormigas y busca larvas? Puerco Gordo crió a Gor. ¿Gor persigue a la puerca hasta la madriguera y come cochinitos tiernos? Lo mismo con el resto de vosotros. Yo hago todas esas cosas. Me han criado las personas. ¿Quién come la carne de personas? Ninguno de vosotros lo hace. Está prohibido. Así que las personas son mejores. Yo, Da, digo esto. Lo más bajo es ser piedra, tierra y agua. Después están las plantas. Después de las

plantas están las criaturas. Sobre las criaturas están las personas. Ellas son superiores.

Nadie tuvo respuesta para esto, pero de todos modos se burlaron de Da, le arrojaron barro y lo echaron; y él lloró.

Mono se enfadó al ver lo que habían hecho con Da. Mono se presentó a Datta en un sueño y le reveló dónde había escondido el palo de fuego que había hecho.

Da y Datta fueron al lugar y encontraron el palo de fuego. Hicieron una hoguera y asaron carne de lagartijas y se la comieron, y era muy buena.

Asaron más, y se la llevaron a sus hermanos y hermanas y se la dieron para comer. Entonces los demás desearon la carne asada y dijeron:

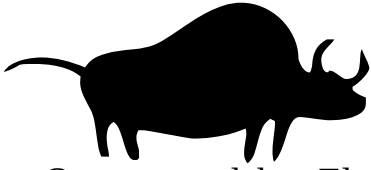
—Danos el palo de fuego, así nosotros también podemos hacer fuego y asar lo que cazamos.

Da y Datta respondieron:

—Primero debéis venir a la Roca de Reunión en Odotu al pie de la Montaña y jurar que nosotros somos mejores por ser criados por personas. Y debéis jurar que a partir de ahora nuestras costumbres son vuestras costumbres, porque son las costumbres de las personas.

Tan fuerte fue el deseo de carne asada que todos accedieron. Fueron a Odotu al pie de la Montaña y juraron sobre la Roca de Reunión, tal como Da y Datta habían dicho. Entonces Da y Datta les entregaron el palo de fuego, y ellos hicieron otros palos de fuego, uno para cada Clan.

Pero cuando An y Ammu se enteraron de lo que habían dicho y hecho sus hijos, lloraron.



Pasó una luna y después otra, con una tormenta cada pocos días. La estación de las lluvias terminó y pasaron más lunas.

Otan ya andaba. El valle ya no le resultaba desconocido. Era como si siempre hubiera vivido allí; le parecía que siempre le habían llevado al lago para beber por la mañana y por la tarde, y luego, por la noche, a dormir a la cueva hedionda.

Lo mismo les pasaba a Mana y a Ko. No tardaron en aprender las costumbres de aquellas personas, en hacer amigos y en participar en sus juegos. Ko era el predilecto de las mujeres, que lo malcriaban y le decían lo bueno que era. Nadie prestaba mucha atención a Mana.

Aún le hacían menos caso a Tinu. Como si pensaran que, al no poder hablar con claridad, no era una persona de verdad. A ella no parecía importarle. Pasaba parte del tiempo ayudando a Noli con Otan, pero casi siempre seguía a Suth, observando lo que éste hacía y ayudándolo cuando podía. Casi cada vez que pasaban por la madriguera, Tinu tendía una trampa, y por lo general cazaba algo. Construía mejores trampas que Baga, con piedras cuidadosamente colocadas que caían al menor roce.

Los hombres, por supuesto, no lo admitían. Decían que se debía a que ella era Halcón Luna, que cazaba ratas. Por eso Tinu tenía suerte.

(Se contaban casi las mismas Leyendas que en el Clan, pero algunas eran diferentes. Había nueve Clanes, por supuesto, porque Mono tenía uno. En las Leyendas llamaban a Mono por su verdadero nombre. No había sido Mono, según ellos, quien había causado los problemas, sino Cocodrilo y Puerco Gordo, que estaban celosos de la inteligencia de Mono porque eran estúpidos. Por eso conspiraban contra él.)

Noli pareció cambiar mucho más que Tinu. Recordaba los Lugares Buenos, por supuesto, y los largos viajes entre uno y otro, pero no lamentaba su pérdida. Tras los primeros días, Mosu le permitía a veces ir a buscar comida con el resto de sus compañeros, pero cuando volvía a la cueva, Noli pasaba la mayor parte del tiempo sentada junto a Mosu, escuchando o hablando, o en lo que parecía una especie de trance compartido, como si tuvieran el mismo sueño.

—¿Qué haces tanto tiempo con esa mujer? —le preguntó Suth.

—Aprendo —respondió Noli—. Ella es vieja, vieja. Ella sabe mucho.

A Suth no le gustaba aquella situación. Echaba de menos a Noli. La necesitaba. Ella era Halcón Luna, no Mono. Su lugar estaba con él, criando a los pequeños según las costumbres de Halcón Luna. Mosu tenía poder. Debía de tenerlo para ser la jefa de aquella gente. En las Leyendas, Madre Hormiga había tenido a mujeres como jefas, y Serpiente también, pero nadie recordaba ninguna, ni ninguna había sido ciega ni tan

vieja como Mosu. ¿Estaba usando su poder para atrapar a Noli, para que dejara de ser Halcón Luna y se convirtiera en Mono?

—Ella no ve nada —dijo Suth irritado—. Sus ojos están muertos.

—Porque es vieja —explicó Noli—. No es la enfermedad de la sangre. Cuando era joven veía bien. Dice que hace mucho tiempo decenas y decenas y decenas de personas vivían en este Lugar. Algunos vivían aquí, en esta cueva. Otros vivían allí. Y allí nació Mosu.

Noli señaló las pronunciadas pendientes del extremo del valle, al otro lado del bosque. Allí nadie buscaba comida ni cazaba. Estaba demasiado lejos para ir y volver el mismo día, y más cuando tenían suficiente al alcance de la mano para satisfacer las necesidades de todos. ¿Y cómo podían estar a salvo fuera de la cueva, con los grandes cazadores nocturnos al acecho?

El solo hecho de ver aquellos espacios vacíos inquietaba a Suth. Igual que los demás, se había acostumbrado al valle, pero sólo en cierto modo. Casi todos los días sentía el temblor de la tierra, pero ya no dejaba lo que estaba haciendo. Si ocurría de noche, no se despertaba. Y apenas advertía las ráfagas de olor a huevo podrido que flotaban en la brisa.

Por otra parte, el hedor de la cueva seguía perturbándolo. Todas las noches era reacio a entrar en ella, deseando que hubiese otros lugares donde pasar la noche, y en sueños caminaba y caminaba y caminaba, y se despertaba con las piernas doloridas por el viaje imaginario. Toda su vida había transcurrido entre viajes de un Lugar Bueno a otro, siguiendo las lluvias a través de la tierra reseca. No podía acostumbrarse a permanecer en un solo lugar, salir en la misma dirección cada día, nunca más de media jornada de viaje, a recolectar alimento en el siguiente trozo de terreno, a oler los mismos olores y ver los mismos horizontes que el día anterior.

Una y otra vez algo le recordaba que Noli tenía razón: que él y los Halcones Luna estaban prisioneros en aquel valle. Nadie parecía prestarles atención mientras estaban separados, pero en cuanto se reunían los vigilaban. No les permitían buscar comida al final de la fila, donde podían desaparecer inadvertidos, sino que los obligaban a quedarse en el centro. Y si por casualidad desaparecían de la vista, alguien iba en su busca.

Suth hizo una prueba la primera vez que tuvo ocasión. Una mañana, en cuanto empezaron a recolectar se desató una tormenta y todo el mundo se cobijó bajo una arboleda. Suth llevó adrede a los Halcones Luna a una roca inclinada donde apenas había sitio para los seis.

Casi inmediatamente Dith fue corriendo en medio de la lluvia, cogió a Suth por el brazo y lo sacó a rastras.

—¿Qué haces aquí? —gruñó—. Debes estar con nosotros. Vamos.

Arrastró a Suth hasta los árboles y lo tiró al suelo delante de todos, como si estuviera castigando a un niño desobediente.

Aquello era normal. Era otra de las razones por las cuales Suth sabía que no se

adaptaría. No encajaba en aquel Clan. Se suponía que él era el padre de una familia. Mosu lo había dicho. Se había fabricado un buen palo de cavar, le había afilado la punta y la había endurecido en el fuego, como hacían los hombres. Llevaba el palo de cavar consigo, dondequiera que fuera, pero sólo lo usaba para matar alguna serpiente, como le había enseñado su padre; no cazaba con él. Para eso debía ir con un grupo de nombres, y ellos no se lo permitían, como tampoco le dejaban participar en sus juegos cuando se sentaban al pie de un árbol, mientras protegían a las mujeres que trabajaban. Suth no era un hombre. No tenía cicatrices de hombre en las mejillas. Así que lo trataban como a un niño. Y a Suth aquello no le gustaba nada.

Había tres niños de la edad de Suth, pero éste no quería jugar con ellos. Se suponía que él era un hombre. Por otra parte, los niños tampoco querían a Suth en su grupo. Para ellos era mejor imitar a los hombres y hacer caso omiso de él.

El mayor de los niños se llamaba Jad. Su padre era Jun, el hijo mayor de Mosu. Una noche, al final de la época de lluvias, hubo un murmullo de excitación y las mujeres empezaron a preparar una fiesta. Mientras lo hacían, no dejaban de fastidiar a Jad, dándole órdenes y regañándole aunque no hiciera nada malo. Bromeaban, pero al mismo tiempo se lo tomaban en serio. Era importante.

Suth se sentó, observó y se sintió dolido. Sabía lo que significaba todo aquello. Sabía qué iba a pasar.

Cuando por la tarde bajaron al lago para beber, Jad cogió una hoja y la dobló para hacer un recipiente poco profundo. Llenó la hoja con agua y la llevó entre las manos hasta la cueva.

En el camino, los hombres corrieron y le tendieron emboscadas, saltaron delante de él lanzando feroces gritos, tratando de asustarle y de hacerle derramar el agua, pero Jad la llevó con firmeza.

Cuando llegaron al campamento, Jad se agachó junto al fuego, y su madre, Fura, puso ceniza en el agua y la amasó hasta formar una pasta espesa que Jad llevó hasta la entrada de la cueva, donde estaba sentada Mosu. Se arrodilló ante la anciana; ésta tocó el rostro de Jad con una mano, hundió la otra en la pasta y la untó en la frente y en las mejillas del niño, murmurando mientras lo hacía. Después Fura continuó con la tarea y cubrió el resto del cuerpo de su hijo con pasta, hasta que estuvo gris de pies a cabeza.

Durante el ritual, las mujeres que preparaban la comida no charlaron como de costumbre, sino que cantaron un cántico lento, como un lamento, con voz demasiado baja para que Suth pudiera comprender las palabras. No necesitaba entender, puesto que en el Clan solían hacerlo casi igual. Las mujeres cantaban cuando uno de sus hijos moría; aquella noche Jad dejaría de estar al lado de su madre y se convertiría en hombre.

Aquella noche Jad no era nada, ni hombre ni niño, así que se sentó con las piernas cruzadas ante el fuego y no comió nada. No era nada, sólo un fantasma gris, y los fantasmas no comen. Tampoco duermen entre los seres vivos, así que justo antes de

que todos se metieran en la cueva, Jun lo llevó a lo largo del despeñadero y lo ayudó a subir por un mástil que tenía hendiduras hasta un saliente donde pudiera pasar la noche. Después Jun quitó el mástil para que Jad quedara a salvo de los cazadores nocturnos.

Al día siguiente lo ayudaron a bajar, pero no se le permitió caminar hasta el lago. En vez de ello, los hombres lo llevaron como a un muerto y lo dejaron junto al agua, donde Jun le quitó la ceniza. Entonces Mosu se arrodilló junto a él y gritó con voz ronca al poder que habitaba en el lugar, comunicándole que a partir de ese momento Jad era un hombre.

Jad se levantó; Jun le dio una vara y le ordenó que se fabricara un palo de cavar. Dith, que era el mejor tallador de piedra del valle, le dio un cortador nuevo para que pudiera hacer la punta.

Todos los demás fueron a la colina para preparar la fiesta de la hombría, riendo y gastando a Jad las mismas bromas que el Clan le habría gastado a Suth en Odotu al pie de la Montaña.

Suth contempló todo el ritual en silencio, aunque su corazón rebosaba de amargura y dolor. Tal como le había dicho a Mosu tres lunas antes, durante la segunda mañana que pasaban en el valle, aquél habría sido su día. En aquella misma luna, el Clan habría ido hasta Odotu, y su madre le habría cubierto el cuerpo con ceniza, y su padre le habría llevado a un saliente en la montaña, para pasar la noche solo...

Aquello ya no pasaría. No tenía padre ni madre. Y aquel valle no era el lugar donde un Halcón Luna pudiera convertirse en hombre.

En la fiesta apenas pudo comer. Y cuando llegó el momento en que Jad se arrodilló junto a Mosu para que ésta, con la ayuda de Foia, le cortara la mejilla y le hiciera la primera cicatriz de hombre, Suth fue incapaz de soportar la escena. Cerró los ojos e inclinó la cabeza. Sintió la mano de Noli en el brazo, pero la retiró y se puso a llorar.

Pocos días después, cuando iban hacia la cueva, los buscadores de comida y los cazadores se detuvieron, como de costumbre, para inspeccionar las trampas. Casi había llegado el momento de cambiar de madriguera, sólo en dos trampas había caído algo: en la de Baga y en la de Tinu. En la trampa de Dith no había nada. Baga era su hermana, y nunca dejaba escapar la oportunidad de burlarse de él.

—No eres cazador, Dith —lo desafió—. Tú no cazas nada. Una mujer construye una trampa mejor que la tuya. ¿Ves?, esta niña las hace mejor que tú. Mira lo bien que las hace.

Dith se enfureció. Se acercó a la trampa de Tinu dando grandes pasos, dio un puntapié a lo que quedaba de trampa, cogió la rata y la tiró a la colina.

Tinu se encogió como si él la hubiera golpeado. Suth se puso a su lado y se volvió hacia Dith. Sintió que el pelo empezaba a erizársele.



—Baga dice la verdad —gruñó—. Tinu construye buenas trampas. Tú debes elogiarla, no despreciarla.

Dith lo miró con desdén. Si un hombre le hubiese hablado en ese tono, se le habrían puesto los pelos de punta, pero ni siquiera se movió.

—Ella construye una trampa para ciervos —replicó—. Entonces yo le doy mis elogios.

Se dio la vuelta y se alejó.

Pocos días después, cuando volvieron de la visita matutina al lago, Tinu llamó a Suth para que se acercara.

—Vamos a ver a los ciervos —murmuró—. Por este camino no van las personas. Suth, yo te lo pido.

Era un esfuerzo muy grande para Tinu decir tantas cosas. Ella lo miró suplicante y señaló una pendiente en dirección opuesta a los terrenos en que buscaban comida.

Suth hizo un gesto para que Tinu esperara. Noli ya le había dicho que aquel día ella iría a recolectar, así que Suth le dijo que él iba a cazar.

—Suerte, Suth —dijo ella, como su madre le decía a su padre cuando éste salía de caza.

—Suerte, Noli —respondió Suth, como habría dicho su padre.

Suth y Tinu se dirigieron a la escabrosa colina. Habría sido más rápido ir por alguno de los senderos que cruzaban el matorral, pero ni siquiera los hombres mayores iban solos por allí. No todos los grandes cazadores dormían de día, y un hombre solo no era rival suficiente para un leopardo.

Al principio, los buenos deseos de Noli parecieron ser eficaces. Tras caminar un rato, Suth vio una piedra hierba. Le puso su marca para recogerla cuando regresaran y compartirla con el resto de los Halcones Luna. Era una buena señal, pensó mientras seguían caminando.

El sol estaba en lo más alto cuando llegaron a una hondonada poco profunda a un lado de la colina, donde crecía una amplia franja de hierba. En el borde inferior descubrieron huellas frescas de ciervos, que iban y venían a través de huecos en el matorral.

Volvieron a subir y se quedaron a la sombra de un saliente para vigilar. Pasó mucho rato sin que sucediera nada. La inquietud de Suth, aplacada al principio por el cambio en la rutina de buscar comida tantos días seguidos, se apoderó de él con más fuerza, hasta que sintió que ya no soportaba quedarse sentado y se levantó.

—Los ciervos no vienen —dijo—. Vamos.

Tinu levantó la vista. La desilusión casi le impidió hablar. Movié la boca. Cuando le salieron las palabras, Suth apenas las entendió.

—Yo... me quedo... Suth... Yo... te lo pido.

Suth vaciló y miró alrededor. ¿Qué podía pasarle a Tinu, tan lejos, en plena colina? ¿Qué otra cosa, excepto serpientes y lagartijas, podía haber allí, a pleno sol?

—Me voy —dijo señalando—. Cuando el sol llegue allí, vuelvo.

Señaló por encima del horizonte hacia el oeste. Tinu asintió. Suth cogió el palo de cavar. Sin haberlo pensado, sabía exactamente qué necesitaba para calmar su desasosiego.

Subió la colina sin detenerse, utilizando el palo de cavar Como bastón, haciendo caso omiso de los rayos de sol que le caían sobre la cabeza y los hombros. Por fin la pendiente se suavizó, y vio delante de sí la barrera de rocas dentadas que bordeaban la cuenca. Estaba más lejos de lo que pensaba. Miró hacia el sol. Ya estaba muy bajo. Si continuaba, tendrían suerte si llegaban a la cueva antes de que oscureciera. Pero se empecinó en ello: haría lo que había ido a hacer.

Cuando se volvió para proseguir, un destello sobre la cresta occidental, el pico blanco de una montaña, atrajo su atención. La reconoció al momento. Veían aquel pico cubierto de nieve desde todas las tierras que el Clan recorría, aunque estuviera a días de distancia. Era la Montaña al pie de la cual estaba Odutu, el Lugar de Reunión. Cuando una persona del Clan moría, Halcón Luna iba por la noche y llevaba su espíritu al Lugar de los Espíritus, en la cumbre. Y un poco más abajo estaba el saliente donde Suth habría pasado la noche anterior al día en que se hubiera convertido en hombre.

Suth lo miró y lloró por el mundo que había perdido.

«No puedo quedarme aquí —pensó mientras seguía subiendo—. Este no es mi lugar.»

La primera vez que pasaron la barrera de rocas que coronaba la cresta, los Halcones Luna habían tenido suerte: habían encontrado el camino enseguida. En esta ocasión, Suth lo intentó por varias aberturas que encontró bloqueadas, antes de reconocer la que habían utilizado al llegar.

Más tarde tendría que ser capaz de reconocer el lugar, pensó, así que estudió la pendiente y colocó señales para asegurarse de encontrarlo. Ya era hora de volver, pero continuó, obstinado, hasta llegar a un lugar desde donde tuvo una visión clara del desierto.

Miró hacia el este. El espantoso vacío se extendía a lo lejos, muy lejos. Era aterrador, mortífero; sin embargo, Suth lo anhelaba, simplemente porque no era la prisión en forma de cuenca que tenía a sus espaldas. Allí estaba el inmenso cielo al que estaba acostumbrado. Allí podría caminar día tras día y no llegar al final. Pronto, pronto, dentro de algunas lunas, los pequeños serían lo bastante altos y fuertes para lograrlo, y sólo Otan necesitaría ayuda. Entonces los llevaría lejos, a los nuevos Lugares Buenos que Bal había soñado, y allí Suth les enseñaría a vivir la vida para la que habían nacido.

En algún lugar tenía que haber un camino por el que atravesar el desierto. Lo miró buscando cualquier indicio que le diera esperanza. Bajo la clara luz de la tarde veía espacios inmensos. La trampa del rocío que él y Noli habían encontrado..., ¿dónde estaba?... No, debía de estar muy lejos... ¿Por dónde habían subido el

despeñadero? ¿Un poco a la izquierda? Entonces...

Se puso tenso. En aquella quietud se había movido algo. No donde estaba posada su mirada, sino lo bastante cerca para llamar su atención. Había salido de la larga sombra de la roca hacia el sol. ¿Dónde?

¡Allí! Eran dos... tres... Moviéndose uno detrás de otro hacia la montaña. Eran sólo puntos oscuros en el desierto gris y amarillo, tan lejanos que no lograba distinguir cabezas ni extremidades.

Sin embargo, en ese mismo momento se percató de lo que estaba mirando. Personas. Que caminaban.

¿Quiénes eran? Nadie salía del valle hacia el desierto. ¿Parte del grupo de Bal? ¿Los tres que sobrevivieron? Pero no se movían como supervivientes perdidos y hambrientos. Había algo en ellos que reflejaba que sabían a dónde iban...

Sí. Ahora estaba seguro. Quienesquiera que fuesen aquellas personas, ahora él sabía que había un camino a través del desierto, y ellas lo habían encontrado.

Cuando Suth atravesó de nuevo la cresta, el sol ya estaba rozando el horizonte. Antes de llegar donde estaba Tinu casi había oscurecido. Ella no parecía preocupada por su larga ausencia. En cuanto él llegó, la niña se levantó y señaló colina abajo.

—Suth, vi ciervos. Vamos —murmuró.

Suth miró colina abajo. Había luna, apenas en cuarto creciente, y ya estaba muy baja en el cielo del oeste. La faja de matorrales y el bosque formaban una única masa oscura. Estaba demasiado oscuro para saber si los ciervos que Tinu había visto seguían allí. Cuando la luna se pusiera, ya habría caído la noche. No había esperanza de volver a la cueva antes de que aquello ocurriera. Y pronto los grandes merodeadores nocturnos saldrían a cazar.

—Está oscuro, oscuro —dijo—. Ahora buscamos un refugio.

Suth la condujo por el camino otra vez colina arriba.

\* \* \*

Hambrientos y sedientos, se pusieron a dormir, pero Suth casi celebró la incomodidad. Aquello formaba parte de la vida que él conocía. Tinu no se quejó. Parecía feliz y emocionada. Cuando Suth se despertó con la primera luz de la mañana, ella ya se había levantado; estaba agachada a poca distancia, en un saliente de roca que ofrecía una vista clara de la parte de abajo de la colina. Cuando Suth se acercó para reunirse con ella, Tinu le indicó que se mantuviera agachado. Él se puso en cuclillas y la niña señaló. Lejos, debajo de ellos, en medio de la pendiente, había ciervos pastando.

Tinu dio un suspiro de felicidad.

—Los hombres duermen y los ciervos vienen —balbuceó—. Cuando los hombres

vienen los ciervos se van.

Suth gruñó. Tenía sentido. Los ciervos habían aprendido a esconderse de los merodeadores nocturnos y de los cazadores diurnos. Sólo en dos momentos, el amanecer y el crepúsculo, estaban a salvo para pastar.

Pero eso ya no importaba. Era importante para que Tinu estuviera contenta, pero Suth deseaba volver a la cueva para contarle a Noli que estaba seguro de que había un camino a través del desierto.

Llegaron a tiempo para ver las últimas personas que desaparecían entre los matorrales camino del lago. Se apresuraron y los alcanzaron cuando la fila llegaba a los árboles. Jun estaba en la retaguardia. Se dio la vuelta, cogió a Suth del pelo y le golpeó en un lado de la cabeza.

—¿Adonde has ido? —gritó—. No está bien. ¿Eres un hombre, para ir y venir?

Empujó a Suth hacia delante. Cuando éste se abrió paso entre la fila hasta llegar a los Halcones Luna, varias de las mujeres lo regañaron.

El alivio de Noli al verlo fue evidente.

—Suth, tenía miedo —le dijo—. Las mujeres dijeron que te habías llevado a Tinu y nos habías dejado. Dije que tú no haces esas cosas. Pero tenía miedo por ti.

Suth apenas la oyó. La cogió del brazo.

—Noli —murmuró—. Hay un camino para atravesar el desierto. Vi gente. Venían del desierto.

Noli no reaccionó con preguntas nerviosas, sino que simplemente lo miró, con el entrecejo fruncido, mientras él le explicaba lo que había visto.

—¿Quiénes son? —preguntó con voz dubitativa.

Era la pregunta que Suth se hacía desde que se había despertado.

—Yo creo esto —respondió—: Son Halcones Luna. Encontraron Lugares Buenos más allá del desierto. Y Bal los envía a contárselo a Puerco Gordo, a Pequeño Murciélago y a todos los Clanes: Vamos a esos nuevos Lugares Buenos. ¡Allí no hay asesinos desconocidos!

Noli frunció el entrecejo y suspiró; siguió caminando con la cabeza agachada, preocupada y en silencio. Cuando llegaron al lago, Suth la llevó a un lado.

—¿Por qué no hablas? —le preguntó—. ¿No es bueno lo que vi? —Noli le cogió las manos y lo miró a los ojos, pero no respondió—. ¿Halcón Luna no dice nada? —continuó Suth.

—Halcón Luna no viene a este lugar —murmuró la niña—. No más preguntas. Suth, estoy triste, triste.

Apretó las manos de Suth con más fuerza y las soltó. Él percibía la pena de ella, aunque no la comprendía. Gruñó y se alejó. Todo su entusiasmo había desaparecido, y se quedó amargado y triste.

Cuando miró hacia atrás, vio a Noli de pie donde la había dejado, mirando el otro lado del lago, mientras el espantoso aullido de Voz Grande flotaba sobre el agua.

# LEYENDA

## Mono es descubierto



Antílope Negro pastaba lejos, en la llanura.  
Por la tarde levantó la cabeza y olió el aire.  
Olió fuego.

Olió el olor a carne quemada.

Entonces pensó: El Primer Lugar Bueno se incendia. Las criaturas se incendian, y An y Ammu y sus hijos.

Fue corriendo, pero todo estaba tranquilo.

Al oír el ruido de sus pezuñas, las criaturas salieron de sus agujeros, madrigueras y nidos y lo recibieron.

—¿Quién está herido? —preguntó Antílope Negro—. ¿Quién se quema?

—Nosotros no —respondió cada uno de ellos.

En la oscuridad vio el brillo de una gran hoguera. Oyó el sonido de canciones y el ruido de grandes alardes.

En silencio se dirigió al lugar y vio a An y a Ammu y a sus hijos en una fiesta alrededor del fuego. Su nariz se llenó con el olor de la carne asada que estaban comiendo.

Antílope Negro convocó a los Primeros.

—¿Quién de vosotros hizo esto? —dijo—. ¿Quién dio fuego a los hijos de An y Ammu?

—Yo no —respondió Pequeño Murciélago.

—Yo no —dijo Puerco Gordo.

Lo mismo respondieron todos, uno por uno.

Sólo Mono no dijo nada.

—¿Tú, Mono? —preguntó Antílope Negro.

Mono siguió sin responder. Pero el lugar debajo del brazo que nunca se había curado le produjo escozor.

Mono se rascó.

—¿Por qué te rascas, Mono? —preguntó Antílope Negro.

—Porque me pica —respondió Mono.

—Déjame soplar para curarte —dijo Antílope Negro.

Mono intentó escapar, pero Serpiente lo atrapó y se enroscó alrededor de él para

que no pudiera moverse, y Antílope Negro miró debajo del brazo y vio el lugar que no se había curado.

Así, todos supieron que Mono había dado el fuego a los hijos de An y Ammu.



Suth empezó a planear el viaje. No tenía sentido esperar a que terminara la estación seca. Llovía muy poco en Colinas Secas, y nada en el desierto. (Por alguna extraña característica del suelo, en aquel valle se producían pequeñas tormentas locales que mantenían el lago lleno; Suth había llegado a la conclusión de que Mono era el responsable.)

No podían llevar agua, así que tendrían que encontrarla. Las personas que Suth había visto en el desierto seguramente la habían encontrado. Suth se preguntaba si había alguna otra razón para viajar de noche, aparte de evitar el terrible sol del desierto. Quizá conocieran trampas de rocío. Estas no eran comunes. Había una buena en Roca Tarutu, y la mala que Suth y Noli habían encontrado. Eran las únicas que había visto o de las que había oído hablar. Pero en el desierto podía haber otras, y mejores...

Aunque tuvieran suerte con el agua, ¿cómo transportarían la comida? En los antiguos Lugares Buenos, los Clanes hacían correas con la corteza de un árbol especial, y redes ligeras con unas hierbas determinadas, pero Suth no había visto en el valle nada parecido. No había calabazas. Quizá tampoco crecía allí ese árbol especial.

Suth preguntó a Tinu si tenía alguna idea y ésta asintió, haciendo un gesto para indicarle que lo pensaría, pero por lo que Suth pudo ver, no hizo nada.

Además, Tinu estaba ocupada en otra cosa. Durante su tiempo libre, en el campamento y mientras descansaban al mediodía a la sombra de los árboles, cogía briznas de hierba, las ataba una a una y las guardaba en una hoja doblada que llevaba consigo. Después, partía ramas de arbustos que acarreaba al campamento.

Una tarde, Tinu llamó a Suth y lo condujo a una parcela de tierra que había despejado de hojas y guijarros, un poco alejada del campamento principal. Suth la miró mientras ponía un montón de ramas en la pendiente hasta formar una ancha franja que atravesaba la mitad inferior de la zona despejada. Había senderos estrechos que atravesaban las ramas colina abajo.

A continuación, Tinu desdobló la hoja y sacó las hierbas que había estado atando. Cuando apoyó el primer trenzado de tallos en una roca, Suth se dio cuenta de qué era. Dos hierbas en la parte inferior, retorcidas para formar un tallo más grueso, con otras dos a cada lado y una bola en la parte superior. Piernas, cuerpo, brazos, cabeza. Eran personas. Pequeñas personas de hierba.

La niña le enseñó otras figuras. Estaban hechas de la misma forma, pero cada una tenía cuatro tallos debajo de un cuerpo horizontal, que se retorcía hasta formar el cuello, y sobre éste una cabeza. Eran ciervos.

Entonces Suth supo que la pendiente de la roca representaba la colina donde ella había contemplado los ciervos con él, y la línea de ramas era la franja de matorrales

que había más abajo.

—Ingenioso —dijo.

Ella sonrió y comenzó a mover el diminuto ciervo de hierba a través de los senderos para pastar en la ladera. Puso dos figuras de hombres que vigilaban lo que hacía el ciervo. Después llegaban más hombres para cortar ramas de los arbustos y bloquear todos los senderos menos uno, y en éste formaban un claro. Tinu colocó a los ciervos como si fueran en una y otra dirección por el único sendero.

Entonces, mientras los ciervos estaban en la colina, los hombres volvían cautelosamente a través de los matorrales. Dos grupos ascendían la colina a cada lado de los ciervos, mientras uno más pequeño iba al claro y bloqueaba la abertura inferior con más ramas, y esperaba allí, al acecho.

Tinu dio varias palmadas y con movimientos rápidos y diestros situó a los cazadores de forma que tendían una emboscada.

—¡Yik-yik-yik-yiiik! —gritó—. ¡Wow-wow-waah!

Suth se unió a los ruidos de la cacería.

—¡Oiyu, oiyu, uuiyuuu!

Los cazadores cerraron el círculo. Los ciervos corrieron hacia el único sendero disponible y salieron en tropel, sólo para encontrarse atrapados en el claro. Antes de que pudieran regresar, los cazadores de la colina ya estaban sobre ellos. Mientras tanto, Tinu continuaba con los chillidos y gritos que el Clan utilizaba para espantar a los animales y obligarlos a ir hacia los cazadores. Suth, contagiado de la agitación imaginaria, la imitó.

—¿Quién está cazando? —dijo una voz de hombre encima de sus cabezas.

Suth se dio la vuelta y vio que Gan y Mohr los miraban irónicos, sin duda buscando otra oportunidad para burlarse de él, aunque en realidad eran los que se comportaban de forma menos hostil.

—¿Quién está cazando? —repitió Mohr.

—Tinu hizo un trampa para ciervos —respondió Suth—. Enseñales, Tinu.

Pero Tinu rehuyó la mirada de los hombres volviendo la cabeza y cruzando los delgados brazos en el pecho, a modo de protección. Finalmente fue Suth quien tuvo que mostrar a los hombres lo que ella había hecho. Al principio se rieron y no lo tomaron en serio, pero después se contagiaron de la emoción, como le había ocurrido a Suth, y llamaron a los demás hombres.

Pero no se interesaron tanto por la trampa para ciervos como por la cacería imaginaria. Cuando estuvo demasiado oscuro para poder ver, se agacharon todos alrededor del juego, y siguieron discutiendo y dándose codazos para imponer su propia opinión sobre cómo debía realizarse la cacería. Incluso eligieron hombrecillos de hierba para que los representaran, y así poder desempeñar el papel más importante para luego jactarse de lo que habían hecho, como si de verdad hubiese sucedido, y se pelearon entre sí por la función de cada uno en la cacería. Nadie prestó atención a Tinu. El juego, el juguete, era de ellos.



Finalmente lo echaron todo a perder; al mover con brusquedad las pequeñas figuras de hierba, éstas fueron perdiendo la forma y la barrera de ramas terminó desparramada. Todavía discutían sobre el juego cuando llegó la hora de amontonar las rocas en la entrada de la cueva.

A partir de entonces, los hombres se acercaron a Suth, uno detrás de otro, para pedirle u ordenarle que le dijera a Tinu que les hiciera figuras de hombres y ciervos de hierba para cazar. Tinu parecía contenta de hacerlo, de reemplazar las figuras rotas y de reconstruir la maqueta de la colina para que pudieran jugar todas las tardes. Aun así, hacían caso omiso de la niña, que permanecía sentada a un lado, anudando hábilmente hombres y ciervos de hierba y escuchando sus conversaciones.

De repente, una tarde quedó decidido: al día siguiente empezarían a construir una verdadera trampa para ciervos. Al oírlos, Tinu quedó consternada.

—Eso no está bien —balbuceó a Suth—. Primero los hombres esperan y miran a los ciervos. Los ciervos llegan, se van. Los hombres miran.

Tenía razón, por supuesto. Alguien debía ir a estudiar el comportamiento de los ciervos en cuanto amaneciera, para conocer los senderos que recorrían a través del matorral, pues de lo contrario construirían la trampa en el lugar equivocado.

—Tinu, no puedo decírselo —le respondió—. Soy un niño para ellos y no me escuchan.

Tinu vaciló, y al momento inclinó la cabeza y agitó los dedos en el aire.

—Suth, te lo pido —pronunció sin hablar—. Tú y yo, vamos ahora a ver los ciervos, hasta el amanecer.

Suth miró a su alrededor. La idea de dormir otra vez bajo las estrellas era muy tentadora. Ya casi había oscurecido, pero los hombres seguían discutiendo sobre la cacería. Las mujeres se hallaban en el extremo más alejado del fuego. Suth caminó en silencio hasta Noli, que estaba sentada entre los pequeños. Ko y Otan ya dormían, y a Mana le faltaba poco para acompañarlos.

—Me voy con Tinu —murmuró—. Nosotros miramos los ciervos.

—Esto enfada a los hombres —replicó Noli.

—¿Dith es mi padre, para decir sí y no?

—Cuando os vais, se lo digo.

—Gracias.

Suth volvió y se puso en cuclillas junto a Tinu. Cuando nadie miraba en esa dirección, se levantaron y desaparecieron.

Durmieron bien, y en cuanto amaneció bajaron la colina con cautela, sin mover una piedra, y agachados para desplazarse ocultos tras un declive del terreno.

Allí estaban los ciervos. Suth los contó. Diez y tres más, en fila, subiendo con esfuerzo la colina. La mayoría olisqueaba la hierba, pero a cada momento dos o tres levantaban la cabeza, alerta, con las orejas alzadas para detectar el más leve ruido.

Suth y Tinu los vigilaron en silencio. Cada vez había más luz. Entonces Tinu tocó

el brazo de Suth y le indicó que retrocedieran. En cuanto se ocultaron de los ciervos, le dijo al oído:

—Haz correr a los ciervos —murmuró—. Por aquí.

Tinu hizo un gesto para indicar qué era lo que quería. Suth asintió. Tenía sentido. Era su única oportunidad de ver qué sendero tomaban los ciervos para escapar si se asustaban en la colina. Pero tendría que darse prisa. Pronto sería pleno día y los ciervos volverían a su refugio hasta la puesta del sol. Subió lo más rápido y silencioso que pudo, serpenteó por la ladera, al descubierto, utilizando las rocas para esconderse, y después, agachado, bajó rápidamente, hasta llegar debajo de donde Tinu esperaba.

Mientras se arrastraba hasta el borde del declive, los ciervos siguieron en su lugar, aparentemente tranquilos, aunque, a juzgar por sus movimientos inquietos, se preparaban para dirigirse al refugio. Suth se paró un momento para recuperar el aliento y después se levantó de un salto, y se puso a gritar y agitar el palo de cavar.

Inmediatamente, los animales corrieron colina abajo, sorteando las rocas con grandes saltos. Se desviaron cuando Suth corrió para ponerse delante de ellos, pero Tinu también había bajado y ya estaba allí gritando. Retrocedieron y se separaron tomando tres senderos diferentes. Se habían alejado de Suth con lo que éste perdió la esperanza de poder atajarlos.

Entonces, justo cuando el grupo más cercano llegaba al matorral, algo saltó a su encuentro, arrollando al jefe de la manada. Los demás huyeron, pero éste se quedó pateando y luchando para levantarse mientras el leopardo que había estado al acecho le mordía el cuello, gruñendo.

Suth se detuvo, jadeando, y alzó el palo de cavar. El movimiento llamó la atención del leopardo, que levantó la vista y la fijó en él. Agitaba la cola de un lado a otro y enseñaba los colmillos, pero permaneció donde estaba, agachado sobre el ciervo.

Suth vaciló. «Si consigo espantarlo —pensó—, podré llevarme el ciervo a rastras, y hasta Dith tendrá que elogiarme.»

Aunque sabía que estaba haciendo algo estúpido y peligroso, dio un paso adelante, para ver qué pasaba.

En ese momento el leopardo le saltó al cuello.

Sintió que el corazón se le paraba, pero tanto su brazo como el resto del cuerpo respondieron rápidamente, con todas sus fuerzas, para hacer frente al ataque. Fue derribado. El palo de cavar le fue arrancado de las manos. Sintió un dolor terrible en el brazo izquierdo. Cayó, sin poder evitarlo. Una cosa dura chocó contra su cabeza. De pronto, todo se hizo oscuro.

Se despertó con punzadas de dolor en todo el cuerpo. Una voz pronunciaba su nombre.

—¡Suth! ¡Suth! Tinu.

Suth abrió los ojos. Confundido por el dolor, vio una cara cerca de la suya. La neblina empezaba a desvanecerse. Suth trató de eliminarla con el dorso de la mano derecha. Era sangre. Le dolía un lado de la cabeza, y sentía un dolor tremendo que comenzaba en el hombro y se extendía por todo el brazo izquierdo. Estiró el cuello y vio que tenía el costado izquierdo cubierto de sangre, proveniente de heridas profundas producidas por zarpazos. Se incorporó, apretándose la herida con la mano derecha, tratando de parar la hemorragia.

¡El leopardo! Se puso alerta. Miró a su alrededor. No había señales de él. Pero oía un ruido, una espantosa tos convulsiva, mezclada con violentos pataleos entre los arbustos.

—¡Corre, Tinu, corre! —gritó con voz entrecortada, y se incorporó, tambaleándose, buscando el palo de cavar.

Había desaparecido.

Una piedra...

Entonces vio el cuerpo del ciervo.

Olvidó la herida, olvidó el dolor. Había luchado por aquello. Lo cogió por las patas traseras y empezó a arrastrarlo con gran agitación colina arriba.

Era demasiado pesado para él. El dolor volvió. Se detuvo y se quedó en pie, temblando, con la sangre brotándole por la herida. Miró hacia atrás. Todavía no había señales del leopardo, el ruido entre los arbustos aumentó y luego desapareció. Suth se inclinó y arrastró el cuerpo unos pasos más, hasta unas piedras sueltas que empezó a poner sobre el animal. Cada pocos segundos miraba colina abajo, pero no había nada.

El aturdimiento volvió, pero él siguió trabajando. Tinu lo ayudaba. Cuando el cuerpo estuvo cubierto, Suth se alzó y se tambaleó. El valle parecía sumido en la oscuridad.

—Tienes una herida en la cara, Suth —dijo la voz de Tinu. Suth se puso los dedos sobre la mejilla izquierda y se asustó. Otra herida, pero tenía las manos tan llenas de sangre que no podía calibrar su gravedad—. ¿Te mueres, Suth?

La oscuridad se aclaró y se enderezó.

—No, vivo —respondió.

Debía contarles a los hombres cómo había luchado contra el leopardo y cómo le había quitado la presa. Les cambiaría la expresión. Tenía que verlos.

No estaba en condiciones de subir a las rocas, así que, a pesar del peligro, bajó hacia el matorral, donde el camino era menos abrupto. El sol ya estaba por encima del despeñadero y le calentaba la espalda. Caminó lentamente, pero con firmeza al principio, apretándose el brazo herido con la mano derecha. El flujo de sangre parecía haber cesado.

Pero, entonces, la oscuridad volvió a acometerle, nublando su vista y su mente, aunque sus piernas seguían moviéndose como en un sueño. Había en la negrura rendijas de claridad, y por ellas veía a Tinu, que lo sujetaba por el codo y lo guiaba con cuidado; entonces recordaba dónde estaba y qué había sucedido, pero otra vez le

invadían el dolor y la oscuridad.

Se detuvieron; después le pareció que ascendían. La voz de Tinu le dijo que se detuviera, y la niña lo ayudó a sentarse sobre una roca. Ella desapareció.

Suth esperó hasta que Tinu volvió, le levantó la cabeza y le puso algo en la boca. El olor lo despertó.

Piedra hierba.

Suth sorbió y se le aclaró la mente. Tinu había recordado la piedra hierba que Suth había marcado pocos días antes y que, nervioso por contarle a Noli lo que había visto, había olvidado recoger. Era la que Tinu había ido a buscar.

—Gracias —murmuró, y volvió a sorber, cuidadosamente, sintiendo el calor y la fuerza que recorrían sus venas. Le pasó a Tinu la piedra hierba; ella sorbió un par de veces y se la devolvió.

Suth observó que Tinu se ponía rígida y miraba colina abajo. La niña lanzó un grito, subió a una roca, agitó una mano y volvió a gritar. Suth se levantó, tambaleándose, y vio a varios hombres que llevaban palos de cavar, parados justo por encima del matorral, mirando en dirección a ellos. «Vienen a buscarme —pensó—. Noli les ha contado que vine a ver a los ciervos. Están enfadados. No, son muchos, quieren construir la trampa.»

Vaciló y casi se cayó, pero logró sentarse en una roca. Dos hombres subían por la pendiente. Tenía la visión confusa, pero los reconoció por su modo de caminar: eran Mohr y Gan. Suth se levantó. Estaba demasiado débil para permanecer de pie, pero sabía qué tenía que hacer y decir.

Les entregó la piedra hierba, con una sola mano; era el gesto de un hombre cuando ofrecía un regalo a otro hombre, a un igual.

—Mohr, Gan —dijo—. Luché contra el leopardo. Él mató un ciervo. Yo lo ahuyenté. El ciervo está bajo las piedras. Tinu te lo enseña.

—Estás herido —dijo Mohr—. Nosotros te llevamos con Mosu, ella te cura las heridas.

—No, espero aquí. Vosotros lleváis el ciervo. Yo, Suth, os lo pido. Este es mi regalo. Bebed.

Gan aceptó la piedra hierba, sorbió un par de veces y se la pasó a Mohr, quien hizo lo mismo y se la devolvió.

Suth se sentó y cerró los ojos. Oyó que los hombres murmuraban entre sí, hacían preguntas a Tinu, que se esforzaba por responder, por primera vez sin miedo a hablarles. Los tres se alejaron. Suth oyó otras voces más abajo de la colina, que luego se apagaron.

Mientras esperaba, Suth hizo lo posible por limpiarse las heridas del brazo y la mejilla con saliva. Los tres zarpazos del brazo eran profundos, sentía las punzadas, aunque la piedra hierba le calmaba el dolor. El corte en la mejilla parecía más superficial. Quizá había vuelto la cabeza justo a tiempo de evitar otro zarpazo.

Juntó la piel herida con las puntas de los dedos, lo mejor que pudo. «Llevaré estas

marcas durante toda mi vida —pensó—. Así todos sabrán cómo peleé con el leopardo.»

Terminó la piedra hierba. Nunca había tenido tanta para él solo, y el jugo le adormecía. Se acostó en la colina y se durmió.

Una voz lo despertó. De nuevo Tinu, apremiante, agitada.

—¡Suth! ¡Suth! ¡Despierta! ¡Tú le matas..., leopardo! ¡Mira! ¡Gan lo trae!

Las palabras le salían a borbotones. Suth apenas la entendía. Todavía confuso, se sentó y miró. Los hombres subían la colina, dos de ellos con algo en los hombros. Se puso en pie. Ellos se detuvieron a pocos pasos y se quedaron mirándolo. Su expresión había cambiado.

—Suth —dijo Mohr ceremoniosamente—. Tú mataste al leopardo. Lo encontramos en el matorral. Tu palo de cavar se clavó en su cuello. Por eso está muerto. Yo, Mohr, te elogio.

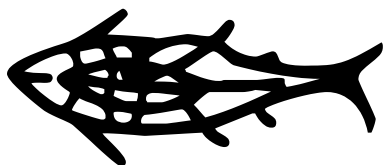
—Yo, Gan, también te elogio —señaló Gan—. Traigo tu valiente palo de cavar. Mira, está aquí.

Se lo acercó, pero se quedó rígido cuando Suth, sin pensar, se pasó el dorso de la mano por la mejilla sangrante antes de adelantarse para cogerlo.

—¡Mira, Mohr! —murmuró Gan—. ¡La cara de Suth! ¡Tiene la cicatriz de hombre! ¡El leopardo se la hizo!

## LEYENDA

### Las personas cazan a Antílope Negro



Tan grande era su deseo de carne asada que los hijos de An y Ammu no querían comer otra cosa. Pasaban junto a plantas con semillas y no las recogían. Dejaban las bayas maduras en los arbustos, y las frutas en los árboles, y las nueces en el suelo, al pie de los árboles, como si fueran basura. Todo el día, desde que salía el sol, cazaban y mataban criaturas, y en el crepúsculo hacían una hoguera, y asaban lo que atrapaban y comían hasta que sus estómagos estaban redondos y llenos, como una calabaza madura. Se sentían enfermos, pero no les importaba.

Las criaturas fueron a Antílope Negro. Ellas dijeron:

—Las personas cazan y matan día tras día, sin descanso. Decenas y decenas y decenas de nosotros, ellos nos matan para sus fiestas. Pronto no queda ninguno de nosotros. Antílope Negro reunió a los Primeros. Dijo:

—Hicimos este Lugar Bueno para nosotros. Ahora las personas lo echan a perder. Marchaos todos, lejos y lejos. Haced nuevos Lugares. Entonces las personas viven allí. Separad esos Lugares para que las personas viajen entre ellos. Vosotros procuráis que haya mucha comida, un poco de cada clase. Entonces las personas tienen que recolectar además de cazar, y así no están enfermas por comer sólo carne. Cada Lugar tiene su estación. Las personas se marchan. Entonces las criaturas se alimentan y las plantas echan semillas y crecen. Y todo es nuevo otra vez.

Los Primeros accedieron e hicieron todo lo que Antílope Negro les había indicado.

Entonces Antílope Negro tomó la forma de un antílope común, y dejó que los hijos de An y Ammu lo vieran mientras cazaban. Ellos lo vieron pastando en la llanura a poca distancia.

Da y Datta dijeron:

—Vamos a cazar ese antílope.

Los demás tuvieron miedo. Dijeron:

—¿Nosotros matar y comernos al antílope? ¿No es Antílope Negro el más grande de los Primeros?

Da respondió:

—¿Por qué no? ¿Quién de nosotros es del Clan de Antílope Negro?

Datta dijo:

—Mirad qué gordo está. Su carne es buena, buena para comer.

Pero los demás tuvieron miedo.

Da y Datta dijeron:

—Nosotros somos los mejores. Vosotros debéis hacer lo que nosotros decimos. Vosotros lo jurasteis en Odotu al pie de la Montaña.

Como habían jurado en Odotu, accedieron a cazar el antílope.

Antílope Negro los vio acercarse a él y se alejó un poco y volvió a pastar. Siguieron acercándose, y Antílope Negro volvió a alejarse, y otra vez, y otra vez. Todo el día hizo eso, y siempre decían en sus corazones: «La próxima vez le atrapamos.» La idea de abundante carne asada estaba presente en su boca.

Cuando llegó el crepúsculo, Antílope Negro los condujo a una charca de agua donde crecía raíz azul. Bebieron y desenterraron la raíz azul y se la comieron, y dijeron:

—Mañana volvemos al Primer Lugar Bueno a cazar allí.

Al día siguiente despertaron y vieron a Antílope Negro pastando cerca de ellos, y otra vez trataron de cazarlo durante todo el día, y a la caída del sol él los condujo a una charca de agua donde había *binjas* que crecían junto al agua. Todos bebieron,

recogieron y pelaron las semillas de *binja* y se las comieron, y dijeron:

—Mañana volvemos al Primer Lugar Bueno a cazar allí.

Lo mismo ocurrió durante muchos días. Hasta que por fin llegaron a uno de los nuevos Lugares Buenos, que los Primeros habían preparado para ellos, y allí los dejó Antílope Negro. Al volver, pasó por las charcas de agua y bebió hasta dejarlas secas. Y comió las *binjas* y la raíz azul, y todo lo que crecía cerca, para que los hijos de An y Ammu no pudieran volver al Primer Lugar Bueno.



Siguiendo las instrucciones de Mosu, Foia lamió las heridas de Suth hasta limpiarlas y puso sobre ellas hojas machacadas de arbusto amargo. El jugo de éstas ardía como el fuego, pero secó las partes que estaban en carne viva, haciendo que se detuviera la hemorragia y empezaran a formarse costras. Mohr y Gan comunicaron la noticia a los buscadores de comida y a los cazadores, que volvieron temprano para la fiesta. Los hombres descuartizaron y asaron el ciervo.

Suth casi no se enteró de nada, pues estaba débil por la pérdida de sangre y aturdido por el efecto de la piedra hierba. Recordaba el momento en que los Halcones Luna se habían presentado de repente; la preocupación de Noli; a Ko, que miraba la herida con los ojos abiertos de admiración, y a Mana, que se sentó junto a él para que la abrazara con el brazo bueno.

Los hombres también se presentaron, y le hablaron con voz diferente. No distinguía sus rostros con claridad, ni comprendía las palabras, pero sabía que eran de elogio. Dith, que tanto se había burlado de él, estaba entre ellos. Él también lo elogiaba.

«Ahora ya me puedo morir», pensó Suth, abrumado de felicidad pese al dolor.

Suth se habría dormido donde estaba, bajo los rayos del sol y sobre la piedra, pero los Halcones Luna habían amontonado hojas para hacer una cama dentro de la cueva. Noli lo ayudó a levantarse y lo acompañó para que durmiera a la sombra.

Lo despertaron para la fiesta. Todavía se encontraba demasiado débil y conmocionado para participar sin ayuda, así que Mohr le sujetó la mano con la que agarraba el cortador y lo ayudó a abrir el vientre del leopardo, a sacar el corazón y el hígado y cortarlos en trozos, para que todos pudieran comer, y así el poder del leopardo estaría dentro de ellos.

Cayó la noche y el fuego seguía encendido. Cantaban y lo elogiaban. Alguien fue y le puso algo duro y redondo en la mano. Era un cortador. Quien se lo daba era Dith. Había hecho lo mismo con Jad en su ceremonia de hombría.

Suth intentó dar las gracias, pero cuando fue llamado para jactarse, tuvieron que ayudarlo a levantarse y sólo pudo murmurar algo. Sabía qué quería decir, pero no le salían las palabras. Sin embargo, nadie se burló de él, puesto que nadie, ni siquiera Mosu, que lo había visto todo y lo sabía todo, había oído de nadie que hubiera matado un leopardo sin ninguna ayuda.

Durante los días siguientes, Suth estuvo demasiado débil para hacer nada aparte de los viajes de la mañana y la tarde hasta el lago, así que Noli se encargó de buscar comida para los Halcones Luna mientras él se recuperaba en el campamento.

Cuando estuvo lo bastante fuerte para ir con ellos, ella siguió acompañándolos, y



Suth empezó a sentir que las cosas habían vuelto a ser como debían, con su familia unida y completa, con un espacio propio y el respeto de los habitantes del valle. Los hombres estaban ocupados construyendo trampas para ciervos, y él podría haber participado, o haberse sentado con ellos a la sombra para jugar sin que lo rechazaran, pero prefirió quedarse con los Halcones Luna y hacer planes para el día en que partieran.

Un día Mosu cayó enferma; estaba demasiado débil para ir hasta el lago, y tenía muchos dolores para que los hombres cargaran con ella hasta allí. Las mujeres doblaban hojas formando recipientes que llenaban de agua y la llevaban a la anciana con mucho cuidado. Aunque estaba Foia para cuidarla, Noli dijo que también debía acompañarla, y aunque Mosu mejoró y ya podía bajar al lago, Noli continuó a su lado.

A Suth aquello no le gustó nada. Lo tomó peor que antes, y se sentía ofendido al ver lo silenciosa y retraída que se mostraba Noli. Una tarde no pudo soportarlo más. Después de comer, la llevó a un lado.

—¿Por qué haces esto? —dijo—. Yo, Suth, te pregunto: ¿Por qué no hablas? ¿Por qué prefieres estar siempre con la anciana? Tú eres Halcón Luna. Has de estar con nosotros.

Ella negó con la cabeza, y él pensó que iba a decirle otra vez que sus razones eran secretas, sueños que sólo podía compartir con Mosu. Sin embargo, durante un rato, Noli simplemente se quedó con la cabeza gacha, mirándose las manos. Cuando por fin habló, lo hizo con un murmullo, lento y vacilante.

—Yo te digo —habló ella—. Las palabras no son buenas para esto, Suth, pero mira. —Cogió una piedra pequeña—. Yo digo Piedra, Suth. Yo veo la piedra. Tú la ves. Tú dices la palabra. Nosotros vemos lo mismo. Nosotros decimos lo mismo: piedra.

—¿Piedra? —preguntó Suth, confundido.

—Piedra —repitió ella, y le cogió la mano—. Yo digo Halcón Luna —dijo—. ¿Qué ves, Suth?

Él frunció el entrecejo.

—Yo veo... ¿un gran pájaro? —contestó, vacilante.

—¿Dónde está ese pájaro, Suth?

—¿Dónde?... En mi cabeza, creo. Es como cuando recuerdo. Como cuando digo Río Algunas Veces. Entonces veo el río en mi cabeza.

—¿Sólo eso, Suth? ¿Nada más? Ahora te digo cómo Halcón Luna viene a mí. Una noche, oscura, oscura. Sin luna. No hay estrellas. Pero ella está allí. Halcón Luna. Tiene un ojo amarillo. Tiene alas... Yo no las veo, Suth, pero están allí. No tengo palabras para eso. Soy pequeña. Ella es grande, grande. Tengo miedo, sí. Pero mi corazón está contento. Así viene Halcón Luna.

Suth miró la piedra que tenía en la mano. La apretó con los dedos, sintiendo su dureza. Lo que Noli estaba tratando de decirle no era eso ni mucho menos. En la

mente de él no parecía haber lugar para aquello.

—¿Tú no ves lo que yo veo? —sugirió Noli.

—Noli, yo no puedo ver esto —respondió Suth.

—Mosu ve lo que yo veo —explicó Noli—. Ella vive mucho, mucho tiempo. Muchas veces su espíritu sale de su cuerpo. Viaja adonde están los Primeros. Ellos hablan a su espíritu, cosas maravillosas. Ella me cuenta todo eso. Mosu sabe qué pasa cuando Halcón Luna me visita.

—¿Halcón Luna visita a Mosu? —preguntó Suth, más confundido que nunca.

Noli negó con la cabeza, vaciló y suspiró.

—Halcón Luna no viene a este lugar —dijo con tristeza—. Voz Grande es fuerte, fuerte.

Suth la cogió de la muñeca, consternado.

—¡Halcón Luna viene! —exclamó—. ¡Ella te habló en tu sueño! ¡Mono está enfermo! ¡Ella te lo dijo!

—No ha vuelto a venir —murmuró soltándose el brazo—. Voz Grande es fuerte en este lugar; fuerte, fuerte. —Noli hizo una pausa y él pensó que había terminado, pero ella continuó—: Mosu me dice: «Voz Grande no viene a ninguno de mi Clan. Ellos están enfermos. Ahora, pronto, yo muero. Entonces él viene a ti, Noli.»

Entonces Suth comprendió lo que ella había estado tratando de decirle.

—¿Y tú haces eso, Noli? No. Tú eres Halcón Luna. Yo, Suth, te digo esto.

Ella no quiso mirarlo. Sentía vergüenza. Lo estaba traicionando, y a los demás, traicionando a todas las generaciones muertas de Halcones Luna. Suth percibía la vergüenza de ella.

—¿Qué es Mono para ti? —insistió Suth—. Nosotros somos Halcones Luna. Pronto, Noli, pronto nosotros nos vamos de este lugar. Cuando la luna sea grande, nos vamos. Vi gente en el desierto. Te lo dije. Nos llevamos comida, encontramos agua. Atravesamos el desierto y encontramos a nuestro Clan. Nos vamos lejos de aquí. Entonces Halcón Luna Viene de nuevo a ti. Yo soy el padre, Noli. Tú eres la madre. Nosotros somos Halcones Luna. ¡Yo, Suth, te digo esto!

Pero ella continuó sin mirarlo. A él le llamó la atención una silueta pequeña, que caminaba tambaleándose colina jamba, negra contra la luz del fuego.

—¡Mira, Noli! —exclamó—. ¡Otan! En el desierto Halcón Luna vino. Ella te dijo: «Vuelve. Deja a Bal y a los demás. Busca a Otan. Yo te muestro el agua. Lleva allí a Otan.» ¿Tú dices: «Otan no es Halcón Luna»? ¿Tú dices: «Aquí es Mono»?

Ella levantó la mirada, y él vio sus lágrimas a la luz del fuego.

—Voz Grande es fuerte, Suth —murmuró—. Cuando él viene, yo soy pequeña. Él es grande, grande. Tengo miedo. Mi corazón está triste.

Suth no era capaz de dormir en la pestilente oscuridad de la cueva; pensaba en Noli. Estaba muy enfadado con ella, pero al mismo tiempo sabía que se sentía afligida. También estaba enfadado con Mosu por alejar a Noli de los Halcones Luna,

que era con quienes debía estar. Y todavía más enojado estaba con Mono, aunque sabía lo peligroso que era tener aquellos sentimientos sobre los Primeros.

¿Por qué no les ayudaba Halcón Luna? ¿Por qué ya no visitaba a Noli? ¿Tanto miedo tenía de Mono? Ésa debía de ser la razón.

Su irritación disminuyó cuando pensó que si Mono era demasiado fuerte para Halcón Luna, era lógico que también lo fuera para Noli. Por esa razón ella estaba triste. En lo más profundo de su corazón ella sabía que era Halcón Luna, y que quería lo mismo que Suth: irse de aquel valle, viajar, encontrar al resto del Clan, quedarse con los suyos y vivir como antes, del modo que ellos sabían. Pero Mono y Mosu la retenían aquí.

Suth no sabía cómo lo hacían. Lo único que sabía era que Mono era uno de los Primeros, que tenía un gran poder, y que Mosu tenía algo de ese poder por haber servido a Mono durante mucho tiempo.

Un momento después algo le rozó la cadera: eran dedos que subieron hasta encontrar su mano, y que la cogieron.

Noli.

Tampoco ella podía dormir en la oscuridad; había oído el suspiro de Suth y trataba de consolarlo.

«Esto es bueno —pensó Suth—. Yo soy el padre, ella es la madre y nosotros todavía somos Halcones Luna. Noli lo sabe. Ahora yo pienso qué podemos hacer. Debemos prepararnos para el viaje. Los pequeños están fuertes gracias a la buena comida que hay en este lugar. Cuando todo esté preparado le diré a Noli: “Ahora vamos a buscar al Clan: Suth, Tinu, Ko y Mana. ¿Vienes o te quedas? ¿Y Otan, viene?” Entonces, por el bien de Otan, ella vendrá, porque él es Halcón Luna.»

\* \* \*

Había cosas que Suth debía hacer. Al día siguiente, camino del lago, le dijo a Noli:

—Voy con Tinu a vigilar a los ciervos.

Noli lo miró, empezó a hablar y se detuvo; después, sonrió.

—No pelees contra el leopardo, Suth —dijo.

Él se rió y ella lo imitó.

«Sí —pensó él—. Diga lo que diga Mono, ella vendrá conmigo cuando me vaya.»

Salió con Tinu. Desde su pelea con el leopardo le permitían irse y volver cuando quisiera, aunque estaba seguro de que si intentaba llevarse a todos los Halcones Luna se lo impedirían. Pero a nadie parecía importarle que se fuera con Tinu.

Esta vez no llegaron hasta donde pastaban los ciervos, sino que se detuvieron en el lugar por donde los Halcones Luna habían entrado en el valle. Suth lo reconoció por la madriguera de ratas que había visto.

—Almacenamos comida —le dijo a Tinu—. Comida para varios días. Prepara un sitio para guardarla. Tinu, esto es un secreto.

Ella asintió y miró alrededor; por fin eligió un lugar donde una enorme piedra plana se había partido en dos, dejando una profunda grieta casi tan ancha como una mano abierta. Después recogió piedras y empezó a meterlas en la grieta para formar la base del almacén de comida.

Suth dejó que hiciera su trabajo y se fue a buscar lagartijas. Todavía era demasiado temprano para que hubieran salido a tomar el sol y sacudirse el rocío nocturno; consiguió coger dos, las abrió con el cortador y las dejó secándose al Sol. Las lagartijas secas se conservaban durante muchos días. El Clan siempre llevaba algunas en los viajes más largos. Era como masticar corteza de árbol, pero lentamente el jugo más sabroso iba saliendo y se podía tragar.

El sol ascendió, calentando la colina, y las lagartijas volvieron a deslizarse por debajo de las piedras. Una rata sacó la cabeza de la madriguera. Todavía no tenía sentido poner trampas. La carne de rata era demasiado jugosa para que se secase bien. Tinu podía poner algunas uno o dos días antes de partir. Suth descendió y se aventuró con cautela entre los matorrales, deteniéndose y mirando cada pocos pasos. En lo más profundo, al pie de un arbusto espinoso, vio un hongo amarillo de una clase que ya conocía. No sabía a nada, ni tenía nada de bueno, pero era comida que no se echaba a perder, así que empezó a abrirse paso alrededor del arbusto, buscando por dónde sortear las feroces espinas.

Al arrodillarse junto a un posible hueco, se encontró cara a cara con una serpiente de color gris oscuro, tan larga como su brazo, que se deslizaba hacia él. El animal se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, con las mandíbulas abiertas. Suth se quedó rígido. Con la mano derecha aferró el palo de cavar y lo levantó lentamente por encima del hombro. «No atacar —le había enseñado su padre—. Cuando ella se da la vuelta, entonces, golpearla.»

La serpiente se volvió y él asestó un golpe dirigido a la base de la cabeza, pero la confusión de ramas malogró su puntería, con lo que el palo se estrelló más abajo, en el cuerpo, demasiado grueso para romperle el espinazo de un solo golpe.

Entonces el animal se movió bruscamente. Suth se apoyó con todo su peso sobre el palo, aprisionando el cuerpo de la serpiente, y lo fue desplazando a lo largo del cuerpo resbaladizo, hasta tenerla sujeta por detrás de la cabeza. Ya podía meter los dedos debajo del palo y asirla por la mandíbula, para que no pudiera volverse y morderlo. Arrastró la serpiente hacia fuera del arbusto, volvió a poner la cabeza en el suelo, y la golpeó con la punta del palo hasta matarla.

Suth se levantó, jadeando. Después de haber luchado entre las espinas le sangraban la cabeza, los brazos y los hombros, pero no le importaba. Así fue como, hacía muchas lunas, ante la mirada de su padre, había matado su primera serpiente. Era una buena señal. La carne de serpiente se secaba bien y era mejor que la de la lagartija.

Llevó el cuerpo hasta donde Tinu estaba trabajando y lo cortó, puso a secar los trozos junto a las lagartijas y fue a ver qué hacía Tinu.

La niña había cavado un hoyo bastante grande y en aquel momento tapaba las grietas con guijarros, pero cuando apareció Suth, dejó lo que estaba haciendo y puso una piedra plana sobre el agujero y echó piedras más pequeñas sobre ésta, de manera que parecían simplemente un montón de guijarros que habían caído en la grieta.

—Eso está bien, Tinu —dijo.

Ella sonrió, complacida, y no intentó ocultar el rostro.

Mientras Tinu terminaba lo que estaba haciendo, Suth fue a dar la vuelta a las lagartijas; luego buscó un poco de sombra y descansó, mientras miraba hacia el bosque y pensaba en el plan de abandonar el valle. La próxima luna grande no, todavía no estarían listos. La siguiente. Hasta entonces, deberían recolectar y cazar más para tener comida de sobra. Todas las familias guardaban provisiones de reserva, no harían preguntas. Cada día traerían un poco al hoyo, al almacén que Tinu estaba construyendo. Pondría la carne que había cazado para que siguiera secándose. Tinu podía protegerla de los animales carroñeros mientras él cazaba más...

Pero el problema principal era cómo sacar a todos los Halcones Luna y llegar lo bastante lejos para que no los persiguieran...

El suelo tembló, y con él la roca sobre la que Suth estaba apoyado. Ya estaba tan acostumbrado a aquellos temblores que apenas lo habría advertido si antes de terminar no hubiera oído gritar a Tinu.

Alzó los ojos y vio que la niña retrocedía, con la boca abierta y los brazos a medio levantar, de miedo o asombro.

«¡Una serpiente!», pensó.

Cogió el palo y corrió. Tinu lo vio venir y señaló la grieta en la roca.

Su almacén había desaparecido.

Suth frunció el entrecejo, perplejo.

—¡La roca... rota...! —soltó Tinu, jadeando.

Suth vio que la grieta era más ancha que antes, casi el doble. Miró el interior, esperando ver las piedras que Tinu había utilizado, pero no. La fisura no tenía fondo. Formaba parte de una grieta de la colina, y descendía hasta la oscuridad. De ella surgía, más fuerte que nunca, el extraño hedor que impregnaba el lago y recorría el valle.

Suth retrocedió y miró a su alrededor. Nada parecía haber cambiado. El sol estaba alto y la inmensa cuenca se extendía verde y tranquila. Entonces, en lo más profundo del bosque, una Voz Grande llamó, y otra respondió, y después otra y otra, hasta que el aire humeante se llenó de voces enloquecidas.

Lentamente, el clamor terminó en silencio.

Suth volvió a fruncir el entrecejo.

No solía ocurrir así.

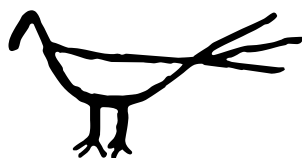
Voz Grande llamaba por la mañana, y otra vez por la tarde, primero una Voz y

después otra, y cada una esperaba a que terminara la otra antes de responder. A veces una o dos llamaban durante el resto del día. Pero nunca algo cómo aquello.

Nunca con voces tan enloquecidas al calor del mediodía.

## LEYENDA

### La elección de compañeros



Cuando An y Ammu vieron que sus hijos los habían dejado, dijeron:

—Nuestro tiempo ha acabado.

Y fueron al desierto y se acostaron, y su espíritu abandonó su cuerpo y vagó a través del desierto, llorando por sus hijos perdidos.

Los Primeros oyeron sus murmullos y sus llantos, y fueron y los llevaron a la cima de la Montaña sobre Odotu. Les dieron piedra hierba para beber, para que pudieran olvidar su pena.

Mientras bebían, escupieron las semillas por la montaña. Las semillas cayeron en el desierto, donde han crecido hasta hoy.

Así An y Ammu olvidaron su pena.

Pero sus hijos buscaban comida y cazaban en los nuevos Lugares Buenos que los Primeros habían preparado para ellos, y descubrían los senderos y las estaciones, y las charcas de agua y las trampas de rocío y los refugios. Así crecieron hasta ser hombres y mujeres.

Entonces Nal, que era del Clan de Halcón Luna, se encontró con Turka, que era del Clan de Pequeño Murciélago, junto a la salina que estaba más allá de Lusan de las Hormigas.

Turka dijo:

—Ahora yo pido la bendición de Pequeño Murciélago para dejar el Clan y ser tu compañera, y ser del Clan de Halcón Luna.

Nal respondió:

—Yo pienso igual.

Cogieron sal de la salina y la mezclaron con saliva y la frotaron en la frente del

otro, para indicar que habían sido elegidos.

Datta se acercó a Nal y dijo:

—¿Por qué tienes sal en la frente? ¿Quién eligió antes que yo? Yo soy la primera en elegir hombre. Yo soy mejor, como vosotros lo juráis en Odutu al pie de la Montaña.

Nal dijo:

—No. Dos hacen la elección de compañeros. Uno elige al otro. Yo no te elijo, Datta. Tú eres orgullosa, orgullosa para ser mi compañera. Yo elijo a Turka.

Datta fue a Da y le dijo:

—Nal elige a Turka como compañera antes de que tú elijas compañera. Tú te enfadas con él, como yo con Turka.

Da se enfadó. Reunió a los hijos de An y Ammu junto al Río Algunas Veces y dijo:

—Nosotros nos sentimos agraviados. Nal y Turka se eligieron el uno a la otra como compañeros antes que nosotros. Nosotros debemos elegir primero. Nosotros somos mejores, como vosotros juráis en Odutu al pie de la Montaña.

Los otros no tenían respuesta, porque habían jurado.

Cocodrilo descansaba en el agua. Oyó lo que se dijo, y puso una idea en la mente de Celda, que era de su Clan.

Celda habló con las demás mujeres. Dijeron:

—Elige, entonces, Da. Así todos elegimos después. ¿Qué mujer eliges como compañera?

Da las miró a todas, cuidadosamente, y dijo:

—Yo elijo a Preela.

Preela le respondió:

—Yo no te elijo, Da. Tú eres orgulloso, orgulloso para ser mi compañero.

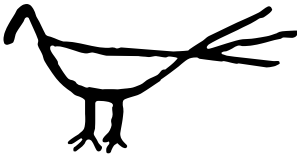
Entonces Da eligió a las otras, de una en una, y todas le respondieron lo mismo, tal como habían acordado. Y cuando Datta eligió entre los hombres, hicieron lo mismo, hasta que no hubo nadie para elegir excepto Da y Datta.

Se miraron el uno al otro y Da dijo:

—Datta, yo no te elijo. Tú eres orgullosa, orgullosa para ser mi compañera.

Lo mismo le dijo Datta a Da.

Entonces los demás eligieron hasta que todos tuvieron compañeros, y quedaron satisfechos. Sólo Da y Datta se quedaron sin compañero. Por eso, hasta hoy, hay solamente ocho Clanes y Mono no tiene Clan.



Cuando Suth y Tinu llegaron al campamento se encontraron con cierto alboroto. Todos los presentes estaban reunidos en la entrada de la cueva, y a medida que iban llegando los otros, se unían al círculo.

Suth se abrió paso y advirtió que algo le había ocurrido a Mosu. No estaba sentada en su lugar habitual, sino que yacía de espaldas sobre un montón de hojas en la entrada de la cueva. Foia estaba de rodillas y frotaba los pies y las pantorrillas de la anciana.

Mosu resollaba y se retorció. Su boca se movía convulsivamente, pero los sonidos que emitía no eran palabras. La gente miraba en silencio durante un momento y se alejaba hablando en voz baja.

Suth y Tinu salieron al encuentro de los que volvían de buscar comida, pero éstos casi habían llegado al campamento y ya sabían la noticia. Suth buscó a Noli y le contó lo que había visto.

—Yo creo que se muere —observó Suth.

—Ella lo dijo. Voz Grande también. Hizo temblar el lugar y habló. Este mediodía lo hizo. Se lo expliqué a Paro y a las mujeres. Ellas también lo oyeron hablar. Ellas no comprenden lo que digo y no quieren escucharme. Gora vino del campamento; saben que digo la verdad.

Noli habló con seriedad pero distraída, como si estuviera pensando en otra cosa. Suth frunció el entrecejo. No le gustaba nada que ella fuera capaz de comprender lo que significaba la llamada salvaje del bosque, cuando ninguna otra persona podía. Tampoco le gustaba que Paro y las demás supieran que Noli podía hacerlo. Se acercaba el momento en que intentaría sacar a los Halcones Luna del valle, y no quería que nadie prestara atención especial a Noli. Sin embargo, calló.

Cuando llegaron a la cueva, se encontraron con que Mosu todavía estaba viva; y seguía con vida por la noche, cuando entraron allí para dormir, así que la levantaron y la pusieron en su sitio habitual. Al día siguiente no estaba mejor ni peor, y de nuevo la pusieron en la entrada de la cueva y Foia la alimentó como si fuera un bebé: con una hoja le dio de beber agua que las mujeres habían subido del lago.

Durante diez días y diez más, Mosu no murió. La luna creció hasta su tamaño mayor, volvió a ser pequeña y comenzó a crecer de nuevo. Durante ese tiempo, Suth vio poco a Noli. Se turnaban para buscar comida, e incluso cuando ambos estaban en el campamento, ella pasaba el tiempo con Mosu, frotándole las extremidades, limpiándola o simplemente sentada junto a ella, cogiéndole la mano temblorosa. Cuando bajaba al lago con los Halcones Luna, Noli se movía como en una especie de sueño, sin ver ni oír nada; satisfacía las necesidades de Otan automáticamente y



dejaba el resto a Suth.

Suth se tomaba a mal aquel comportamiento, y no le gritaba ni la golpeaba porque se daba cuenta de que ella también era desdichada.

Los días en que Suth buscaba comida, recogía todo lo que podía, y se ocupaba de que los demás hicieran lo mismo. Los días que lo hacía Noli, él y Tinu llevaban los excedentes al almacén de comida que Tinu había construido. Una vez allí, él cazaba. Atrapó y secó varias lagartijas más, y encontró una raíz jugosa en el matorral y la marcó.

Mientras tanto, Tinu protegía de los buitres la carne que se secaba al sol, y trabajaba con afán en la tarea que Suth le había encomendado: encontrar algún modo de transportar la comida que les permitiera tener las manos libres, pues las necesitarían para descender por el barranco. Tinu aprendió a doblar hojas grandes hasta formar una especie de bolsa, que sujetaba con una tira de hierba trenzada. Después hizo una tira más larga, trenzada y vuelta a trenzar, y ató varias bolsas a lo largo de ella. De ese modo, podía llevarse alrededor del cuello o colgada del hombro. Pero las bolsas eran frágiles, y tardaba todo un día en encontrar las plantas adecuadas y en trenzarlas hasta que tuvieran la misma medida. Ya había terminado dos tiras, a las que había atado las bolsas, cuando Mosu murió.

Se despertaron por la mañana y descubrieron que su espíritu se había ido. Pusieron el cadáver en el lugar de siempre, junto a la entrada de la cueva, y lo cubrieron con piedras para mantenerlo seguro mientras iban al lago. Foia y algunos ancianos permanecieron en el campamento, mientras el resto se iba a buscar comida.

Suth pensó que Noli querría quedarse. Sin embargo, se reunió con los recolectores y trabajó sumida en una especie de aturdimiento, sin oír ni hablar, como si su espíritu estuviera muy lejos; quizá en el mismo lugar al que había ido el espíritu de Mosu. Los demás estaban en silencio y preocupados. Los hombres no cazaron, pero trabajaron junto a las mujeres. No charlaron como de costumbre, y cuando descansaron, no se pusieron a jugar.

Antes de empezar a trabajar otra vez, un puercoespín pasó corriendo y subió la ladera bajo el sol. Aquello no era algo habitual. Los puercoespines eran animales nocturnos, y no abandonaban la parte más espesa del matorral. Tres hombres saltaron sobre él y lo mataron golpeándolo con los palos de cavar, pero sin los gritos y alardes que por lo general acompañaban a una buena caza.

Apenas habían terminado cuando pasó otro puercoespín. También lo mataron. A continuación, un grupo de ciervos salió de los matorrales; y otro, más lejos; y otro; pero no se quedaban a pastar, sino que de vez en cuando se detenían nerviosos para mirar a su alrededor, y acto seguido se marchaban corriendo. No tenía sentido intentar cazarlos cuando estaban tan alerta, así que la gente simplemente miraba cómo se iban, pero con creciente inquietud.

Sin discutirlo mucho, decidieron no recolectar aquella tarde, y regresaron al campamento para preparar la fiesta del funeral de Mosu. Mientras se abrían paso en

fila a través de los matorrales dispersos y de los terrenos donde solían buscar comida, Voz Grande comenzó a aullar, primero a lo lejos, luego más cerca, y después a la derecha, y más y más; los aullidos flotaban por el valle tranquilo y abrasado por el sol.

Suth miró a Noli. Se había dado cuenta de que algunos miembros del Clan la miraban, como si esperaran algo de ella; pero la niña estaba completamente abstraída, enfrascada en sus pensamientos.

—¿Canta por Mosu? —preguntó Suth.

Por una vez pareció haber oído, y respondió frunciendo el entrecejo.

—No lo sé —murmuró—. No oigo palabras en su canto. Sólo canta.

De nuevo en la cueva, aunque sólo era media tarde, encendieron una hoguera, pusieron los puercoespines para que se asaran y bajaron corriendo al lago. A aquella hora del día el bosque solía estar tranquilo, pero los aullidos de Voz Grande se sucedían uno tras otro, incansables, y bandadas de pájaros levantaban el vuelo en las copas de los árboles e iban de acá para allá, y después, en lugar de volver a posarse entre las ramas, se reunían y volaban más alto rumbo al sur.

De pronto, cuando pasaban por los matorrales más densos, los hombres que iban delante se encontraron cara a cara con un leopardo y dos cachorros medianos, que iban por el sendero en sentido contrario. Los hombres alzaron los palos de cavar. El leopardo siseó, retrocedió y se escabulló entre los arbustos seguido por los cachorros.

Pasaron con cautela frente al lugar por donde el leopardo había desaparecido, pero no sucedió nada. Suth, que estaba cerca del final de la hilera, miró hacia atrás y vio que, en cuanto hubieron pasado, los tres animales volvieron al camino y subieron la colina. Era muy extraño. ¿Qué hacían? ¿Adónde iban?

Nada se movía entre los árboles, pero los gritos de Voz Grande sonaban a su alrededor. Cuando bebieron en el lago, el agua estaba muy caliente.

Volvieron a la cueva; muchas mujeres llevaban hojas llenas de agua. Los hombres retiraron las rocas que rodeaban el cadáver de Mosu y las mujeres vertieron agua sobre él, llorando mientras lo hacían. Su hijo mayor, Jun, cortó una pata de puercoespín y la puso en el regazo de Mosu, y las mujeres principales hicieron ofrendas de nueces y pasta de semilla.

Comieron un poco. Después Jun, llorando, elogió a su madre. Con voz baja y entrecortada habló de la sabiduría de Mosu, del poder de sus sueños, y nombró a sus hijos y a los hijos de éstos, uno por uno.

Cuando el sol estuvo bajo, las mujeres formaron dos filas para la danza mortuoria que ayudaría al espíritu de Mosu a encontrar el camino. Bailaban de manera diferente de como lo hacían los miembros del Clan, quienes danzaban dando patadas al suelo y batiendo las palmas. Aquí, las dos hileras se juntaban y se separaban con gritos agudos y vacilantes, mientras los hombres marcaban el ritmo con palmadas y emitían gruñidos profundos a través de los labios cerrados.

Los Halcones Luna se quedaron sentados a un lado, hasta que Noli, que hasta

aquel momento había permanecido sentada con los ojos secos y actitud pensativa, se levantó de golpe y gritó con una voz potente que no era la suya:

—¡Él se marcha! ¡Voz Grande se marcha!

La danza se detuvo. Todos volvieron la cabeza en silencio, y fueron conscientes de que el bosque también estaba sumido en el mismo silencio. El aullido de Voz Grande, que había sonado en el valle durante toda la tarde, había cesado. Se había apagado hasta el murmullo de los loros que se instalaban en sus nidos para pasar la noche. No gorjeaba ni un solo pájaro.

Se miraron entre sí, y después miraron a Noli.

Ella levantó ambos brazos, temblando, y después extendió uno y señaló.

—¡Mirad! —gruñó—. ¡Se van!

Todos se dieron la vuelta y miraron. A poca distancia, pero claramente visibles a la luz del crepúsculo, algunas siluetas delgadas corrían rápidamente hacia el despeñadero. Tenían extremidades delgadas y angulosas y colas largas, que llevaban enrolladas alrededor de sus pequeños cuerpos. Las cabezas también eran pequeñas, y redondas. Corrían a cuatro patas, pero usaban las extremidades delanteras más como brazos que como patas al desplazarse sobre las piedras dispersas.

Supieron al momento qué estaban viendo, aunque sólo unos cuantos habían visto durante un instante a aquellas criaturas en su refugio, en lo alto de la densa bóveda de hojas.

—¡Se marcha! —murmuraron—. ¡Voz Grande se marcha!

Aquella noche no hubo más danza. Muchos quisieron imitar a los animales y marcharse, pero la idea de dormir al aire libre los asustaba mucho, así que finalmente llevaron a Mosu al interior de la cueva y se encerraron como lo hacían todas las noches.

Suth tuvo que coger a Noli por el codo y llevársela, pues la niña no parecía saber dónde estaba ni qué hacía; y cuando la dejó en el lugar donde ella dormía, la respiración de Noli se hizo lenta y se sumió al momento en un sueño profundo. Los demás estaban muy nerviosos. Hasta los pequeños se contagiaron de la sensación general y gimotearon, pero al final todos se durmieron.

Se despertaron con gritos. Un grito áspero, como un graznido.

—¡Fuego! —se oía—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuego!

Suth se levantó de un salto. La voz que chillaba estaba cerca, encima. Alguien o algo se movía entre él y el fragmento pálido de cielo visible que se distinguía por encima del muro. Extendió la mano. Noli no estaba en su sitio. Su mano tocó piel, una pierna, que se estremeció violentamente. El clamor empezó otra vez.

—¡Fuego! ¡Vi fuego! ¡Él vino! ¡Fuera! ¡Vamos!

Noli.

Suth se levantó y la abrazó. El cuerpo de Noli temblaba y se agitaba, como el de una serpiente después de haberle roto la espalda y antes de estar definitivamente muerta. Otan gritaba de terror. La cueva se llenó de alaridos.

Suth era mucho más fuerte que Noli, pero aquella noche, tratar de sujetarla era como luchar con un animal atrapado. Ella se liberó. Suth la siguió, intentando cogerla otra vez, mientras la niña se dirigía tambaleándose a la entrada de la cueva y empezaba a derribar la pared.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Viene el fuego! ¡Halcón Luna está aquí! Ella dice: «¡Vamos! ¡Fuera! ¡Fuego!»

Un hombre la agarró y la detuvo.

—Sueño de bruja —gruñó mientras ella luchaba y mordía.

Suth cogió el antebrazo del hombre para que soltara a Noli.

—¡No! —gritó Suth—. ¡Este sueño es cierto! ¡Mono se fue! ¡Halcón Luna vino! ¡Halcón Luna envía sueños verdaderos a Noli! ¡Yo, Suth, digo esto!

El hombre no pareció entender. Suth se volvió y quitó una piedra del muro, pero ya otros, presas del pánico por los gritos de Noli, lo estaban derribando. En pocos instantes todos habían salido de la cueva y se hallaban reunidos bajo el inmenso silencio de la noche. No había nada salvo el cielo, el bosque iluminado por la luna y las crestas lejanas y oscuras del valle.

Entonces el suelo tembló. Llegó de debajo un suspiro largo y ronco, que aumentaba por momentos, y una columna blanca se elevó entre los árboles, cada vez más alta, muy lejos, por encima de donde estaban, muy por encima del horizonte, brillando a la luz de la luna baja, doblándose cuando el leve viento del este la empujaba.

De nuevo tembló el suelo. Una roca enorme, desalojada de algún lugar del despeñadero, bajó tronando, saltó sobre sus cabezas, bulto negro contra las estrellas, y aplastó los matorrales de abajo. Arriba, a la izquierda, empezó el gruñido profundo y áspero de una avalancha, como si toda la colina se moviera. El suelo seguía temblando.

Ko y Mana se abrazaron a las piernas de Suth. Noli estaba quieta otra vez, sumida en un trance profundo. Tinu cogió a Otan, que sólo gimoteaba. Suth se lo quitó. Ya estaba decidido. Aquélla era la oportunidad que había estado esperando.

—Trae a Noli —dijo—. Ven, Mana. Ven, Ko. Nos vamos.

Sin esperar a nadie más, Suth los condujo por la pendiente bañada por la luz de la luna. A su izquierda, otra gran columna blanca se elevó del lago. Una ráfaga tibia, como un gran aliento húmedo, fluyó por la colina. Más lejos, con un inmenso rugido, llamas anaranjadas y oscuras brotaron entre los árboles; grandes terrones negros salieron despedidos y cayeron, y más allá se desprendieron otros más pequeños y llameantes.

De súbito, todo se calmó por un momento. Suth oyó los gritos de la gente, que corría en sentido contrario, hacia el lugar más cercano por donde subir al risco. Suth hizo caso omiso de ellos y siguió caminando hacia el almacén de comida de Tinu.

Estaban a medio camino cuando se oyó otro rugido, surgió otra columna por detrás del bosque y el suelo volvió a temblar, con más violencia que antes. Cayeron

rocas a su alrededor.

Esperaron, tensos, hasta que el temblor cesó, y después continuaron corriendo. Cuando llegaron, vieron que el almacén de comida se había desplomado, pero la comida estaba a salvo bajo las piedras. Suth dio a Mana y a Ko un par de lagartijas a cada uno. Se puso la serpiente y una trenza de bolsas con semillas alrededor del cuello, colocó otra en el cuello de Noli, que todavía parecía estar en trance, y le dio a Tinu un haz de espigas bien granadas para que lo llevara en su mano libre. C cogió a Otan, se lo apoyó en la cadera y empezó a subir, utilizando el palo de cavar como bastón. Ko y Mana trepaban detrás y, a continuación, Tinu tiraba de Noli. La colina no se movió.

Después de varias lunas de buena comida, Otan pesaba mucho más que cuando lo habían cargado al atravesar Colinas Secas, así que al poco rato Suth ya estaba jadeando por el esfuerzo. Oía a Ko y a Mana que también resollaban, y como todo parecía tranquilo hizo una pausa para descansar. Mirando hacia atrás, vio que las columnas de vapor del lago habían desaparecido, y que las explosiones de fuego se habían reducido a brillantes nubes de humo negro que subían hacia el cielo bajo la luna que ya se ponía.

Pero antes de que pudieran recuperar el aliento, Noli, que iba rezagada aunque Tinu tiraba de ella, salió bruscamente del trance.

—¡Arriba! —gritó, esta vez con su voz—. ¡Rápido, Suth! ¡Ya viene!

C cogió a Otan y se adelantó. Suth alzó a Mana, le dijo a Ko que se agarrara al otro extremo del palo, y trepó detrás de Noli tan rápido como sus piernas se lo permitieron, hasta que se quedó sin aire en los pulmones y la sangre le empezó a latir en los oídos.

Entre el estrépito, oyó gritar a Ko cuando éste se soltó del palo y cayó. Resoplando, Suth se dio la vuelta para esperarlo. Así fue como vio la primera de las erupciones mayores.

Comenzó con un inmenso chorro de vapor en el lago. Antes de que el ruido lo alcanzara, la ladera de la colina donde él estaba dio una sacudida, como si hubiera recibido un golpe por debajo, y en el mismo instante, todo el fondo del valle se abrió como una vaina, que explotó cuando surgió una ola anaranjada y ardiente. El estallido lo alcanzó junto con una ráfaga de viento abrasador que se desplazaba colina arriba, y lo derribó.

Se levantó inmediatamente, dejó caer el palo, cogió a Ko del brazo y lo llevó a rastras. Grandes terrones ardiendo empezaron a caer a su alrededor. Nunca llegarían a la cima.

Se dio la vuelta y se dirigió a un grupo de rocas grandes, empujó a Ko y a Mana contra la parte superior de la más cercana y se acostó sobre ellos, protegiéndolos lo mejor posible con su cuerpo. Momentos después, Tinu se agazapaba contra la siguiente roca. Suth no sabía qué les había pasado a Noli y a Otan.

# LEYENDA

## Niglu



Las hijas de An y Ammu tuvieron hijos. Primero nació el hijo de Nal y de Tarka, que eran de Halcón Luna. Así, Halcón Luna es el primero entre los Clanes, y los demás Clanes que dicen que el primer hijo nació en ellos mienten. Ellos llegaron después.

Y crecieron hasta ser hombres y mujeres, y eligieron compañeros según la costumbre establecida en el Río Algunas Veces, y a su vez tuvieron hijos. Así empezaron los Clanes.

Entonces Da y Datta dijeron:

—Esto no está bien. Vosotros tenéis compañeros e hijos. Vosotros tenéis decenas y decenas de bocas, y decenas y decenas de estómagos. Vosotros cazáis todos los animales, y recogéis todas las bayas, y desenterráis todas las raíces. Cuando nosotros llegamos no queda nada. Hay ocho Clanes, y nosotros dos, Da y Datta. Nueve en total. Cuando llegamos a estos Lugares, nosotros repartimos todo entre los nueve: las criaturas, las bayas y las raíces. Ahora también es así, y nosotros debemos tener nuestra parte cuando pasamos.

Los demás dijeron:

—Eso no está bien. Vosotros tenéis sólo dos bocas y dos estómagos. No podéis comer una novena parte. ¿Nuestros hijos se mueren de hambre, y vosotros tenéis más de lo que podéis comer?

Da y Datta respondieron:

—Debe ser como decimos, como jurasteis en Odutu al pie de la Montaña.

Los demás se enfadaron, pero así lo habían jurado, así que accedieron.

Ahora, el Clan de Pequeño Murciélago acampaba en el Río Algunas Veces, y Niglu estaba allí. Ella era la compañera de Dag.

Niglu dio a luz a una niña y la llevó junto a un remanso del río para lavarla. Pero hubo truenos y grandes lluvias, y el lecho del río se llenó y ellas fueron arrastradas.

Entonces, Pequeño Murciélago llegó volando rápidamente y las empujó hasta un banco de arena, cerca del Barranco cuyo Nombre No Se Menciona.

Niglu llegó al barranco y vio un arbusto *garri* con la novena parte de las bayas que correspondían a Datta y a Da. Tenía mucha hambre.

Dijo de todo corazón:

—Estas son para Da y Datta, pero mi estómago está vacío y debo llenarlo, porque, si no, no tendré leche para mi hija.

Cogió las bayas y se las comió, y cuando tuvo el estómago lleno se acostó con su hija y durmió.

Por la tarde, Da y Datta llegaron a aquel lugar, y vieron que el arbusto no tenía bayas, y a Niglu acostada junto a él, con el jugo de las bayas en sus labios; y se enfadaron mucho. Furiosos, cogieron dos piedras y golpearon a Niglu en la sien hasta que murió, pero la niña vivió.

Datta dijo:

—No podemos matar a la niña. La llevaré conmigo, pues no tengo ninguna.

Así que se llevaron a la niña y viajaron de noche hasta Roca Tarutu, donde se escondieron, pues tenían miedo por lo que habían hecho.

Pero Pequeño Murciélago estaba mirando, y arrancó cabellos de la cabeza de Niglu y siguió a Da y a Datta, volando silenciosamente. Durante todo el camino fue colgando los cabellos en los arbustos y los árboles mientras pasaba.

Al día siguiente, Dag, el compañero de Niglu, la estaba buscando en la orilla del Río Algunas Veces, y cuando llegó al Barranco cuyo Nombre No Se Menciona, vio el cuerpo junto al arbusto de bayas. Pero la niña había desaparecido. Entonces buscó a la niña por el barranco, y llegó a un árbol del que colgaba un pelo con sangre, y Dag supo que pertenecía a Niglu.

Un poco más adelante encontró otro. Así siguió el rastro que había dejado Pequeño Murciélago hasta Roca Tarutu. Allí Dag esperó, y por la tarde vio a Da y Datta que iban a beber en la trampa de rocío, y con ellos iba su hija.

Dag se enfadó mucho, pero ellos eran dos y él sólo uno, así que rápidamente volvió a su Clan, el de Pequeño Murciélago, y al de Serpiente, que era el Clan del padre de Niglu, Ral, y les contó lo que había visto. Entonces todos fueron hasta Roca Tarutu.

Por la mañana Da y Datta bajaron a beber de la trampa de rocío, y los Clanes de Serpiente y de Pequeño Murciélago se acercaron silenciosamente, los rodearon y dijeron:

—¿Qué hacéis? Matasteis a nuestro Clan y a la hija de nuestro Clan, y debéis morir.

Da y Datta dijeron:

—Es nuestro derecho. Ella se comió nuestra bayas. Vosotros juráis en Odotu al pie de la Montaña. ¿Cómo se castiga a alguien que rompe el juramento?

Ante eso ellos no tuvieron respuesta.

Pero Dag dijo:

—Vosotros matasteis a mi compañera por un puñado de bayas. Por esto yo os cazo y os mato, no me importa el juramento.

Lo mismo dijo el padre de Niglu, Ral.

Pero los demás los detuvieron, y dijeron a Da y a Datta:

—Marchaos lejos, lejos. Nosotros retenemos a Ral y a Dag durante un día y una noche y un día. Después los dejamos libres, y hacen lo que creen que deben hacer.

Da y Datta respondieron:

—De acuerdo. Ahora volvemos al Primer Lugar Bueno, donde nacimos. Allí nosotros cazamos y buscamos comida y nos olvidamos de vosotros.

Así que partieron, y aunque Dag y Ral los buscaron lejos y lejos en el desierto, no los encontraron, y no volvieron a verlos.





La tormenta de fuego siguió y siguió. La luna se puso, pero el denso brillo continuaba llenando el valle. Cuando Suth levantó la cabeza, vio toda la extensión de la cresta, hasta que la columna de humo le tapó la vista. Los gases hediondos enrarecían el aire.

Junto a Suth, Mana chilló de dolor, pero luego trató de ahogar el llanto: le había caído una brasa ardiente en el brazo. Suth lamió la herida y la consoló lo mejor que pudo, hasta que una nueva emanación de gases lo obligó a toser y tuvo ganas de vomitar.

Por fin hubo una calma pasajera. Suth se levantó. A su espalda estaba amaneciendo, tiñéndose de gris aquella mitad del cielo, si bien la otra mitad que tenía delante se había vuelto negra por el humo que se elevaba y extendía hasta donde él podía ver, empujado hacia el oeste por el viento del desierto.

Fue el viento el que los salvó. Al otro lado del valle, nada podía haber quedado con vida.

Mana se sentó. Pese al viento salvador, la mitad de su cuerpo estaba gris por la ceniza que le había caído. Lo mismo le ocurría a Ko. Suth miró hacia abajo y advirtió que la mitad de él también estaba gris, como si lo hubieran untado con la pasta de hombría en Odotu, al pie de la Montaña.

—¡Noli! —llamó—. ¡Noli!

La niña se levantó de detrás de una roca que había en la pendiente.

—Estoy viva —respondió con su voz normal—. Me quemé en la pierna. Otan vive.

—Espera —señaló Suth—. Busco mi palo de cavar.

En cuanto salió del refugio que le proporcionaba la roca, lo abrumó el calor de la lava derretida, más caliente que el sol del mediodía en el desierto. Observó el palo un poco más abajo, sobresaliendo de la roca sobre la que había caído. De otro modo, Suth no lo habría encontrado bajo la capa de ceniza. Cuando salvaba la pendiente para recogerlo se dio cuenta de que ya no tenía la serpiente seca ni la trenza de bolsas con semillas alrededor del cuello. Recordaba haber soltado la trenza una vez que estuvo a salvo en el refugio, pero no la serpiente. Quizá se le había caído antes, en medio del caos. Estaba casi seguro de que la tenía cuando Ko se cayó.

Alcanzó el palo, le quitó la ceniza; escarbó con él a su alrededor sin muchas esperanzas, y encontró una lagartija seca y, por fortuna, también la serpiente.

Cogió ambas y las llevó hasta donde estaban los demás.

—¿Qué comida tenéis? —preguntó.

Su trenza de bolsas con semillas estaba junto a la roca donde se había refugiado. Tinu conservaba su haz de espigas, y Ko se había agarrado obstinadamente a sus

lagartijas. Mana había soltado las suyas, pero Suth encontró una. Suth miró a Noli y vio que mantenía intactas sus bolsas con semillas, aunque no parecía haber oído su pregunta.

Estaba contemplando la inmensa columna de humo. Suth pensó que quizá había entrado en uno de sus trances, pero Noli habló con voz normal.

—Ellos ya no están —dijo con calma—. Los Lugares Buenos ya no están. Agua Fétida, el Río Algunas Veces y la trampa de rocío en Roca Tarutu. Ya no están. Una cosa gris los ha enterrado, profundamente, profundamente. Mientras dormía, Halcón Luna vino y me lo mostró.

Suth inclinó la cabeza y permaneció en silencio. No tenía ninguna duda de que lo que ella decía era cierto. «Algún día lloro por esto —pensó—. Algún día hablo a mis hijos de los viejos Lugares Buenos. Así no nos olvidamos.»

El suelo tembló. La columna de humo se movió desde la base. Enormes rocas, doradas y anaranjadas como si fueran brasas de una gran hoguera, salieron despedidas. Un inmenso rugido ronco surgió de la colina, seguido por otra ola de gases asfixiantes.

Suth se dio la vuelta.

—Vamos rápido —advirtió—. No terminó.

Cogió la mano de Mana, le dijo a Ko que se agarrara como antes al palo de cavar, y los hizo correr en diagonal a la pendiente, rumbo al hueco de la barrera de rocas que había marcado con anterioridad. Jadeando, atravesaron la barrera, y por fin descansaron en el refugio. Suth cogió una de las lagartijas, que se pasaron de uno a otro, turnándose para masticar con la boca seca la carne dura y fibrosa.

Suth observó la pendiente que debían bajar. La grieta por la que habían subido el risco la primera vez debía de estar justo debajo de aquel punto. En el descenso tardarían por lo menos toda la mañana, pero al final había agua, y si iban con cuidado tendrían comida para varios días.

Suth alzó los ojos y contempló el desierto, que ya brillaba bajo el sol. Un lugar terrible, muerto, pero no le temía. Sentía cautela, sí, cansancio también, pero ya no tenía miedo. Podían lograrlo. Los pequeños eran fuertes. Se habían alimentado bien.

Descansarían de día a la sombra de alguna roca grande, empezarían a moverse cuando el sol empezara a bajar, y por la noche continuarían el viaje. Encontrarían agua porque allí tenía que haber, y Halcón Luna le mostraría a Noli dónde debían buscarla; si no, buscarían las huellas dejadas por aquellos que habían atravesado el desierto.

Y cuando hubieran bebido, seguirían avanzando. Caminarían y caminarían bajo las estrellas, caminarían como ellos sabían; habían nacido para hacerlo, porque pertenecían al Clan. Y en los nuevos Lugares Buenos, más allá del desierto, encontrarían a los otros y Halcón Luna sería Halcón Luna una vez más.

La montaña tembló. Se desprendieron trozos de la cresta, que rodaron por la cuesta. El estallido de otra inmensa erupción sacudió el aire. El ruido pareció hablar a

Suth, decirle que todo lo que había ocurrido hasta aquel momento ya había terminado, y que aquella mañana deslumbrante era un nuevo comienzo.

Se levantó sin prisa.

—Bien —dijo—. Es hora de partir.

# LA HISTORIA DE NOLI



Entre las sombras del sueño de Noli, Halcón Luna habló por última vez:

«Marchaos.»

En el sueño, la presencia enorme y extraña se alejó, haciéndose más pequeña hasta desaparecer a lo lejos, a una distancia que de algún modo permaneció en la mente de Noli.

Después, Noli despertó. Tenía el hombro derecho entumecido, por haber estado apoyada sobre él durante mucho tiempo, y el rostro mojado de lágrimas.

¿Dónde estaba?

El sueño había sido tan intenso que todavía permanecía en su mente, y durante un rato no pudo pensar en otra cosa. De repente, pareció que el suelo bajo sus pies empezaba a temblar. Levantó la cabeza y vio el despeñadero, que se elevaba oscuro ante ella y, por encima de él, el cielo nocturno salpicado de estrellas.

Ya lo recordaba. Estaba acostada en el refugio que la noche anterior ella, Suth y Tinu habían construido para ellos y los tres pequeños: un muro de piedra apuntalado en el despeñadero. Recordó cómo habían escapado del valle secreto que se abría en la cima de la montaña, cuando ésta explotó de repente convirtiéndose en una masa de llamas y humo.

¿Habría sobrevivido alguien más?, se preguntó. ¿Alguien del Clan de Mono, con cuyos miembros habían convivido las últimas nueve lunas? Por lo que sabía, ella y sus amigos eran los últimos del Clan Halcón Luna: Suth, un niño aún, aunque se le consideraba un hombre desde la pelea contra el leopardo; la propia Noli, algo menor que él; Tinu, más pequeña todavía, muy baja y delgada y además tímida, debido a que su boca torcida le impedía hablar con claridad; Ko, un niño revoltoso; Mana, una niña callada y seria de la misma edad; y finalmente Otan, el hermano pequeño de Noli, que acababa de aprender a caminar.

De nuevo tembló la montaña, y le vino a la mente el recuerdo de su sueño. Noli miró el cielo. La luna estaba a punto de ponerse, y la pendiente donde estaba acostada se hallaba a la sombra del despeñadero, así que veía las estrellas con claridad. Cinco puntos de luz en una línea curva. Halcón Luna se los había mostrado en el sueño. ¡Pero había tantas estrellas...! ¿Serían aquéllas, tres brillantes y dos más tenues? En el sueño le pareció muy claro, pero ahora...

Fueron las únicas que encontró. Sí, debían de ser ésas.

Alargó la mano y buscó a Suth en el otro extremo del grupo. Tocó un brazo, y supo que era el de él por las cicatrices que el leopardo le había hecho. Se lo sacudió.

—¿Noli? —murmuró Suth.

—Vino Halcón Luna —respondió Noli—. Me dijo: «Idos.»

Suth iba a responder cuando la montaña gruñó, emitiendo un ruido que más que

fuerte fue terrible, tan profundo que, mientras lo oían, lo sintieron latir desde lo alto del despeñadero hasta el desierto. La colina se estremeció. El ruido que producían al chocar las piedras que caían rompió el silencio de la noche.

Suth se sentó. Tinu ya estaba despierta. Despertaron a los pequeños, reunieron las escasas provisiones y bebieron un último sorbo del hilo de agua que salía de la piedra. Noli se cargó en la cadera a su hermano pequeño, Otan, y empezaron a descender la pendiente.

Cuando llegaron a la zona iluminada por la luna pudieron moverse con más facilidad. Suth se detuvo y señaló.

—Vamos por ese lado —dijo—. Vi gente por aquí hace dos lunas. Venían del desierto. Ellos conocían un camino.

—No —objetó Noli—. ¿Ves aquellas estrellas, Suth? ¿Tres fuertes y dos débiles? ¿Una línea curva? Halcón Luna me las mostró.

Suth no discutió, aunque las estrellas estaban a la derecha del camino que él había sugerido. Era el jefe, pero Halcón Luna se presentaba a Noli.

—Ve tú primero, Noli —dijo.

Noli se cambió a Otan de lado y comenzó a andar. Tinu la siguió, y después Suth, con Ko y Mana. Éstos eran muy pequeños, por lo que cuando se cansaban Suth los llevaba en brazos. Bajo la luna brillante descendieron por el otro lado de la montaña hasta que llegaron a una meseta. Una vez allí, caminar les resultó más fácil hasta que la luna desapareció tras la masa de humo que subía del volcán. Sin embargo, siguieron caminando a la luz de las estrellas, con descansos cortos ocasionales.

A medida que transcurría la noche, las estrellas se desplazaban hacia el oeste, pero Noli continuó caminando en la misma dirección. Lo hacía sin pensar. Cargaba a Otan sin notar su peso. Cuando Tinu se ofreció a llevarlo, ella se lo pasó sin decir una palabra. Todavía tenía el sueño en la mente.

Eran sueños como no los había tenido antes; más que despierta parecía en estado insomne.

Halcón Luna fue a ella. Todo el cuerpo de Noli tembló con la presencia del Primero. Ella conocía, sin haberla tocado ni visto, la suavidad de las plumas de su pecho, la fuerza de sus alas, el filo del pico corvo y las garras.

Reconoció, esta vez, la tristeza.

Halcón Luna habló en la mente de Noli: «Mira esto.»

En la oscuridad del sueño, cinco puntos de luz formando una curva. Las luces se apagaron.

«Yo no vuelvo más.»

En el sueño, Noli se encogió hasta hacerse tan pequeña como el grano de arena más diminuto del desierto, y Halcón Luna no estaba allí. El grano de arena lloró.

Halcón Luna había hablado por última vez.

«Idos.»

Noli seguía caminando con esfuerzo, sin nada en la mente salvo la certeza de que Halcón Luna no volvería a visitarla.

Nunca más. Nunca más. Nunca más.

No se dio cuenta cuando aclaró el día ni cuando las estrellas desaparecieron. Miró a su alrededor; era una mañana resplandeciente y el sol le daba directamente en los ojos.

Sin previo aviso, el suelo por el que caminaban tembló bajo sus pies. Noli se tambaleó, pero consiguió mantener el equilibrio. Miró hacia atrás. Tinu llevaba a Otan, y los dos se cayeron. Suth había sujetado a Mana y a Ko. Él también miraba hacia atrás.

Algo estaba sucediendo en la montaña. La inmensa columna de humo había seguido elevándose en el cielo, iluminada por la luz de la luna, pero justo sobre la cima había adoptado la forma de una nube de tormenta. El bramido de una serie de explosiones enormes atravesó el desierto.

—¡Mirad! —gritó Suth—. ¡Algo viene! ¡Corred! ¡Allí!

Señaló un gran bloque de piedra junto al que acababan de pasar. Noli cogió a Otan y corrió. Treparon hasta arriba y miraron hacia la montaña.

No era la montaña. Estaba más cerca. El mismo desierto se movía. Había una línea que cruzaba su superficie. Cada vez se acercaba más. De súbito, Noli vio que la línea formaba una especie de onda. El suelo se había levantado y transformado en una ola que corría hacia ellos. Noli observó que la ola alcanzaba a dos rocas altas apoyadas una encima de la otra. Se ladearon. Una se tambaleó, y la otra le cayó encima.

—¡Abajo! —gritó Suth—. ¡De rodillas! ¡Agarraos a la roca!

Noli se agachó, puso a Otan entre sus piernas y lo sujetó con las rodillas. Buscó dónde sujetarse, encontró una grieta para sus dedos y se asió con fuerza. Oyó cómo la ola se acercaba, gruñendo como una bestia que tuviera un hueso obstruyéndole la garganta.

Noli levantó la cabeza y vio que la ola golpeaba la roca sobre la que estaban refugiados.

Una lluvia de grava saltó al cielo. La roca se inclinó más y más. Por un momento Noli pensó que los aplastaría, pero giró a un lado y se desplomó. La sacudida la hizo soltarse de la grieta a la que estaba cogida, y tuvo que tirarse al suelo para no resbalar. Otan seguía debajo de ella, gritando y forcejeando.

Se puso en pie y miró a su alrededor. Tinu se había caído de la roca, pero se estaba levantando y parecía estar bien. Los demás estaban arrodillados, mirando hacia la montaña.

Había desaparecido tras la cortina de humo negro.

Todavía miraban cuando los alcanzó el ruido de la explosión principal.

Fue más fuerte que el trueno más potente que hubieran oído nunca. Se taparon los oídos con las manos, pero no sirvió de nada. El ruido no cesó. Los pequeños gritaban,

pero Noli no podía oírlos. Veía que Otan gritaba de dolor con la boca muy abierta, pero no oía nada. Algo se estrelló en la roca junto a su pie, sin ruido. Se dio cuenta por las esquirlas que se le incrustaron en la pierna. Estaba lloviendo piedras. Noli buscó con desesperación algún lugar donde esconderse, para protegerse de la lluvia de piedras...

Tinu gritaba y señalaba. Corrió hasta el final de la roca y desapareció. Todos fueron tras ella gateando y vieron que, cuando la roca se había ladeado y caído, algo le había impedido seguir hacia abajo, de modo que había quedado un estrecho espacio entre ella y el suelo.

Se refugiaron allí y esperaron, a salvo, mientras los restos de la explosión seguían cayendo a su alrededor.

Poco a poco volvieron a oír, aunque Noli tenía un dolor atroz en los oídos. La lluvia de piedras cesó, gatearon hasta fuera y miraron la montaña. Gracias a que el viento había disipado el humo la distinguían con claridad.

No era la misma montaña. Había cambiado de forma. Una ladera entera, la norte, había quedado arrasada.

Noli la contempló, incrédula. No podía creer que alguien, ni siquiera los Primeros, ni Antílope Negro, tuviera semejante poder.

Oyó a Mana gritar de dolor.

—¡Caliente! ¡Caliente! —exclamó, y señaló el trozo de roca que tenía junto al pie. Su color era más claro que el de las rocas del desierto; el aire brillaba ligeramente por el calor que emanaba de ella.

—Vámonos —dijo Suth, hablando en voz muy alta, por lo que Noli dedujo que él también debía de estar medio sordo—. Vámonos rápido. Quizá se repita.

Así que partieron de nuevo y caminaron sin contratiempos toda la mañana. Por fortuna, el viento había barrido hacia el oeste la mayor parte de las cenizas y de las rocas más ligeras. Pero debían estar atentos a dónde pisaban, pues todo el desierto estaba lleno de piedras ardientes.

Salió el sol, y cada vez hacía más calor. Sin embargo, continuaron andando hasta mucho después de la hora en que normalmente habrían parado para buscar una sombra.

Por fin, Suth llegó corriendo desde detrás y señaló una colina rocosa que se elevaba a la izquierda.

—Vamos a descansar —dijo—. La montaña está tranquila, y hay buena sombra.

Noli vaciló. Suth tenía razón. Ya hacía demasiado calor para caminar, y los pequeños empezaban a jadear de cansancio; a todos les dolía la garganta a causa de la sed.

—Un poco más, Suth —sugirió ella. Él miró hacia adelante. Hasta donde le alcanzaba la vista, el desierto era casi plano, con algunas rocas sueltas, ninguna lo bastante grande para dar sombra—. Te lo pido, Suth. Creo que hay agua.

—¿Halcón Luna te mostró esto?



—No tengo palabras para explicártelo.

Sentía como si la estuvieran llamando, o empujando. Como si, en caso de que tratara de descansar, sus piernas se negaran a obedecerla.

Suth la miró y gruñó, dubitativo, pero asintió, y siguieron caminando. Noli no albergaba esperanzas, pero era difícil estar segura. El sol caía sobre las piedras, la arena y la grava; y el calor se reflejaba en ellas, creando ondas en el aire, de manera que la distancia parecía borrarse. Noli tardó un tiempo en darse cuenta de que una de las ondas no se movía como el resto. Allí estaba, una marca más oscura a través del desierto, inclinada a la izquierda.

A medida que se acercaban, iba tomando la forma de una grieta en el suelo. La grieta se fue haciendo más ancha. Pronto Noli divisó la cima de un risco, y poco después ya estaban todos en el borde mismo de un cañón, más ancho y más profundo que ninguno que hubieran visto jamás.

Se arrodillaron y se asomaron. Los precipicios corrían rectos a ambos lados. En el fondo había un montón de rocas, pero en algunos sitios crecían entre éstas arbustos y árboles.

Las hojas eran verdes.

Noli levantó la cabeza y olió. Agua.

Durante un rato exploraron a lo largo del borde del cañón, buscando algún lugar por donde bajar. A uno y otro lado se habían producido desprendimientos, que habían formado montones de piedras. Casi todas las rocas habían salido despedidas, dejando el despeñadero más desnudo todavía.

De repente llegaron a un lugar donde el desprendimiento había sido mayor, de modo que la tierra y las piedras bloqueaban casi por completo el cañón. Faltaba un gran trozo del despeñadero, así que a un lado había suficientes salientes para apoyar los pies y las manos en el descenso. Suth y Noli ayudaron a los pequeños a pasar por los lugares más difíciles.

Por fin llegaron al montón de piedras caídas y pudieron seguir gateando hasta el fondo del cañón. Una bandada de pájaros pequeños, con brillantes alas azul oscuro y cabezas color escarlata, salió del barranco opuesto y voló en círculos, chillando por encima de ellos.

Noli los miró y casi rió aliviada. En aquel lugar crecían plantas. Vivían criaturas. Los Halcones Luna habían logrado atravesar el desierto. No morirían.

Las piedras del fondo del cañón eran, en su mayor parte, redondas y suaves, como las del Río Algunas Veces. El olor a hojas verdes y a agua impregnaba el aire caliente. Veían las plantas, pero no el agua.

El olor se hacía más fuerte según se iban acercando al centro del cañón. Se arrodillaron y comenzaron a mover pedruscos. Los que estaban encima casi no se podían tocar de calientes que estaban, pero la capa siguiente estaba más fría, y algo más abajo, las piedras estaban húmedas al tacto. El olor a agua se notaba cada vez más.

—¡Ja! —exclamó Suth, y les enseñó la roca que acababa de sacar, después de meter todo el brazo bajo la superficie. La parte de abajo estaba mojada.

Al mirar por el agujero que habían hecho, podían ver hilillos de agua que se filtraban entre las grietas. Cuando el agujero era ya lo bastante profundo para que se formara un charco, sólo Suth y Noli podían llegar a él.

Suth sacó la mano llena de agua y la lamió. Se apartó para dejar sitio a Noli, y los dos sacaron agua para que los demás lamieran de sus manos. El agua era maravillosa, limpia y fría.

En todo momento, los pájaros de cabeza escarlata chillaban enfadados encima de ellos, como si aquellos intrusos no tuvieran derecho a estar allí.

Cuando hubieron bebido lo suficiente, descansaron un rato a la sombra del despeñadero opuesto. Pero el sol siguió su rumbo y la zona umbría desapareció. Entonces, comenzaron a explorar el cañón en busca de otro lugar donde asentarse. De vez en cuando, un grupo de pájaros salía de sus nidos en el barranco para regañarlos.

Suth levantó la mirada e hizo una mueca.

—En este lugar, cazar no es fácil —dijo—. Los pájaros avisan a las criaturas.

—Hay plantas para comer —respondió Noli—. Mira, Suth, hay arbusto dejada. Las bayas están todavía verdes y agrias.

—Y hay árboles —indicó Suth, y se dirigió a su sombra.

Los árboles formaban un bosquecillo muy cerca del despeñadero. Uno de ellos resultó ser un nogal. Veían las nueces oscuras, fuera de su alcance, en las puntas de las ramas delgadas y elásticas. Tinu apartó a los niños mientras Noli y Suth tiraban piedras y trataban de hacer caer algunas nueces. Si estaban lo bastante maduras, caían enseguida; su buena puntería fue premiada en varias ocasiones.

Cuando hubieron caído suficientes nueces fueron a buscarlas. La tercera que Noli recogió era sólo media cáscara vacía. La niña se quedó mirándola y frunció el entrecejo. ¿Qué animal hace esto?, se preguntó. Las cáscaras de las nueces eran muy duras. Había una ardilla que vivía entre las rocas, cuyos dientes eran afilados, lo suficiente para roer la cáscara de una nuez. Las personas las abrían echándolas a las brasas, o poniéndolas sobre una roca y golpeándolas con una piedra afilada o un cortador.

Pero ¿quién iba a ir tan lejos a recoger nueces, aquí, en medio de un desierto muerto?

Noli le enseñó la cáscara a Suth. Él también frunció el entrecejo; luego subió a una roca y miró a uno y otro lado del cañón.

—No veo gente —declaró con voz preocupada—. Los pájaros están quietos. Noli, debemos vigilar. Hacemos poco ruido y recogemos poca comida de cada sitio. Y siempre dejamos algo, un montón como regalo.

Noli gruñó asintiendo. Si había personas en el cañón, considerarían suya toda la comida. Así había sido siempre, cuando los ocho Clanes viajaban de un Lugar Bueno a otro para encontrar alimento. Diferentes partes de aquellos Lugares pertenecían a

diferentes Clanes. Los Halcones Luna no cogían lo que no les pertenecía, excepto en caso de emergencia, y entonces dejaban un pequeño montículo de regalos rituales: una calabaza, un cortador de piedra, un poco de carne seca, un hueso... a modo de pago y agradecimiento.

Por eso ya no cogieron más nueces, sino que se quedaron descansando, hasta que el sol se hubo desplazado lo suficiente para que el otro despeñadero diera sombra. Entonces cruzaron el cañón y exploraron el otro lado; se detenían para mordisquear hojas de plantas que no conocían. Hasta los niños habían aprendido que la mayor parte de las hojas no servían para comer, y que algunas eran venenosas. Así que instantáneamente escupían cualquiera que tuviera sabor áspero o amargo. Cuando no estaban seguros, comían muy poco, y esperaban uno o dos días para ver si caían enfermos.

Además de las bayas dejada verdes, durante un rato no encontraron nada más. Más tarde vieron una gran mata de tallo blanco, una planta que crecía después de las lluvias en uno de los antiguos Lugares Buenos, junto al Río Algunas Veces. Los brotes nuevos eran buenos para comer, pero era mejor dejarlos, pues más tarde crecían y se transformaban en hojas largas y anchas con un tallo central grueso. Las hojas en sí mismas eran rígidas y no servían, pero el interior del tallo fibroso era delicioso, jugoso y crujiente.

Empezaron a recogerlas con ansia para llevárselas al lugar donde habían encontrado agua; pero sólo cogieron una o dos hojas de cada mata.

—Noli, ven. Mira —la llamó Suth desde un extremo del arbusto.

Noli fue y vio lo que Suth había encontrado: un par de rocas lo bastante cómodas para sentarse. Junto a ellas, en el suelo, se advertía un montón de hojas cortadas y peladuras de tallos. Noli las tocó. Estaban secas, pero todavía no se habían vuelto quebradizas.

—Aquí hubo gente —dijo—. Hace dos o tres días.

De nuevo miraron nerviosos a uno y otro lado del cañón, pero no apreciaron señales de personas. Sobre sus cabezas, varios de los pájaros escarlata los seguían regañando. Si había gentes cerca, también habría pájaros haciendo lo mismo ante ellas; pero no veían a nadie.

No obstante, terminaron de recoger los tallos blancos con premura y, antes de partir, dejaron un montón de regalos. No era mucho: una de las trenzas que Tinu había hecho para llevar la comida y un par de piedras bonitas que Mana había encontrado.

Estaban a medio camino hacia su charca de agua cuando Noli oyó que Ko gritaba de dolor. Se volvió y vio que el pequeño estaba saltando sobre un pie, todavía con los tallos en la mano.

—¡Ay! —exclamó, todavía sin llorar—. Caliente. Roca caliente.

Se acercaron y supieron al momento qué había sucedido. La roca era como las que habían caído a su alrededor en el desierto: pálida y repleta de agujeros pequeños.

Era del tamaño de una cabeza humana.

—La montaña la arrojó —dijo Suth con asombro—. La arrojó lejos y lejos. Y todavía está caliente... ¿Qué haces, Tinu?

Tinu había puesto una mano encima de la roca y sentía su calor. Estaba arrodillada junto a un arbusto cercano, y buscaba al pie de éste. Se dio la vuelta y le enseñó a Suth un manojo de hierba seca.

—Trato de... ¿hacer fuego? —murmuró.

Incluso en ese momento, después de todo lo que habían pasado juntos, necesitando y confiando unos en otros, Tinu hablaba con miedo de que Suth se enfadara con ella.

—Esto está bien, Tinu —dijo en tono alentador.

Dejaron los bultos y la ayudaron a recoger más hierba seca, hojas y ramas caídas. Tinu hizo una bola con todo lo que ardía mejor, y un montón con el resto, con un agujero en un lado. Con la ayuda de unas ramas, le dio la vuelta a la roca caliente y puso la bola encima; luego se agachó y sopló muy suavemente.

Los demás miraban conteniendo el aliento. ¿Seguiría estando la roca lo bastante caliente?

Un hilo de humo se elevó de la bola; Tinu la cogió con las manos y sopló en ella con suavidad. El humo se coló entre sus dedos. Justo antes de que estuviera demasiado caliente para sostenerla, deslizó la bola humeante por el agujero del otro montón y sopló. El aire se llenó de olor a quemado.

En un momento, el pequeño cúmulo se encendió, hojas y ramas se convirtieron rápidamente en cenizas bajo las llamas pálidas. Mientras Tinu alimentaba el fuego, los demás recogían todo lo que pudiera arder, hasta que lograron un buen fuego. Después volvieron al lugar donde bebían, y por el camino se aprovisionaron de leña con la que hicieron varios montones más.

Suth cogió la rama que Tinu había dejado entre las brasas y, protegiendo el extremo encendido lo mejor que pudo, corrió hasta el primer montón. Cuando llegó, la llama se había apagado, pero la punta todavía brillaba, así que la dejó y sopló hasta que la llama volvió a encenderse. Y así sucesivamente, hasta el montón principal, que Noli y los pequeños habían estado construyendo junto al lugar donde habían encontrado agua.

Después se irguieron, contemplaron el resplandor, y rieron y se alegraron, triunfantes. El fuego era espléndido. El fuego era cosa de personas. Ningún animal tenía fuego.

—Ahora cantamos la canción —dijo Suth.

Lo miraron poco convencidos. Todavía eran niños. Ninguno tenía la edad suficiente para participar en la ceremonia de amontonar leña y encenderla, cuando el Clan trasladaba el campamento.

Suth les sonrió, lleno de confianza.

—Es una nueva época —dijo—. Pero todavía somos de Halcón Luna.

Así que, de pie ante el fuego, cantaron, marcando el ritmo con patadas en el suelo. Hasta los pequeños Ko y Mana conocían las palabras, pues las habían oído muchas veces.

*¡Ja!*

*¡Nosotros tenemos fuego!*

*¡Nosotros traemos fuego al campamento!*

*¡Ja!*

*Las mujeres abren el palo de fuego.*

*Los hombres ponen carne a asar.*

*El humo produce olores dulces.*

*Éste es el campamento de Halcón Luna.*

*Éste es nuestro fuego.*

*¡Ja! ¡El valiente fuego!*

## LEYENDA

### Sol



eliges?

Naga era hermosa. Era la hija de Nar, del Clan de Puerco Gordo.

Un joven de Tejedor llegó y dijo:

—Naga, yo te elijo como compañera. ¿Tú también me

Ella respondió:

—Yo no estoy preparada.

Un joven llegó de Serpiente y dijo:

—Naga, yo te elijo como compañera. ¿Tú también me eliges?

Ella respondió:

—Yo no estoy preparada.

Naga engordó.

Nar le dijo:

—Naga, hija mía, tú tienes un niño dentro. Pero tú no tienes compañero. ¿Cómo puede ser eso?

Naga respondió:

—Nosotros acampamos en Odutu al pie de la Montaña. Cuando dormía, alguien vino a mí. No era un hombre. Yo no lo vi, ni lo oí, ni lo olí. No sentí sus manos. Pero él estaba allí. Me tuvo dentro de él, y yo fui feliz, feliz. Cuando desperté había desaparecido. Me dije: «Ha sido un sueño.»

Nar dijo:

—Los Primeros viven en la Montaña sobre Odutu. Y tú eres hermosa, hija mía.

Diez lunas y dos más Naga llevó a su hijo en el vientre.

En Lusan de las Hormigas él nació.

Él no tenía Clan, pues nadie sabía el nombre de su padre.

Cuando salió del vientre de Naga, no lloró.

Se levantó y miró a su alrededor.

Tenía pelo en la cabeza.

Tenía dientes en la boca.

Todavía cubierto por la sangre del parto, él habló.

Dijo:

—Yo soy Sol.



Donde hay agua puede haber mosquitos, así que, a última hora de la tarde, encendieron otra hoguera cerca del rincón donde las rocas caídas se unían al despeñadero. Cortaron ramas de arbusto *garri*, que al quemarse desprendía un humo ácido que mantenía alejados a los insectos. Cuando cayó la noche, se acurrucaron a dormir en el rincón.

Noli se acostó, exhausta, y se durmió casi al momento, pero al poco rato se despertó y vio a Suth sentado junto al fuego, con las rodillas encogidas y el palo de cavar sobre el regazo.

—Suth, duerme —murmuró—. Así mañana estás fuerte. Ningún animal se acerca a nuestro fuego.

—Noli, eso es bueno —respondió Suth, con la voz llena de felicidad y confianza.

—Suth, duerme —repitió.

Suth gruñó, echó algunas ramas más al fuego y se acostó.

Noli no volvió a dormirse enseguida. Se quedó contemplando el precipicio. La mitad inferior era una sombra negra, y la superior estaba bañada por la luz de la luna. Más allá, las estrellas se movían muy lentamente hacia el oeste.

Noli pensó en Suth. Comprendía cómo se sentía. Detestaba el extraño valle de la cima de la montaña, donde habían vivido con el Clan de Mono durante las últimas nueve lunas. No sólo porque habían estado prisioneros, sino también porque siempre sucedía lo mismo: se despertaban en el mismo lugar, bajaban al lago todas las mañanas para beber, buscaban comida en las mismas colinas día tras día, volvían a beber en el lago todas las tardes, se sentaban alrededor del mismo fuego para comer, y se acostaban todas las noches en la misma cueva hedionda. Suth anhelaba la vida a la que estaba acostumbrado, viajando cada pocos días con el resto del Clan al siguiente Lugar Bueno, para recolectar y cazar.

Pero el resto del Clan había desaparecido. Noli había visto cómo mataban a algunos, cuando unos desconocidos los atacaron y los expulsaron de sus antiguos Lugares Buenos. Su jefe, Bal, había llevado a los supervivientes a buscar nuevos Lugares Buenos al otro lado del desierto, pero Suth y Noli regresaron para rescatar a Tinu y a los niños, a quienes Bal había abandonado. Si habían conseguido encontrar el cañón, quizá los del grupo de Bal todavía estuvieran vivos. Pero viajaban en una dirección diferente de la que Halcón Luna le había indicado a Noli, así que quizá no habían llegado al agua y habían muerto de sed en el desierto.

De ser así, aquellos seis niños, acurrucados junto al fuego en el cañón, eran los únicos supervivientes del Clan. Con todo, a pesar de su escaso número, habían viajado juntos y sufrido penurias y peligros, habían encontrado agua y comida; y habían encendido un hoguera, como solían hacer antes en los antiguos Lugares

Buenos. Aquello era suficiente para Suth.

Pero no para Noli.

Halcón Luna se había ido. Halcón Luna no la visitaría más. Se sentía vacía.

No, era más que eso. Sentía como si antes hubieran vivido dos Nolis en el mismo cuerpo. La Noli diurna que recolectaba y viajaba con el Clan, comía, hablaba y jugaba con sus amigos y se acostaba al acabar el día. Entonces se despertaba la Noli de noche, y Halcón Luna la visitaba en sueños.

Desde que tenía memoria, Noli recordaba haber tenido aquellos sueños, que eran como una presencia vaga y enorme que colmaba su mente, que le daba miedo y consuelo al mismo tiempo. Durante mucho tiempo eso fue todo. Pero después, la Noli de día escuchaba a los adultos hablar de sueños, y la Noli de noche había otorgado a esa presencia una forma y un tacto, el ojo dorado, las plumas, el feroz pico: Halcón Luna.

Pasaron decenas y decenas de lunas en que los sueños no cambiaron hasta que, en las últimas lluvias, Halcón Luna le mostró aquello tan horrible que le sucedería al Clan; Noli se despertó, gritando. Cuando contó su sueño a los adultos, nadie la creyó.

Pero aquello sucedió. Llegaron Los asesinos desconocidos.

Desde entonces, Halcón Luna le había hablado o hecho revelaciones seis veces. Tres de ellas para informar, y otras tres para advertir. Sin aquella ayuda y aquellas advertencias, ella, Suth y los demás estarían muertos. Gracias a Halcón Luna el Clan todavía vivía, junto al fuego en el cañón.

Pero Halcón Luna se había ido. Sin Halcón Luna, ¿cómo podía existir el Clan de Halcón Luna?

Noli durmió y despertó, y vio que la luna brillaba e iluminaba el barranco. Volvió a dormirse y a despertarse, y la luna había desaparecido. Cada vez que despertaba, seguía pensando en lo mismo.

Cerca de la madrugada, despierta y pensando de nuevo, oyó un ruido extraño. ¿Una voz? No llegaba a ser una voz. Parecía provenir del montón de rocas junto al cual estaban acostados.

El cañón estaba sumido en el silencio, los pájaros chillones dormían. Noli oía el agua que goteaba en las grietas, a un brazo de distancia bajo el suelo.

Sí, allí estaba otra vez, una especie de gemido.

—¿Quién está ahí? —llamó.

La voz respondió, pero el sonido quedó ahogado por el gruñido interrogativo de Suth.

—Hay algo bajo estas rocas —explicó Noli—. Suth, escucha.

Noli llamó otra vez, y de nuevo la cosa respondió.

Tinu se había despertado, pero los niños seguían durmiendo. Escucharon. El ruido se oyó varias veces. No eran palabras, pero semejaba a un sonido humano, y parecía que respondía a sus llamadas. Suth movió una piedra del montón, pero como sujetaba otras, tuvo que saltar hacia atrás cuando cayó una pequeña avalancha.



—Esto es peligroso —dijo—. Cuando se haga de día, miramos.

Se acostaron, los ruidos continuaron durante un rato, y luego cesaron. Cuando Noli se volvió a despertar era de madrugada, y en cuanto los niños se levantaron, los pájaros aparecieron para protestar y ahogar el más leve sonido.

Noli advirtió que Suth ya estaba arrodillado junto al agujero y sacaba agua para beber y lavarse la cara. Tinu estaba avivando el fuego. Noli fue a buscar agua para ella y para Otan, y peló un trozo de tallo blanco para que el niño masticara con sus tres dientes.

Noli levantó la vista y observó a Suth, que contemplaba el cañón, todavía con aquella mirada alegre, como si supiera que estaba en el lugar adecuado, haciendo lo correcto, esperando con ansia el nuevo día.

—Ahora, como. Después, cazo —dijo—. Y también busco palo de fuego.

—Palo de fuego es difícil, Suth —advirtió Noli.

—Yo lo intento —replicó, y se encogió de hombros, confiado.

—Ahora no oigo ruido —dijo Noli, señalando las rocas.

—Creo que es un animal —opinó Suth—. Las rocas caen, y quedan atrapados. Ahora ya está muerto.

—Un animal es comida, Suth.

—Es peligroso, Noli. Si una roca cae, muchas caen con ella. ¡Espera, Ko! ¡Yo voy!

Ko estaba tratando de bajar al pozo de agua para beber por sus propios medios. Suth se acercó, pero en lugar de buscar agua para que Ko la lamiera, quitó varias rocas más para que el niño pudiera sacarla. Ko estaba encantado.

Noli los observó, sonriendo al ver cómo Ko admiraba y adoraba a Suth, trataba de imitar su modo de caminar y de erguirse, quería parecerse a él en todo. «Eso es cosa de hombres —pensó la niña—. Así son los hijos con los padres. Otan pronto se convierte en uno de ellos.»

Noli miró a su hermano. Había masticado el tallo blanco hasta dejar sólo la pulpa, y se estaba manchando la cara al intentar metérselo en la boca. Mana lo vio, y fue a limpiarle la cara y a darle el tallo que acababa de pelar para ella.

Noli volvió a sonreír. «Y esto es cosa de mujeres —pensó—. Mana es feliz haciendo esto. Cuando un día ella tiene su propio hijo, ella es feliz, feliz. Pero no es asunto mío. Otan es mi hermano. Yo lo llevo conmigo y le doy comida. Pero no es asunto mío. Mi asunto es Halcón Luna. Y Halcón Luna no vuelve más. Nunca más, nunca más, nunca más.»

Para distraerse, fue a ver qué estaba haciendo Tinu, que había subido por el montón de piedras y estaba agachada con la oreja pegada a una grieta. Se movió y volvió a escuchar. Vio que Noli la miraba.

—Persona —murmuró—. Al caer las rocas... persona atrapada.

—Suth dice que es animal —dijo Noli.

Tinu vaciló.

—Es persona —respondió con tristeza.

Tinu debía de estar muy segura de sí misma para discrepar de Suth, así que Noli lo llamó y le explicó lo que Tinu había dicho. Él se acercó y frunció el entrecejo ante el montón de piedras.

—Tinu, esto es peligroso —dijo—. Muevo una piedra, y muchas más se caen. Mira.

Con el palo de cavar soltó una piedra y provocó una pequeña avalancha. Algunas eran lo bastante grandes para matar a un hombre si caían sobre él. Y cuantas más rocas quitara, más peligroso sería. Tinu tenía que darse cuenta. Era la clase de cosas que ella entendía. Sin embargo, Tinu seguía triste.

—Ahora yo cazo —dijo Suth—. ¿Quién alimenta el fuego?

—Tinu lo hace —respondió Noli—. Yo traigo más tallo blanco. Suerte, Suth.

El niño levantó el palo de cavar, hizo el saludo del cazador y partió.

Mucho después de que Suth hubiera desaparecido de su vista, Noli pudo adivinar dónde estaba por las nubes de pájaros que protestaban encima de su cabeza. Esperó a que Suth estuviera lejos y se llevó consigo a los pequeños a recoger tallo blanco y buscar cualquier otra cosa comestible.

Cuando Noli volvió, encontró el fuego encendido, pero Tinu había desaparecido. La llamó y le respondió un grito incomprensible, procedente de algún punto en lo alto del montón de piedras, pero cuando subió no vio a Tinu por ninguna parte.

Volvió a llamarla, y esta vez la respuesta pareció nacer casi de debajo de sus pies. Un momento después, la cabeza de Tinu asomó por un hueco que había entre dos piedras grandes.

Tinu llegó jadeando por el esfuerzo. Pasó un rato antes de que pudiera hablar, y cuando lo hizo estaba demasiado agitada para articular palabra.

—¡Noli!... ¡Es una persona!... Yo le toqué... ¡la mano! Extendió los dedos para enseñarle a qué se refería, y señaló el hueco del que había salido. Noli se arrodilló junto a éste y miró hacia abajo.

Al parecer, una enorme porción del despeñadero había caído entera. Había impedido que las rocas de arriba llegaran al suelo y había dejado un hueco en la parte inferior. La abertura era muy estrecha, pero más abajo parecía ensancharse. Y era muy profunda.

Cuando Noli se enderezó, observó que Tinu gateaba por el montón con varias hojas de tallo blanco. Peló uno, se lo puso entre los dientes y volvió a colarse por la grieta. Noli se arrodilló para ver qué pasaba.

Allá abajo estaba muy oscuro, pero le pareció que Tinu se detenía antes de llegar al fondo y después metía la mano por una grieta que había a un lado de la abertura. Se oyó un gruñido, más profundo que la voz de Tinu, la clase de sonido que hace un hombre cuando ocurre algo fuera de lo común.

Tinu volvió a subir enseguida y metió la cabeza por la abertura.

—Es un hombre —jadeó—. Él coge...

Estaba demasiado alterada para pronunciar las palabras «tallo blanco», pero Noli peló varios tallos más, que Tinu llevó abajo y pasó a través de la grieta. Al aceptarlas el hombre gruñó, pero no dijo nada.

Hubo una pausa. Noli veía a Tinu que se movía, escarbaba y gruñía por el esfuerzo. Entonces se oyó el ruido que producen dos piedras al golpearse entre sí. Mirando por el agujero, Noli observó que Tinu había encajado el cuerpo a través de la grieta, y con una roca pesada trataba de golpear con las dos manos algo que había junto a su cadera.

La roca que estaba bajo la mano derecha de Noli tembló.

—¡Peligro! —gritó.

Tinu empezó a trepar hacia arriba. Debajo de ella hubo un fuerte estrépito, y el agujero se llenó de un polvo asfixiante que salía de las piedras caídas de la pared donde Tinu había estado trabajando. Noli la oía toser y farfullar.

Se oyó otra tos más profunda, la del hombre que Tinu había encontrado. Enseguida ésta asomó la cabeza, sonriendo por la emoción. Noli hizo el gesto de ayudarla a subir, pero Tinu negó con la cabeza, y en cuanto el aire estuvo despejado, volvió a bajar.

El polvo no se había disipado lo suficiente para que Noli pudiera ver lo que sucedía, pero oía que ambos tosían, y después el farfullar de Tinu al hacer una pregunta y el gruñido del hombre como respuesta... un gruñido diferente; algunas preguntas más de Tinu, pero ninguna respuesta auténtica.

Tinu volvió a subir. Esta vez lo hizo rápidamente y salió jadeando. Tenía el pelo lleno de polvo, y el cuerpo gris.

—Un hombre herido —explicó—. El brazo herido... mal... Necesita ayuda...

—¿No habla? —preguntó Noli—. ¿No dice gracias? ¿Su boca también está herida?

Tinu se encogió de hombros e hizo un gesto negativo con las manos. No lo sabía, no le preocupaba. Miró la abertura por la que había subido. Era muy estrecha, incluso para su delgado cuerpo.

—Hombre grande, grande —dijo.

Juntas trataron de quitar las piedras de alrededor de la abertura, pero parecían estar trabadas; finalmente, se dieron por vencidas.

—Busco a Suth —dijo Tinu.

Sin esperar el permiso de Noli, Tinu se apresuró a bajar y se fue corriendo.

Noli bajó más despacio y se dispuso a alimentar el fuego. Ko corrió a su encuentro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —suplicó—. ¿Puedo ver? ¡Yo, Ko, te lo pido!

—No, no. Suth dice: Los niños no suben a las rocas. Son peligrosas, peligrosas.

—¿Pero qué pasa? ¿Qué pasa? —gimió el niño.

—Tinu ha encontrado un hombre. Las rocas caen sobre él, y se queda atrapado. Suth viene a ayudar.

Ko se alegró.

—¡Suth viene! —exclamó—. ¿Cuándo, Noli, cuándo?

—Pronto, Ko. Viene por allí. Mira.

Noli lo dejó mirando nervioso en la dirección que ella le había señalado, y fue a ver a los otros dos. Otan dormía profundamente, y Mana estaba haciendo un pulcro dibujo con guijarros sobre una piedra plana. Noli los dejó y volvió a subir al motón de piedras.

Cuando miró dentro del agujero, el polvo se había disipado lo bastante para ver algo oscuro y redondo que sobresalía cerca del lugar donde ella y Tinu habían estado golpeando. Se movió y vio el brillo de un ojo. Era la cabeza de un hombre.

—Espera —le dijo—. Tinu busca a Suth. Él es fuerte. Él te ayuda.

El hombre respondió con un gemido de súplica, sin palabras, pero presa del dolor y la desesperación.

Noli buscó un lugar donde poder sentarse y contemplar el cañón y al mismo tiempo vigilar a los niños. Al rato vio la bandada de pájaros que volaba formando círculos sobre algo que los alarmaba. Poco a poco se movieron hacia ella.

—¡Ko! —llamó Noli—. Viene Suth. Mira los pájaros. ¡Él está aquí!

Ella se paró y señaló, y Ko salió corriendo para recibir a su héroe. Noli contempló su carrera, sus piernas regordetas, torpes e infantiles; movió la cabeza y sonrió. El niño no corrió mucho antes de que Suth y Tinu aparecieran, arrastrando entre ambos una rama grande. Cuando Ko los alcanzó tuvieron que permitirle que los ayudara. Aquello los retrasó, pero Noli esperó pacientemente mientras acarreaban el trofeo.

Suth bebió en la charca de agua y por fin subió junto a Noli; sin embargo, no fue directamente al lugar de la emergencia. Se quedó de pie, frunciendo el entrecejo.

—¿Tinu ha encontrado un hombre? —preguntó—. ¿Y ese hombre no habla?

—Es verdad, Suth —le respondió Noli—. Hace ruido, pero no dice palabras.

—¿No es del Clan?

—Yo creo que no.

Se agachó junto al agujero y miró hacia abajo. El hombre lo vio y emitió su gemido, pero Suth no respondió. Miró el agujero, las piedras de alrededor, y la enorme losa inclinada a un lado; se levantó, negó con la cabeza y arrugó aún más el semblante.

—Noli, esto es peligroso, peligroso —dijo—. Las rocas pequeñas aguantan la roca grande. Si las movemos, quizá caigan. ¿Por qué vamos a hacerlo, Noli? Este hombre no es del Clan.

Noli comprendió a qué se refería. Para aquella clase de cosas existían reglas. Si había personas del propio Clan que estaban en un apuro, sin duda había que arriesgar la vida para ayudarlas. Pero si eran de otros Clanes, dependía de cuestiones como si la culpa de hallarse en ese aprieto era de esas personas o lo grande que fuera el riesgo. Pero por alguien que no pertenecía a ningún Clan, que no podía hablar y que quizá ni siquiera fuera una persona, sólo una especie de animal...

Por supuesto, Tinu se sentiría desilusionada después de todos sus esfuerzos, pero si Suth decidía que era demasiado peligroso, ella lo aceptaría...

Pero...

Pero tenían que ayudar.

Esa sensación era muy fuerte.

No parecía proceder del interior de Noli, sino del exterior. La envolvía, era como una presión.

Noli apoyó los dedos en el brazo de Suth.

—Suth, nosotros ayudamos a este hombre —dijo—. Yo, Noli, te lo pido.

Su propia voz le sonó extraña. Suth la miró durante un rato, y después asintió. Se disiparon las dudas y ello se reflejó en su rostro.

—Bien —dijo—. Primero hago el agujero más grande.

Utilizando el palo de cavar como palanca, Suth aflojó las rocas en torno a la abertura. En cuanto una de ellas se movió un poco, retrocedió y esperó. No ocurrió nada.

—Noli, ve a la roca grande —dijo—. Pon una mano sobre ella. Bien. Si notas que se mueve, grita. Tinu, ve abajo. El hombre debe ir hacia atrás. Por si se caen las rocas.

Tinu asintió y se deslizó por el agujero. Oyeron la voz de la niña y gruñidos de protesta, pero finalmente ella consiguió de algún modo que el hombre entendiera, y volvió a subir.

Suth volvió a trabajar entre las piedras e hizo fuerza hacia un lado sobre el palo. Noli permanecía con la mano extendida sobre la enorme placa de piedra, atenta al más leve movimiento. Tinu se arrodilló junto a la roca sobre la que Suth trabajaba, con otra más pequeña preparada en la mano, que metió debajo del palo de cavar en cuanto éste abrió un hueco, mientras Suth buscaba otro sitio para clavar el palo de nuevo.

Una roca se soltó. Suth la quitó, retrocedió y miró a Noli.

—No noto nada —informó la niña.

Suth soltó otra roca y empezó con una tercera. Al hacer fuerza sobre el palo de cavar, la piedra tembló bajo la mano de Noli.

—¡La piedra se mueve! —gritó.

Los tres se retiraron. Antes de que se hubieran apartado del todo, se oyó un ruido terrible seguido de unos chasquidos. Del agujero salió polvo. Un par de piedras cayeron de la parte más alta del montón. Esperaron, conteniendo el aliento. Cuando todo pareció tranquilizarse, volvieron a la abertura.

Se había hecho mucho más grande. Debían de haber caído varias rocas. Suth se arrodilló y llamó, y la voz del hombre respondió.

Esperaron.

—¿Por qué no viene? —preguntó Suth.

—Brazo herido... roto... —explicó Tinu—. Suth... nosotros... ¿lo ayudamos?

Suth descendió, seguido por Tinu.

Noli se quedó junto a la abertura, con la mano sobre la roca, lista para gritar si se movía. Había más luz y podía ver con claridad la cabeza del hombre. Suth le habló, y descendió hasta donde estaba. Después de varios intentos, consiguió apoyar el palo de cavar firmemente en el agujero, para tener un punto de apoyo mientras él y Tinu lo ayudaban a salir.

Subieron con dificultad. Noli advirtió que el brazo izquierdo del hombre estaba destrozado, y Tinu hizo todo lo posible por sujetarlo de forma que sólo tuviera que utilizar el derecho para ascender. El hombre gritó de dolor una o dos veces. Casi no se veía a Suth, pues éste trataba de sujetarlo por debajo.

Por fin Noli logró alargar la mano y lo arrastró hacia fuera, pero cuando quiso ayudarlo a levantarse, el hombre no pudo hacerlo. Tenía, además, una herida tremenda en la parte trasera de la pierna derecha.

Suth y Tinu salieron, resollando por el esfuerzo. Descansaron un rato, y después ayudaron al hombre a bajar hasta la hoguera.

Le llevaron agua en las palmas de las manos, que el hombre lamió con avidez, mientras Mana pelaba tallos blancos y se los metía en la boca pedazo a pedazo, como si fuera un niño.

En ningún momento el hombre dijo una sola palabra de agradecimiento, aunque cada vez que alguien hacía algo por él, emitía un gruñido doble de reconocimiento.

Los Halcones Luna lo miraron con curiosidad. No era como ellos, ni como nadie que hubieran conocido. Era joven, pero ya hombre. Tenía pelo espeso en la cara, a lo largo de la mandíbula y alrededor de la boca, y la voz profunda. Pero no tenía cicatrices de hombre. Todos los hombres que ellos conocían tenían dos cicatrices curvas en cada mejilla, donde el jefe del Clan les había hecho cuidadosos cortes como señal de que ya no eran niños.

Aquel hombre no era mucho más alto que Suth, y los huesos de sus brazos y piernas no eran mucho más gruesos que los de Noli. Además, su piel era marrón oscuro, pero ni mucho menos tan oscura como la del Clan. Tampoco su cara era como la de ellos, sino larga y fina, con la nariz ganchuda y labios y dientes prominentes.

—Este hombre no es persona —murmuró Suth.

—¿Dices que es un animal? —preguntó Noli.

—No sé. Las personas hablan. Su boca no está herida, pero él no habla. Yo hablo. Él oye el ruido, no oye palabras. No oye lo que le digo. Él no es persona.

Ko frunció el entrecejo ante el enigma.

—¿Es un animal, Suth? —preguntó Noli—. ¿Nos lo comemos?

Suth sonrió y negó con la cabeza, tanto por el enigma como por la pregunta de Ko.

—No nos lo comemos, Ko —respondió—. Pero él no es persona.

Cuando terminó de comer y beber, el hombre se sentó un rato, protegiendo su brazo roto y gimiendo. Después levantó la cabeza y miró hacia abajo, al cañón.

Una idea pareció sobrecogerlo. Dolorido, se acurrucó y volvió la cabeza lentamente, como si supiera lo que iba a ver y no pudiera soportarlo.

Contempló el montón de piedras. Abrió la boca y su mandíbula se movió de un lado a otro, pero no emitió ningún sonido. Los músculos de su rostro estaban rígidos, como raíces de árbol.

Trató de ponerse en pie. Suth le apoyó una mano en el hombro para instarlo a sentarse, pero el hombre simplemente le cogió del brazo y lo utilizó para levantarse. Cojeó hasta el montón y empezó a escarbar con la mano sana.

—No. Peligroso —avisó Suth, y procuró alejarlo. El hombre lo apartó, pero se tambaleó y cayó.

No intentó levantarse. Se quedó mirando hacia abajo, gimiendo, emitiendo un sonido terrible, que aumentaba y disminuía como las olas. Noli tuvo una idea, repentina y clara, como si Halcón Luna la hubiese puesto allí, como antes. Sólo que en ésta no había palabras. Era el conocimiento de un hecho que le era transmitido sin palabras.

—Los miembros de su Clan están bajo la roca —dijo—. Ellos están muertos. Él está solo.

El hombre suspiró y volvió a gemir. El eco se oyó en todo el cañón.

Solo, gritaba.

Solo, gemían los ecos. Solo, solo, solo.

## LEYENDA

### Rakaka



Rakaka era un demonio terrestre. Sus dientes eran piedras de machacar y sus garras eran cortadores.

Vivía debajo de la tierra. Escuchaba las voces de las personas mientras viajaban hacia los Lugares Buenos, y las olía. Por debajo del suelo, las seguía a sus campamentos.

Cuando nacía un niño, olía la sangre del nacimiento. Olía la leche del pecho de la madre cuando lo alimentaba.

Cuando todos dormían, se levantaba. Entraba en el campamento. Tomaba la forma del niño y yacía junto a la madre. Lloraba con la voz del niño.

La madre despertaba. Lo alimentaba con sus pechos. Rakaka tomaba toda la leche que tenía. No quedaba nada para el verdadero hijo.

Noche tras noche, Rakaka hacía eso. No quedaba leche para el hijo. Y éste moría.

Naga alimentaba a su hijo, Sol. Rakaka olió la leche del pecho. Se levantó y se arrastró hasta el campamento. Tomó la forma de Sol y se acostó junto a Naga. Lloró con la voz de Sol.

Naga se despertó, y dijo:

—Mi hijo tiene hambre. Yo lo alimento.

Sol también se despertó, y dijo:

—¿Quién llora con mi voz? ¿Quién se alimenta en el pecho de mi madre?

Cogió a Rakaka del brazo y lo alejó.

Rakaka golpeó a Sol con el puño. No era su verdadero puño. Era el puño de un niño.

Sol cogió a Rakaka de la muñeca. Se puso el puño en la boca. Le mordió el primer dedo por el nudillo y lo escupió.

Rakaka aulló. Todo el Clan se despertó. A la luz del fuego vieron dos recién nacidos, dos Sol. Los niños peleaban con golpes y gritos, como hacen los hombres mayores.

Naga preguntó:

—¿Cuál de éstos es mi hijo, mi hijo Sol? Ambos respondieron:

—Yo soy tu propio hijo, tu hijo Sol.

Al oír eso, Sol se enfureció. Se llenó de la ira de un héroe. Golpeó a Rakaka con tanta fuerza que el demonio no pudo retener la forma que había adoptado y volvió a la suya.

A la luz del fuego, todos lo vieron.

Vieron su hocico para oler a la gente. Vieron sus dientes de piedra para machacar. Vieron sus garras de cavar la tierra.

Dijeron:

—Es el demonio Rakaka.

Sol todavía estaba furioso. Cogió una piedra grande y la tiró. Con toda la fuerza que le daba la furia, la tiró.

La piedra golpeó a Rakaka en el pecho y lo expulsó de allí. Lo alejó todo un día de viaje, hasta su sitio debajo de la tierra. Voló lejos y lejos, y lo dejó debajo del desierto, donde no vive gente.

La ira abandonó a Sol. Miró a su alrededor. Vio el nudillo de Rakaka, el que le había arrancado de su mano. También el nudillo había adquirido su forma original, la de un cortador.

Sol lo cogió.

Dijo:



—Éste es mi cortador. Su nombre es Ban-Ban. Ningún cortador es más afilado. Es mío.

La piedra que Sol tiró está en la Llanura Ragala. Ninguna piedra de Llanura Ragala es igual. Las marcas de las dos manos de Sol, las manos de un niño, están claramente impresas en ella.



Noli durmió mal. El hombre a quien habían rescatado no dejaba de gemir de dolor, y de vez en cuando gateaba hacia el montón de rocas y lloraba, sin palabras, aunque se le entendía tan claramente como si hubiera hablado: «¿Hay alguien ahí?»

Luego, esperaba y escuchaba el silencio, y, afligido, volvía a acostarse.

«Su Clan está bajo las rocas —pensó Noli—. Era de noche. Ellos dormían allí. Las rocas cayeron sobre ellos.»

No estaba segura de si la idea era realmente suya, o de si provenía de la extraña tensión que todavía obraba en su mente.

Cuando se hubo dormido, sus sueños fueron dispersos y sin sentido, pero tuvo la sensación de que no eran los que debía tener. Era como si Halcón Luna tratara de llegar a ella y no pudiera. Cuando se despertó al día siguiente estaba tan cansada que parecía que no había dormido en absoluto.

El brazo del desconocido estaba atrozmente hinchado. Él se lo protegía y hacía muecas de dolor ante cualquier contacto, pero permitía que Tinu se lo lavara y que le limpiara la herida de la pierna con la lengua, pues él no alcanzaba a lamérsela. Comía y bebía poco, y pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado junto al fuego, con la espalda contra las rocas.

—Tinu —dijo Suth de repente—, recuerdo algo. Cuando era pequeño, un hombre de Loro se rompió el brazo. Su nombre era Vol. Una anciana de Loro, no me acuerdo de su nombre, le puso dos ramas a lo largo del brazo. Una aquí. Otra aquí. —Suth levantó el antebrazo derecho y con la mano izquierda hizo como si se pusiera dos palos rectos a cada lado, desde el codo hasta la mano—. Ella le envolvió el brazo con hojas y lo ató todo con la corteza de un árbol especial. Pasó una luna y otra luna. El hueso sanó. Quedó torcido, pero fuerte. ¿Cómo podemos hacer eso? En este lugar no veo ese árbol especial.

—Creo... —murmuró Tinu.

La niña se sentó, con el entrecejo fruncido, y después cogió algunos trozos de peladura de tallo blanco, comprobó su resistencia y empezó a trenzarlos.

Suth la miró un momento y dijo:

—Primero yo cazo. Después hago palo de fuego.

Cogió el palo de cavar y salió. Noli terminó de alimentar a Otan, después llevó a Ko y a Mana a recolectar, y dejó que Tinu se ocupara del fuego, del desconocido y de Otan.

Esta vez Noli hizo caer todas las nueces que podían cargar entre los tres y, antes de ponerse a recoger tallos blancos, las llevaron al campamento. Se encontró con que Otan estaba despierto y gateaba hacia el pozo de agua, y el desconocido atendía el

fuego que estaba a punto de apagarse, mientras que Tinu se hallaba sentada, totalmente concentrada, con expresión sombría y mirando unos trozos rotos de tallo blanco trenzado.

—Tinu, ¿qué haces? —gritó—. El fuego se apaga. Otan se escapa. ¡Eso está mal, mal!

Tinu levantó la mirada como quien se despierta de un sueño, y se sacudió las fibras de tallo blanco del regazo con gesto desilusionado.

—Estas cosas... no son buenas... —murmuró—. Noli... tú... ¿qué dices?

No tenía sentido volverle a gritar. Así era Tinu cuando se concentraba en algo. Noli dijo a Mana que se ocupara de Otan mientras ella llevaba a Ko a recoger tallo blanco.

Cuando volvieron, Suth ya estaba allí. No había cazado nada, pero había desenterrado dos puñados de larvas gordas y amarillas de un tronco de árbol podrido. Así que las asaron, echaron las nueces a las brasas y comieron hasta hartarse. El desconocido comió con indiferencia, sin ver lo que le daban.

Cuando terminaron, Suth cogió la rama que había arrastrado con Tinu hasta el campamento para hacer un palo de fuego. Para ello necesitaba un trozo de madera largo como su antebrazo y grueso como su pierna. Sin embargo, apenas había empezado a cortar la rama con el cortador que uno de los hombres del valle le había regalado, cuando dio un grito de desaliento.

—Esto no va bien —dijo—. Rompí el cortador. —Lo alzó para que vieran cómo la mayor parte del borde afilado se había desprendido.

Se levantó, negando con la cabeza, y empezó a mirar el suelo del cañón en busca de piedras del tamaño adecuado para fabricar un cortador nuevo.

Todos los Halcones Luna conocían la dificultad que afrontaba Suth. Tallar piedra era difícil. Los padres empezaban a enseñarles a sus hijos en cuanto las manos de éstos eran lo bastante fuertes, pero aun así se necesitaba mucha práctica para saber cuáles eran las piedras adecuadas, y dónde y cómo golpearlas para obtener un borde afilado. Algunos hombres no aprendían nunca, y hasta ese momento Suth no había tenido suerte en sus intentos.

Regresó y golpeó varias piedras, pero no ocurrió nada. Apenas les hizo una marca.

—Estas piedras son duras, duras —dijo desanimado, y volvió a trabajar con el cortador sin filo. No tenía sentido. Su palo de fuego terminaría siendo un desastre. Volvió a levantarse para buscar otras piedras diferentes.

Noli no se dio cuenta de que el desconocido lo había estado mirando, hasta que éste se levantó con gran esfuerzo y fue cojeando hasta Suth, sujetándose el brazo roto con el sano.

Noli observó con curiosidad. Suth estaba reuniendo un montón de piedras para probar. El desconocido las miró, las descartó empujándolas con el pie, y meneó la cabeza con gesto desdeñoso.

Suth dijo algo. Estaba demasiado lejos para que Noli pudiera oírlo, pero parecía sorprendido y enfadado. El desconocido cojeó algunos pasos por el cañón, se detuvo e hizo un gesto con la cabeza para que Suth lo siguiera.

—Noli, voy con este hombre —le gritó Suth.

Noli hizo un gesto con la mano para manifestar que entendía. Suth alcanzó al hombre y le pasó el brazo alrededor para ayudarlo. Desaparecieron lentamente tras el montón de piedras.

—Noli —le pidió Tinu—. ¿Puedo ir?

Noli asintió, y Tinu salió corriendo.

Estuvieron ausentes más tiempo del que Noli había supuesto. Cuando volvieron, Suth llevaba una pequeña brazada de piedras, y Tinu un manojo grande de diferentes clases de hojas y cortezas, que dejó junto al fuego y empezó a clasificar. Mientras tanto, el desconocido se sentó junto a Suth y le enseñó cómo había que sujetar la piedra elegida y dónde y cómo debía golpearla. Fue una tarea lenta, y Suth cometió muchos errores. Cuando terminó, la mano que había utilizado para sujetar la piedra sangraba, pero había tallado algo parecido a un cortador. Un tallador experto probablemente lo habría descartado, pero Suth lo alzó con aire triunfal.

—Éste es mi primer cortador —afirmó—. Yo, Suth, hice éste cortador.

—Yo, Ko, te elogio —dijo Ko con voz solemne.

Suth apoyó una mano en el hombro del desconocido, en un gesto de camaradería.

—Yo, Suth, estoy agradecido —dijo.

Por primera vez desde su rescate, el hombre sonrió. Se cogió con cuidado el brazo roto y le devolvió el gesto. Al hacerlo, emitió un suave ladrido desde el cielo de la boca, que repitió tres veces.

—Este hombre es persona —declaró Suth—. Lo aceptamos en nuestro Clan. Es Halcón Luna. Su nombre es...

Suth miró a Noli. Los nombres eran muy importantes. En los Clanes, la persona a quien el Primero visitaba siempre era la que elegía los nombres.

Noli no vaciló. El nombre parecía estar allí, en su boca, listo para ser pronunciado.

—Su nombre es Tor —dijo.

—Bien —replicó Suth.

Señaló alrededor del círculo de Halcones Luna y pronunció cada uno de sus nombres:

—Noli. Otan. Tinu. Ko. Mana. Suth... Tor.

Tor sonrió y frunció el entrecejo al mismo tiempo. Parecía contento, pero confundido, como si casi llegara a comprender la idea, pero no del todo. Noli sintió mucha lástima por él. El hombre todavía estaba muy triste por lo que le había ocurrido a su Clan, lo cual no era de sorprender. Pero se había esforzado en ayudar a Suth con el cortador, aunque al caminar tanto el brazo seguramente le había dolido. Y tenía una sonrisa dulce.

Aquella noche Noli volvió a dormir mal. Tenía la sensación de que algo le presionaba la cabeza, en sueños oía voces débiles y agudas que gemían en el desierto, sobre el cañón: igual que Tor, sin palabras.

Se despertó y vio las estrellas y los precipicios iluminados por la luna, pero las voces habían desaparecido.

«Son voces del sueño —pensó—. Voces de espíritus, las voces de los seres queridos de Tor, que están muertos bajo las rocas.»

Al día siguiente le contó el sueño a Suth. Él aceptó lo que ella le dijo sin hacer preguntas.

—Trasladamos el campamento —dijo.

Todos sabían que no era bueno acampar muy cerca de un sitio donde había muertos. Podían aparecer los demonios.

Eligieron un lugar que había más abajo, y trasladaron el fuego por etapas, como antes. Tor parecía aliviado por la mudanza, aunque las tres tardes siguientes volvió solo al montón de rocas, cojeando, y lloró un rato la muerte de los suyos.

Después del cambio, Suth regresó al montón de rocas a terminar de cortar el palo hasta que tuviera la longitud necesaria. Tan pronto acabó, lo llevó al campamento nuevo para empezar el lento proceso de quemar el interior. Mientras tanto, Tinu había encontrado un tipo de hoja grande y gruesa cuyas fibras era un poco más fuertes que el tallo blanco. Cuando las trenzó, no resultaron tan fuertes como a ella le habría gustado, pero servirían de todos modos.

Empezó a experimentar con diferentes ligaduras para el brazo de Tor. El parecía entender lo que ella intentaba e hizo todo lo posible por ayudar.

Cuando cayó la noche, Tor ya tenía un fardo de aspecto tosco que sujetaba el brazo, con un lazo de fibra trenzada, que pasaba alrededor del cuello para ayudarle a aguantar el peso. Evidentemente servía: Tor no dejaba de acariciarlo, de enseñárselo a todos y de expresar su agradecimiento con gruñidos.

Tinu no parecía tenerle miedo. Era la primera vez que Noli veía a Tinu comportarse así con un adulto. Por lo general bajaba la cabeza y clavaba los ojos en el suelo, pero a Tor lo miraba directamente a los ojos.

Tardaron otros dos días en terminar el palo de fuego. Los tres Halcones Luna mayores trabajaron en él por turnos, lentamente, quemando el centro con brasas calientes, enfriando y ablandando la madera con agua, y luego, con una de las hojuelas del cortador de Suth, ahuecándola cada vez más.

Un palo de fuego casi nunca duraba más de una luna o dos antes de que los lados se quemaran, así que todos habían visto cómo se hacían; pero era evidente que Tor no tenía ni idea de qué era aquello, y los miraba fascinado.

Pero a su vez, él sabía cosas que los Halcones Luna desconocían. El segundo día los llevó por el cañón hasta un lugar donde el agua salía a la superficie, y todos pudieron beber cuanto quisieron. Y entonces los sorprendió.

El lecho y los lados de la charca eran achatados, formados por piedras lisas. Tor

les enseñó que, si levantaban una de ellas, podían encontrar debajo una criatura acuática, del tamaño del dedo de un niño, gris pálido y con montones de patas y tentáculos. La treta consistía en mover la piedra de repente y coger el animal antes de que se metiera en alguna grieta. Entonces podían masticarlo y escupir el caparazón.

La cuarta mañana, Tinu mojó completamente la parte exterior del palo de fuego y untó el interior con una pasta espesa hecha con cenizas húmedas. Después, utilizó ramas para sacar las brasas calientes del fuego y puso éstas en el fondo del palo, que acabó de llenar con trozos de carbón frío que había separado la noche anterior. Tapó el palo con una piedra redonda y chata que encajaba casi a la perfección en el agujero, selló los intersticios con más pasta y dejó uno para que entrara aire. Finalmente ajustó el palo de fuego en el soporte que había trenzado para poderlo llevar colgado del hombro.

Para entonces Tor ya había aprendido los nombres de los Halcones Luna, y también el suyo. Si Noli decía «Tor», él levantaba la mirada. Si se refería a Suth, miraba a Suth. Pero todavía no decía nada, ni nombres ni palabras. En cambio, los Halcones Luna aprendieron que los ladridos y gruñidos de Tor tenían diferentes significados. Soltaba un ladrido fuerte que significaba «Cuidado»; una serie de bufidos, cuando algo le interesaba especialmente, y una especie de aullido interrogador que significaba «Ayuda», y así sucesivamente.

—Estas no son palabras —señaló Suth—. Él no dice: «Suth, ve al árbol de nueces. Ve a la roca blanca. Allí hay una lagartija gorda.» Él no sabe decir esto.

—Yo sé decir esto —dijo Ko—. Yo soy persona. Tor no es persona.

—Tor es persona —objetó con firmeza Mana.

Con su discreción característica, Mana había adoptado a Tor, le pelaba tallo blanco y nueces, y le lamía la pierna por la mañana y al atardecer para mantenerla limpia mientras se curaba.

—Tor no es persona —insistió Ko, para hacerla enfadar—. No dice palabras. Suth lo ha dicho.

—Tor tiene palabras —replicó Mana—. Él dice: «Gracias.» Él dice: «Vamos.» Él dice: «¿Qué es esto?»

La niña emitió los sonidos como ejemplo, y lo hizo bien. Tor levantó la mirada, divertido.

—¡Suth dice que eso no son palabras! —gritó Ko—. Suth, ¿tú dices eso?

—Yo digo Sí, y digo No —respondió Suth para sosegarlos—. No sé si son palabras. Pero Tor es persona.

Con el paso de los días discutieron sobre eso varias veces más, pero no lograron encontrar una respuesta.

La quinta mañana, Suth dijo:

—El palo de fuego está listo. Hoy nos vamos a buscar un nuevo campamento. Tor, ¿vienes o te quedas?

Tor emitió su gruñido de interrogación. Suth se esforzó por explicárselo con gestos, pero Tor siguió sin comprender.

—Yo se lo digo —intervino Mana.

La niña emitió el ladrido-bufido que significaba «Ven» y lo llevó hasta el montón de rocas. Cuando volvieron, Tor parecía haber entendido qué sucedía y estaba listo para partir.

—Tor ha dicho adiós a sus amigos —explicó Mana. Noli se sintió más tranquila. No quería abandonar a Tor. La pierna sanaba lentamente, pero pasaría mucho tiempo antes de que el brazo se curara, en el mejor de los casos. Hasta entonces necesitaría ayuda para permanecer vivo. Tor haría que el viaje fuera mucho más lento, pero ellos lo habían incorporado al Clan. Tor era Halcón Luna. Tenían que cuidarlo.

Así que se desplazaron despacio por el cañón, recolectando por el camino. Por todas partes vieron rocas recién caídas a causa del terremoto, amontonadas contra los despeñaderos. Tor se detenía en todos los desprendimientos, llamaba con ansiedad y escuchaba; pero no obtenía respuesta, por lo que seguía andando. Cuando se acercaba el mediodía estaba muy cansado, y casi a cada paso gruñía ligeramente por el dolor del brazo.

Suth se detuvo en una zona de árboles, para poder descansar a la sombra, como de costumbre; pero pese al calor, al dolor y al agotamiento, Tor insistió en continuar, así que hicieron lo que deseaba. El cañón zigzagueaba, y casi nunca podían ver a lo lejos. Doblaron una y otra vez hasta que la escena cambió.

El cañón se ensanchaba, y el suelo descendía bruscamente. La corriente subterránea surgía entre las rocas y caía envuelta en espuma hasta el nivel inferior, donde continuaba como un río abierto.

En la cima de la colina, Tor se detuvo y lanzó un grito agudo que nunca le habían oído. Luego, escuchó, pero no recibió respuesta, sólo el eco, y el chillido de los pájaros a los que había molestado.

—Veo cuevas —dijo Suth, mientras señalaba un despeñadero que había a mano izquierda—. Allí, donde las rocas han caído cerca.

Tor volvió a llamar y se dirigió a las cuevas. Los demás lo siguieron, y al acercarse vieron y olieron que allí había acampado gente. No hacía mucho tiempo. En la entrada de la primera cueva, Tor les hizo una seña para indicarles que quería entrar solo. Comprendieron. Era asunto de él, no de ellos.

Mientras esperaban en medio de la quietud, Noli percibió la tenue presencia de la vida de otras personas. Muchas, muchas vidas habían habitado allí, en un tiempo lejano. Notó un hormigueo por el cuerpo y se estremeció.

Un rato después, Tor salió con tristeza y cojeó hasta otras dos cuevas que estaban cerca.

—Acampamos aquí —dijo Suth—. Primero buscamos leña para el fuego. Noli, ¿vienes?

Noli parecía estar obnubilada. Oyó la pregunta como si llegara lenta, muy

lentamente, de muy lejos.

—Me quedo —murmuró. Entonces se quedó sola, vagamente consciente del peso de Otan, que dormía sujeto a su cadera. La sensación que tenía se volvió más intensa. Todavía estaba bajo la luz cegadora, pero al mismo tiempo parecía hallarse dentro de la cueva, en completa oscuridad, a excepción de la luz de la luna que se advertía más allá de la entrada. En aquella oscuridad tuvo una repentina sensación de pánico, notó como si alguien se despertara de súbito, oyó un grito de terror. Otros se estaban despertando, empezando a moverse. La roca tembló bajo sus pies. Nuevos gritos surgieron en medio de la oscuridad. El suelo tembló con violencia esta vez, y del techo cayeron piedras sueltas..., terror, pánico a su alrededor, una confusión de personas que corrían y se peleaban por alcanzar la entrada de la cueva... Entonces, el bramido de la explosión de la montaña, y, momentos después, el trueno de la avalancha principal desde el despeñadero...

La sensación se disipó, y Noli se encontró a la luz del sol, temblando, respirando con suspiros enormes. Otan seguía durmiendo profundamente. Todavía oía a Suth y a los demás. Había transcurrido muy poco tiempo; sin embargo, ella había sentido todas aquellas cosas. Extraño, extraño.

—Mana —llamó Noli—, vamos. Vigila a Otan. Yo ayudo a buscar comida.

Obediente, Mana volvió corriendo, y Noli corrió tras sus compañeros.

—El suelo tiembla —le contó a Suth—. Hay personas que duermen en la cueva. Las rocas caen. Ellos se asustan y corren.

—¿Halcón Luna te ha mostrado eso? —preguntó Suth.

—Halcón Luna no viene más —respondió la niña—. Nadie me muestra esto. Lo veo.

Suth la miró un rato, se encogió de hombros y siguió caminando.

Cuando hubieron recogido suficiente leña para alimentar el fuego, volvieron a las cuevas. Ante la entrada de la más grande, Tinu encendió una hoguera con las brasas que había sacado del palo de fuego. Ya estaban negras, pero cuando la niña amontonó hierbas y ramas secas sobre ellas y sopló, empezaron a brillar. Salió humo. Las llamas eran invisibles bajo la terrible luz del sol, pero las ramitas se convirtieron en cenizas y las ramas más grandes que puso encima se quemaron casi inmediatamente.

Así, los Halcones Luna volvieron a tener fuego, cantaron su canción y acamparon.

Al parecer, Tor no se había dado cuenta de nada. Primero había ido de cueva en cueva, en busca de señales de su Clan; después, cojeó ladera abajo hasta el cañón: llamó una y otra vez, pero no le llegó ninguna respuesta. Por fin regresó y se sentó con ellos a la sombra del barranco, con la barbilla apoyada en las rodillas, balanceándose de un lado a otro y gimiendo débilmente.

Cuando los Halcones Luna comieron al mediodía, Tor se quedó a un lado. Un momento después, Mana se acurrucó junto a él y le ofreció un trozo de lagartija asada.



Tor la miró. La niña puso el trozo en sus labios. Él abrió la boca y ella se lo metió. Masticó lentamente. Poco a poco ella continuó dándole de comer. Tor comió, por lo visto sin advertir lo que estaba haciendo.

Lo contrario ocurría con Noli y Otan. Otan devoraba todo lo que ella le ofrecía y no prestaba atención a ninguna otra cosa, mientras que la mente de Noli deambulaba lejos, pensando aún en lo que había ocurrido en la cueva.

«Esto es asunto de Halcón Luna —pensó—. Pero no es Halcón Luna. Halcón Luna no viene más. ¿Cómo puede ser?»

La carcajada de Ko irrumpió en sus pensamientos.

—¡Mira, Suth, mira! —exclamó el niño, casi atragantándose ante su propio ingenio—. ¡Las mujeres alimentan a los hombres! ¡Las mujeres alimentan a los hombres! Noli alimenta a Otan. Mana a Tor. ¡Tinu, tú debes alimentar a Suth!

Vacilando, Tinu ofreció a Suth la larva asada que acababa de sacar de las brasas, y éste dejó que se la pusiera en la boca. Todos se echaron a reír, y Ko rodó de un lado a otro, repitiendo: «¡Las mujeres alimentan a los hombres!» una y otra vez, porque era una broma lo suficientemente sencilla para que un niño la comprendiera, y él, Ko, la había inventado.

Incluso Tor apreció algo fuera de su dolor y su tristeza; alzó los ojos y sonrió, aunque no entendía la broma.

## LEYENDA

### Sala-Sala



Sala-Sala era un demonio de los bosques oscuros. Bubú era un demonio de los lugares para beber. Eran hermanos de sangre del demonio Rakaka. Se encontraron, como era su costumbre, en el Valle de los Árboles Muertos.

Dijeron:

—¿Dónde está nuestro hermano, Rakaka? ¿Por qué no viene a nuestra reunión?

Buscaron mucho, mucho tiempo, y lo encontraron escondido lejos, debajo del desierto, donde no hay personas.

Le preguntaron:

—¿Por qué te escondes aquí, hermano Rakaka?

Él respondió:

—Un héroe ha nacido entre las personas. Su nombre es Sol. Siendo todavía un recién nacido peleé contra él. Me arrancó el dedo. Me arrojó una piedra grande que me lanzó a una distancia de un día de viaje. Tengo miedo de ese héroe. Por eso me oculto en el desierto, donde no viene gente.

Sala-Sala se burló de él y dijo:

—Eres tierra blanda, hermano. El viento sopla y te lleva donde quiere. La lluvia te empuja. Yo soy árboles grandes. El viento sopla, y yo rujo y canto. La lluvia me moja, y yo la bebo y disfruto. Ahora soy yo quien se enfrenta a ese héroe, a ese Sol. En Agua Fétida me enfrento a él, cuando los Clanes van a la fiesta de las aves del agua.

Entonces Sala-Sala se escondió en los bosques junto a Agua Fétida. Sus garras eran palos de cavar, y sus dientes eran púas de madera pétrea. En la temporada de las aves acuáticas, los Clanes iban a comérselas, y Puerco Gordo acampaba junto a los bosques.

Cuando todos dormían, Sala-Sala extendió un brazo y arrastró a todos los integrantes de Puerco Gordo al bosque. Allí los ató con lianas para que no pudieran moverse. Sol dormía junto a Naga, su madre. Sala-Sala los dejó para el final.

Sol se despertó.

Notó que su madre no estaba.

Miró, y vio una gran mano que se la llevaba al bosque.

Sol golpeó la mano con su cortador, Ban-Ban. Tan afilado era Ban-Ban que le cortó el segundo dedo a Sala-Sala por el nudillo.

Sala-Sala rugió. Salió del bosque.

Sol vio sus brazos que eran ramas, su piel que eran hojas, sus dientes que eran púas de madera pétrea. Vio al demonio Sala-Sala.

Sol dijo:

—Demonio, ¿dónde está el Clan de mi madre, el Clan de Puerco Gordo?

Sala-Sala se rió, y dijo:

—Sol, ellos son míos.

Sol se enfureció, con la furia de un héroe. Arrancó de raíz un árbol fangana.

Con el árbol golpeó a Sala-Sala. En la mandíbula le golpeó Sol.

Sala-Sala cayó al suelo. Su fuerza desapareció y se quedó dormido.

Sol levantó la garra que había cortado de la mano de Sala-Sala, y dijo:

—Éste es mi palo de cavar. Su nombre es Monoko. Ningún palo de cavar es más fuerte. Es mío.

Sol volvió al bosque. Encontró a los miembros del Clan de su madre, el Clan de Puerco Gordo, atados a un gran árbol. El árbol era muy alto. Era el Padre de los Árboles. No tiene otro nombre.

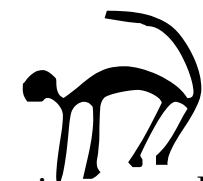
Sol golpeó el árbol con el palo de cavar, Monoko. Y el árbol se abrió.

Sol cogió a Sala-Sala de donde yacía dormido, y lo metió en el árbol. Cogió las lianas que sujetaban al Clan de su madre, y las ató alrededor del árbol. Las apretó con fuerza, de manera tal que el árbol se cerró.

Sol dijo:

—El demonio Sala-Sala está atado, como lo habéis estado vosotros antes, tíos míos. No puede salir. Ahora vamos a la fiesta de las aves del agua.

El Padre de los Árboles crece en el bosque junto a Agua Fétida. Está atado con lianas. Sala-Sala está en su interior, atrapado. Cuando el viento azota al Padre de los Árboles, Sala-Sala aúlla.



Los Halcones Luna se quedaron en las cuevas sólo un día. Descubrieron que aquella parte del cañón había sido despojada de plantas y de caza y que quedaba muy poco allí para comer. Hasta las criaturas nadadoras de color gris que Tor les había enseñado a atrapar eran pequeñas y escasas.

De todos modos, Suth quería trasladarse.

—Este lugar no es para nosotros, Noli —dijo de repente aquella tarde, cuando estaban sentados junto al fuego—. Es un Lugar Bueno, pero... —Hizo una pausa, y la miró a los ojos—. ¿Están vivos, Noli? —preguntó.

Noli supo al momento que se refería al resto del Clan de Halcón Luna, a quienes ella y Suth habían dejado durmiendo en el desierto cuando regresaron para rescatar a Tinu y a los pequeños. ¿Habían encontrado el cañón, el agua y la comida? ¿O habían muerto en el desierto, sin llegar a saber que el cañón estaba allí?

Noli negó con la cabeza.

—Suth, no lo sé —respondió.

Suth frunció el entrecejo y permaneció sentado, en silencio.

—Creo que están vivos —dijo con decisión—. El día que viene los buscamos.

Tor también estaba ansioso por continuar; por la misma razón, suponía Noli: averiguar si alguno de su Clan había sobrevivido al terremoto. A la mañana siguiente, Tinu volvió a humedecer el palo de fuego con pasta fresca, metió las brasas, lo selló y siguieron caminando. El río zigzagueaba y tenían que cruzarlo a cada rato, pero Tor conocía los mejores pasos.

Poco a poco el suelo del cañón fue descendiendo y los despeñaderos se hicieron cada vez más altos. Noli nunca había estado en un lugar parecido: con aquellos árboles y pájaros desconocidos, de diferentes especies, los precipicios oscuros e imponentes, y el río que se llenaba de espuma blanca cuando bajaba por una pendiente de rocas...

Y algo más...

Sintió un hormigueo por toda la piel. Notó que el pelo de la nuca se movía por voluntad propia.

Una idea se deslizó en su mente. Más que una idea, una certidumbre.

«Un Primero está aquí.»

En medio de su estupor, había quedado rezagada de los demás. De pronto se detuvo y dejó a Otan en el suelo. El niño se quedó quieto, agarrado a la pierna de su hermana y mirándola. Ella no lo veía.

Tampoco veía a sus compañeros, que seguían avanzando por el cañón.

Noli levantó la mano derecha con los dedos extendidos, como saludando. Las

palabras llegaron a su boca, y murmuró:

*Primero, nosotros vamos a tu lugar.*

*Nosotros pasamos.*

*Nosotros bebemos de tu agua, comemos de tus bayas.*

*Nosotros sabemos que no son nuestras.*

*Ellas son tuyas, Primero.*

*Nosotros, Halcón Luna, te damos las gracias.*

No hubo respuesta, pero la presión en la mente de Noli cedió. El pelo de la nuca volvió a su estado normal y el hormigueo de la piel desapareció poco a poco. Cogió a Otan y, mientras corría tras sus compañeros, dudó de que el Primero se hubiese ido del todo; quizá simplemente se había retirado y estaba vigilándolos desde algún lugar en lo alto de los riscos.

En cuanto alcanzó a los demás, Suth mandó hacer un alto, donde el río caía por encima de un saliente y se convertía en una cascada más alta que un hombre. El estruendo del agua blanca que caía sin cesar entusiasmaba a los pequeños. Había tres árboles cerca, que daban sombra, y el fino rocío de la cascada flotaba en el aire y resultaba delicioso bajo el calor del mediodía.

—Creo que es un lugar donde habitualmente descansan personas —opinó Suth, mientras olisqueaba el aire—. Sí, mira, hay cáscaras de nueces.

Noli apenas oyó lo que Suth decía.

—Mana, alimenta a mi hermano —dijo, mientras soltaba a Otan—. Voy a dar las gracias. Suth, yo no como ahora. Voy allí, yo sola... Suth, aquí hay un Primero.

Él la miró, confuso.

—¿Halcón Luna? —preguntó, esperanzado.

—Suth, nosotros no conocemos a este Primero. No es Halcón Luna, ni Mono, ni Madre Hormiga, ni Tejedor ni ninguno de los otros. No sé su nombre.

Los ojos de Suth se abrieron todavía más. También la boca. La idea era tan asombrosa para él como para ella. Los Primeros eran los Primeros. Había diez. ¿Cómo era posible que hubiera más?

Noli se alejó y eligió un lugar donde los demás no la pudieran ver, una franja estrecha de sombra en el extremo de una roca grande. Se sentó, cruzó las piernas y los brazos, enderezó la espalda y empezó a respirar del modo más lento y profundo que pudo.

Nunca había intentado aquello. Halcón Luna sólo se le había presentado en sueños, y una o dos veces durante el día. Pero había visto a Bal, su jefe, sentado, respirando de aquella forma, esperando, y que luego se estremecía, ponía los ojos en blanco, y a veces le salía espuma por la boca y hablaba con una voz que no era la suya. O bostezaba y se acostaba, se dormía inmediatamente y después se despertaba y contaba a todos su sueño.

Así que Noli se sentó, respiró y esperó. Se vació de ideas y de sentimientos. Sus ojos estaban abiertos, pero no veía el risco bañado por el sol que tenía delante ni las rocas y arbustos que había a su alrededor. No oía los gritos de los pájaros ni el estrépito de la cascada. No notaba el feroz calor del mediodía ni la dureza de la roca sobre la que estaba sentada, ni tenía conciencia de cuánto tiempo hacía que estaba en aquel lugar, si unos instantes o toda la tarde.

No sucedió nada. Noli estaba segura de que allí había un Primero, no sólo cerca sino alrededor de ella, y, sin embargo, no hacía nada. No le hablaba con palabras. No ponía imágenes en su mente. Parecía tan sólo estar esperando, igual que ella.

Al fin, tuvo una idea. No llegó del Primero. Fue su propio pensamiento, que se deslizó silenciosamente en el vacío que ella había creado.

«No puede hablarme. Es como Tor. No tiene palabras.»

La reflexión la sacó del trance. Volvió a ver los riscos y los arbustos, a sentir el calor de la tarde y la dura roca en la que estaba sentada. Oyó ruidos. Ruidos nuevos.

Entre el ruido de los pájaros y de la cascada, se adivinaban voces. Gruñidos, ladridos y gritos, como los que utilizaba Tor. Eran voces irritadas.

Tambaleándose por haber estado inmóvil tanto rato, fue a ver qué pasaba. Al pie de los árboles había personas, de piel marrón como Tor, en agitado tumulto. No distinguía a Suth ni a los demás.

Noli corrió hacia ellos, pero se detuvo a poca distancia. Nadie la había visto todavía. En ese momento sí reparó en Suth, y en Tinu, que estaba justo detrás de él. Tenían la espalda contra una roca. Todavía no veía a los niños. El palo de cavar de Suth estaba a medio alzar, y tenía el pelo encrespado. Ante él había varios hombres de piel oscura que llevaban piedras en sus manos levantadas.

Noli se movió un poco y advirtió que Tor estaba allí, entre Suth y los hombres, protegiéndose el brazo mientras les hacía frente con gruñidos. Los hombres parecían enfadados e inseguros. Noli supuso que habían llegado de improviso, con la idea de descansar al mediodía al pie de los árboles, y que los Halcones Luna no los habían oído llegar por el ruido de la cascada. Y de no ser por Tor, los hombres habrían atacado a Suth, y quizá hasta lo habrían matado, por buscar comida sin permiso en uno de sus lugares. Ahora no estaban tan seguros.

Noli respiró profundamente; estaba a punto de ir corriendo a reunirse con Suth para tratar de convencer a los hombres, cuando algo la rozó. No veía nada, pero...

¡Allí! Una mujer, de pie al borde del grupo, con un niño pequeño en la cadera y una calabaza colgada de su espalda.

Su cabeza estaba vuelta hacia un lado, como si alguien la hubiese llamado. Tenía los ojos muy redondos y la boca entreabierta.

Noli comprendió al instante.

«¡El Primero viene a ella!»

Noli corrió y tocó el brazo de la mujer; luego, se arrodilló y dio palmas en el suelo, era la señal que utilizaba el Clan para expresar: «Me someto. No me golpees.»

Cuando se puso en pie, la mujer la miraba, aturdida, todavía en trance. Noli le cogió la mano y la condujo hasta el grupo. La mujer no se resistió.

Dos hombres habían agarrado a Tor y lo empujaban a un lado. Noli soltó a la mujer, corrió hacia Tor y le pasó el brazo alrededor, tratando de comunicar algo a aquellas personas: «Mirad, somos amigos.»

Un hombre gruñó y le dio una bofetada haciéndola a un lado, pero la mujer se adelantó y cogió al hombre del brazo para impedir que volviera a golpear a Noli. El hombre trató de soltarse, pero ella insistió lanzando gritos agudos.

Otras mujeres intentaron ayudarla. Tirada en el suelo, Noli se alejó gateando, con la cabeza dolorida. Se levantó y esperó un poco para sacar a Otan del tumulto, pero antes de tener la oportunidad de hacerlo, el griterío se calmó y los hombres se alejaron, aunque seguían tan enfadados como antes.

Tinu había protegido a Otan cubriéndolo junto a la roca; Tor se acercó a Noli, gruñendo con apremio y señalando el palo de fuego que colgaba del hombro de Tinu. Con la misma vehemencia, rompió algunas ramas del arbusto más cercano, las puso en el suelo, sopló sobre ellas y volvió a señalar el palo de fuego. Hizo una seña para que los recién llegados se acercaran.

—Suth —gritó Noli—. Tor te dice: «Haz fuego.» ¡Enseña a estas personas!

Suth no vaciló. Se pasó el palo de cavar a la mano izquierda y lo dejó en el suelo. Después se enderezó y levantó la mano derecha en señal de saludo. Su pelo volvió a la posición normal.

—Vamos —dijo con confianza, y se dio la vuelta. Por fortuna, la curiosidad de los desconocidos era mayor que su ira, y lo siguieron.

Suth los llevó lejos del rocío de la cascada y eligió un lugar para el fuego. Los Halcones Luna recogieron hierbas secas. Tinu se arrodilló y sacó las brasas del palo de fuego. Todavía estaban muy calientes, y en cuanto salieron surgieron el humo y las llamas. Muy pronto hubo un buen fuego, y los desconocidos también empezaron a recoger leña, a arrojar ramas enteras en él, y a reírse alborozados. Cuando el fuego se hizo demasiado fuerte para quedarse cerca, volvieron a los árboles para descansar.

Noli observó que la mujer que la había ayudado se sentaba y se disponía a amamantar a su hijo, así que se acercó y se arrodilló ante ella, inclinó la cabeza y unió las manos.

—Yo, Noli, te doy las gracias —dijo lentamente.

Por un instante la mujer pareció confundida. Luego, sonrió y dejó al niño en el suelo. Cogió la mano derecha de Noli y le dio unas palmadas. Éste no era un gesto que el Clan utilizara, pero el significado era claro: Somos amigas.

Se sonrieron, y Noli volvió con los Halcones Luna.

Más tarde, la mayoría de los recién llegados partieron en grupos pequeños y se desparramaron por el cañón en busca de comida. Muy pronto se hizo evidente que todos contaban con acampar en aquel lugar, porque allí estaba el fuego, y no querían abandonarlo.

—Yo digo esto —declaró Suth—. Estas personas conocen el fuego. Pero no llevan palos de fuego. Están contentos por el fuego. Pero no pueden llevarlo de un campamento a otro.

—Ellos conocen otras cosas, Suth —dijo Noli—. Cosas de personas: hacen cortadores, usan calabazas. Ellos son gente.

Suth gruñó para asentir, pero frunció el entrecejo, todavía pensativo.

—Noli —dijo—. Tú dices que aquí hay un Primero. ¿Es el Primero de estas personas?

Noli ya se sentía normal, sin ninguna sensación extraña dentro ni fuera de ella. Sabía lo que era estar sentada a solas, vaciándose de sentimientos, a la espera, pero aquello ya no formaba parte de ella. Perteneecía a la Noli de noche, a la que Halcón Luna solía visitar. Pensarlo era como recordar un sueño. Uno puede decir: Esto sucedió en mi sueño, pero no puede volver a soñar el mismo sueño.

—Suth, no lo sé —respondió—. Este Primero va también a una de sus mujeres. Lo vi. En la cueva, el Primero la despertó. Y antes de que las rocas empezaran a caer, ella llamó a su gente. Ellos despertaron y salieron de la cueva. Estaban a salvo cuando las rocas cayeron... Suth, creo que este Primero no tiene palabras.

Suth asintió.

—Él es su Primero —dijo con decisión, y miró a su alrededor. A excepción de Tor y de una o dos personas, estaban solos al pie de los árboles—. Vamos a buscar comida —añadió.

—¿Estas personas lo permiten? —preguntó Noli—. Este Lugar Bueno es suyo.

—Nosotros le damos un regalo —respondió Suth razonablemente—. El fuego. Ellos están contentos.

—Ellos no son del Clan —objetó Noli—. Ellos no saben cosas del Clan.

—Probamos —dijo Suth—. Nos lo impiden, nos marchamos. Nos lo permiten, lo hacemos. Al amanecer nos vamos. Tor se queda. Es su gente. Ellos lo cuidan.

Noli se entristeció, aunque sabía que probablemente era lo mejor. Le gustaba Tor; era muy amistoso y servicial. Sabía cosas del cañón que los Halcones Luna no conocían. Y aunque parecía feliz de volver con los suyos, Noli se daba cuenta de que se preocupaba porque los Halcones Luna estuvieran bien, como si significaran algo especial para él.

Aquella tarde supieron más cosas. A los habitantes del cañón no parecía importarles que los Halcones Luna buscaran comida en su Lugar Bueno; momentos después se toparon con la mujer que había ayudado a Noli durante aquel primer encuentro aterrador. Ya no parecía extraña. Se comportó de forma natural y amistosa.

Cuando la encontraron, la mujer caminaba por el río, con el agua hasta las rodillas, y Noli supuso que iba a pescar criaturas nadadoras grises. Pero mientras la miraban, la mujer se inclinó, cogió una piedra del lecho del río y la llevó a la orilla. La dejó en el suelo, se agachó junto a ella y empezó a golpearla con otra piedra más pequeña.



Al acercarse, los Halcones Luna vieron que machacaba unos bultos pequeños y grises que crecían en la piedra. Ellos no los habrían reconocido como comida; de pronto, la mujer logró hacer saltar uno, le dio la vuelta y extrajo el interior con los dientes. Le dio el siguiente a Noli para que lo probara. No había mucho contenido, pero era salado y delicioso. Después, Ko y Mana se divertieron jugando en una parte del río en que se formaba un remanso, mientras los mayores de los Halcones Luna cazaban más de aquellas cosas. ¿Serían una especie de nuez de agua?, se preguntó Noli.

Aquella tarde comieron todos juntos al lado del fuego, y después durmieron junto al rescoldo para protegerse de los mosquitos. Pero por la mañana, cuando los Halcones Luna se aprestaban a partir, se produjo un contratiempo.

Tinu mojó, empastó y llenó el palo de fuego, como de costumbre. Las brasas sisearon al tocar la pasta húmeda, y se levantó una nube de humo. Varios de los habitantes del cañón se acercaron a mirar, algo que Tinu, por supuesto, detestaba. Más tímida que nunca ante aquellos desconocidos, se acurrucó como si no quisiera que la miraran, y quizá esa actitud hizo que sospecharan. Alguien fue a contárselo al jefe, y éste apareció con otros tres hombres.

Suth, sin reparar en que ocurría algo malo, fue hacia ellos para saludar y dar las gracias de la manera habitual, pero los hombres pasaron junto a él y le quitaron el palo de fuego a Tinu, que estaba empezando a sellar la tapa.

—¿Por qué hacéis esto? —gritó Suth—. El palo de fuego es nuestro. Nosotros lo hicimos.

Aunque los hombres no comprendían las palabras, entendieron su significado y rodearon a Suth soltando gruñidos y ladridos. Tenían el pelo encrespado. También Suth, quien levantó el palo de cavar. Los ladridos de los hombres se volvieron más feroces y profundos. Le enseñaron los dientes.

Noli había observado que Tor miraba nervioso. La tarde anterior había habido un par de enfrentamientos parecidos entre los hombres, y nadie había prestado mucha atención. Como no tenían palabras, no podían discutir sobre sus desacuerdos, sólo gruñirse unos a otros. Sin embargo, esa vez Tor cogió a Suth por el codo y emitió un bufido de advertencia.

Suth se lo quitó de encima, pero Noli había entendido lo que Tor trataba de decirle: ¡Cuidado! ¡Va en serio!

Noli se abrió paso por detrás de Suth y le arrebató el palo de cavar. Él trató de hacérselo soltar.

—¡Suth, esto es peligroso, peligroso! —le advirtió Noli—. ¡Son muchos!

—¡El palo de fuego es de Halcón Luna! —gritó Suth—. ¡Nosotros lo hicimos!

—Suth, podemos hacer otro palo de fuego. En este lugar hay buena madera. Ellos pueden quedarse con éste.

—Noli, eso es una tontería. Ellos no conocen el palo de fuego. El fuego se muere.

—Podemos enseñarles a hacer palos de fuego. Explicarles cómo mantener vivo el

fuego. Es un regalo, Suth. El regalo de un hombre, de un jefe.

Suth la miró. Su pelo ya no estaba erizado. Ella notó que la ira de Suth se transformaba en sospecha y luego en alegría, pero también que su rostro permanecía inmutable. Dejó que ella cogiera el palo de cavar, y se volvió hacia los hombres, con las dos manos levantadas y las palmas hacia delante. No trataron de detenerlo cuando se adelantó, le cogió el palo de fuego al hombre que lo tenía y se lo entregó a su jefe.

—Yo, Suth, te lo regalo —dijo—. Este regalo es de Halcón Luna.

El jefe resopló y emitió un murmullo gutural. Cogió el palo de fuego y lo pasó a uno de sus compañeros. Entonces, con ambas manos, ofreció una piedra a Suth.

Suth la cogió y la levantó para que todos la vieran. No era una simple piedra, sino un cortador bien hecho, con buen filo.

—Yo, Suth, te doy las gracias —dijo.

El jefe respondió con el triple ladrido que los habitantes del cañón utilizaban para manifestar que estaban contentos, y todo pareció volver a la normalidad.

Después del intercambio de regalos, todos se mostraron más amistosos que antes. Los Halcones Luna pusieron nombre al jefe de la gente del cañón, Fang, y cuando Suth y Tinu empezaron a fabricar un nuevo palo de fuego, se aseguraron de que Fang y algunos otros vieran cómo lo hacían. Todas las tardes Tinu vaciaba las brasas del palo anterior, y todas las mañanas volvía a prepararlo, empacarlo y sellarlo, para que los demás aprendieran cómo se hacía. Normalmente no se habría molestado, pues ellos ya tenían un buen fuego y planeaban quedarse otra noche donde estaban, pero quería que captaran la idea de que las brasas no permanecerían calientes en un palo de fuego mucho más de un día.

Tardaron tres días enteros en hacer el nuevo palo de fuego. La primera mañana, Suth todavía estaba cortando la rama, y Ko suplicó que le permitieran quedarse y ayudar. Era evidente que Mana quería quedarse a jugar con Tor, y no parecía justo no permitirselo, así que Noli se llevó a Otan y buscó comida con Tinu.

Noli siguió deliberadamente de cerca a la mujer de la que se había hecho amiga. Al parecer, aquellas personas no tenían nombres, así que Noli decidió llamarla Goma, por lo menos para sus adentros.

El día anterior, casi habían dejado sin comida la zona alrededor del fuego, así que tuvieron que alejarse antes de poder dividirse y empezar a trabajar. El terreno era demasiado rocoso para que crecieran raíces buenas y gordas, pero, por lo demás, el cañón era mucho más abundante en comida que cualquiera de los viejos Lugares Buenos del Clan. Había hojas, semillas y bayas comestibles, huevos de aves y polluelos, larvas, insectos y lagartijas, un nido de abejas repleto de miel, y también las criaturas nadadoras, las orugas y las nueces del río (si es que eran eso).

Al mediodía, cerca del agua, buscaron la sombra de los árboles para descansar. Noli vio que Goma sacaba de su calabaza todo lo que había encontrado. Era una calabaza muy buena, grande y ligera pero resistente. Goma la llevaba sujeta por una especie de fibra retorcida, con un lazo para colgársela al hombro.

Las calabazas eran muy importantes, pero las mejores no eran comunes. En los antiguos Lugares Buenos, sólo los Clanes de Puerco Gordo y Serpiente las tenían, y los demás Clanes tenían que cambiarlas por otros objetos, como corteza de árbol, piedras brillantes y sal. Las mejores transportaban agua durante muchas lunas sin ablandarse, a condición de que las secaran y ahumaran cuidadosamente de vez en cuando.

Cuando la calabaza de Goma estuvo vacía, Noli la cogió.

—¿Dónde las encuentras? —preguntó.

—¿Y dónde... esto? —murmuró Tinu, mientras probaba el lazo y lo examinaba nerviosa.

Goma sólo sonrió y se dispuso a amamantar a su hijo. Noli no estaba segura de que hubiera comprendido, pero cuando terminó el descanso, Goma llamó a Noli y a Tinu y las condujo al otro lado del río, donde les enseñó una planta de hojas largas y puntiagudas que crecía en la tierra. Cortó una con un cortador que sacó de su calabaza, peló la parte delantera y extrajo una serie de fibras que recorrían toda la extensión de la hoja. Entregó una a Tinu, quien trató de partirla en dos. No se rompió.

Tinu estaba encantada. Pidió prestado el cortador y cortó más hojas; de tan emocionada que estaba, se cortó, pero ni se dio cuenta. Formó un haz con las hojas, las ató con un manojito de fibras y las arrastró tras de sí mientras seguían caminando.

Goma las guió a través del cañón hasta un antiguo montón de rocas que había junto al despeñadero más alejado. Llevaba allí el tiempo suficiente para que algunos arbustos hubieran echado raíces. Encima del montón de piedras había un matorral del que surgían árboles retorcidos. Entre ellos había varias plantas de calabaza.

Noli dejó a Otan en un lugar despejado y le pidió a Tinu que lo vigilara mientras ella buscaba una buena calabaza. Al principio todas le parecieron pequeñas y verdes, pero un poco más lejos, entre el matorral, vio una lo bastante grande que crecía en lo alto de uno de los árboles. La cáscara se estaba volviendo anaranjada, por lo que resistiría varias lunas. Noli se metió entre los arbustos, subió al árbol y no con poco esfuerzo mordió el tallo.

Sin embargo, no pudo seguir adelante. La calabaza era demasiado pesada para sostenerla con una mano y descender del árbol ayudándose con la otra; si la tiraba desde esa altura, con el peso de la pulpa y las semillas, sin duda se rompería.

Goma la miraba desde fuera del matorral, pero estaba medio escondida entre las hojas y no podía darse cuenta del problema.

—Ven, Goma, ayúdame —llamó.

Pero eran palabras. Para Goma no significaban nada. Entonces Noli recordó el ladrido que los habitantes del cañón utilizaban cuando querían decir «Ven», así que lo probó. La primera vez no le salió bien, pero en el siguiente intento Goma pareció entender. Noli vio que miraba a su alrededor antes de dejar a su hijo sobre una roca plana y meterse después entre los matorrales hasta el pie del árbol. Al llegar, se paró, riendo; evidentemente encontraba divertido el ruido hecho por Noli.

Noli bajó la calabaza todo lo que pudo, y la dejó caer para que Goma la cogiera. Después bajó, Noli hizo rodar la calabaza delante de ella, y ambas salieron gateando de los arbustos.

Goma cogió a su hijo y se volvió hacia Noli. Sonriendo, emitió el sonido cuyo significado era «Vamos». Noli trató de imitarlo, pero no le salió muy bien, y ambas se echaron a reír.

Lo intentaron una y otra vez, sin dejar de reír. De repente, las dos se quedaron en silencio. Algo había cambiado. La extraña sensación que Noli había tenido el día anterior por la mañana volvió con más intensidad; se le estremeció la piel y se le encrespaban los pelos de la nuca. Goma la estaba mirando con los ojos tan abiertos que se veía toda la parte blanca. Y tenía la boca entreabierta. Noli sabía que ella tenía el mismo aspecto, que estaban sintiendo lo mismo, compartiendo aquella sensación.

Levantaron una mano cada una y las unieron, palma contra palma, respirando profundamente, sin hacer ningún otro ruido. Estaban compartiendo un conocimiento, si bien carecía de palabras. Éstas no servían. No se trataba de palabras, de algo que pudiera expresarse. Era un conocimiento sobre un Primero.

Bruscamente el conocimiento cambió. Todavía sin palabras, Noli sintió ¡Peligro! No para ella sino para alguien pequeño e indefenso.

Otan.

Noli miró a Goma. Se dieron la vuelta y corrieron.

Para descender la pendiente, Noli saltó de piedra en piedra y gateó para subir por el otro lado de los árboles. Goma, al cargar con el niño, la seguía un poco más atrás.

Al llegar se detuvieron, jadeantes. Todo parecía estar en orden. Otan seguía sentado casi en el mismo lugar donde Noli lo había dejado, ocupado golpeando un guijarro contra otro, como si tratara de fabricar un cortador para él. Tinu estaba más arriba, en la pendiente, concentrada en sacar las fibras de las hojas que llevaba consigo. No había advertido la llegada de Noli y Goma.

Goma gritó, cogió una piedra, la tiró y se agachó para buscar otra. En un principio Noli no sabía a qué estaba apuntando. De súbito la vio.

Entre las rocas yacía una enorme pitón. El color de su piel la hacía casi invisible contra el fondo lleno de piedras. Su cabeza estaba a dos pasos de Otan. Seguramente se había deslizado hacia el niño y se había parado ante el grito de Goma.

Noli gritó, tiró una piedra y se apresuró a coger a Otan. Tinu también estaba de pie y gritaba. Otan lloraba asustado por el repentino escándalo. La segunda piedra de Goma dio justo en la cabeza de la pitón, que retrocedió, se volvió y desapareció rápidamente.

Noli cogió a Otan y trató de consolarlo. La niña resollaba, y su corazón latía con violencia debido al esfuerzo y al susto; pero poco después se recuperó y le dio las gracias a Goma.

Después se dio la vuelta, contempló el cañón, levantó la mano libre y murmuró:  
—Primero, yo también te doy las gracias.

Noli oyó el gruñido de aprobación de Goma, y adivinó que había comprendido.

Tinu se puso ante ella, se arrodilló y golpeteó las rocas. Lloraba con amargura y apenas podía murmurar las palabras:

—Yo... soy... mala, mala... —sollozó—. No miraba... no vi... serpiente... ¡Ah, Noli...!

Otan se había salvado, de modo que Noli estaba demasiado contenta para enfadarse con Tinu. Sabía que si ella hubiera estado haciendo otra cosa que le interesara, tampoco habría advertido el peligro. Así que, sosteniendo aún a Otan con el brazo izquierdo, se agachó, ayudó a Tinu a ponerse en pie y la abrazó, todavía entre sollozos.

—No llores, Tinu —le dijo—. Ya ha pasado todo, Otan está bien. La serpiente es un cazador inteligente. Ahora coge a Otan. Voy a buscar mi calabaza.

Se alejó despacio, llena de alivio y agradecimiento. Su sensación de la presencia del Primero se fue desvaneciendo hasta que sólo le quedó el recuerdo. Pero la emoción de la unión a Goma, gracias a algo que sólo ellas y nadie más podía compartir, siguió con ella. Era algo más fuerte y extraño que la amistad. Los Halcones Luna partirían en el plazo de dos días, y probablemente no volvería a ver a Goma nunca más. Pero Noli sabía que, si el tiempo volvía a reunirlas, ese sentimiento todavía estaría presente, tan fuerte como antes.

## LEYENDA

### Bubú



Sala-Sala gritó.

En el Padre de los Árboles, donde Sol lo había atado, se enfurecía y gritaba.

Después de muchas lunas, Bubú llegó a Agua Fétida. Oyó los gritos de Sala-Sala. Dijo:

—Sala-Sala, mi hermano, ¿quién te ha atado aquí? ¿Por qué no sales?

Sala-Sala respondió:

—El héroe Sol me ha atado aquí, aunque es sólo un niño. Me ha atado tan fuerte

que no puedo salir.

Bubú se echó a reír y dijo:

—Mis hermanos son tontos.

Y siguió su camino. Pero para sus adentros dijo: Ahora voy a demostrar a mis hermanos que soy más inteligente que ellos.

Adoptó la forma de una rana pequeña y esperó en el lugar donde bebían a que llegara el Clan de Puerco Gordo.

Sol ya es un hombre. Y les dijo a los hombres de Puerco Gordo:

—Vamos a cazar.

Pero ellos respondieron:

—Nosotros estamos cansados.

Sol dijo:

—Yo cazo solo.

Bubú oyó esto. Adoptó la forma de un gamo y huyó de Sol. Hasta el Río Algunas Veces huyó, y Sol lo persiguió.

Sol dijo:

—Bien, el gamo huye al río. Allí yo bebo, pues estoy sediento y mi calabaza está vacía.

En aquellos días el Río Algunas Veces estaba lleno de agua siempre. Cuando llegó Bubú, hizo un hechizo. Su magia era fuerte, fuerte.

Secó el río.

Sol llegó al río y vio que estaba vacío. Dijo:

—¿Dónde puedo beber, pues estoy sediento y mi calabaza está vacía?

Bubú adoptó la forma de una serpiente amarilla y se echó en el lecho del río. Dijo:

—Sol, yo también tengo sed, porque soy serpiente de agua. Yo conozco un pozo de agua lejos, en el desierto. Tú me llevas allí, y yo te lo enseño.

Pero para sus adentros dijo: «Ahora yo llevo a Sol lejos y lejos en el desierto, donde no hay agua, y allí lo dejo morir. Mi plan es inteligente, pues yo soy Bubú.»

Sol miró. Vio las huellas del gamo. Llegaban hasta el río y allí desaparecían. El río también había desaparecido. Vio una serpiente de agua, que le hablaba con voz de hombre.

Sol dijo para sí: «Esto es cosa de demonios.» Con su boca él dijo:

—Serpiente, yo te llevo a ese pozo de agua. —Cogió a la serpiente. Le apretó detrás de la cabeza y la sujetó con fuerza. Y dijo—: Demonio, te atrapé.

Bubú hizo la serpiente más grande. Su cuerpo era tan ancho como el de un hombre. Desde la cabeza hasta la cola era tan larga como la distancia a que un hombre fuerte es capaz de tirar una piedra. Pero Sol la sujetó con fuerza.

Sol dijo:

—Demonio, dime tu nombre.

La serpiente respondió:

—Yo soy Bubú.

Sol dijo:

—Bien. Tú eres demonio de agua. Yo necesito agua. Bubú, haz agua para mí.

Puso la cabeza de la serpiente sobre su calabaza. Y dijo:

—Llora, Bubú.

La apretó en el cuello con tanta fuerza que lloró. La calabaza se llenó de lágrimas.

Sol dijo:

—Ahora, demonio, llena el río como antes. Entonces yo te dejo ir.

Bubú dijo:

—No puedo hacerlo. Toda mi magia se ha ido con mis lágrimas a tu calabaza, toda menos un poco.

Sol dijo:

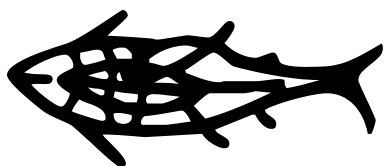
—Te dejo aquí y haces la magia que puedas.

Sol golpeó el lecho del río con su palo de cavar, Monoko. Hizo un agujero. Arrojó a Bubú en el agujero y lo tapó con una gran piedra.

Tomó la calabaza y dijo:

—Ésta es mi calabaza, Dujiru. La magia de Bubú está en ella. Ella nunca se seca. Es mía.

Pero Bubú estaba prisionero en el agujero debajo del Río Algunas Veces. Cuando puede él hace que baje agua. Cuando no, el río está seco. Por eso se llama Río Algunas Veces.



Tras dos días de viaje hacia el oeste, el volcán se había calmado después de la erupción. Todavía salía humo y vapor, pero las explosiones habían terminado y la lava había empezado a enfriarse.

El lago que se extendía en el cráter había desaparecido. Una parte se había evaporado, pero la mayor parte de la inmensa masa de agua había bajado por los canales subterráneos abiertos por el terremoto. Estuvo bloqueada durante varios días, hasta que un último temblor cambió las rocas de posición y el simple peso del agua abrió un camino hacia fuera. La gente del cañón no supo nada de todo eso.

Por fin Tinu terminó de vaciar el nuevo palo de fuego.

—Tinu, yo te elogio —dijo Suth cuando la niña se lo enseñó—. Por la noche lo llenas con buenas brasas y yo lo escondo entre las rocas. El siguiente día nos vamos. Así no ven que nos llevamos el nuevo palo de fuego.

Tinu hizo lo que Suth le dijo, y al atardecer éste se marchó en silencio y escondió el palo de fuego en un lugar alejado del cañón.

Cuando aquella noche bebieron por última vez en el río, el agua tenía un sabor diferente. La gente del cañón la bebió con gruñidos de sospecha. Noli levantó la mirada y vio que Suth volvía a probarla y que después fruncía el entrecejo.

—¿Qué significa esto? —soltó—. Sabe igual que el agua del lago de la montaña.

—Suth, no lo sé —replicó Noli—. Bebe. Es agua buena.

Aquella noche Noli se durmió sin otra cosa en la cabeza que el viaje, de nuevo solos, y la tristeza de dejar a Goma y a Tor.

Noli se despertó, temblando por un conocimiento sin palabras que le había llegado, con la certidumbre de algo enorme e imparable procedente de lo alto del cañón.

Se sentó. La luna estaba alta y el cañón en silencio a excepción del rumor del río.

Una voz gritó alarmada. Noli la reconoció: Goma.

Zarandé a Suth.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡Peligro! ¡Vámonos!

—¿Qué peligro, Noli?

—No lo sé. ¡Rápido, Suth, rápido! ¡Ya viene!

A la luz de la luna vio que Goma estaba parada, advirtiéndoles a voces, una y otra vez. Su grito rebotaba en el despeñadero. Después, otros la imitaron. Cuando los Halcones Luna empezaron a moverse, todo el mundo subía por las rocas, presa del pánico.



Noli estaba demasiado aterrorizada para pensar, pero Suth conservó la calma. Hizo que los Halcones Luna permanecieran juntos. Noli cargó con Otan. Suth le dijo a Tinu que llevara la calabaza mientras él ayudaba a Ko y a Mana. En el camino, Suth recogió el palo de fuego del lugar donde lo había escondido y se lo entregó a Tinu para que se lo colgara del hombro. Con la rémora de los tres pequeños, los Halcones Luna empezaron a rezagarse, pero Suth se resistió al pánico y mantuvo un ritmo constante. Delante de ellos, Noli podía oír los gritos de Goma, que regañaba a los suyos cada vez que hacían una pausa.

El río serpenteaba hacia los riscos más lejanos, llevando consigo sus ruidos. En medio del silencio percibieron un nuevo sonido, un rugido ronco, todavía distante, pero que se acercaba. Y se mezclaba con la sensación imprecisa de peligro en la mente de Noli y le revelaba su significado.

—¡Suth! —gritó—. ¡Es agua! ¡Mucha agua! ¡Como en el Río Algunas Veces, después de tronar! ¡Viene hacia aquí!

Muchas lunas antes, cuando Noli era tan pequeña como Mana, el Clan había acampado junto al río y ella había visto una inundación repentina, un torrente que se precipitó sobre el lecho del río, donde antes sólo había rocas secas y una charca de agua estancada.

—¡Arriba! —gritó Suth—. ¡Allí!

Señaló el antiguo montón de rocas donde Noli había encontrado la calabaza.

Noli ahuecó la mano libre en la boca a modo de bocina.

—¡Goma! —gritó—. ¡Es agua! ¡Arriba! ¡Arriba!

Goma no podía captar sus palabras. No las conocía. Pero Noli sintió un impulso en su mente y supo que Goma la había entendido.

Suth ya podía ver a lo lejos, así que dejó que los demás corrieran, aunque procuró que siguieran juntos. Cogió a Mana en brazos y llevó a Ko a rastras. Noli le oyó jadear a causa del esfuerzo. Los pulmones de ella también anhelaban aire. El corazón le latía con fuerza. El rugido del agua cercana crecía por momentos. Notó un resplandor a la derecha. Miró y observó que el río había crecido hasta transformarse en una amplia lámina, brillante a la luz de la luna.

Noli continuó avanzando a duras penas, más despacio. Los demás se habían adelantado un poco. Cada vez que miraba, la lámina de agua estaba más cerca. La alcanzó de repente y le llegó hasta los tobillos. Noli tropezó con las rocas, que ya no veía. Alguien le quitó a Otan. Una mano fuerte la cogió del brazo y tiró de ella hacia delante: Goma.

Cuando llegaron al montón de rocas, el agua les llegaba hasta las rodillas. Noli se dejó caer. Sin ver nada, ascendió gateando la dura pendiente. ¡Más arriba! ¡Más arriba!, le decía la voz sin palabras en su interior.

Por fin pudo descansar. Se dio la vuelta y se sentó, sollozando al respirar, con la sangre latiéndole en los oídos.

No, no era sólo su sangre. El movimiento de los pulmones se redujo a profundos

jadeos. Los acelerados latidos se tranquilizaron. Recuperó la visión. En ese momento el rugido provenía del cañón. Miró, y bajo la luna brillante lo vio.

Avanzaba como un acantilado móvil por encima de ellos. Se estrelló contra la pared del cañón con un estruendoso bramido, más potente que el horrible rugido principal. El impacto lanzó un chorro brillante de espuma al cielo nocturno. El torrente se agitó en la curva y continuó su camino.

Golpeó el montón de rocas y casi al momento estuvo bajo sus pies. Todos gritaron de terror, pero sus voces quedaron ahogadas en el tumulto. El rocío los mojó, más denso que cualquier lluvia. Y el torrente siguió subiendo cada vez más, arrastrándolos hacia arriba, llevándose con él arbustos y rocas a medida que pasaba.

Cuando el agua dejó de subir, estaban agrupados en una arboleda en la parte más alta, y empezaron a subirse a los árboles.

Nadie durmió. La noche entera estuvieron contemplando cómo la inundación lo arrasaba todo. Estaban empapados, pero no sentían frío. El cañón estaba lleno de vapor, y el rocío de las olas era caliente como la sangre fresca.

Llegó el día, lo que les permitió ver cómo el agua llenaba el cañón: una gran masa de espuma en la parte opuesta y remolinos que se formaban en la curva siguiente. Sólo la parte superior del montículo sobre el que estaban parados se hallaba a salvo del agua devastadora. Echaron un vistazo para verificar que todos se encontraban a salvo. Los Halcones Luna estaban bien, pero Noli estaba preocupada por Tor. Su pierna mala y el brazo inutilizado tenían que haberlo retrasado; no obstante, allí estaba. Emitió ruidos para hacerle saber que se alegraba de verla.

Sin embargo, alguien se había perdido, pues se oyó un llanto; varias mujeres se lo comunicaban entre ellas con un sonido característico, que repetían antes de que la anterior hubiera terminado, mientras que los hombres emitían sonidos tristes que retumbaban en sus gargantas.

Inspeccionaron la arboleda en busca de comida. Había pocas plantas. Las calabazas verdes eran demasiado amargas para poder comerlas, y las pocas que ya habían madurado contenían fibra en su mayor parte, eran poco nutritivas y tenían un sabor rancio. Sin embargo, muchos animales pequeños habían buscado refugio en el montículo, así que los cazaron con avidez.

En toda la arboleda, la capa de hojas caídas era lo suficientemente gruesa para proteger cualquier cosa que estuviera debajo, así que los Halcones Luna recogieron hojas secas y Tinu encendió un fuego. Pronto fue lo bastante vivo para secar la leña más húmeda y pudieron asar lo que habían atrapado.

El agua de la inundación era potable, aunque contenía tierra mezclada y un desagradable olor a fuegos subterráneos. Esta vez los Halcones Luna entendieron lo que había ocurrido.

—Es el lago de la montaña —dijo Suth—. La montaña se ha roto y el agua viene hacia aquí.

—Tienes razón —confirmó Noli.

Noli recordó con pena el imponente y bello lugar, el tranquilo lago que se extendía entre los árboles del bosque, la temible cercanía del Primero que vivía allí, el modo en que se le estremecía la piel en su presencia, y cómo el aire entraba y salía en forma de rápidos jadeos por sus labios entreabiertos.

El recuerdo pareció recuperar de nuevo aquellas sensaciones. Estaba sola en aquel montículo lleno de gente. Sola, excepto Goma. Todos los demás eran fantasmas, sueños. Noli estaba sentada, sin ver ni oír.

La invadió un sentimiento fuerte, muy fuerte.

Era tristeza.

Noli lloró con la tristeza del Primero.

Era la misma tristeza de Halcón Luna cuando le había dicho adiós.

Era aquel Lugar Bueno, el Lugar de un Primero, desaparecido bajo la inundación destructora.

Eran todos los Lugares Buenos enterrados bajo la ceniza del volcán.

Era la pérdida que toda la gente había sufrido.

Tuvo una idea. Era rara, demasiado rara para comprenderla.

Los Primeros necesitan gente. No es el Lugar, es la gente.

Cuando las personas se van, los Primeros se van también. Ellos no mueren, sino que desaparecen. No hay Primeros en el desierto.

Ahora estas personas se van. Ya no pueden vivir en este cañón.

Así que ya no hay Primero. Ya no está.

Tristeza.

Otra idea, más rara todavía.

Los Primeros vienen de su gente. Son como su gente. Estas personas no tienen palabras. Su Primero tampoco tiene palabras.

Noli levantó la cabeza.

—Primero, nos vamos —murmuró—. Ven con nosotros, Primero, yo te doy las palabras.

El trance desapareció. Noli se estremeció y miró a su alrededor. Goma estaba sentada en una piedra, a poca distancia. Tenía el rostro manchado de lágrimas; la vista fija en Noli. Sus miradas se cruzaron y ambas sonrieron.

Aquella misma mañana el nivel del agua empezó a bajar, pero pasó un día entero, una noche y parte del día siguiente hasta que desapareció. Entonces bajaron del montículo y empezaron a explorar con mucha precaución.

Era espantoso. Todo el cañón, con su misterio y su belleza, estaba completamente cambiado. Casi no había indicios de que allí hubiese crecido o vivido algo. En algunos lugares quedaban restos de árboles, pero la inundación, y las rocas que arrastraba, lo habían devastado todo.

Cuando el agua descendió, el barro y la grava se asentaron y formaron capas de lodo denso y blando que cubría toda la superficie y ocultaba todos los agujeros. Con

frecuencia éstos eran hondos, cubrían a la gente hasta la cintura e incluso más, pero no había manera de saberlo hasta que se topaban con ellos.

En el montículo donde se habían refugiado no quedaba comida, así que se vieron obligados a caminar por encima de las rocas que sobresalían; pero el avance era lento y al poco rato estuvieron todos cubiertos de barro.

Por la tarde, tristes y exhaustos, llegaron a otro montón de rocas cuya parte superior emergía del agua, y en el que todavía quedaban plantas. También allí habían buscado refugio las criaturas pequeñas; había dos nogales y arbustos cuyas hojas tiernas eran agradables de masticar.

Así consiguieron comida, y los Halcones Luna pudieron volver a encender la hoguera; se sentaron alrededor de ésta, se quitaron el barro unos a otros y se sintieron mejor. Durmieron exhaustos. Si Noli soñó, después no lo recordó.

Al despertar contemplaron, desalentados, el siguiente tramo del cañón. Más abajo se debía de haber formado alguna barrera que había contenido el lodo, por lo que se les ofrecía un mar de barro brillante hasta donde les alcanzaba la vista, en todo lo ancho del desfiladero. Parecía mucho peor que cualquier otro escollo que hubieran tenido que sortear el día anterior. Algunas personas trataron de caminar sobre el barro. Muy pronto éste les llegó hasta el cuello.

Observaron el despeñadero que se levantaba por encima de ellos. Al caer las rocas que formaban el montículo, quedó un trecho del risco que parecía más fácil de ascender que el resto del cañón, así que algunos de los hombres fueron en busca de un camino por el que subir.

Pese al calor humeante, los Halcones Luna mantuvieron vivo el fuego, para que Tinu pudiera cargar el palo de fuego en el último momento. No sabían dónde volverían a encontrar leña.

Cuando los hombres regresaron, todos se prepararon para partir. Los Halcones Luna tuvieron que esperar a que Tinu cargara y sellara el palo de fuego, así que se colocaron los últimos de la fila.

La ascensión fue difícil, y en algunos sitios daba miedo, por mucho que todos estuvieran acostumbrados a subir por peñascos escarpados. Había un lugar, a medio camino, que Noli supo que recordaría en sueños toda su vida.

Era un lugar donde el despeñadero era casi vertical y tenía una larga pendiente. Debían pasar desde el borde de un saliente no más ancho que la palma de la mano de Noli hasta otros apoyos para el pie y la mano, fuera del alcance de la niña. Tor y otro de los hombres del cañón estaban esperando en el borde de la garganta, pero ya había un tercer hombre al otro lado. Parecía que Tor estaba al mando. Noli supuso que los dos primeros habían ayudado a cruzar a éste, cuyo cometido sería ayudar a que los otros dos facilitaran el paso a los Halcones Luna.

Suth cargó a Ko en la espalda y le dijo que se sujetara con fuerza. Después se acercó hasta el final del saliente. El hombre que estaba en su lado cogió la mano izquierda de Suth para ayudarle, y éste se inclinó y estiró todo lo que pudo por

encima del abismo. Entonces, el hombre que se hallaba al otro lado, completamente estirado, cogió la mano derecha de Suth y le ayudó a pasar.

Suth dejó a Ko en el suelo, donde el saliente se ensanchaba, y le ordenó que no se moviera; después volvió y pasó a Tinu y a Mana del mismo modo.

Había llegado el turno de Noli. Mientras el hombre la sujetaba, ella se colocó a Otan en la espalda, hizo que el niño le rodeara el cuello con los brazos y le dijo que se sujetara con fuerza. Entonces dejó que el hombre la agarrara de la mano izquierda para poder estirarse todo lo posible pegada al despeñadero, hasta alcanzar la mano que la esperaba al otro lado.

Pero sus brazos eran mucho más cortos que los de Suth. No podía llegar.

El hombre que estaba detrás refunfuñó y tiró de ella para dejarla donde estaba. Le quitó a Otan de la espalda y se lo pasó a Tor, que todavía esperaba en la parte más ancha del saliente. Tor dejó a Otan en el suelo.

—Cógete a la pierna de Tor, Otan —dijo Noli—. Con fuerza.

Se puso de cara al abismo y volvió a intentarlo. Sin Otan podía llegar un poco más lejos, pero no lo suficiente. El hombre que estaba detrás de ella gruñó de nuevo, esta vez con tono interrogativo. ¿Preparado?, preguntó. El del otro lado respondió, con otro gruñido: Cuando tú lo estés, y le hizo una seña a Noli.

El hombre que la sujetaba por detrás chilló con fuerza y le soltó la mano. Ella saltó. Durante un instante atroz se sintió caer. De súbito, una mano firme la cogió de la muñeca y la pasó al otro lado.

Noli avanzó por el saliente para que Suth pudiera volver a por Otan. No soportaba mirar, y no vio cómo pasaron a Tor.

Fue la peor parte, aunque incluso los tramos más fáciles del ascenso eran muy lentos, pues cada persona debía esperar a que la anterior pasara por los sitios más complicados. Por fortuna, a medida que el sol avanzaba hacia el oeste, la sombra iba invadiendo el despeñadero. Cuando todos estuvieron a salvo, el sol ya se ocultaba.

Noli esperó a los hombres que la habían ayudado. Juntó las manos delante de la barbilla, inclinó la cabeza y les dijo:

—Yo, Noli, os doy las gracias. Halcón Luna está agradecido.

Los hombres parecieron sorprendidos pero complacidos, y emitieron el débil gruñido acostumbrado de reconocimiento. Después Noli abrazó a Tor, y éste pasó el brazo bueno alrededor de ella y ambos rieron.

—Noli —dijo Suth, mientras señalaba al resto del grupo, que había llegado antes a la cima y ya se estaba preparando para pasar la noche—. Esto no es bueno. La luna está grande. Descansamos un poco y después seguimos caminando. De día hace mucho calor. Nosotros, los Halcones Luna, lo sabemos.

—Suth, tienes razón —accedió Noli—. Pero ellos no tienen palabras. ¿Cómo se lo decimos?

Con gruñidos y gestos intentaron explicárselo a Tor y a Fang, el jefe de la gente del cañón, pero ambos se limitaron a mirarlos, sin comprender. Noli buscó a Goma, le

cogió las manos, la miró a los ojos y pensó en el calor abrasador del día desértico y en el frescor del aire nocturno bajo las estrellas, pero no sucedió nada entre ellas. El Primero no estaba allí para ayudarlas. Goma lo intentó. Pareció entender que Noli trataba de decirle algo importante, pero no sirvió de mucho. Al cabo de un rato empezó a ponerse tan triste que Noli se dio por vencida.

—Nosotros, los Halcones Luna, ¿nos vamos o nos quedamos con esta gente? —preguntó Suth.

—Nos quedamos, creo —respondió Noli—. El día que viene, en el cañón, se dan cuenta de que lo que decimos es verdad.

Noli tuvo razón. A la mañana siguiente, durante un rato llevaron un buen ritmo sobre un terreno más cómodo, siguiendo el contorno del desfiladero. Pero cuando el sol estuvo alto, empezaron a pasarlo mal. Parecía que la gente del cañón soportaba menos el calor que los Halcones Luna. Abajo, aunque el calor era infernal, por lo general había sombra en diversas partes, cerca de los despeñaderos o entre los árboles. Arriba sólo había franjas delgadas junto a las rocas más altas, y al mediodía también desaparecían. A esa hora ya estaban buscando desesperadamente un camino para bajar al cañón.

Por fortuna encontraron uno donde un antiguo desprendimiento había formado un montón de piedras que se apoyaban contra el despeñadero. Fue un descenso fácil. Aparte de uno o dos tramos, hasta los pequeños pudieron bajar sin ayuda. También ahí la parte superior del montículo se había salvado de la inundación y tenía las plantas intactas, así que encontraron algo de comida y agua.

Pero lo más importante era que el camino que les esperaba a través del cañón era más fácil. A medida que el agua se iba alejando de su origen, su nivel descendía, hasta que sólo quedaban manchas de barro entre las rocas caídas y plantas destruidas en el fondo del cañón; gran parte del terreno más alto se había salvado de la destrucción. Prosiguieron viaje durante los días siguientes y encontraron lo justo para comer, aunque el agua del río todavía tenía gusto a barro y a humo.

En tres ocasiones pasaron por cuevas. Ante ellas la gente del cañón se detuvo y llamó. Al no recibir respuesta, algunos entraron, y al rato salieron, gimiendo y negando con la cabeza.

—El agua vino de noche —interpretó Suth la primera vez que esto sucedió—. La gente dormía en las cuevas. El agua las inundó; y están todos allí, muertos.

Noli no respondió, pero supo que su compañero tenía razón pues sentía al Primero cerca, que se lamentaba por su gente. Esta vez no sintió ningún hormigueo ni que se le erizara el pelo de la nuca, pero de todos modos lo percibió. Vio que Goma estaba alejada de los demás, temblando y sollozando; Noli se le acercó, pasó un brazo alrededor de su amiga y lloró con ella. ¿Por qué el Primero no había advertido a esta gente de la inundación, como lo había hecho con Noli y con Goma? ¿No había nadie en aquellas cuevas a quien el Primero pudiera acudir? Noli no sabía la respuesta.

El sexto día, a medida que el terreno de arriba descendía, las paredes del cañón fueron haciéndose poco a poco más bajas. Por la tarde llegaron a tierra llana y avistaron mucho terreno por delante.

A lo lejos, los picos nevados de las montañas brillaban bajo el sol. Ante ellos se extendía un inmensa llanura. El río la atravesaba, con árboles en ambos márgenes; veían la cinta verde que zigzagueaba a lo lejos. Todo lo que estaba más cerca había quedado aplastado por la inundación. Más allá, la llanura era en su mayor parte amarilla y presentaba zonas de hierba quemada por el sol; era muy poco probable que allí hubiera comida. Sin embargo, por allí había desperdigados árboles de copa chata y grupos de arbustos que llamaban al optimismo.

Noli oyó que Suth suspiraba de placer y supo por qué. Aquello era lo que él anhelaba. Así eran los antiguos Lugares Buenos que ellos conocían. Se sentía como en casa.

Una sola cosa, aparte del río, era diferente. En toda la llanura, aunque apartados unos de otros, había extraños cerros de roca, algunos con paredes rectas, con la parte superior casi plana. Noli los miró con interés. Podrían ser buenos refugios.

Al lado mismo de uno de estos cerros se elevó una nube de polvo anaranjado. Estaba demasiado lejos para saber qué la había causado, pero Noli hizo conjeturas: algún depredador grande había espantado a una manada de animales que pastaban, y éstos escapaban al galope, levantando polvo con las patas.

La gente del cañón murmuraba con tono de duda y miedo. ¿Dónde se hallaban las paredes que antes los cobijaban? ¿Dónde las cuevas a las que estaban acostumbrados?

Suth no se sentía así. Volvió a suspirar de felicidad.

—Éstos son Lugares Buenos —murmuró—. Éstos son Lugares de Halcón Luna.

El nombre turbó a Noli.

«No —pensó—. Halcón Luna no. Nunca más. Pero sí otro.»

Noli estaba segura de que Otro estaba cerca. Dudaba, insegura, igual que su gente dudaba y estaba insegura.

Una nueva idea la asaltó, más extraña que ninguna otra.

«Halcón Luna es viejo, y Antílope Negro y los demás. Viejos, viejos.

»Éste es un Primero joven, joven, un niño entre los Primeros.

»¿Cómo puede ser? Yo no lo sé.»

Sin mover los labios, Noli murmuró en su mente. Primero, quédate con nosotros. No temas. Para ti también son Lugares Buenos.

# LEYENDA

## La Madre de los Demonios



Odotu es el Lugar de Reunión, Odotu al pie de la Montaña.

Está la Montaña sobre Odotu. En la cima viven los Primeros.

Está el Abismo bajo la Montaña. Es tan hondo como la cima lo es por arriba. Allí vive la Madre de los Demonios.

La Madre de los Demonios despertó.

Dijo para sí:

—Mientras dormía, oí un llanto. Oí las voces de mis hijos. Ellos gemían. ¿Cómo puede ser? A decenas y decenas de demonios les di la vida. Los alimenté. Crecieron fuertes y sus colores daban miedo.

»Les dije: Sois fuertes, ya no os alimento más.

«Ellos dijeron: Tenemos hambre. Madre, ¿dónde está nuestra comida?

»Les dije: Los Primeros hicieron Lugares Buenos. Allí hay gente. Dadles la enfermedad del bostezo y llevadlos donde el cocodrilo espera. Poned bayas venenosas en sus calabazas. Al morir, sus espíritus los abandonan. Vuestro alimento son los espíritus de las personas.

»¿Por qué ahora mis hijos gimen?

La Madre de los Demonios llamó a sus hijos:

—¡Venid!

Ellos acudieron a la llamada de su madre. Al Abismo bajo la Montaña llegaron. Estaban débiles y pálidos. Temblaban como ancianos. Como ancianos tropezaban al caminar.

La Madre de los Demonios contó a sus hijos. Decenas y decenas contó. Tres de ellos no estaban. Ella dijo:

—Os envié fuertes, con colores aterradores. ¿Por qué estáis débiles y pálidos? ¿Por qué os tambaleáis y tembláis como ancianos? ¿Y dónde está mi hijo Rakaka? ¿Y Sala-Sala? ¿Y Bubú?

Ellos respondieron:

—Un héroe nació entre las personas. Su nombre es Sol. Cuando todavía era pequeño peleó con Rakaka. Le tiró una piedra grande y lo envió lejos. Rakaka voló



lejos y lejos a través del desierto, y allí se escondió en sus lugares bajo la tierra, y no ha salido.

»Cuando Sol era todavía niño, peleó con Sala-Sala. Lo golpeó y lo ató a un gran árbol, el Padre de los Árboles, que crece junto a Agua Fétida.

»Siendo hombre peleó con Bubú. Lo golpeó y lo encerró en un pozo junto al Río Algunas Veces.

»Nuestros corazones dicen: Sol es fuerte, fuerte para nosotros. Nosotros no nos atrevemos a ir a los Lugares Buenos. Allí hará con nosotros lo que hizo con Rakaka, con Sala-Sala y con Bubú.

La Madre de los Demonios maldijo a sus hijos. Les dijo:

—Vosotros sois tontos. ¿Por qué vais a los Lugares Buenos de uno en uno? Este héroe, este Sol, pelea con vosotros de uno en uno. Id de cinco en cinco. Sol pelea con uno de vosotros, cuando ése huye, Sol le persigue lejos y lejos. Cuando Sol está lejos y lejos, los otros cuatro van a los Lugares Buenos y encuentran comida. ¡Andando!

Los demonios rieron y se sintieron felices. De cinco en cinco fueron a los Lugares Buenos. A cada Clan llegaron cinco. Y se quedaron esperando.

Un demonio se paró ante Sol, y le dijo:

—Héroe, pelea conmigo.

Pelearon. El demonio huyó. Sol lo persiguió lejos y lejos.

Mientras estaba ausente, los otros cuatro demonios fueron a los Lugares Buenos. Dieron a la gente la enfermedad del bostezo. Los llevaron donde el cocodrilo espera. Pusieron bayas venenosas en sus calabazas.

La gente murió. Sus espíritus los abandonaron. Los demonios hicieron una fiesta con sus espíritus.

Aquellos tiempos fueron malos, muy malos.



Aquella tarde bebieron en el río, pero el aire olía a enfermedad, como en la estación mala en Agua Fétida, y las orillas estaban llenas de densos arbustos, donde las bestias salvajes podían esconderse. Incluso el río parecía demasiado pequeño para los cocodrilos, pero nunca se podía estar seguro. Aunque tenía agua, el río no era un Lugar Bueno.

Cuando el sol se puso, todos se dirigieron al cerro rocoso más cercano para pasar la noche. El camino pasaba junto a un pequeño bosque lleno de nidos de tejedores y, mientras los pájaros padres chillaban con furia, los Halcones Luna derribaron todos los que pudieron. Parecía que la gente del cañón no lo había hecho nunca, y participó dando gritos de emoción. Los huevos eran diminutos, y los polluelos sin plumas no eran más que un bocado, pero todos pudieron comer algo.

No encontraron mucho más; pero los Halcones Luna, por lo menos, estaban acostumbrados a pasar hambre. Tardarían muchas lunas en explorar aquella meseta y descubrir sus Lugares Buenos, donde crecieran las hierbas adecuadas, con semillas gordas según las estaciones, y plantas con buenas nueces, bayas, raíces y hojas, y donde hubiera madrigueras con pequeños animales que pudieran cazar.

También necesitarían aprender sus peligros, reconocer las plantas venenosas, los lugares de enfermedad, los trechos sin agua y los hábitos de los grandes cazadores.

Los Halcones Luna sabían todo eso, hasta los pequeños, pero eran felices, porque también sabían que aquél era el tipo de lugar al que estaban acostumbrados. Para ellos estaba bien. Sin embargo, los habitantes del cañón parecían cada vez más nerviosos, murmuraban entre ellos y miraban hacia atrás, con añoranza, hacia el gran desierto recorrido por el cañón.

Camino del cerro rocoso recogieron leña y la arrastraron hasta la parte superior. Los Halcones Luna encendieron la hoguera y se dispusieron a dormir, aunque se turnaron para vigilar durante la noche.

Al día siguiente, poco después de haber salido, llegaron a una colonia de termitas. No todas las termitas eran buenas para comer, pero aquéllas sí lo eran; sus nidos eran largos y estrechos, altos como un hombre, todos apuntando en la misma dirección.

El truco para robar un nido de termitas consistía en llegar al lugar donde estaban las larvas gordas, antes de que llegaran las termitas guerreras para atacar. Se necesitaban dos personas: una ahuecaba la tierra con un palo de cavar, mientras la otra se arrodillaba, metía la mano y sacaba las larvas.

A diferencia de los hombres de los Clanes, los habitantes del cañón no llevaban consigo palos de cavar, sino que fabricaban palos nuevos cada vez que los necesitaban. Nunca habían robado nidos de termitas, así que Suth y Noli les enseñaron cómo hacerlo. Cuando les hubieron mordido tanto que ya no podían

aguantar, Suth les dejó el palo de cavar y se fue a un lado con los Halcones Luna para masticar las pequeñas larvas gomosas.

Mientras comía, Tinu se alejó un poco. Noli oyó que los llamaba y les hacía señas desde el otro lado de la colonia. Los Halcones Luna corrieron a ver qué había encontrado.

Varios de los nidos ya habían sido robados. Un hueco profundo recorría cada uno de ellos. En algunos, las termitas habían empezado a reparar los daños, pero todavía no habían llenado ni la mitad del hueco, por lo que dedujeron que había ocurrido hacía pocos días.

—¿Lo ha hecho un oso hormiguero? —preguntó Noli.

—El oso hormiguero se los come de uno en uno —explicó Suth—. Esto es cosa de personas.

—¡Mira, Suth, mira! —gritó Ko desde otro montículo—. Mana ha encontrado una mano.

Se acercaron a mirar. Cerca del hoyo, sobre un montón de tierra poco firme, había la huella de una mano izquierda. Era justo el lugar donde alguien se había agachado para llegar hasta el fondo del hormiguero. Suth puso la mano sobre la huella. Esta era más grande.

Se miraron unos a otros, dubitativos. ¿Aquel Lugar Bueno pertenecía a alguien? ¿Habría alguna complicación si aparecía gente y sorprendía a desconocidos que robaban sus nidos?

Buscaron y descubrieron que sólo habían sido afectados ocho nidos, de modo que, quienesquiera que hubiesen estado allí, no eran muchos, de modo que no había por qué temerles.

Al mediodía fueron a beber al río. Esa vez encontraron una ancha repisa de roca a lo largo de la orilla, donde no crecía nada, con lo que pudieron beber sin miedo de ser atacados desde la maleza. Noli y los demás Halcones Luna se sorprendieron al oír un repentino clamor entre la gente del cañón.

Los hallaron agrupados en torno a un lugar donde el lodo de la inundación había tapado la roca. La superficie lisa estaba cubierta de huellas de animales que habían ido a beber. Entre ellas se distinguían con claridad varias huellas enormes con cuatro dedos y otra marca atrás. Los Halcones Luna las reconocieron en cuanto las vieron.

Leones.

Ningún otro animal dejaba huellas de esa forma y tamaño.

En los antiguos Lugares Buenos de los Halcones Luna no había presas grandes, así que tampoco había muchos leones. Algunas de los otros Clanes habían tenido menos suerte, y una o dos veces Noli había oído que un león había matado a alguien. Pero, por lo general, los leones no atacaban a la gente.

Había un dicho: Ocho personas hacen un león. Eso significaba que un grupo de ocho personas armadas de piedras y palos de cavar podía ahuyentar a un león, a menos que éste estuviera muy enfadado.

O a menos que fuera un león demonio. Esos leones preferían la carne humana a cualquier otra carne, de modo que asaltaban y mataban a las personas, e incluso aparecían por las noches en los refugios y se llevaban a los niños. El héroe Sol había peleado y matado a un león así, pero de eso hacía mucho tiempo. Había habido otro león demonio en la época de la madre de la madre de la madre de Noli. Cuando era más pequeña, Noli solía asustarse sólo de pensar en el león.

No obstante, ningún león común atacaría a un grupo tan numeroso de personas. Noli buscó a Goma y trató de hacérselo entender, pero ésta estaba tan asustada como los demás, y ni siquiera intentó comprender.

Nerviosos, bebieron rápidamente, todos juntos y turnándose para vigilar; después se alejaron del río en dirección a la sombra de un grupo de árboles, en el que gozaban de un buen campo visual. Los hombres se pusieron a fabricar palos de cavar.

Varios montaron guardia mientras los demás descansaban, y cuando se fueron, cada uno cogió un par de piedras y las llevó consigo mientras buscaba comida. No vieron ningún león.

Aquella tarde se negaron a volver a las rocas donde habían pasado la noche anterior e insistieron en ir hacia otras, pese a estar mucho más lejos del río. El nuevo cerro de piedra era liso en casi todo su perímetro; sólo había una parte por la que podía subirse, y hasta los pequeños necesitaron ayuda. Era una tontería llevar leña para encender una hoguera, pero, por lo demás, era un refugio bueno y seguro.

Los Halcones Luna se rieron en secreto, pero la gente del cañón tenía razón. A la mañana siguiente, mientras recolectaban, un león los atacó.

Noli no vio cómo sucedió. Oyó gritos y alzó la vista justo a tiempo para ver que el león arrastraba algo, no, a alguien, hasta unos arbustos, mientras la gente corría tras él, chillando y tirándole piedras.

—¡El león se ha llevado un niño! —gritó Suth—. Noli, trae a los pequeños.

Suth corrió hacia los arbustos. Noli le pasó Otan a Tinu, cogió a Ko y a Mana de la mano y corrieron tras él.

—Voy a pelear con el león —murmuró Ko mientras corría—. Yo también voy a pelear con el león.

Cuando llegaron, todos estaban mirando el lugar donde el león había desaparecido. Se sentían furiosos, asustados, y sin saber qué hacer. Los arbustos formaban una mata tupida. Había una abertura estrecha, una especie de túnel que conducía hacia el centro. No parecía recién hecho; daba a entender que aquél fuera el cubil del león. Para tratar de rescatar al niño, si es que todavía estaba vivo, tendrían que entrar gateando de uno en uno. Era muy peligroso.

—Lo vi —dijo Suth, mientras señalaba un declive en el suelo—. El león estaba allí, agachado, sin que nadie lo viera, esperando a que alguien se acercara. El león corrió, rápido, rápido. Cogió al niño por detrás. Lo golpeó así... —Hizo el gesto de un zarpazo, poniendo los dedos como si fueran garras—. El niño cayó. Yo creo que está muerto. Le mordió en el hombro y se lo llevó.

Tinu le tiraba del brazo. Suth bajó la mirada.

—Suth... —murmuró— vamos a hacer fuego... Viento...

La niña hizo un gesto en la dirección de la leve brisa.

—Tinu, eso está bien —dijo—. Espera, busco a Tor.

Se fue corriendo y al rato regresó con Tor, Fang y algunos otros. Señaló con insistencia el palo de fuego y los arbustos. Sopló e hizo gestos de llamas con las manos. A veces el Clan, para cazar, prendía fuego a los matorrales y luego esperaba en la dirección donde soplaba el viento para tratar de matar cualquier animal que se escapara a través del humo. Sin embargo, Suth no podía encender fuego sin el consentimiento de la gente del cañón. El niño que había sido atacado era uno de los suyos y podían pensar que todavía estaba vivo. Sin embargo, comprendieron la idea y lanzaron un gruñido de aprobación.

Algunos corrieron con los Halcones Luna hacia donde soplaba el viento y ayudaron a recoger leña, mientras el resto volvía a la entrada del túnel.

Rápidamente, Suth y Noli amontonaron ramas contra los arbustos, mientras Tinu formaba un pequeño montón de hierba seca y ramas pequeñas. En cuanto estuvo todo listo, la niña hizo una abertura en la base del montón principal, metió las brasas, añadió otra brazada en la parte superior y se puso boca abajo para soplar.

Las ascuas no habían estado mucho tiempo en el palo de fuego; todavía estaban muy calientes. Enseguida empezó a salir humo y al instante rugieron las llamas; hacía demasiado calor para que ellos pudieran permanecer cerca mucho rato. Tinu siguió metiendo ramas secas, y en cuanto se encendían las entregaba a los demás, quienes iban por el matorral y trataban de prender fuego a cualquier cosa que pudiera quemarse. La mayor parte de las pequeñas hogueras encendidas se apagaron, pero algunas ardieron y se extendieron. Entonces, con un enorme rugido, estos sectores se unieron y una línea de llamas empezó a propagarse por todo el terreno de arbustos, bramando y crujiendo, avivadas por el viento.

La gente estaba reunida a uno y otro lado de la abertura del túnel, bajo el humo. Todos tenían alguna arma u objeto que pudieran lanzar, pero nadie, excepto Ko, parecía ansioso por enfrentarse directamente al león.

Durante un rato no pasó nada. Salieron varias serpientes. Los pájaros seguramente ya habían levantado el vuelo. De repente, apareció por el túnel un enorme león macho.

Se paró y movió la cabeza de un lado a otro, mientras emitía un gruñido bajo, gutural. Su cola se agitaba como un látigo. Parecía lo bastante enfadado para atacar, y que estaba eligiendo a su víctima. Por un momento, dio la impresión de que sus ojos inyectados en sangre se fijaban en Noli, que se quedó paralizada. Sintió que, si el león la atacaba en ese momento, no podría moverse. La cabeza del animal siguió moviéndose.

Los presentes comenzaron a gritar y a tirar piedras. Estas eran lo bastante pesadas para herirle. El león lanzó un rugido, que fue más bien un gruñido. Le cayó encima

una segunda lluvia de piedras. Volvió a gruñir y corrió hacia el hueco que dejaban las dos filas de personas. Varios hombres se acercaron y, mientras el león pasaba, lo golpearon con fuerza con los palos de cavar. Después huyó, seguido por algunos que seguían gritando. Visto por detrás, el león parecía escuálido: se le notaban las costillas bajo la piel.

Mientras desaparecía a lo lejos, algunos de los habitantes del cañón fueron al matorral y empezaron a abrirse paso a través de los arbustos ennegrecidos. Los Halcones Luna también acudieron, para ayudar a Tinu a rehacer el fuego y que quedaran suficientes brasas buenas para el palo de fuego.

—Es un león viejo —dijo Suth.

—Le di con una piedra —añadió Ko con optimismo.

De pronto se oyó un gemido en lo más profundo del matorral. Los que estaban fuera se reunieron con los demás. Noli comprendió que habían encontrado el cadáver del niño.

Apareció un hombre, con la piel manchada de negro por las ramas quemadas. Gruñó a Suth y le hizo señas: quería enseñarle algo. Suth lo siguió al interior del matorral. Cuando regresó, tenía el semblante triste.

—El niño está muerto —explicó—. El león se le ha comido el estómago.

—Eso es triste, triste —dijo Noli.

—También vi otros huesos, Noli. El hueso de la cabeza de un hombre. También vi un pie. Una parte se la había comido. Los dedos no. Noli, vi la piel de los dedos. No era como la piel de esta gente. Era oscura, como mi piel.

Noli lo miró fijamente. ¿Qué significaba aquello? Lo último que sabían de su Clan era que ella y Suth habían dejado a sus integrantes dormidos en el desierto, cuando regresaron a rescatar a los pequeños. ¿Habían seguido ese camino, habían encontrado agua y llegado hasta allí? ¿Habían dejado aquella huella en el montículo de las termitas? ¿El león había matado a uno? ¿A más de uno? ¿Vivía alguno todavía?

Su corazón estaba sumido en el horror, pero también lleno de esperanza.

—Creo que es un Halcón Luna —dijo Suth—. Noli, voy a llorar.

—Yo también —dijo Noli.

—Halcón Luna llora —señaló Suth—. Las mujeres bailan la danza de la muerte. Noli, Tinu, Mana. Vosotras sois las mujeres.

Noli dejó a Otan en el suelo, y Suth lo cogió de la mano y le dijo a Ko que se quedara a su lado. Las tres niñas formaron una hilera ante ellos. Suth se golpeó el muslo con la mano libre para marcar el ritmo, y las niñas empezaron a bailar: era la danza que las mujeres del Clan bailaban para ayudar al espíritu a abandonar el cuerpo y protegerlo de los demonios mientras encontraba el camino del Lugar Feliz en la cima de la Montaña sobre Odutu, donde vivían los Primeros. Lanzaron un gemido agudo, sin palabras, y golpearon el suelo tres veces con el pie derecho, y después con el izquierdo, una y otra vez, mientras Suth llevaba el ritmo dando palmas y lanzaba gruñidos guturales, y Ko hacía lo posible por imitarlo.

El movimiento interminable y repetitivo hizo entrar en trance a Noli. Pareció que el espíritu se le salía del cuerpo, flotaba a través de la luz del sol abrasador y humeante, hasta quedar suspendido, incorpóreo, sobre los grupos de personas apesadumbradas y sobre el matorral ennegrecido, del que se desprendían las últimas nubes de humo.

El Primero estaba allí, sufriendo con el dolor de aquellas personas. También había otros. Noli percibió la amable presencia de Goma. Sintió a alguien más, un niño de su edad; su espíritu todavía latía de dolor y terror por su muerte. Y muy tenue, como un susurro lejano y triste, alguien más... ¿Hombre o mujer? ¿Del Clan o no? La presencia era demasiado débil para reconocerla, pero era la persona por quien los Halcones Luna bailaban la danza de la muerte allí abajo.

El Primero pareció reunir los espíritus muertos. La tremenda pena cedió. Noli se deslizó suavemente dentro de su propio cuerpo y encontró sus piernas, que todavía marcaban el ritmo, y su garganta, que gritaba el cántico junto al matorral.

Se detuvo bruscamente.

—Todo ha terminado —presagió.

Miró a su alrededor y vio que la gente del cañón empezaba a irse. Así que, en cuanto Tinu terminó de llenar el palo de fuego, los Halcones Luna se apresuraron para alcanzarlos. Aunque iban en dirección opuesta a la que había tomado el león, formaban un grupo compacto, por si volvía a atacar.

Aquello significaba que iban hacia un terreno ya desprovisto de comida; sin embargo, después de pasar la zona peligrosa, continuaron con el mismo rumbo.

Al cabo de un rato Suth se impacientó.

—Esto es una tontería —soltó—. Ya estuvimos aquí y cogimos toda la comida.

—Creo que temen mucho al león —dijo Noli—. Vuelven al cañón.

Suth se detuvo.

—Yo digo que nosotros, Halcones Luna, no vamos —afirmó—. Yo digo que es una tontería. ¿Qué comida hay en el cañón?

—No hay comida, Suth —respondió Noli—. Tienes razón. Nos quedamos.

Tor debió de advertir que los Halcones Luna ya no los seguían, pues se les acercó corriendo, muy nervioso. Hicieron todo lo posible para que comprendiera, y en cuanto lo lograron él se puso muy triste y con gruñidos y gestos urgentes trató de hacerles cambiar de opinión.

Finalmente se dio por vencido y, con tristeza, los abrazó uno a uno con su brazo bueno, arrodillándose para despedirse de los pequeños. Cuando entendió que Tor los dejaba, Mana, quien normalmente aceptaba todo lo que sucedía y lo tomaba lo mejor posible, empezó a llorar. Noli vio lágrimas en los ojos de Tor también, pero éste se volvió y, cojeando, fue tras los demás.

«Y no le dije adiós a Goma —pensó Noli—. Y el Primero se fue, se fue con su gente.»

Durante el resto del día, los Halcones Luna avanzaron con cautela, vigilando en todo momento, y nunca se alejaron mucho de algún refugio al que pudieran llegar, rocas empinadas o árboles a los que trepar. Es decir, había muchas zonas interesantes que no se atrevían a explorar por estar demasiado cerca de matorrales o recodos en el terreno, donde el león podía estar acechándolos. Pero como eran sólo seis, encontraron toda la comida que necesitaban.

Cuando aquella tarde fueron a beber, Suth y Noli ayudaron a los pequeños a subir a las ramas de un árbol y fueron ellos solos al río. Suth vigilaba mientras Noli llenaba la calabaza.

Durmieron en el cerro que habían utilizado la noche anterior. Noli estaba deprimida e inquieta. Añoraba a Goma. También a Tor. Deseaba que el Primero la visitara y la consolara con su presencia, pero sabía que eso no era posible. El Primero debía estar con su gente. Se sentía consternada por la idea de que por lo menos un miembro de su Clan había logrado atravesar el terrible desierto, sólo para que un león lo matara y se lo comiera. Ésos eran Lugares Buenos. Al igual que Suth, Noli deseaba quedarse allí. Pero cada vez le perturbaba más la idea de tratar de vivir, los seis solos, en un área donde había un león al que le gustaba comer gente.

Un león demonio.

Suth había estado reflexionado sobre lo mismo. De repente dio un bufido de frustración.

—Tinu —dijo—. ¿Cómo podemos matar un león?

—Yo lo pienso —respondió la niña.

Durante el resto de la tarde Tinu permaneció sentada, mirando el fuego, casi sin moverse, hasta que todos se dispusieron a dormir.

Cuando Noli se despertó al día siguiente, Suth y Tinu no estaban. Oía su voz al otro lado de las piedras, pero no los veía, aunque el lugar era casi llano.

Los encontró en un lugar donde había una muesca profunda en la roca, como si algún gigante hubiera hecho dos cortes con un cortador y hubiera sacado un trozo de piedra. En uno de sus lados, el paso iba directo hasta la llanura, pero en el otro había un amplio saliente, de la altura de un hombre, bajo la superficie del cerro. Suth y Tinu estaban en el saliente, arrodillados y examinando el fondo del paso.

—¿Qué haces, Suth? —preguntó Noli.

El niño volvió la cabeza y sonrió.

—Tinu hace una trampa para el león —explicó—. Mira.

Noli llamó a Mana para que vigilara a Otan, bajó y se arrodilló junto a Suth. Este señaló el fondo del paso.

—Es igual que una trampa para ratas —explicó Suth—. Allí abajo, el cebo. Aquí arriba, las piedras.

Dibujó con las manos la forma de varias rocas colocadas en el borde del saliente.

—Vamos a buscar comida y el león nos ve. Nos sigue hasta aquí. Nosotros lo



esperamos. El león observa el cebo y viene. Entonces empujamos las rocas —prosiguió, haciendo la mímica del empujón violento—, el león está allí. —Volvió a señalar el fondo del paso, y después golpeó la palma de la mano con el puño—. El león está muerto —concluyó.

Sí, podría funcionar, pensó Noli. Necesitarían suerte. Era evidente que había algunos inconvenientes.

—¿Y el cebo para el león? —preguntó—. Este león come gente.

La emoción de Suth se disipó. Miró a Tinu.

—Yo soy el cebo —respondió Tinu, murmurando como de costumbre, pero utilizando un tono despreocupado para una idea corriente, como si se tratara de utilizar pasta de hojas para atraer una rata.

—¡No! —exclamó Noli, horrorizada—. ¡Suth, esto es peligroso, peligroso!

—Yo también lo digo —indicó Suth—. Le digo que nosotros usamos carne de animal como cebo.

—El león quiere gente... —insistió Tinu—. Noli, me hago un refugio... Amontono piedras... Muchas, muchas... agujero pequeño... el león viene... yo me meto en el agujero... el león es grande, grande...

Mientras la niña forcejeaba con las palabras, movía las manos para explicar cómo construiría su fortaleza en un punto del paso, de modo que, cuando el león tratara de buscar una forma de entrar, estuviera justo al pie del saliente.

Tinu miró expectante a Noli, como si fuera una idea muy interesante que ella anhelara probar. Sí, quizá funcionaría. Cuando los miembros del Clan se veían obligados a pasar la noche en algún sitio inseguro, solían levantar paredes y tapar cualquier abertura y grieta que encontraran, para que por lo menos los niños durmieran seguros. Pero una pared lo suficientemente ancha para mantener alejado a un león...

—Tinu, un león es fuerte, fuerte —dijo Noli—. Suth, yo digo que no a esto.

—Noli, tienes razón —respondió Suth, pero suspiró preocupado—. Pero este león es viejo, los ciervos y las cebras corren rápido, rápido. Nuestros pequeños son una buena presa para él. Él va donde hay gente. Noli, seguro que viene.

Suth y Noli fueron solos al lugar donde bebían a llenar la calabaza, como antes, y volvieron a buscar comida con grandes precauciones. No se tomaron el descanso habitual del mediodía sino que siguieron trabajando, pues era la hora más segura del día, en que incluso un león hambriento estaría descansando bajo alguna sombra.

Cuando hubieron recogido suficiente regresaron por el camino del río a su refugio seguro, y recogieron toda la leña que encontraron por el camino. Hasta los pequeños arrastraron alguna rama en el último tramo.

Cuando llegaron al cerro, el sol todavía estaba alto. La roca seguía estando muy caliente, pero el saliente de encima del paso daba al este, así que en ese momento le daba la sombra, y subieron allí para descansar.

Al cabo de un rato, Tinu tocó el brazo de Noli.

—Noli —dijo, con tono suplicante—. Voy abajo... a hacer la trampa... Vigila... por el león...

—Tinu, yo digo que esto es peligroso. Suth también lo dice.

—Lo intento... solamente. Para ver cómo... Yo, Tinu... te lo pido.

—Suth, ¿qué dices?

Suth miró a Tinu y sonrió.

—Cuerpo pequeño, pequeño; alma grande, grande —dijo—. ¿Cómo puedo impedirselo?

Era una tontería, por supuesto. Tinu adoraba a Suth. No habría ido en contra de su voluntad por nada del mundo. Pero él, a su vez, confiaba en Tinu. Si ella pensaba que podía construirse una trampa lo suficientemente segura para mantenerla alejada del león, Suth estaba dispuesto a darle una oportunidad.

Quizá Suth tenía razón, pero Noli detestaba la idea. Aquel león no era como otros leones.

Era un león demonio.

—Noli, ese león va a venir —dijo Suth con calma—. Mañana, al día siguiente... No lo sé. Pero va a venir. Noli, nosotros debemos matar al león.

Noli se levantó sin decir una palabra y se dirigió al extremo del saliente. Desde allí podía ver todo un lado de la llanura, hasta las montañas coronadas por la nieve. El aire era tan diáfano que Noli sintió que podría ver un pájaro pequeño posado en una rama a medio día de distancia.

Estudió el terreno más cercano, buscando un lugar donde un león pudiera estar acechando. Había dos lugares peligrosos: Casi delante de ella, un enorme matorral se extendía hacia las piedras. Los arbustos más cercanos estaban a decenas y decenas y decenas de pasos. Un poco más lejos, a su derecha, un montículo bajo tapaba el terreno que había detrás.

¿Cuánto podía tardar un león en llegar? Suponiendo que ella lo viera inmediatamente y gritara, ¿tendría Tinu tiempo para correr hacia el lado opuesto y ponerse a resguardo del león? Sí, decidió, y sobraba un poco.

¿Qué más?

Miró a su izquierda. Allí había mucho terreno despejado. El refugio más cercano...

De repente se quedó rígida. Algo se movía en aquella dirección. Varias criaturas, un grupo pequeño. Forzó la vista...

—¡Suth! —gritó—. ¡Suth!

El niño corrió a su lado y miró siguiendo la línea de su brazo extendido. Ella esperó. El corazón le latía con fuerza.

—Es gente —murmuró Suth—. Vienen hacia aquí.

Miraron en silencio. Lentamente la gente se fue acercando. Noli los contó: eran ocho. Distinguía las cabezas, los brazos, el acompasado balanceo de las piernas.

—Tienen la piel oscura —comentó Suth en voz baja—. Creo que son del Clan.

## LEYENDA

### El sueño de Sol



Sol luchó con los demonios.

Durante decenas de lunas luchó, sin descansar ni de día ni de noche. Ellos escaparon de él, y él los persiguió. Ninguno se atrevió a enfrentársele.

Sol peleó con un demonio amarillo. El demonio escapó. Sol lo persiguió lejos y lejos, hasta las salinas, más allá de Lusan de las Hormigas.

Allí Sol arrojó su palo de cavar Monoko al demonio y lo destrozó. La sangre amarilla brotó del demonio. Por eso la sal de esas salinas es amarilla hasta el día de hoy.

Sol dijo:

—Durante decenas de lunas luché con los demonios. No descansé ni de día ni de noche. Estoy cansado. Ahora yo duermo.

En Lusan de las Hormigas durmió. Sol tuvo un sueño.

Un Ser sin forma ni olor vino a él. Habló con una voz que no tenía sonido.

El Ser dijo:

—Sol, hijo mío.

Sol respondió:

—Padre, yo te escucho.

El Ser dijo:

—Durante decenas de lunas has peleado con demonios, pero ellos no disminuyen. Matas un demonio y la Madre de los Demonios da a luz a diez más. En el Abismo bajo la Montaña, la Montaña sobre Odutu, ella da a luz. Ve ahora a ver a la Madre de los Demonios. Ponte delante de ella y háblale.

Sol preguntó:

—Padre, ¿qué le digo?

El Ser respondió:

—Habla con ella y las palabras vendrán a ti.

Sol dijo:

—Padre, ¿cómo puedo encontrar el camino del Abismo bajo la Montaña? La Madre de los Demonios hace magia para que nadie lo encuentre. Su magia es fuerte, fuerte.

El Ser dijo:

—Tú ve, viaja entre los Clanes. La primera persona que te da comida, sin pedirla, esa persona es tu guía.

Entonces el sueño dejó a Sol, y se despertó.

Sol fue. Viajó entre los Clanes. Unos hombres que cazaban ciervos se encontraron con él. Ellos le dijeron:

—Sol, nosotros queremos darte comida, pero no tenemos nada. Los demonios espantan a los ciervos.

Unas mujeres que buscaban semillas se encontraron con él. Le dijeron:

—Sol, nosotros queremos darte comida, pero no tenemos nada. Los demonios vacían las plantas.

Sol se encontró con una niña, que miraba entre las rocas para ver qué podía encontrar, pues no tenía padre ni madre.

Ella dijo:

—Sol, mira, encontré un gusano. Córtale la parte venenosa y te doy la mitad.

Sol cogió el gusano. Con su cortador Ban-Ban cortó la parte venenosa. Se comió la mitad del gusano, y le dio la otra mitad a la niña.

Él le preguntó:

—¿Cuál es tu nombre, y de qué Clan eres?

La niña respondió:

—Mi nombre es Vona, y mi Clan es Tejedor.

Sol dijo:

—Ahora voy a hablar con tu madre.

Ella respondió:

—Un demonio trajo una enfermedad. Mi madre está muerta, y mi padre también.

Sol dijo:

—Vona, tú eres mi guía hasta el Abismo bajo la Montaña. Tú no eres hombre ni mujer, sino una niña. La Madre de los Demonios no hace magia contra ti.

La niña dijo:

—Sol, yo no sé dónde está ese lugar.

Sol dijo:

—Cierra los ojos. —Vona cerró los ojos, y Sol le hizo dar vueltas—. No abras los ojos. Señala ahora el camino. Vona señaló, y dijo: —Vamos por aquí. Entonces Sol se subió a Vona a los hombros, y partieron.



Las ocho figuras se acercaban a la luz del crepúsculo. El sol les daba de lleno en la cara. La sombra del cerro se extendía hacia ellos. Era imposible que vieran a Suth y a Noli, que estaban en el saliente.

Al principio parecía que se encaminaban directamente hacia el cerro, pero de pronto doblaron y pareció que pasarían por la izquierda. Pero después retomaron la dirección anterior; Noli reparó en que se habían desviado para no acercarse demasiado al matorral grande.

—Mira, también temen al león —observó Suth.

Al doblar, el cabecilla había hecho un gesto para indicar la nueva dirección.

Hubo algo en ese gesto...

Noli miró estupefacta. Sí, la forma de caminar, la actitud...

—¡Es Bal! —exclamó Noli.

Suth dio un grito de alegría.

—¡Son Halcones Luna! ¡Están vivos! —chilló.

Suth subió hasta la cima, agitó el palo de cavar y los llamó a gritos.

Se detuvieron y se pusieron la mano sobre los ojos, para intentar ver quién llamaba.

Noli sintió la misma alegría y emoción, pero enseguida se convirtió en miedo.

¿Dónde están los demás?

Nueve lunas antes, cuando ella y Suth fueron a rescatar a Tinu y a los pequeños, habían dejado a diez personas y seis más durmiendo en el desierto: cinco hombres, seis mujeres, tres de ellas con recién nacidos, un niño y una niña. La niña, Shuja, era la mejor amiga de Noli.

Sólo veía a Bal y a otros dos hombres, cuatro mujeres y alguien más joven que venía detrás. No distinguía si era niño o niña. Sólo una de las mujeres llevaba un recién nacido. Noli no lo había visto hasta ese momento.

En total eran nueve, no, ocho. Así que faltaban siete.

El pie que Suth había encontrado en el cubil del león debió de haber pertenecido a uno de ellos. ¡Ay, que no fuera el de Shuja!

¿Se los habría comido el león? ¿U otros leones? ¿Todos los leones de aquel lugar eran leones demonios?

—Ven —la llamó Suth desde arriba—. Vamos a recibirlos.

Noli se estremeció angustiada, le pasó los pequeños a Suth y subió. Después bajaron hasta la llanura, recogieron a Tinu y se encontraron con los recién llegados justo detrás de la sombra larga del cerro. El grupo de Bal se detuvo, atónito, al reconocer a los niños. Noli se alegró al comprobar que Shuja estaba entre ellos.

Suth alzó la mano derecha a modo de saludo.

—Bal, soy yo, Suth —dijo—. Aquí están Noli y Tinu, y los pequeños, Ko, Mana y Otan. Estamos vivos y nos alegramos de veros.

Bal no respondió. Parecía no creer lo que estaba viendo. La última vez que había visto a Suth, éste era un niño, y no se habría atrevido a dirigirse al jefe del Clan como acababa de hacerlo, de hombre a hombre.

Los demás parecían igualmente confusos y sorprendidos.

—¡Mira, tiene una cicatriz de hombre! —exclamó Toba—. ¿Cuándo fuiste a Odotu para convertirte en hombre?

—No fui a Odotu —respondió Suth con calma—. Luché con un leopardo y yo solo lo maté. Le clavé el palo de cavar en la garganta y murió. Mirad, aquí, marcas de la pelea con el leopardo.

Mostró las profundas cicatrices del hombro izquierdo, y la más pequeña y curva de la mejilla, donde el animal le había dado un zarpazo. Los demás las examinaron. Matar un leopardo sin ayuda era una gran hazaña, muy grande. Era digno de un héroe de las Leyendas.

Bal resopló, incrédulo.

—Bal, es verdad —apuntó Noli.

—Sí, Bal, Suth mató al leopardo —dijo Ko—. Yo, Ko, comí del corazón del leopardo.

Aun así, Bal no respondió. Noli se preguntó qué le habría sucedido. Unas lunas antes, cuando guiaba a los Halcones Luna que quedaban por el desierto, ningún niño se habría atrevido a dirigirse a él como Noli y Ko acababan de hacerlo. Se le habría encrespado el pelo; habría gritado y se habría enfurecido mientras ellos se postraban a sus pies.

En esa ocasión, se limitó a resoplar otra vez y a cambiar de tema.

—¿Tenéis fuego? —preguntó—. Hemos visto fuego, a lo lejos.

—Tenemos un palo de fuego —explicó Suth—. Lo hicimos nosotros. Vamos a encender la hoguera. Traed leña.

Suth, los hombres y dos de las mujeres fueron a recoger leña, mientras Noli guiaba al resto por el camino más fácil para subir al cerro. Tinu encendió el fuego con la leña que tenía, y se sentaron a esperar a que llegaran los otros.

Era la primera oportunidad que tuvo Noli de hablar con Shuja. Estaba ansiosa por saber qué le había pasado a su amiga.

—Antes erais diez y seis más —dijo—. Ahora sois nueve. ¿Dónde están los demás? Veo a tu madre, pero no veo a Yova, la hermana de tu madre, ni a Sidi. Tampoco está el compañero de Sidi, Tun, ni su hermano, Var, ni Pul.

Noli tenía la esperanza de que Tun estuviera bien. Era un buen hombre, tranquilo y fuerte, el único a quien Bal escuchaba en sus arranques de ira. Net estaba en el grupo de Bal, pero era demasiado inquieto para confiar en él; también estaba Kern, muy amable pero un poco holgazán.

—Te cuento —dijo Shuja—. Pasamos dos días en el desierto. Las calabazas

estaban vacías. No teníamos agua. El hijo de Sidi murió, y el de Yova. Las madres no tenían leche. Casi todos murieron. Entonces oímos agua. Encontramos el cañón grande. Había agua en el fondo. Bajamos, pero era difícil y Sidi se cayó. Ella murió. Llegamos al fondo y allí había un río. Nosotros bebimos y encontramos comida. En el cañón había... —La niña negó con la cabeza, con el entrecejo fruncido—. No sabíamos qué eran. Al verlos, nosotros dijimos: Éstas son personas. Bal habló con ellos, pero no respondieron. Ellos gruñían y ladraban. Bal dijo: son animales. Son personas animales. Se enfadan al vernos y no nos permiten comer de su comida. Ellos nos echaron y continuamos viaje. Encontramos más gente animal. También nos echaron y vinimos a estos lugares. Ahora somos felices. Aquí hay comida y agua. Aquí no hay personas animales. Hemos visto leones, pero no los tememos. Nosotros vigilamos y decimos: éstos son Lugares Buenos. Son nuestros.

«Entonces Tun le dijo a Bal: No somos suficientes. Mi compañera Sidi y mi hijo están muertos. Ahora mi hermano Var y yo volvemos a nuestros antiguos Lugares Buenos a buscar gente de los Clanes, de Serpiente, de Loro y del resto para decirles: venid a nuestros nuevos Lugares Buenos.

»Bal le dijo: ¿Cómo atravesáis el desierto?

»Ellos dijeron: Caminando por el cañón durante la noche, cuando la gente animal está en las cuevas. De día nosotros nos ocultamos. Cuando el cañón llega cerca de Colinas Secas, nosotros salimos.

»Bal dijo: Eso está bien. Id.

»Yova dijo: Mi hijo está muerto. Yo voy con ellos. Desde que se marcharon no los hemos visto.

Noli pensó. Sí, hacía casi tres lunas, Suth se había erguido en lo alto de la montaña, mirando hacia el este, y había visto a tres personas que salían del desierto. Según él, no parecían perdidas, sino que se dirigían a alguna parte.

Se obligó a sí misma a hacer la siguiente pregunta, aunque ya había adivinado la respuesta.

—¿Dónde está Pul?

Era el niño que estaba con el grupo de Bal la última vez que Noli los había visto.

—Un león se llevó a Pul —dijo Shuja en voz baja—. Noli, este león no es como los leones que conocemos. Este león caza gente. Tengo miedo, y los hombres también.

—Nosotros también hemos visto al león —señaló Noli—. Mató a un niño. Es un león demonio.

—Noli, tienes razón. Es un león demonio —confirmó Shuja, frunciendo el entrecejo, y miró y contó los miembros del grupo, que estaban junto el fuego—. Vosotros estáis todos aquí, Noli. Todos los que estabais con nosotros en Colinas Secas. Tres pequeños, Tinu, tú, Suth. ¿Qué niño se comió el león, Noli?

—Un niño de la gente del cañón.

—Noli, ésas no son personas. Son personas animales.

—Shuja, sí son personas. Son amigos. Estuvieron aquí con nosotros, pero temen al león y por eso volvieron al cañón. Pero creo que regresan pronto, porque allí no hay comida.

—Cuando Bal los ve, él se enfada —advirtió Shuja—. Noli, ¿cómo es que sois amigos de esas... personas? ¿Cómo llegasteis a este lugar?

Noli empezó a contarle sus aventuras. Los que habían ido a por leña volvieron al caer el sol. Para entonces el aire se estaba enfriando, de modo que se sentaron alrededor del fuego, y se fueron acostumbrando unos a otros tras la larga separación. Todos habían cambiado. Suth se reunió, confiado, con los hombres, y por un momento pareció que Bal estaba a punto de echarle a gritos, pero después cambió de opinión y permaneció sentado, pensativo. Bal era el único que no parecía contento de volver a estar juntos.

Quizá fuera más fácil para Suth que para Noli. Para probar lo que había hecho, él tenía las cicatrices del leopardo. Llevaba un palo de cavar y un cortador. Para demostrar los cambios que habían ocurrido en ella, Noli no tenía nada, aunque durante nueve lunas había ayudado a Suth a guiar a su pequeño grupo, manteniéndolos a todos a salvo y unidos. Ella había protegido a Otan del fuego y de la inundación.

Además, durante nueve lunas había tenido contacto con Primeros: con la querida Halcón Luna, el imponente Mono y el extraño Ser sin palabras que pertenecía a la gente del cañón. Ninguna de las mujeres sentadas junto al fuego había hecho nada de aquello y, sin embargo, le hablaban como a una niña. A sus ojos, Noli tenía la edad de Shuja. Noli se consideraba una niña, pero al mismo tiempo era mayor que cualquiera de ellas, casi tanto como la anciana Mosu, la jefa del Clan del Mono allá arriba, en la montaña.

Se le ocurrió una idea.

Eso es lo que sucede a quienes tratan con Primeros. Envejecen. Como Sol.

Pasaron varios días. Normalmente los hombres habrían cazado por separado, pero permanecieron juntos debido al león. Sabían que éste ya se había llevado a dos niños. No era sorprendente, las bestias cazadoras solían elegir presas jóvenes: eran mucho más fácil atraparlas y menos probable que opusieran resistencia. Las mujeres eran pocas, y no podían cuidar a los niños solas; pero ocho personas hacen un león, así que con la ayuda de los hombres podían espantarlo, si le hacían frente con valentía.

Buscaron semillas, desenterraron hormigueros, ahumaron panales de abejas y se llevaron la miel, y encontraron larvas jugosas; tenían mucha comida. Sin duda eran Lugares Buenos.

Exploraron un tramo amplio, utilizando diferentes refugios. A veces divisaban a lo lejos grupos de leones y se mantenían lejos de ellos, pero no veían señales del león demonio. Hasta que un día, cuando recorrían un camino por el que habían ido dos días antes, encontraron unas huellas inconfundibles. Un león solitario. Estaban



encima de las huellas que ellos mismos habían dejado, e iban en la misma dirección.

Aquella tarde, cuando se sentaron alrededor del fuego, discutieron el asunto, y Suth les contó el plan de Tinu para cazar el león. Por supuesto no les dijo que había sido idea de ella. Suth sabía que se reirían sólo de pensar que una niña, que ni siquiera sabía hablar con claridad, pudiera sugerir algo útil.

Los hombres aceptaron la idea inmediatamente, y como ninguno de los lugares que habían utilizado de refugio tenía la pendiente lo bastante pronunciada para construir la trampa, insistieron en volver al primer cerro.

En prepararlo todo tardaron un par de días, en los cuales organizaron expediciones para buscar comida. Al no haber rocas sueltas en la cima del cerro, tuvieron que subir algunas desde la llanura y empujarlas por el saliente para comprobar cómo caían. Luego volvieron a subirlas y las dejaron en la parte trasera del saliente.

Después amontonaron piedras en el paso, encajándolas entre sí cuidadosamente para que permanecieran firmes, pero dejando un túnel estrecho y profundo en medio del montón.

Cuando practicaba, Tinu estaba contenta: corría hasta el montón, se metía en la abertura y se acurrucaba en el fondo, donde el espacio era más ancho. Después salía y sonreía con su boca torcida. No parecía importarle el peligro.

A los hombres tampoco parecía importarles. Tinu era el cebo. En realidad no querían que el animal la matara; por eso construían el refugio lo mejor posible. Pero era sólo una niña, y ni siquiera hablaba con claridad, así que no era probable que nadie la eligiera como compañera. Si podían prescindir de alguien, sin duda era de ella. Si había que deshacerse del león, valía la pena.

Sin embargo, Noli miraba angustiada cómo construían la trampa.

—¡Es peligroso, peligroso! —le dijo a Suth—. ¡Es Tinu! ¡Ella no es un cebo! Es una persona... Halcón Luna... ¡Es nuestra Tinu!

—Noli, tienes razón —replicó él—. Es peligroso. Tinu es una persona. Pero también es peligroso el león. Todos los días. ¿Cómo podemos vivir en estos Lugares Buenos, un día y un día y un día, cada día con este peligro? ¿Elegimos esto o que Tinu se arriesgue solamente una vez?

—Por eso me duele el corazón, Suth.

—A mí también, Noli. Lo pensé, pensé; el león es viejo. Él no puede llevarse a un hombre. Se lleva niños: Pul, el niño del cañón. ¿Ahora le toca a Ko? ¿O se lleva a Mana, o a Otan? Por ellos también me duele el corazón. —Suth negó con la cabeza y suspiró, sin mirarla—. Noli, quizá el león no venga. Acaso tenga miedo, después de que hemos quemado su guarida. No viene, no hay peligro para Tinu. Viene, debemos estar preparados.

Noli esperó, obligándolo a mirarla a los ojos. Después habló con absoluta certeza:

—El león va a venir, Suth. Es un león demonio.

A continuación, en parte para explorar los nuevos Lugares Buenos, y en parte con la esperanza de atraer al león a la trampa, emprendieron expediciones por la llanura, durmieron en otros dos cerros y volvieron donde se habían instalado la tercera tarde. Allí encontraron a la gente del cañón.

Seguramente habían llegado poco antes. El aire se llenó de gritos y llamadas cuando los Halcones Luna subieron a la roca.

El pelo de Bal se encrespó al instante. Resopló, levantó los hombros y fue a zancadas hacia la roca. Noli se dio cuenta de que, para Bal, el cerro pertenecía a Halcón Luna. Si se habría enfurecido al descubrir a cualquiera de los otros Clanes asentados allí sin su permiso, mucho más con aquellas criaturas que no eran del Clan, y que quizá ni siquiera fueran personas.

Suth corrió junto a él y apoyó su mano en el antebrazo de Bal.

—Bal —explicó—, estas personas vienen con nosotros. Ellos nos ayudan, nosotros les ayudamos. Somos amigos.

Bal se dio la vuelta.

—¿Quién habla con Bal? —gruñó—. ¿Quién es este niño?

Pero Suth se mantuvo firme.

—Yo, Suth, hablo —respondió con firmeza—. Digo que son amigos.

Bal levantó el palo de cavar. Suth agarró el suyo con fuerza, listo para rechazar el golpe. Net, que estaba al otro lado de Bal, trató de intervenir.

—Bal, son muchos para pelear —le advirtió.

Bal le dio un empujón.

—Yo digo que son animales —refunfuñó—. Ellos no tienen sitio en un refugio de Halcón Luna.

—Yo viví entre ellos —continuó Suth—. Dormí con ellos. Y viajé con ellos. Yo, Noli y Tinu: nosotros hicimos estas cosas. Nosotros conocemos a esta gente. Bal, tú no hiciste estas cosas. Tú no los conoces.

Bal soltó el palo de cavar, cogió a Suth de la garganta y lo zarandó con brusquedad.

—¡Ellos son animales! —rugió—. ¡Halcón Luna me lo ha dicho! ¡Ellos son animales! ¡Niño!

Para su edad y su estatura, Suth era fuerte, pero no tenía posibilidad alguna contra un hombre grande, robusto y furioso. Bal lo movía violentamente de un lado a otro.

Por un momento Noli se limitó a mirar, asustada e impotente. De repente, algo empezó a ocurrir en su interior. La inundó algo que le llegaba por la parte de arriba de la espina dorsal. Su cabeza se llenó de oscuridad. Notó que el pelo le crecía debido a la tensión. Parecía que los globos de los ojos se le hinchaban e iban a reventar. Le salió espuma por la boca.

Se oyó un grito, con una voz más fuerte y más potente que la de Bal, una voz capaz de hacer temblar las montañas.

—¡Bal, mientes! —conminó la voz—. ¡Halcón Luna ya no vuelve a venir! ¡Éstas son personas! ¡Ellos son mi gente!

Bal soltó a Suth. Se volvió. El pelo volvió a su lugar. Se quedó mirando a Noli. Sabía lo que había sucedido. A veces Halcón Luna había hablado a través de su boca con una voz parecida. Tuvo miedo.

—¿Quién... habla? —tartamudeó.

—¡Yo, Puercoespín! —rugió la voz.

Claro, pensó Noli. Puercoespín. En medio de la oscuridad de su mente oyó el zumbido de las púas, percibió el hedor húmedo, vio el brillo de un ojo pequeño y negro.

Vuelve con su gente, pensó Noli. Viene a mí, Noli. Y yo le doy las palabras.

## LEYENDA

### El abismo bajo Odotu



Sol viajó con la niña Vona como guía. Lejos y lejos viajaron.

Cada mañana, al despertar, Vona se paraba y cerraba los ojos.

Sol le hacía dar vueltas y vueltas.

Sol decía:

—Vona, ¿dónde vamos?

Vona señalaba el camino. Sol la cargaba sobre los hombros y partían.

Pasaron junto a Odotu y la Montaña sobre Odotu. Llegaron al desierto más allá de Odotu, el desierto que no tiene fin.

Vona dijo:

—Vamos allí.

Sol dijo:

—Tengo mi calabaza Dujiru. Siempre tiene agua. Yo no temo al desierto.

Viajaron cinco días por el desierto. Llegaron hasta un cañón.

Vona dijo:

—Vamos allí.

En la entrada del cañón, un demonio azul se interpuso en su camino, un demonio

de viento. Se convirtió en un remolino que llenó el cañón de pared a pared. Con la voz del viento dijo:

—Sol, tú no puedes pasar.

Sol lanzó el cortador Ban-Ban al remolino. Éste llegó hasta el corazón del demonio. Se partió en decenas y decenas de cortadores pequeños que cortaron el viento en decenas y decenas de pequeños vientos. Los vientos se desparramaron. Y soplan en el desierto hasta el día de hoy.

Sol y Vona continuaron el viaje. Llegaron a una cueva en la pared del cañón.

Vona dijo:

—Vamos allí.

Un demonio negro se interpuso en su camino, un demonio nocturno. Llenó la cueva de oscuridad, de modo que Sol no veía dónde pisaba. Con la voz de la noche el demonio dijo:

—Sol, tú no puedes pasar.

Sol le lanzó el palo de cavar Monoko, que atravesó al demonio. Éste voló al cielo de la noche. Monoko todavía está dentro de él. En la oscuridad de la noche, Monoko puede verse en el cielo. Son cinco estrellas.

La cueva se volvió estrecha y baja, como la madriguera de una rata.

Vona dijo:

—Vamos allí.

Sol avanzó sobre sus rodillas y gateó como una hiena. Avanzó sobre su estómago como una lagartija. Un demonio rojo se interpuso en su camino, un demonio de fuego. Éste llenó el túnel de fuego. Con la voz del fuego, dijo:

—Sol, tú no puedes pasar.

Sol le lanzó la calabaza Dujiru, que se partió y dejó salir un río. El río apagó el fuego. Barrió al demonio, y también a la calabaza. Ese río fluye bajo el desierto. Surge en Manantial Amarillo. El agua es caliente. Tiene sabor a fuego.

Sol llegó al Abismo bajo Odotu.

Vio a la Madre de los Demonios, sentada, dando a luz a sus hijos.

Sol le dijo:

—Madre de los Demonios, o llamas a tus hijos o te mato.

La Madre de los Demonios se echó a reír. Ella dijo:

—Sol, tú no tienes palo de cavar. No tienes cortador. ¿Cómo vas a matarme?

Sol respondió:

—Con mis manos y mis dientes yo te mato.

Y fue hacia ella.

Ella escupió en los ojos de Sol, y se volvió ciego. Respiró sobre su cuerpo, y se transformó en un anciano. Su fuerza desapareció.

Entonces dijo:

—Cómo vas a matarme ahora, Sol.

Un Ser llegó a Sol en el Abismo bajo Odotu. El Ser entró en su cuerpo y lo llenó.

El Ser habló a través de la boca de Sol. La montaña tembló con el ruido, la Montaña sobre Odotu.

El Ser dijo:

—Madre de los Demonios, escucha esto. Es palabra de los Primeros. Envía a tus hijos a sus Lugares, a los desiertos secos y a las montañas nevadas y a los bosques oscuros. Ellos no deben volver a los Lugares Buenos. Esos son para las personas. Tú haces esto, o hay guerra entre nosotros, y nosotros somos los Primeros.

La Madre de los Demonios preguntó:

—¿Quién habla?

El Ser respondió:

—Yo, Antílope Negro. Hablo por boca de mi hijo, el héroe Sol.

La Madre de los Demonios tuvo miedo.

Llamó a sus hijos y les dijo:

—Hijos, no debéis ir a los Lugares Buenos donde las personas viven. Debéis ir a vuestros propios Lugares, los desiertos secos, las montañas nevadas y los bosques oscuros. Hacedlo, o los Primeros me destruirán.

Los hijos respondieron:

—Madre, ¿qué comida hay en esos Lugares?

La madre respondió:

—El cazador hiere al ciervo gordo, lo sigue hasta el desierto. El cazador ve la nieve y dice con el corazón: Subo a ver cómo es. El hijo no responde a la llamada de su madre. Él se pierde en el bosque. Así la comida viene a vosotros, hijos míos, poco a poco.

Los demonios obedecieron a su madre. Ya no visitan los Lugares Buenos. Ellos esperan en sus propios Lugares Buenos, los Lugares de los Demonios. Ellos están hambrientos.

Pero Sol dijo:

—Vona, coge mi mano y guíame, porque soy viejo y ciego.

Vona lo cogió de la mano y lo condujo fuera del Abismo bajo Odotu.



Fang, como jefe de la gente del cañón, bajó del cerro para recibirlos. Varios de los hombres fueron con él. Noli se sintió feliz al ver a Tor, y en lugar de esperar a que los jefes se saludaran, fue directo hacia él y lo abrazó. Él se echó a reír y alborotó el pelo de la niña.

Alguien le había puesto vendas nuevas para sujetar la tablilla. Noli las tocó con suavidad.

—¿Cómo está tu brazo? —murmuró. Le dolía demasiado la garganta para emitir el pequeño ladrido interrogador que la gente del cañón utilizaba para hacer preguntas de ese tipo.

Tor respondió con un doble gruñido apagado para decirle que su brazo estaba bien.

Mientras la miraba, Tor volvió a gruñir en un tono más alto.

¿Cómo estás?, le preguntaba.

—Tor, estoy bien —respondió con voz ronca, sonriendo para manifestarle que comprendía—. Estamos todos bien. Y mira, hemos encontrado a nuestros amigos.

Noli señaló a Bal, que estaba ante Fang. Los dos jefes se miraban con desconfianza y recelo. Tenían el pelo medio encrespado y mostraban una actitud muy tensa. Bal estaba dispuesto a pelear, y Fang lo notaba; pero ambos se sentían inseguros.

Noli reparó en que Bal todavía estaba aturdido por haber oído a un Primero, un Primero que él no sabía que existía, a través de la boca de Noli. Fang estaba acostumbrado a los Halcones Luna que conocía, los niños. Pero aquellos adultos desconocidos eran diferentes.

Vacilaban, esperando cada uno el movimiento del otro, hasta que Suth tomó el asunto en sus manos: se colocó entre los dos; mirando a Fang con la mano derecha levantada, emitió un gruñido suave que le salió de la garganta a través de los labios cerrados.

Fang puso la palma de su mano contra la de Suth y respondió con un sonido igual pero más breve. Los Halcones Luna habían visto que los hombres del cañón se saludaban así cuando se encontraban después de un día de caza.

Suth se dio la vuelta.

—Bal —dijo—. Éste es Fang. ¿Le saludas? ¿Levantas la mano como él?

Bal vaciló, pero avanzó un paso y alzó la mano a regañadientes. Afortunadamente, Fang decidió tratar a Bal como a un igual: no esperó a que el movimiento de Bal terminara, y levantó la mano al mismo tiempo para que se tocaran las palmas.

—Yo, Bal, saludo a Fang —murmuró Bal, y Fang respondió con su sonido

gutural.

La tensión cedió. Los hombres de ambos grupos se saludaron entre sí brevemente y se entremezclaron un poco; después Kern dijo:

—Somos muchos. Un fuego no es suficiente.

Con señales y gruñidos, Suth explicó la situación a la gente del cañón. Todos los hombres, y las mujeres que no tenían niños que cuidar, fueron en busca de leña.

Aquella tarde, la cima del cerro estaba muy concurrida. Hicieron tres hogueras, una para los Halcones Luna y dos para la gente del cañón, pero no hubo mucha relación entre ellos. Ko y Mana corrían de un lado a otro en busca de amigos, y algunas personas curiosas del cañón iban a inspeccionar a los recién llegados.

Noli se sentó con Goma durante un rato; no intentó decir nada, simplemente le hizo compañía mientras amamantaba a su hijo y la luz del fuego se reflejaba en su piel brillante y morena.

Noli sintió una paz y satisfacción maravillosas. En medio de aquella paz la visitó el Primero. No llegó como un enorme poder invasor, sino suavemente, como un ligero estremecimiento en toda su piel, que luego fluyó hacia dentro y llenó su cuerpo hasta las puntas de los dedos de las manos y los pies. Fue como tener el calor del fuego en su interior.

Oyó el discreto suspiro de Goma, y supo que ella compartía ese momento.

El Primero habló. Su voz no sonó en la mente de Noli, aunque le habló con palabras: Ellos son mi gente, dijo. Son Puercoespín. Yo voy a Goma. Noli, Halcón Luna ya no viene más. Ella no te visita más. Yo vengo a ti. Pero tú todavía eres Halcón Luna, y ellos son Puercoespín.

No hubo más palabras. La sensación se desvaneció suavemente. Al abandonarla, el cuerpo de Noli se estremeció. Advirtió que el niño soltaba el pezón y miraba, asustado, con lo que supuso que Goma debió de haberse estremecido en el mismo momento. Se miraron entre sí, asintieron y sonrieron.

Noli se quedó un rato más. Goma le dejó coger al niño un rato; después, Noli se lo devolvió y volvió con los Halcones Luna.

Estaban discutiendo. Bal quería que todos los Halcones Luna se trasladaran al día siguiente a otra parte de la llanura, que la gente del cañón se quedara allí para tener el menor contacto posible con ellos.

Las mujeres no estaban de acuerdo. Temían al león. No creían que hubiese suficientes Halcones Luna para mantener a salvo a los niños. Dentro de poco los hombres querrían salir de caza. Era mucho más seguro permanecer en un grupo más grande, todos juntos.

Los hombres querían ambas cosas. No se sentían cómodos con la gente del cañón, pero también anhelaban ir de caza, y no eran suficientes para eso. La autoridad de Bal era más débil que antes, pero todavía era el jefe, y lo que él decía tenía peso.

Finalmente, Net solucionó el problema.

—La trampa para el león está aquí —dijo—. Matamos al león con nuestra trampa.

Entonces los pequeños están seguros, y los hombres pueden cazar.

Pasaron cinco días. No ocurrió nada especial, y los dos grupos se fueron adaptando. Noli no tenía la suficiente confianza para enfrentarse a todos los Halcones Luna y decirles lo que el Primero le había comunicado. Sólo se lo contó a Suth, y empezaron a llamar Puercoespín a la gente del cañón, tal y como hablaban antiguamente de Cocodrilo, de Loro y de los demás Clanes.

Las mujeres adoptaron el nombre y finalmente los hombres también, incluso Bal.

El sexto día, varios hombres de ambos grupos fueron a cazar y regresaron triunfantes con dos ciervos, casi adultos, que habían conseguido arrinconar y matar. Aquella noche hubo una gran fiesta y muchos alardes.

En todo aquel tiempo, el león demonio no había dado señales de vida, pero pocos días después de la fiesta, una familia de leones se aproximó al grupo de árboles donde la gente se había instalado para el descanso del mediodía; era evidente que los leones pretendían descansar allí. Todo el mundo se levantó y formó un grupo compacto para enfrentarse a ellos, con los niños en el centro. Gritaron, blandieron palos de cavar y tiraron piedras. Los leones los miraron de modo repulsivo y se fueron.

Por entonces ya habían despojado de comida toda el área que circundaba el refugio principal, así que se vieron obligados a mudarse a otros refugios. Los hombres no iban a cazar todos los días, pero a veces mataban algo, pues los animales de aquella planicie no estaban acostumbrados a las personas y eran más fáciles de atrapar que en los antiguos Lugares Buenos.

Pasó una luna. Y cuando se encontraban a más de tres días de viaje del cerro donde habían construido la trampa, apareció el león demonio.

Aquel día los hombres no habían salido de caza, y todos estaban recolectando juntos formando una hilera dispersa cuando algo anunció peligro en la mente de Noli. El pelo de la nuca empezó a erizarse. Un momento después oyó el grito de alarma de Goma, que se propagó por la llanura caliente.

Noli miró y advirtió que Goma se hallaba parada en medio de la fila, señalando algo detrás de ellos. Noli no distinguía qué era, pero la sensación en su mente se lo reveló.

—El león está aquí —le dijo a Suth—. Goma lo ha visto.

Suth se dio la vuelta y emitió ladridos de peligro a los Puercoespines que trabajaban junto a él. Todos dejaron de trabajar, se agruparon y fueron a reunirse con el grupo que se había formado alrededor de Goma.

Ya todos veían al león. Éste debió de darse cuenta de que habían advertido su presencia, así que no hizo ningún esfuerzo por acecharlos; se limitó a quedarse quieto y a mirarlos, a una distancia equivalente a la que recorre una piedra arrojada por un hombre fuerte.

El león bostezó. Movi6 la cola. Bajó la cabeza y lanzó un rugido ronco y vago.

Hubo un momento de silencio, tras el cual todo el mundo empezó a gritar



furiosamente. El león los miró pero no se movió.

Empezaron a avanzar juntos hacia él, recogiendo todas las piedras que encontraban en el camino. Algunos de los hombres se adelantaron y arrojaron algunas. El león retrocedió, pero volvió a detenerse cuando estuvo fuera del alcance de los proyectiles, se quedó inmóvil y siguió observándolos.

Dos veces más avanzaron hacia el león y ocurrió lo mismo, así que se dividieron en dos grupos. La mitad de los hombres se quedaron a cuidar a los niños, y el resto, incluyendo a las mujeres que no tenían hijos pequeños, formaron una hilera y avanzaron hacia el león, sin detenerse cuando éste se alejaba, siempre hacia delante.

Habían conseguido darle con varias piedras, y el león había aprendido a mantenerse fuera del alcance de éstas. Empezó a alejarse; la gente continuaba persiguiéndole.

De repente, se dio la vuelta y empezó a correr; pasó por entre sus perseguidores y avanzó a toda velocidad hacia el grupo que protegía a los niños. Los hombres corrieron tras el león, pero éste era más rápido. Los adultos, y cualquier otra persona lo suficientemente mayor para tirar una piedra, se reunieron para ir a su encuentro.

Quizá no calculó la distancia, o estaba tan hambriento que se precipitó en su intento de llevarse a cualquiera, pues se acercó demasiado y se encontró con una lluvia de piedras.

Aulló, cambió de opinión y retrocedió.

Rodeó al grupo, buscando una abertura; entonces llegaron los demás, jadeando, y volvieron a ahuyentarlo.

Esa vez no hubo necesidad de perseguirlo muy lejos, pues se dio por vencido y se alejó.

Antes de volver a recolectar se aseguraron de que el león no anduviera cerca; pusieron vigilantes y se mantuvieron más unidos que antes. En dos ocasiones vieron al león, a lo lejos; la segunda vez fue por la tarde, cuando se dirigían al cerro donde planeaban refugiarse aquella noche. Los Puercoespines murmuraban nerviosos.

—Creo que nos ha seguido —opinó Suth.

—Tienes razón, Suth —respondió Noli.

Recogieron mucha leña, mantuvieron las hogueras encendidas durante toda la noche y vigilaron aquellos lugares del cerro por donde se podía subir. La luna estaba en cuarto creciente y nadie vio al león, pero oyeron su ronco rugido varias veces en la oscuridad.

Tampoco lo vieron al día siguiente, pero Noli percibía que estaba cerca, todavía desplazándose a la par que ellos.

Cuando aquella tarde acamparon y se sentaron alrededor del fuego en cuanto oscureció, de nuevo oyeron el mismo rugido largo y ronco, que rompía el silencio.

Todos se miraban unos a otros.

—Esto es bueno —dijo alguien—. Nos ha seguido hasta la trampa.

Noli miró a Suth, que se hallaba con los hombres, y éste la vio. Ella se levantó y

le hizo una seña para que se acercara. Se alejaron un poco del grupo y ella posó su mano en el brazo de él.

—Suth —dijo—, oye. Yo, Noli, te lo pido. Tengo miedo. Estoy enferma de miedo. Este león es un león demonio.

—Yo también tengo miedo —empezó a decir Suth—. Pero...

—No, Suth, escucha —lo interrumpió Noli—. Es un león demonio. Pero tiene que comer o se muere. Es un demonio, o es un león. El demonio come gente. El león come toda clase de carne o se muere. El león es viejo y no puede cazar bien. Ninguna hembra le ayuda a cazar. Tiene hambre. Mañana volvemos al refugio donde está la trampa. En el viaje, los hombres cazan. Atrapan ciervos gordos. Los llevan hasta la roca, allí ponen la carne en la trampa, buena carne de ciervo. El demonio está hambriento de carne de gente, pero el león está hambriento de cualquier carne. La luna es grande. Los hombres están preparados y vigilan desde arriba, y el león va a por la carne. Entonces, los hombres tiran piedras y matan al león. Él muere, y no hay peligro para Tinu. ¿Está bien?

Suth pensó y asintió.

—Noli, está bien —respondió—. Yo hablo con los hombres.

Cuando volvieron junto al fuego, Noli se sentó cerca para escuchar lo que hablaban. Los hombres no accedieron enseguida. Se habían esforzado mucho en la construcción de la trampa. Y si atrapaban un ciervo, ¿por qué desperdiciar buena carne de ciervo con un león? Tinu sería un cebo mejor. Además, sólo habían reconocido en parte que Suth era un hombre. En realidad, era muy joven, así que no aceptarían fácilmente lo que él les proponía. Por fin, adivinó Noli, transigieron porque les gustaba la excusa del día de cacería.

Pero había otra dificultad: sólo contaban con los cuatro Halcones Luna: Bal, Net, Kern y Suth. Para formar un buen grupo de cacería hacían falta más. Sin embargo, al día siguiente, cuando Suth fue a invitar a algunos de los Puercoespines a participar, éstos se negaron. Con gruñidos y gestos logró que entendieran lo que quería, pero no sus razones. Para eso necesitaba palabras, y los Puercoespines no las tenían. Para éstos era mucho más importante proteger a quienes buscaban comida, aunque el león demonio los siguiera, que ir a cazar.

Finalmente Suth se dio por vencido y los hombres Halcones Luna fueron por su cuenta, aunque siendo sólo cuatro necesitarían mucha suerte.

Noli, Tinu y los pequeños se quedaron con los Puercoespines, que se abrían camino hasta el cerro. Durante la primera parte del día recolectaron mientras avanzaban, pero después llegaron a un terreno por el que ya habían pasado, así que volvieron al río, bebieron y llenaron las calabazas.

Justo cuando se marchaban, los vigilantes alcanzaron a ver a un león solitario que atravesaba un claro a la derecha del grupo. Estaba demasiado lejos para estar seguros de que fuera el león demonio; de todas formas, era el momento más caluroso del día, cuando los leones normales descansan en la sombra.

Todo el mundo se puso muy nervioso, y en lugar de buscar sombra cerca, insistieron en regresar al cerro.

Llegaron a éste con el sol todavía alto. Con excepción del saliente sobre la trampa, no había ninguna sombra en la parte superior, salvo una franja en la parte este de la base, así que apostaron guardias en el saliente y se instalaron debajo.

Noli había tenido tanto miedo durante todo el día que apenas podía pensar. Todos estaban tensos, y el desasosiego se contagió a los pequeños. Incluso Mana estaba inquieta, y Ko, más pesado que de costumbre: se peleaba con los niños de su edad, se reía de ellos porque no sabían hablar y no dejaba de fastidiar a Noli, preguntándole cuándo volvería Suth. Noli también empezó a anhelar ese momento. Suth era el único que podía manejar a Ko cuando se ponía así.

El tiempo pasó muy lentamente. Noli miraba cómo la sombra del cerro se extendía por la llanura, llegaba a una marca, después a otra y después a otra.

Por fin oyó que uno de los guardias llamaba desde el saliente. Reconoció la voz de Goma, levantó la mirada y vio que su cabeza asomaba por el borde de la cima. Goma la saludó contenta con la mano y señaló al este.

Noli se levantó y miró, pero desde donde estaba no alcanzaba a ver nada, así que se subió a una roca grande que estaba a diez y diez pasos del pie del risco.

Entonces sí, los divisó a lo lejos: cuatro siluetas, todavía a mucha distancia, caminando penosamente hacia el cerro. Sólo podían ser los cazadores. Ninguno parecía llevar nada. El corazón de Noli dio un vuelco. No habían cazado nada.

Los miró un rato, aturdida. Sabía que sus esperanzas eran vanas. Siempre sería así: Tinu, la trampa, el león demonio...

Volvería a hablar con Suth. Quizá ella pudiera persuadirlo de no intentarlo aquella noche, de que esperara un día más...

Suspirando y negando con la cabeza, empezó a bajar. Ko corrió a su encuentro.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Suth viene con los cazadores.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Allí. Enseguida está aquí.

—Voy a ver.

—No, Ko. Quédate aquí.

—Voy a subir a la roca. Igual que Noli. Yo, Ko, pido esto.

Noli aceptó.

—Sí, Ko. Sube a la roca, y cuando veas a Suth bajas.

Ko se fue corriendo mientras ella, deprimida, se dirigía al risco, tratando de encontrar argumentos para Suth. Pronto se pondría el sol. No se arriesgarían a hacerlo cuando oscureciera...

Pero sí. Había buena luna.

Mientras pensaba todo esto oyó una llamada de atención que provenía del saliente, no el ladrido de Peligro que utilizaban los Puercoespines, sino otro más

suave, que significaba Cuidado.

Sonó en su cabeza una señal de alarma. Volvió a oírse el ladrido. Escuchó. Era Goma, que la llamaba. Los Puercoespines que estaban cerca de ella la estaban mirando, señalando con urgencia...

Noli se dio la vuelta.

Ko había desaparecido.

Se movió a un lado y lo vio. La roca grande lo había ocultado. Ko corría al encuentro de Suth. Éste y los cazadores dieron un rodeo para mantenerse alejados del matorral grande. Pero Ko no podía verlos, y corría derecho hacia allí.

—¡Ko! —gritó Noli—. ¡Para! ¡Vuelve!

El niño fingió no oírla y siguió corriendo. Ella volvió a gritar y corrió tras él. Los cazadores aparecieron otra vez gracias a una suave elevación del terreno. Éstos habían oído el grito de la niña y miraban hacia ella. Noli ahuecó las manos en la boca a modo de bocina y gritó:

—¡Ko! ¡Detenedlo!

Noli señaló. Desde donde se encontraban, los cazadores no podían ver al niño; con todo, empezaron a correr. Noli también corrió. Todos llegaron hasta Ko al mismo tiempo, cuando había recorrido más de medio camino hacia el matorral.

Suth estaba furioso. Cogió a Ko por los hombros y lo zarandeó con fuerza.

—¡Ko, eres malo, malo! —gritó—. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué? ¡Eres malo, malo, malo!

Ko se anegó en lágrimas.

El pequeño tenía los pulmones fuertes. Cuando lloraba, vociferaba, y apagaba los demás ruidos. Nadie oyó los gritos procedentes del cerro hasta que empezaron a caminar hacia él y advirtieron los brazos que señalaban el saliente, la gente que corría para subir al cerro por el lado más alejado...

Miraron hacia atrás y vieron que el león había salido del matorral y marchaba rápido y silencioso hacia ellos.

Suth dejó a Ko en brazos de Noli.

—Corre, Noli —dijo—. Nosotros mantendremos al león a raya.

Noli se cargó a Ko al hombro y corrió. Estaba acostumbrada a llevar a Otan la mayor parte del día, pero Ko era mucho más pesado. Antes de llegar a medio camino, las piernas empezaron a temblarle. Bajó a Ko, lo cogió de la muñeca y siguió corriendo.

El niño tropezó y se soltó de la mano de Noli. Ésta se dio la vuelta para volver a cogerlo, y observó que los hombres se habían dispersado y gritaban, con los palos de cavar en alto, y cogían piedras para impedir que el león se acercara demasiado mientras se retiraban lentamente.

El león no pretendía atacarlos. Eran demasiado pesados para llevárselos rápidamente a rastras. Quería a Ko. O a Noli.

Parecía que los hombres controlaban al león, así que Noli volvió a agarrar a Ko

de la muñeca y siguió caminando con rapidez; pero antes de dar una docena de pasos los gritos de la roca se redoblaron.

Miró atrás.

El león había cambiado de táctica. Corría hacia un lado, tratando de rebasar a los cazadores. Bal estaba en aquel lado de la hilera y corría para impedirle el paso.

Pero el león era más rápido.

Noli tiró de Ko y se apresuró. Volvió a oír gritos en el saliente. No volvió la vista atrás, pero supo que el león había logrado sobrepasar a los hombres. Todavía faltaba mucho para llegar al lugar por donde se subía al cerro.

No lo lograría.

¡Primero, ayúdame!

En ese momento se le ocurrió una idea: La trampa. Pondré a Ko en la trampa. Quizá yo pueda subir al risco. Y Ko estará a salvo.

Se dio la vuelta y se dirigió haciendo eses hacia el cerro.

Casi llegaba. El mundo se había vuelto muy oscuro. Sus piernas se habían convertido en agua. El corazón le latía con violencia. Parecía que los pulmones iban a explotarle.

El paso por el despeñadero.

La trampa.

Se dejó caer de rodillas y con un último y terrible esfuerzo, metió de cabeza a Ko en el túnel construido por los hombres.

—¡Adentro, Ko, adentro! —jadeó, y se dio la vuelta para quedar cara a cara con el león. Mientras se volvía, algo se movió bajo su mano. Una piedra suelta que los hombres habían dejado allí. La cogió y, tambaleándose, se puso en pie.

El león apareció ante ella en la entrada del paso. Noli alzó la piedra hasta el hombro. Apenas podía levantarla, y mucho menos lanzarla. El león vaciló. Había aprendido que no le gustaban las piedras.

Tuvo otra idea, como un murmullo en su mente.

Goma. Piedras grandes. Detrás del saliente.

Imaginó las piedras por un instante, las vio con claridad, a través de los ojos de Goma.

El león dio un paso y volvió a detenerse. Detrás de él, Noli vio a Suth y a Net que corrían hacia ella.

Dio otros dos pasos, se preparó para el salto...

¡Ahora, Goma, ahora!

Débilmente, Noli levantó la piedra, que cayó casi a sus pies. Pero el león había vacilado otro instante ante la amenaza.

Siluetas negras que caían del cielo.

Tres golpes secos, seguidos, dos de ellos fuertes y agudos, el otro más sordo, más lento.

Una tos horrible, sofocante.

Silencio. Excepto el roce de las garras del león, aferrándose al polvo cuando el último hálito de vida lo abandonó.

Entonces, gritos de triunfo, el aliento jadeante de los cazadores y la voz de Suth.

—¡Noli, estás viva!

No pudo responder, no pudo verlo. La rodeaba una oscura niebla, con un hueco brillante en el centro. Allí estaba el león. Su cabeza estaba a dos pasos de ella, con la boca medio abierta y la sangre brillante brotándole de la mandíbula. La parte trasera del león era un masa viscosa de sangre y piel que parecía haber explotado. La piedra que le había aplastado estaba sobre el león. La parte trasera estaba desparramada más atrás.

—¿Dónde está Ko? —dijo la voz de Suth.

La respuesta se oyó atrás, sofocada.

—¡Estoy vivo, Suth! ¡Estoy aquí! ¿Has matado al león? ¿Puedo ver al león, Suth? ¡Yo, Ko, te lo pido!

La oscuridad que rodeaba a Noli se disipó con la voz. Sintió que sus labios trataban de sonreír mientras se ponía a un lado para que Suth pudiera meterse en el túnel y sacar a Ko tirando de las piernas. Suth dejó a éste en el suelo y lo zarandéo, esta vez con más suavidad. Detrás de él, Net y Kern miraban.

—Ko, eres malo, malo —dijo—. Casi matas a Noli.

Ko agachó la cabeza, avergonzado.

—Suth, soy malo, malo —admitió con tristeza. Después levantó la cabeza, con mirada nerviosa—. ¿Puedo ver al león? ¿Puedo ver al león ahora? —suplicó.

Noli se echó a reír. Al principio se rió de Ko, después se sintió aliviada, pues ella y Ko se hallaban a salvo y el león estaba muerto. Pero luego, la risa se apoderó de ella y empezó a soltar carcajadas, cada vez más fuertes, que la hacían estremecerse. Seguía y seguía y no podía detenerse.

«Es el demonio —pensó—. Ha salido del león y ha entrado en mí. ¡Ah, Primero, ayúdame! ¡Sácame este demonio!»

Suth la sujetaba y hacía ruidos para calmarla, para impedir que se hiciera daño cuando su cuerpo iba de un lado a otro. Vio que Ko la miraba, estupefacto. Aquél fue otro motivo de risa para el demonio.

Una idea se abrió paso a través de los terribles temblores. Noli se aferró a ella.

Cuatro cazadores se enfrentaron al león: Suth, Bal, Net, Kern.

Tres están aquí: Suth, Net, Kern.

Entonces...

El demonio huyó. La risa cesó. Noli sudaba y temblaba. Tenía la cara mojada de saliva. Suth aflojó la presión de la mano y sostuvo a Noli con suavidad.

—¿Dónde está Bal? —gruñó.

Noli recordó haberlo visto cuando corría para alejar al león.

Todavía con un brazo alrededor de sus hombros, Suth la condujo al campo abierto y señaló. El sol estaba bajo. La sombra del cerro se extendía muchas decenas de

pasos. Sobre la llanura iluminada por el sol, justo detrás, yacía el cuerpo oscuro de un hombre.

A espaldas de Noli se oyó la voz de Net.

—Bal luchó contra el león. El león lo hirió. Está muerto.

## LEYENDA

### Los hijos de Sol



Sol salió del Abismo bajo Odutu, y era un hombre viejo y ciego.

Vona lo llevó de la mano, ella era una mujer adulta.

Los Primeros hicieron llover para ellos en el desierto, y ellos bebieron.

Llegaron a los Lugares Buenos. La gente los vio y dijo:

—¿Quiénes sois?

Ellos respondieron:

—Somos Sol y Vona.

La gente dijo:

—Mentís, conocemos a Sol. Él es un hombre joven, un héroe. Y conocemos a Vona. Ella es una niña.

Sol lloró y dijo:

—Mi gente no me reconoce. Llévame, Vona, donde se refugia Puerco Gordo.

Vona lo llevó hasta el Valle de los Árboles Muertos. Allí Naga, la madre de Sol, estaba sentada en la entrada de la cueva. Estaba asando una tortuga.

Naga miró. Vio que dos personas se acercaban desde la colina, una mujer y un hombre. La mujer llevaba al hombre de la mano.

Naga dijo:

—Ese es mi hijo, Sol. ¿Por qué la mujer lo lleva de la mano?

Los caminantes se acercaron. Ella vio que Sol era un anciano, y que estaba ciego.

Naga dijo:

—Sol, hijo mío, ¿quién te ha hecho eso?

El respondió:

—Fui al Abismo bajo Odotu. Hablé con la Madre de los Demonios. Le dije: llama a tus hijos a casa, los demonios que nos acosan. Me escupió a los ojos y me quedé ciego. Sopló sobre mi piel y envejecí. Mi fuerza desapareció. Mi corazón está vacío.

»Un Primero llegó, mi padre, Antílope Negro, el primero entre los Primeros. Habló a través de mi boca. La Montaña tembló, la Montaña sobre Odotu.

»La Madre de los Demonios tuvo miedo. Llamó a sus hijos a casa. No vendrán más a nuestros Lugares Buenos. Yo, Sol, hice esto, yo y no otro.

Naga dijo:

—Sol, hijo mío, todavía eres un héroe. Asaré esta tortuga y comerás, porque estás cansado.

Sol comió y durmió, igual que Vona, y Naga los cuidó. Cuando el Clan volvió a la cueva, les explicó lo que Sol le había dicho.

Los hombres partieron, rápidamente, hacia los demás Clanes, y los llamaron al Valle de los Árboles Muertos. Dijeron:

—Los demonios han desaparecido. Traed comida para una fiesta.

Cinco noches y cinco días Sol durmió, y Vona también. Cuando despertaron, los Clanes estaban reunidos, Madre Hormiga y Tejedor y Halcón Luna, Puerco Gordo y Serpiente y Cocodrilo, Loro y Pequeño Murciélago.

Cada uno alabó a Sol, y también a Vona, por lo que ambos habían hecho.

Los hombres se pararon ante Vona. Dijeron:

—Vona, tú eres una mujer hermosa. Te elegimos como compañera. ¿A quién eliges tú?

Vona respondió:

—Yo no elijo a ninguno. Elijo a Sol.

Sol dijo:

—Soy viejo y ciego. ¿Por qué me eliges?

Vona respondió:

—Tú eres el héroe Sol. Yo estuve contigo en el Abismo bajo Odotu, cara a cara con la Madre de los Demonios. Yo y ninguna otra hizo eso. Yo no tengo miedo. ¿A qué otra mujer eliges?

Sol respondió:

—Vona, yo te elijo a ti.

Entonces mancharon su frente con sal, para demostrar que habían sido elegidos.

Los hombres cazaron. Mataron ciervos gordos. Las mujeres buscaron comida. Encontraron raíces dulces y bayas jugosas y larvas delicadas. Encendieron grandes hogueras. Celebraron una fiesta.

Durante nueve días hicieron una fiesta en el Valle de los Árboles Muertos, y después se durmieron.

Un Ser vino a Sol mientras dormía, Antílope Negro, Primero entre los Primeros. Él dijo:

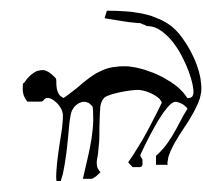
—Sol, hijo mío, tu compañera Vona tiene hijos en su vientre. Tiene ocho, cuatro



hijos y cuatro hijas. Pronto serán hombres y mujeres. Entonces enviarás a cada uno a un Clan, para viajar y dormir con ellos. El Primero de ese Clan vendrá a ellos, como yo vine a ti. Así con sus hijos, y con los hijos de sus hijos, para siempre.

Y así fue.

Y así es hasta el día de hoy.



Los Halcones Luna suspendieron el cuerpo de Bal de un palo y durante dos días lo llevaron tan lejos como pudieron hacia el interior del desierto, por encima del cañón. Llevaron consigo a los pequeños, arrastraron ramas y cargaron toda la comida y el agua que pudieron.

Al ser tan pocos suponía un gran esfuerzo, pero ésa era su tradición. Bal había sido su jefe. Había muerto como un héroe peleando contra un enemigo terrible, un león demonio.

Por la tarde lo apoyaron contra una roca, con la cara al sol de poniente. Le pusieron el palo de cavar en la mano derecha y el cortador en la izquierda, y una calabaza y un puñado de nueces al lado.

Encendieron una hoguera a cierta distancia. A la luz de las llamas las mujeres formaron una fila, con los hombres delante. Ellas golpeaban el suelo con los pies y cantaban el mismo cántico triste que Noli, Tinu y Mana junto al cubil del león, mientras los hombres gruñían desde lo más profundo de su garganta y marcaban el ritmo entrechocando dos piedras.

Net y Kern elogiaron a Bal. Comieron la comida que les quedaba y durmieron junto a las brasas del fuego, mientras dos de ellos vigilaban toda la noche.

La tarde siguiente, al dirigirse al cerro, los Puercoespines recibieron a los Halcones Luna como amigos. Algunos fueron a ofrecer pequeños regalos. Tor fue uno de ellos. Se quedó más tiempo que los demás; se acercó a cada uno de los Halcones Luna y emitió un zumbido lento que se desvaneció lentamente. No necesitaron palabras para saber lo que estaba diciéndoles: Estoy tan triste como vosotros.

—¿Quién es ahora el jefe? —preguntó Chogi, cuando Tor se marchó. Ella había sido la compañera del hermano muerto de Bal, y era la mayor de las mujeres Halcones Luna.

Net y Kern se miraron entre sí. Los dos eran hombres buenos, pero por una u otra razón no tenían madera de jefes. Suth bien podría serlo algún día, pero todavía era muy joven.

—¿Qué dice Noli? —preguntó Net.

Los demás parecieron sorprendidos, pero sólo por un momento. Cada vez que un Clan debía tomar una decisión importante, pedían consejo a la persona a quien visitaba el Primero. Curiosamente, Noli era sólo una niña, pero todos habían oído la voz que había contestado a Bal por su boca. Todos la miraron, y esperaron.

Sin embargo, Noli se sentía preocupada. Ella no estaba preparada para aquello. Si Suth era demasiado joven, también lo era ella. Cuando Halcón Luna la visitaba, y después, cuando Puercoespín lo había hecho, era elección de ellos, no suya. ¿Cómo

podía tener opinión sobre algo tan importante como la elección de un jefe...?

«No es tu voz, Noli —habló el susurro en su mente—. Es mi voz.»

Mientras contemplaba el brillo anaranjado del fuego, Noli esperó. Los pulmones le palpitaban despacio. Notó que la gente a su alrededor se difuminaba. Los sonidos de los Puercoespines se disiparon. Noli estaba en otro lugar. La noche era la misma noche, estrellada y tranquila, con una luna pequeña en lo alto, pero el fuego era otro, en el fondo de un valle rocoso, con diferentes personas en torno a él. Había siete personas, pensó Noli. Percibía su sed y su hambre, su cansancio después de un día difícil de viaje. Sentía que conocía bien a algunos; a otros, menos. Pero ninguno era desconocido.

Se despertó del trance con un ronquido y miró, confusa, a su alrededor.

—Yo vi... a otros... —tartamudeó—. Vinieron... Son del Clan... Algunos son Halcones Luna.

Todos permanecieron sentados en silencio, reflexionando.

—Es Tun —dijo Chogi, con decisión—. Tun y Var y Yova. Ellos han ido a nuestros antiguos Lugares Buenos. Buscaban a otros y los han encontrado.

—Chogi, tienes razón —intervino Kern—. Yo digo esto: esperemos, no tenemos jefe. Cuando ellos vengan, Tun será nuestro jefe.

—Eso está bien —señaló Net.

Todos estaban acostumbrados a tratar con los Primeros, aunque a veces lo que el Primero les decía no parecía ayudarlos, y muchas veces ningún Primero los visitaba. Los sueños eran engañosos. Alguien podía tener un sueño intenso, pero era como un acertijo que tenían que descifrar. Era fácil equivocarse. Así pues, lo que acababa de ocurrir no les sorprendió nada.

Pero aunque Noli también se había acostumbrado a la idea, a ella sí le parecía extraño. ¿Por qué ella, y no uno de los demás? ¿Por qué no era posible que todos, en el Clan, lo hicieran? Y si el león la hubiese matado, ¿qué habría ocurrido?

De todos modos, ¿qué eran los Primeros?

No podía quitarse de la cabeza la idea de que Puercoespín era un nuevo Primero. Y justo en ese momento... el murmullo en su mente... ¿Ése había sido Puercoespín? Quizá, pero había algo...

¿Podía ser Halcón Luna, que después de todo había vuelto?

No. Sin saber cómo, Noli estuvo segura de que aquellos Primeros se habían ido. Aquello significaba que los Clanes debían de haber desaparecido, así como sus antiguos Lugares Buenos. Desaparecido. Halcón Luna se había quedado un tiempo, pero los miembros de su Clan eran muy pocos y estaban demasiado lejos. Así que Halcón Luna también se había ido... Para siempre.

Noli sintió una gran tristeza. La tristeza estaba en todas partes, inmensa como la noche. Alguien se sentó a su lado, le pasó un brazo alrededor y lloró con ella. Noli no tuvo necesidad de mirar para saber que era Goma. Goma había sentido su tristeza mientras se hallaba sentada junto a otra hoguera, y había venido para estar con ella,

para compartir la tristeza. Goma, sin palabras, comprendía.

\* \* \*

La luna se hizo más pequeña, casi se extinguió, y empezó a crecer otra vez. Una noche, mientras los Halcones Luna acampaban en un cerro diferente, oyeron un grito de los Puercoespines. Fueron a averiguar la causa.

A lo lejos, demasiado anaranjada para ser una estrella, brillaba una luz pequeña. Llamas. No un fuego de arbustos, pues era pequeño y cambiante. Un fuego de personas.

Los Puercoespines se asustaron, pero al día siguiente, los Halcones Luna partieron nerviosos en aquella dirección. A medio camino de donde habían visto la luz tenue, se encontraron con Tun y su grupo.

Según escuchó Noli los días siguientes, eso fue lo que Tun explicó: él, Var y Yova habían logrado atravesar el cañón, ocultándose de día y caminando de noche, mientras la gente del cañón permanecía en sus cuevas. Cuando consideraron que estaban cerca de Colinas Secas, llenaron sus calabazas en un pozo, subieron y atravesaron el último tramo de desierto.

—Hace cuatro lunas subí a la montaña —dijo Suth—. Vi gente en el desierto. Eran tres personas que dejaban una estela en la tarde. Iban hacia Colinas Secas. Mi corazón me dijo: son Halcones Luna.

—Suth, tienes razón —dijo Tun, y continuó con su relato.

Los tres habían logrado atravesar Colinas Secas y llegar a los antiguos Lugares Buenos. Los encontraron llenos de asesinos desconocidos, pero como conocían el terreno, pudieron ocultarse durante un tiempo, viviendo como bestias salvajes. Más adelante fueron descubiertos y atacados, y huyeron hacia el oeste, a los Lugares del Demonio, donde había poca comida y agua. Allí se encontraron con los pocos miembros restantes de los Clanes. Nadie sabía qué les había ocurrido a los demás.

Todavía estaban en los Lugares del Demonio cuando el volcán entró en erupción. Todo lo que había hacia el oeste quedó enterrado bajo las cenizas, pero los Lugares del Demonio estaban lo bastante lejos para poder evitar lo peor. La mayor parte de la gente del Clan decidió seguir viaje hacia el oeste, pero los tres Halcones Luna persuadieron a algunos de intentar pasar por el norte de los antiguos Lugares Buenos y volver por Colinas Secas y el desierto.

Habían tenido un viaje espantoso, y varios habían muerto en el camino, pero aquellos siete lo habían logrado, pese a terminar muy delgados y cansados: los tres Halcones Luna, un hombre de Serpiente, otro de Puerco Gordo y una mujer y una niña de Pequeño Murciélago.

La niña se llamaba Bodu. Tenía más o menos la misma edad que Noli.

Volvieron al lugar donde el grupo de Noli se había refugiado, y se reunieron con

los Puercoespines. Estando aquella noche sentados alrededor del fuego, Net dijo:

—Tun, Bal está muerto. Ahora tú eres el jefe.

Tun permaneció sentado, pensando un momento, y después se levantó.

—¿Quién ha dicho que Tun es el jefe? —preguntó.

Los hombres se pusieron en pie y entrechocaron las palmas con Tun. Las mujeres, los niños y los pequeños golpearon el suelo con las palmas de las manos, como señal de que lo aceptaban como jefe. Sería un buen jefe, pensó Noli, mejor que Bal. Bal era iracundo y fuerte. Tun era fuerte y tranquilo.

Chogi, mirando alrededor del círculo, dijo:

—Yo veo a Bodu y está contenta. Ella es Pequeño Murciélago. Pronto será mujer. Pronto Suth será hombre. Él es Halcón Luna. Ellos se eligen el uno al otro como compañeros.

Tanto Suth como Bodu la miraron sorprendidos. No era algo para lo que estuvieran preparados. Pero de eso se ocupaban las mujeres mayores, y lo discutían con otras mujeres de otros Clanes cuando se encontraban. Pequeño Murciélago era uno de los dos Clanes en los cuales los jóvenes de Halcón Luna podían pedir compañeras, así que, a los ojos de Chogi, el arreglo era aceptable.

Todo el mundo, por supuesto, empezó a gastar bromas a Suth y a Bodu. Pero Chogi permaneció seria, y en cuanto las risas disminuyeron, levantó una mano.

—Yo digo algo más —anunció—. Aquí está Noli. Aquí está Shuja. ¿Ellas podrán encontrar compañeros? ¿Dónde están? Ellos no están aquí.

Los hombres se encogieron de hombros. Eran cuestiones serias, pero no les concernían. Las mujeres siguieron discutiendo en voz baja. Noli no las escuchaba.

Se le ocurrió una idea:

—Cuando sea mujer, elegiré a Tor como compañero.

Todos la miraron. Noli se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Quién es Tor? —preguntó Tun.

—Uno de éstos —respondió Net, señalando con el pulgar por encima del hombro a los Puercoespines más cercanos.

—Eso no está bien —espetó Chogi.

Noli no veía ni oía. Respiraba profundamente, de una forma que ya le resultaba familiar.

El Ser vino suavemente, casi vacilante. Esta vez ella supo desde el principio que no era Puercoespín. Era un Ser muy joven. Habló a través de su boca.

—Estos son nuevos tiempos —dijo la voz.

Mientras hablaba, Noli la reconoció. En su mente oyó el leve rumor de las plumas, sintió el pico curvo que le mordía ligeramente la oreja, las garras que se le agarraban al hombro.

—¿Quién habla? —preguntó Tun, asombrado.

—Halcón Luna —murmuró Noli con su propia voz—. No es la Halcón Luna de antes. Es nueva, nueva. Nosotros tenemos nuevos Lugares donde vivir. Debemos

encontrar nuevas maneras de vivir y estar juntos, es un Clan nuevo en nuevos Lugares con nuevas costumbres. Así llega Halcón Luna. Ella es nueva.

FIN